



EL PLAN

15 / 33

SHANNON KIRK



Lectulandia

«—Juez Rasper —repite mi madre—. Guarda relación con tu secuestro».

Estas son las últimas palabras que pronuncia la madre de Lisa Yyland antes de morir en sus brazos, acribillada a balazos en plena calle mientras paseaban juntas.

En ese momento, el plan 15/33, el plan de venganza que Lisa Yyland lleva planeando desde hace dieciocho años para acabar con aquellos que la secuestraron y estuvieron a punto de acabar con su vida, salta por los aires.

Pero no está dispuesta a rendirse. Siguiendo la pista de esas últimas palabras pronunciadas por su madre y la mención a uno de los jueces más poderosos de la ciudad, Lisa, con el incondicional apoyo de Liu y Lola y sus habilidades mentales, tratará por todos los medios de seguir adelante con su plan, aunque ello implique convertirse de nuevo en presa y arriesgar su vida.

Lectulandia

Shannon Kirk

El plan 15/33

ePub r1.0

NoTanMalo 21.01.2019

Título original: *Viebury Grove*
Shannon Kirk, 2018
Traducción: Cristina Martín

Editor digital: NoTanMalo
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Dedicado a todos los científicos díscolos

NO SABES LO QUE TEMO

*Tengo un temor,
de lo indómito y desconocido
huyo,
la ocultación de la verdad
de los sentidos, no, hablaré en clave,
el tacto sometido, la vista domada,
los límites del oído, del gusto,
soporto,
desafiando los
vacíos del espacio,
agujeros negros de la nada,
un miedo implacable, vengativo,
una eternidad de valor nulo.*

SCK, 24 de febrero de 2017

Una nueva condición para Lisa Yyland

Edad: 34 años

En este momento me cuestiono quién soy, si estoy de pie, si estoy volando, si me desmorono. Me pregunto si no soy nada, tal vez solo luz o sonido, algo desconectado de lo que me ata al suelo. Pero esto no explicaría cómo sé que la estoy sosteniendo, de modo que intento concentrarme. Intento desactivar los sentimientos que se activaron por sí solos con la conmoción.

Su sangre gotea de mis dedos y forma telarañas en los huecos de las articulaciones. Acabo de retirar las manos del charco que nació de ella, que le brotó de la espalda cuando salió la bala sin hacer ruido.

La tierra está alfombrada de hojas: rojas, anaranjadas, tostadas, amarillas; los mismos colores que se ven en las copas de los árboles, todavía frondosas. Estamos en el momento de mayor esplendor del otoño, la estación de los admiradores de las hojas. Reina un calor típico del veranillo de San Miguel, pero quizá la temperatura que siento yo se deba a nuestra carrera, la que quedó interrumpida cuando el coche, similar a todos los demás vehículos de lujo que circulan por este pueblo costero de Massachusetts, dobló el recodo.

Reconstruyo con detalle microscópico lo que sucedió en el minuto anterior: un SUV de color negro salió de Harbor Lane y se incorporó a Beach Street; la ventanilla trasera, la del lado del conductor, con lunas tintadas, descendió y miré a la mujer que corría conmigo, la que ahora se halla tendida en el suelo pero que hace un minuto estaba de pie y corriendo: estaba manipulando una lista de canciones en su iPhone. En el simple gesto de girar la cabeza hacia ella y bajar los ojos hacia la pantalla de su iPhone, debí de perderme la boquilla de una pistola que apuntaba en su dirección desde la ventanilla bajada del coche. Acto seguido, sin ningún sonido asociado a ninguna causa, mi compañera se derrumbó de costado y hacia atrás, igual que

una jirafa moribunda. Conforme el coche aceleraba hacia la salida del pueblo, el iPhone salió rodando y ahora estará debajo de un arbusto de hortensias sin flores que, casualmente, en este momento me está arañando el talón de Aquiles. Yo había establecido en tres minutos el modo de seguridad del iPhone cuando se lo regalé las Navidades pasadas, lo cual quiere decir que pasan tres minutos hasta que se hace necesario introducir una contraseña. Ya han transcurrido dos minutos desde la última vez que apretó un botón, suponiendo que yo, en mi estado de *shock*, haya calibrado correctamente el paso del tiempo.

Necesito ese teléfono. No puedo permitir que ni la policía ni nadie se haga con él cuando llegue.

Se me pasó apuntar la matrícula del asesino. Un error imperdonable. «¿Iban a ser tan idiotas como para llevar una matrícula que se pudiera rastrear? A lo mejor no me he perdido nada».

En la parte delantera del cuerpo no hay signos de balazos. Están en la parte de atrás. La parte de atrás, que está en contacto con la grava de este sendero. Hace solo dos minutos, me hincué de rodillas, la puse de costado, vi piedrecillas en la herida, y la acuné en mis brazos, hiperventilando hasta entrar en un estado de confusión que literalmente me dejó sin aliento. Casi todos los interruptores emocionales de mi mente se encendieron espontáneamente, sin que yo les diera permiso. «¿Quién está gritando?». Me parece que soy yo.

El puerto está detrás. Las campanas de las embarcaciones y el tráfico marítimo siguen su curso. Los patos de la ensenada, que ahora está con la marea baja, se dirigen hacia la tupida vegetación de la marisma salada, como si el mundo no hubiera dejado de girar, como si el infierno no hubiera invadido el pueblo y no hubiera arrojado sobre mí puñados de terror y de maldad inclemente. Mi madre está agonizando en el suelo con piedras incrustadas en la carne, fragmentos de tierra colándose en su columna vertebral. He de desactivar todo sentimiento y dominar mi mente, controlar esta situación.

Quizá oigo sirenas. Quizá una mujer, que también estaba corriendo, viene hacia mí a toda velocidad. Me parece que lleva una falda de tenis de color rosa. Ahora está más cerca, me coge la cara. La visera blanca que lleva encima de su cabello blanco dice SALEO COUNTRY CLUB. Me está gritando que me tranquilice, lo cual no surte ningún efecto, sino que más bien consigue lo contrario, que me enfurezca. «Tranquilízate —me dice otra vez—. Tranquilízate». Por el modo en que lo dice, con ese acento de Boston,

alargando las vocales, hace que mis párpados se cierren y las aletas de mi nariz se ensanchen. La visera del Saleo Country Club le oculta las gafas de sol negras.

«Saleo exige a sus miembros vestir solamente de blanco, y ella va de rosa».

El Saleo Country Club se encuentra a diez minutos de aquí, lejos de Fry Rock Beach, que era adonde nos dirigíamos nosotras. Saleo, adonde acuden a jugar al golf los presidentes ejecutivos, los directivos de empresas, los jueces, determinados políticos y los aduladores. Así es como describe mi madre ese club, riéndose con adjetivos ridiculizantes. Así es como lo describía.

Necesito concentrarme. Necesito no sentir esto. Necesito desactivar los sentimientos. Necesito dejar a mi madre en el suelo y buscar su teléfono sin que me vea nadie.

Los coches se acumulan frenando a mi izquierda. Un Mercedes antiguo. Un BMW nuevo. Varios Volvos y SUV. Un Audi viejo que me recuerda a mi hijo Vantaggio. Vanty se encuentra fuera, en su primer año de universidad, a salvo en Princeton con Sarge, el hombre al que pago para que lo proteja. El Audi de Vanty está en el aparcamiento de la universidad.

«Llamaré a Vanty... No, llamaré a Lenny, le pediré que vea si nuestro Vanty se encuentra bien».

Wedding Park, con su circuito para corredores bordeado de árboles, su sendero de piedras, su cancha de béisbol, su edificio blanco y redondo y su parque infantil, limita con el puerto a mi derecha. En ese lado se congregan las niñeras que hace unos momentos estaban cotilleando en los bancos mientras los niños se lanzaban por los toboganes, grupos de corredores a la moda y una clase entera de yoga. Ruidos, murmullos y gritos se confunden con el colorido follaje formando un caleidoscopio de sensaciones borrosas.

Centro la mirada en una nube. No es la primera vez que sufro un trauma. Soy capaz de mantenerme fría. «Mantente fría». Empiezo a contar los bultos y los jirones: hay once nódulos de cúmulos, ni un solo punto oscuro, ni un solo nubarrón de tormenta. Podría pintar esa nube, primero con una panza rechoncha y luego añadiendo contornos en forma de pinceladas blancas y grises de un tono muy claro, y acaso con un toque infinitesimal de azul. Al estudiar los píxeles de colores vivos que me rodean, lucho contra todos los interruptores que se han activado espontáneamente en mi interior. Miedo: lo aparto de mí. Ira, le cierro la puerta de golpe. Odio, tristeza, dolor, incredulidad, todos fuera. Me quedo insensible. Muerta por dentro. No puedo sentirme así por mi madre.

Todo esto no debería estar sucediendo. Todo esto no formaba parte del plan. Esto supone una desviación tremenda.

Siento un tirón en la sudadera que me hace bajar de nuevo a la tierra, así que me inclino hacia la boca de mi madre, donde la sangre ha manchado su dentadura blanca y perfecta. Cuando mi oído llega ahí, oigo cómo gorgotea y se ahoga en la pérdida de viscosidad de la vida.

—Juez Rasper... —susurra mi madre entre ahogos.

—¿Qué? ¿Quién? —le pregunto, aunque lo que ha dicho está tan nítido en mi cabeza como si lo hubiera dicho yo misma. Quiero confirmación, porque noto que en mi interior está naciendo un estado nuevo.

Noto que el plan está modificándose para añadir una capa adicional. Mi plan lleva dieciocho años tomando forma: es un plan destinado a sacar a la luz a aquellas personas que fueron cruciales para lo que me ocurrió hace dieciocho años. Y ahora tengo la seguridad de que mi madre estuvo fisgoneando, quedó atrapada en mi red, y por ello va a morir.

—Juez Rasper —repite mi madre—. Guarda relación con tu secuestro. —Pone los ojos en blanco y enseguida su cabeza se desploma sobre mi antebrazo. Ya no está. Se ha ido.

De nuevo me envuelve una tormenta de sentimientos. No veo nada más que un color blanco, y la garganta y los pulmones me arden a causa de la privación de oxígeno. He de luchar contra mí misma, no puedo caer en espiral. Me concentro en pintar la nube. «La nube, la nube es mi ancla». Acciono todas las palancas emocionales, otra vez. Y otra. Hay un sentimiento que es el más difícil de todos, pero consigo dominarlo haciendo un gran esfuerzo: la culpa. La desactivo. Que mi madre se haya ido es culpa mía. Ya están todos los sentimientos desactivados.

La deposito en el suelo.

Cojo su iPhone con un floreo típico de un mago.

La mujer de la falda rosa pone mucha atención en mirar cómo me lo guardo en el bolsillo de mi sudadera.

Lisa Yyland: loca

En uno de los miles de vídeos de defensa personal que he estudiado a lo largo de los años, un guardaespaldas decía que si alguien te sigue debes actuar como si estuvieras loca. Sugería que hablaras contigo misma, que golpearas cosas, que abrieras mucho los ojos, que adoptaras un acento del sur al dirigirte a un gato invisible atado a una correa invisible; lo que fuese con tal de parecer una lunática. A veces, decía ese guardaespaldas, los locos no quieren tener nada que ver con los que no están locos. Le pedí a Nana que me aclarase aquel punto un poco más, dado que durante toda mi vida había sido reacia a mantener activados mis sentimientos y entender plenamente dichos matices. Nana me explicó que «Actuar como una lunática es mostrar acciones y palabras dissociadas con las acciones y las palabras de las personas que te rodean». Eso me pareció más práctico, y es un método que voy a emplear ahora mismo. Estoy pensando que actuar como una lunática tal vez impida que se me acerquen los curiosos y esa mujer de la faldita rosa.

Acaricio la mejilla de mi madre y me voy incorporando, cada músculo, cada articulación, una por una, igual que el implacable alienígena metálico de la película *Terminator*, cobrando vida de nuevo, como una vasija. La cabeza de mi madre se aparta del estruendo que reina en el camino al tiempo que los curiosos se agolpan a nuestro alrededor. Su rostro, su mejor perfil, se incrusta en la grava.

Aspiro una profunda bocanada de aire por la nariz, con los ojos cerrados.

Todo está desactivado.

Vuelvo a ser yo.

Una hoja de color rojo se queda adherida al pegamento que forma la sangre de mi madre en la puntera reforzada de mi zapatilla deportiva Nike, reforzada para proteger la prótesis que sustituye a dos dedos. La mujer de la faldita rosa, la que me ha dicho que me tranquilice, está inclinada sobre mí; a

lo mejor es enfermera, porque es la única del grupo que no está acobardada o llorando o chillando o llamando a la policía por el teléfono móvil.

—Cariño, ahora necesito que vengas conmigo. Ven aquí, respira —me está diciendo. Me agarra el brazo como si fuera un médico, como diciéndome que me va a poner en tratamiento, y también que ya se encarga ella de controlar todo. Pero no va a controlarme a mí.

Pulso todos los botones que puedo en el iPhone de mi madre, guardado en el bolsillo de mi sudadera, aun cuando solo han pasado diez segundos desde que intenté revivir sus *bytes*. Soy cada vez más consciente de la urgente necesidad de entrar en su teléfono y leer sus correos, invadir el despacho que tiene en casa y leer sus anotaciones de abogada para buscar toda la información que posea acerca de ese tal juez Rasper y averiguar de qué forma está relacionado con su asesinato y con lo que me ocurrió a mí cuando tenía dieciséis años.

La mujer de la faldita rosa ya me está agarrando con firmeza, demasiado controladora. Examino su rostro: lunar en la sien izquierda, cabello blanco, nacimiento del pelo más tupido y más adelantado que la mayoría de las mujeres de su edad. ¿Será una peluca blanca? Resulta difícil distinguirla bajo la presión de esa visera del club Saleo. Tiene cuarenta y muchos años, nariz arrugada, bolsas de celulitis en los brazos en lugar de unos bíceps y tríceps de tenista bien definidos, los suyos se parecen más a los pegotes de caramelo que agarra Nana con su cuchara de palo. Su atuendo es profesional y se ve nuevo. Mientras que con una mano me aferra el brazo derecho, con la otra deposita su raqueta en el suelo con cuidado de empujar el mango de forma que el extremo quede mirando hacia mí, y mi madre a mi espalda.

Retuerzo la muñeca para zafarme de ella y me suelto el pelo, mi melena larga y superespesa que con la ayuda de unas extensiones casi me llega hasta la rabadilla, con movimientos lentos, exhibiendo el brillo y el peso de la cabellera. Agito mi pelo real y mi pelo falso, como si ese fuera el loco propósito de todo este suceso: tener la oportunidad de lucir mi melena en el puerto. Pero ese no es el propósito de mi pelo sintético.

Hablo sin establecer contacto visual con nadie, mandando una mirada desconectada a los espacios que hay entre los presentes.

—¿Alguien puede encargarse de que mi madre se limpie la herida, se ponga una tirita y se vaya a casa? —digo en tono frío. Luego miro con los ojos muy abiertos la nube inofensiva de antes, a la vez que me aparto del cadáver de mi madre y salgo del grupo trotando con paso ágil—. Por favor, mi madre odia los estropicios. Que alguien la ayude a limpiar esto.

«Leer los correos del teléfono de mi madre. Ver las notas que tiene en su despacho».

De pronto aparecen dos hombres vestidos con ropa de golf y me agarran por los brazos para que no me mueva del sitio, aunque estoy toda manchada de sangre. Pero yo me zafo de ellos. Mientras estoy distraída por esos dos hombres y demasiado cansada de hacerme la loca, la mujer de la faldita rosa aprovecha para sacarme de allí. En un santiamén consigue sujetarme y apoyarme contra el tronco de un árbol.

—Llaman a una ambulancia —dice en dirección al grupo de gente—. Esta mujer está sufriendo un *shock*. Ya la sujeto yo.

«Domínate, deja de calcular mal la situación. Controla esto. No te derrumbes».

La mujer bloquea los codos y, con los brazos rectos, me empuja contra el tronco del árbol aferrándome las muñecas. Noto la aspereza de la corteza del árbol a través de la sudadera. La mujer me tiene aprisionada, haciendo fuerza con todo el cuerpo. Me parece que debe de haberse entrenado en reducir a un adversario, porque me ha suprimido la posibilidad de usar las manos y de alcanzarle la cabeza, que es adonde he de llegar para anularla y controlarla.

La miro a los ojos. Nos miramos fijamente la una a la otra. Ella esboza una sonrisa. Nadie más puede verlo.

—Lisa —me dice—, entrégame el teléfono de tu madre y dime dónde están todas sus notas, y no tocaremos a Vanty.

Ahora sé que voy a hacerle daño.

Baja la mirada hacia el bolsillo de mi sudadera.

—Vamos —dice señalando el teléfono de mi madre, pero va a tener que soltarme las manos para coger el teléfono, o permitirme que se lo entregue yo. Veo que titubea, que está estudiando mi reacción.

Decididamente, en la comisaría están empezando a sonar las sirenas.

Sería fútil hacer uso de mi fuerza para liberar los brazos. En vez de eso, le propino un rodillazo en la entrepierna, a fin de desequilibrarla. Cuando ella echa el cuerpo hacia atrás y flexiona los codos, yo giro los brazos y abro la tenaza a la altura de los pulgares, que son sus puntos débiles. Ya con los brazos libres, de un rápido manotazo le quito las gafas de sol y la visera, le agarro la cara con las dos manos, le meto los pulgares en los ojos y le clavo las uñas con saña en el cartílago de las orejas.

Ahora la tengo en mi poder. Le retuerzo la cabeza, que mientras yo tenga los dedos metidos en los ojos va a donde yo diga. La empujo hacia atrás, tropieza y cae.

Echo a correr.

El cadáver de mi madre ha quedado varios metros atrás. Subo por la cuesta que lleva a su casa.

Aunque me he entrenado en varias artes marciales previendo el plan por el que he venido a Massachusetts, recuerdo que tras el secuestro mi madre me obligaba a ver vídeos de defensa personal. El núcleo de las enseñanzas de mi madre lo formaba lo que debía evitar, lo que debía combatir, lo que era reprochable, cómo trazar un plan y la supremacía de la eficiencia. Han sido enseñanzas muy valiosas.

«Enseñanzas muy valiosas.

»Gracias, madre».

Hago una pausa al llegar a lo alto de la cuesta, frente al parque, y veo que la mujer de la faldita rosa ha recuperado su raqueta. Se tapa la boca mientras habla por un móvil. Se le ve la malla de la raqueta bajo el brazo, con el mango apuntando claramente hacia mí.

La multitud gira la cabeza para mirarme, primero a mí, después a ella, después otra vez a mí. Ella observa desde detrás de las gafas de sol que ha debido de ponerse de nuevo en la cara antes de incorporarse. Está señalando en mi dirección, hacia un punto situado más adelante, como si supiera adónde me dirijo. Saco el iPhone de mi madre, acciono la cámara, amplío la imagen con el *zoom* y hago una foto. Más allá de la multitud y más allá del puerto, y como estoy en un lugar más elevado, alcanzo a ver las luces estroboscópicas azules y rojas de los coches policiales de la comisaría. Vienen hacia aquí.

«Tengo que irme. Irme. Coger las notas de mi madre».

Lisa Yyland: las notas de mi madre

No me cabe duda de que Nana me frenaría y me advertiría que una persona normal estaría sufriendo varias capas de disuasores emocionales respecto de lo que acaba de suceder. A mis treinta y cuatro años, ya he sido alumna de sus instrucciones las veces suficientes como para entender eso. Pero es que ahora no tengo tiempo para recibir lecciones de humanística. Está en juego la vida de varias chicas. Este plan contiene un componente crítico: la ejecución en el tiempo. Si queremos salvar una casa de víctimas de la trata de seres humanos que están siendo sometidas a las peores torturas, y también capturar a sus captores y a sus poderosos clientes, debemos ejecutar mi plan dentro de los dos próximos días. Este círculo de monstruos ciertamente está relacionado con el pequeño círculo de locos que me secuestró. Y dicha relación es el hilo que he tomado y del que vengo tirando desde que me liberé para llegar a donde nos encontramos en este momento. He pasado dieciocho años buscando pistas para descubrir el quién, el qué, el cuándo y el dónde, dieciocho años adquiriendo recursos para pillarlos a todos con las manos en la masa, para permitirles un nulo margen legal de maniobra para que nieguen o se defiendan. Sin embargo, no tengo la menor idea de cómo se implicó en esto mi madre ni de cómo encontró a ese tal juez Rasper, que, según ella, está relacionado.

Pero nada va a detenerme. Ni el asesinato de mi madre, ni tampoco los sentimientos, desde luego. Nada. Porque no vamos a tener otra oportunidad.

Echo a correr por un sendero que atraviesa los árboles y que desemboca en una calle, ya más cerca de la casa de mi madre. Mi padre no estará; lleva un año fallecido. Al acordarme siento una emoción que bulle en el fondo de mi mente, un borboteo que me inunda el cerebelo, un hormigueo que me zumba en los lóbulos temporales. Pero suprimo toda esa violenta energía mental y corro con más ahínco.

El Audi de mi madre está aparcado en el camino de entrada para coches. Ojalá la matrícula no fuera tan fácil de recordar: TIBURÓN. Con una matrícula así, cualquiera podría seguirla. Cualquiera podría haberme visto a mí al volante de ese coche la semana pasada. Vuelvo a recogerme el pelo real y el pelo falso en un moño flojo, con cuidado de no tirar demasiado fuerte de las extensiones, que me nacen de la nuca. Miro la matrícula del coche con el ceño fruncido.

Mientras me paso la mano por el pelo recogido, avanzo hacia la parte posterior de la casa de mi madre, construida en granito y dotada de una cocina que tiene un techo tan alto como el de una catedral y un despacho alojado en una torreta. Hago caso omiso de la mancha de sangre que llevo en la sudadera, en las punteras reforzadas de mis deportivas y también en lo alto de las espinillas. Es la sangre de mi madre, no la mía.

Mi madre vive aquí, vivía aquí, con su doncella jefe, una polaca de treinta y muchos años llamada Barbara. Las dependencias de Barbara se encuentran en el pabellón de carruajes que hay detrás, junto al garaje, el cual aparece ahora ante mi vista, cuando continúo por el camino para coches y entro en el jardín de atrás para dirigirme al recibidor trasero. Por la colina asciende un aire salado, como si me hubiera seguido, y me recuerda lo cerca que está el mar.

Barbara está muerta, tiene un orificio de bala que le atraviesa la región escapular posterior del tórax, el lado donde está el corazón. Está derrumbada en los escalones del porche trasero, con los brazos por encima de la cabeza, señal inequívoca de que ha sido una ejecución. Más o menos ya me estaba esperando esto mientras volvía del puerto. Abrigaba la ligera esperanza de que hubieran dejado en paz a Barbara, y, por supuesto, no ha sido así. Me concentro en el color negro grisáceo de las baldosas, en los rincones limpios de polvo y en los ángulos de luz que sombrean transversalmente el recibidor. No miro a Barbara.

«Ejecuta el plan. No fracasas como fracasaste a la hora de salvar a Dorothy hace tantos años».

La puerta trasera está abierta. Paso por encima del cuerpo de Barbara. Las alarmas de la casa no han saltado, el intruso ha debido de obligarla a teclear el código a punta de pistola.

Vanessa, la gata de mi madre, está con el lomo arqueado y siseando en dirección a la escalera de caracol que conduce de la cocina al sótano del ala derecha de la casa, lo cual me dice que el asesino de Barbara aún está dentro. También reparo en la huella de una pisada más grande que la mía, que la de

mi madre y que la de Barbara. Dicha huella va haciéndose más tenue conforme se acerca a un punto del suelo de pizarra del recibidor iluminado por el sol. Es una huella apenas visible pero reciente, puede que de hace solo unos minutos. Talla: un 43 de caballero, posiblemente una bota, posiblemente negra.

No tengo tiempo para lidiar con este asesino, resulta obvio que ha venido a buscar la misma información que debo encontrar yo. Sea lo que sea lo que descubrió mi madre, estos monstruos quieren borrarlo de la faz de la tierra, de la mente de mi madre, de su teléfono y de sus notas. Necesito encontrar las notas antes de que intervenga la policía y lo desbarate todo. No estoy segura de quiénes son las personas que intervendrán —sabemos que hay varias, pero no conocemos sus identidades— en la trama que esperamos desvelar. Yo y mi pequeño equipo.

Me deslizo hasta un vestíbulo sin puertas, hasta una fila de monitores de seguridad que el año pasado le insistí a mi madre que instalase. Estudio todas las pantallas, que muestran todas las estancias de la casa. «Asesino acorralado, atrapado en el cuarto de lavar que hay en el sótano de la casa de mi madre». Se le ve inmóvil, da la impresión de estar escuchando. Imagino que me habrá oído entrar. Aprieto el botón del altavoz.

—Tire el arma. La casa está rodeada. No se mueva —digo.

Él murmura algo, pero estos monitores no tienen sonido. Se golpea una pistola contra el muslo. Es idiota.

Cuanto más tiempo pasa, más fuerte se oyen las sirenas.

—¡Deja la puta pistola encima de la secadora, gilipollas! —grito al micrófono.

El asesino obedece, levanta las manos y da un paso atrás.

—Quietos. ¡No te muevas ni un centímetro más!

Me asomo por la puerta de atrás. Barbara está derrumbada y sin vida. Aunque debería, no tengo tiempo para inutilizar y castigar al imbécil de su asesino, que no se ha movido del sitio. Continúa en el cuarto de lavar, creyéndose atrapado. Calculo que dispongo de cuatro minutos para encontrar lo que necesito. La policía averiguará quién es mi madre y dónde vive, y enseguida se enterará de que me zafé de la mujer de la faldita rosa y vine corriendo hasta aquí. Debería haberle partido el cuello.

Me dirijo al despacho de mi madre, ubicado en la torreta, y por el camino me voy quitando la ropa manchada de sangre y las deportivas, manchadas también. Las prótesis de mis dedos son seguras y capaces de tolerar un poco menos de refuerzo. De paso, recojo de la cesta de la ropa limpia de Barbara,

que ella ha dejado sobre una mesa de centro, una camiseta gris doblada que dice NO, mis Seven Jeans y una toalla. Me limpio la sangre de las piernas, arrojo la toalla en un rincón y me cambio sin dejar de andar. Me calzo con las zapatillas de jardinería de mi madre, les ato los cordones y subo la escalera.

El despacho de mi madre está completamente destrozado. El imbécil que aguarda en el cuarto de lavar ha probado antes aquí, pero no ha encontrado lo que necesitaba. Naturalmente que no, él no sabe de qué modo documenta mi madre sus ideas y sus hallazgos en una serie de cuadernos que diseñó para que parecieran libros viejos. Las paredes de su despacho están forradas de estanterías que van desde el suelo hasta el techo, repletas de libros que aparentan ser volúmenes de historia del derecho anglosajón pero que en realidad contienen, entremezcladas con libros auténticos, las notas que ha ido escribiendo a lo largo de los años. Así lo quiso ella porque, tal como decía: «La confidencialidad de lo que hago en ocasiones debe permanecer oculta, incluso para mí misma. De manera que, metidas en libros, y siempre delante de mí, las confidencias de mis clientes y las cosas que pienso de ellos estarán ocultas pero a la vista de todo el mundo. Y tú, Lisa, jamás pienses siquiera en tocarlas. Se ha de respetar la confidencialidad entre abogado y cliente».

Mi madre podía mostrarse así de severa. Pero ahora ha muerto, de modo que no sería práctico obedecer unas reglas que ya no sirven.

El imbécil del sótano extrajo de las estanterías un par de libros de señuelo, vio que no contenían nada más que textos jurídicos antiguos y ningún papel escrito a mano por mi madre, y pasó a otra cosa.

Cojo los tres últimos libros, siguiendo el método de fechado en clave que utilizaba mi madre, el cual escribía en letras cursivas blancas en el lomo de cada volumen nuevo. De uno de ellos cae una delgada agenda encuadernada con piel de topo. Rápidamente examino lo que ha escrito en ella en estas últimas semanas y descubro el nombre de «Velada», «Iglesia mariana», «Juez Rasper» y «Dentista», o bien las abreviaturas que los identifican: V, mariana, J. R. y Dentista, pero a menudo escritos en la misma página. No tengo tiempo para leerlo todo. Ya sé lo suficiente. «Velada» e «Iglesia mariana» me dicen que mi madre tropezó con el avispero que forma parte de mi plan. Pero este «Juez Rasper» es una información nueva. Y en cuanto a lo de «Dentista», no tengo ni idea de a qué se refiere.

«Ya averiguaré desde dentro el papel que desempeñan Rasper y este Dentista. No te desvíes del rumbo. Ejecuta el plan. Empezaremos hoy. Temprano. Control desde dentro».

Mi propio iPhone se encuentra dentro de una caja fuerte en mi habitación, situada en el ala derecha, en el otro extremo de la casa, al lado de la cocina. Cojo el teléfono inalámbrico de mi madre para marcar el número de móvil del agente del FBI jubilado que tengo trabajando en mi firma de consultoría, que casualmente es el mismo que me ayudó a salvarme hace dieciocho años. El agente especial Roger Liu. Mientras marco el número, leo una notita adhesiva pegada al ordenador de mi madre en la que se indican todas sus contraseñas.

—Liu —responde. Si estuviéramos en nuestra oficina central de Luisiana, habría respondido: «15/33, sociedad anónima».

—Escucha —le digo al tiempo que rompo en pedazos la notita de las contraseñas—. Mi madre descubrió o le contaron lo de Velada. Acaban de asesinarla de un tiro. En su agenda aparece «Iglesia mariana». Y también algo referente a un tal juez Rasper y a un dentista...

Me interrumpen unos golpes que se oyen en la escalera. La habitación en la que me encuentro se sacude con la vibración, porque esta es la parte antigua del edificio. Dejo el teléfono inalámbrico en la mesa escritorio y la agenda de mi madre sobre una mullida butaca giratoria y me preparo. Ahora, el iPhone de mi madre está en el bolsillo de atrás de mis vaqueros.

Cuando levanto la vista, veo que el imbécil del sótano está subiendo la escalera.

Giro la butaca de forma que el asiento donde está la agenda quede mirando hacia mí. El respaldo da hacia la puerta, donde ahora ha aparecido el imbécil del sótano, y me bloquea la salida. A mi espalda tengo una ventana cerrada, pero hay seis metros de altura y si salto desde ella corro peligro de lesionarme gravemente o de matarme. Las zapatillas que llevo no absorben los impactos, y en el exterior no hay ninguna cornisa en la que pueda apoyarme para bajar hasta el suelo. El imbécil del sótano mide medio metro más que yo.

Por el teléfono inalámbrico se oye la voz de Liu:

—Lisa, ¿qué ocurre? Lisa... Joder... Lisa...

—Las notas, ya —dice el imbécil del sótano entrando en el despacho. Pasa por debajo de la máquina de gimnasia que hay en la puerta y se dirige hacia la butaca. Camina con cautela, con los brazos levantados y en posición de combate. Deben de haberle advertido respecto de mí; trabaja para la misma gente que pretende llevarme cautiva de nuevo mañana para utilizarme en su enfermiza casa de los horrores como otra víctima más de la trata. Creo que ellos no saben que yo sé eso, ni que tengo una trampa para su trampa.

Observo su manera de moverse. Su pie dominante es el izquierdo y se encuentra a cuatro pasos de la butaca.

De repente giro la butaca y la agenda queda frente a él.

—Ahí las tiene —le digo.

Se sorprende y hace una pausa.

—Adelante, cójalas.

Cuando se inclina, vuelvo a girar la butaca hacia mí, agarro la agenda y me la guardo en el bolsillo frontal de los vaqueros. Acto seguido, me subo de un salto a la butaca y luego a sus hombros, a horcajadas, con mi pelvis delante de su cara. Mientras lo asfixio con los muslos, me inclino por encima de su cabeza aprovechando el impulso del salto y consigo que doble el torso hacia atrás, lo cual rompe su postura. Es simple física. Cuando cae de espaldas al suelo, alargo la mano y me agarro de la máquina de gimnasia. Me quedo colgando con él debajo, medio cuerpo en el rellano de la escalera y el otro medio dentro del despacho de mi madre. Apunto a su cara con los pies y me suelto. Los cincuenta y tres kilos que peso le caen de lleno en la nariz, en los ojos y en la boca. Luego salgo disparada en dirección a la escalera.

Pero lo he subestimado. He creído que, al igual que hizo la mujer de la faldita rosa, centraría la atención en lo mucho que le dolía la cara, he pensado que eso lo distraería. Pero ni siquiera ha hecho un gesto de dolor, ni tampoco ha levantado una mano para tocarse la nariz rota ni el labio partido. Absorbe las heridas ignorándolas, se dobla sobre sí mismo y se pone de pie. El rechinar de sus botas negras y el crujido del suelo de madera del despacho levantan eco en las paredes azules de la escalera. Antes de que yo pueda escapar, saca su pistola y me golpea con ella en la sien. Ahora soy yo la que está en el suelo, de nuevo oyendo zumbidos y hormigueos en mi cerebro y viendo las estrellas. Una visión distorsionada y ondulante me dice que ha levantado un pie con la intención de estampármelo en el mismo punto dolorido en el que me ha golpeado con la pistola. Y mientras, llevada por el instinto, me toco el lugar del dolor y me enrosco sobre él como si eso fuera a reducirlo. Me viene a la memoria la principal enseñanza de Sarge: «Tu dolor es el principal recurso de tu adversario. No des recursos a tu adversario». Era la tercera vez que Sarge me rompía la nariz cuando dejé de encogerme sobre mí misma. Así que esta vez no me encojo sobre mí misma, ni tampoco me consuelo, sino que ruedo por el suelo.

A estas alturas, las sirenas ya llenan la escalera y el mundo exterior. Allá abajo se oyen gritos y carreras. He rodado sobre mí misma hasta lo alto de la

escalera, y en ese momento el imbécil arremete contra mí con el arma levantada, como si fuera a golpearme otra vez.

—¡Quieto! —Oigo que exclama alguien al pie de la escalera—. ¡Tire el arma!

Sé que si me muevo este policía no va a saber qué demonios está pasando, así que me quedo quieta también.

«Nos hemos salido del plan por el momento».

Siento que crece la furia en mi interior e intento contenerla. «Apechuga con esta desviación».

«No fracasas como fracasaste con Dorothy. No».

4

Lisa Yyland: comisaría de policía

La comisaría de policía de East Hanson se encuentra en el mismo edificio que el ayuntamiento. Aquí dentro está todo el gobierno de este pueblo, y no tiene en absoluto la pinta de ser un edificio en el que se llevan a cabo transacciones gubernamentales o se aplica la ley. Más bien me recuerda a las plantaciones sureñas que había junto a la casa de Nana en Savannah: un edificio rectangular de ladrillo blanco provisto de unas columnas blancas y un majestuoso porche. Con unos grandes helechos colgando de unas argollas. Comparte el aparcamiento del pueblo con los usuarios de la rampa para embarcaciones. La rampa para embarcaciones desemboca en una ensenada en la que flotan varias hileras de pantalanés para botes de remos y lanchas rápidas. Más allá de la ensenada hay un canal por el que circula un tren suburbano, y más allá está el puerto, en el que hay anclados veleros y yates que valen millones de dólares.

El cadáver de mi madre está en el parque adyacente al puerto. Lo más probable es que ahora esté cubierto por una sábana blanca. Miro en esa dirección a través de una ventana abierta del despacho de la jefa de policía, a la espera de que termine de leer un fajo de papeles bajados de internet.

Naturalmente, mi vista humana infradotada no es capaz de ver más allá de la ensenada y del canal cubierto por el puente, no es capaz de perforar las velas de los veleros que hay en el puerto, ni de atravesar como un rayo láser todos los árboles del parque hasta donde se encuentra mi madre. Sin embargo, sí que soy capaz de visualizar su cuerpo bajo una sábana blanca.

—Lisa...

Imagino un pliegue en la tela por encima de sus pies.

—Lisa...

Al recorrer su cuerpo con mi visualización, reparo en que la sábana no sube y baja al ritmo de su respiración, una respiración que no existe.

—Lisa...

La jefe de policía emite una tos para que aparte mi atención de la ventana. Se apellida Castile. Cuando me vuelvo hacia ella, frunce los labios.

—Lisa, lo siento mucho. Esto debe de resultar muy duro —dice la jefe Castile.

Esta es la comisaría de policía de un pueblo rico, situada junto al mar, dentro de un majestuoso edificio del estilo de las plantaciones. Aquí no existen salas de interrogatorio sin ventanas, no hay necesidad. En el único calabozo que hay tienen custodiado al imbécil que ha asesinado a Barbara, pero normalmente se reserva para que el personal de la comisaría juegue a las cartas. Esa es la información que he recopilado escuchando a todos los que andan de cháchara por fuera del despacho del jefe mientras esperaba a que Castile terminara de leer los datos que han encontrado sobre mí buscando en Google. La mayoría de los agentes de Castile y de la policía de este estado se encuentran donde mi madre o en el puerto, trabajando en las escenas del crimen. La jefe Castile ha decidido encargarse personalmente de hablar conmigo, dado que soy el testigo principal y la única víctima que sigue viva.

De modo que allá vamos. Ha llegado el momento de las preguntas sin respuestas.

Castile me está mirando. Me gustaría saber qué experiencia puede tener en investigar crímenes trabajando en una localidad costera como East Hanson. Y aunque estoy bastante segura de que su vida profesional es pacífica e inocente y que se limita a responder llamadas acerca de turistas que invaden las playas de propiedad privada, no tengo pruebas verificadas e irrefutables de que pueda fiarme de ella o de las personas que tienen acceso a sus archivos, así que no voy a divulgar ningún hecho relevante.

Se notan un sabor a sal y un olor a marea baja que llenan la habitación. Una gaviota gris, que parece tiñosa en comparación con las que vuelan en la ensenada, se posa en el alféizar de la ventana. Da la impresión de querer hacerse con el poco práctico sándwich de Castile, que lleva tres centímetros de lechuga y cinco de carne. Castile se pone de pie, espanta a la gaviota y cierra la ventana.

—Menudo buitre —comenta sonriéndome—. Ese pájaro siempre está intentando robarme el almuerzo.

Me fijo en un armario que hay detrás de Castile. En él está guardado con llave el iPhone de mi madre; algún policía lo recogió del rellano del segundo piso de la casa de mi madre y lo metió en una bolsa de pruebas. Se me había salido a mí del bolsillo y estaba justo entre yo misma y el imbécil del sótano. Dado que mi madre le había puesto en la parte de atrás una pegatina con su

nombre y el teléfono de su oficina, no pude afirmar que era mío. La delgada agenda de mi madre sigue estando en el bolsillo frontal de mis vaqueros, debajo de mi camiseta. Necesito recuperar ese teléfono. Me parece que Castile tecleó 8933 en la cerradura del armario cuando me condujo a este despacho y me sentó en su silla de invitados, pero podría equivocarme en un dígito o en los cuatro.

Antes de que la policía nos condujera al exterior de la casa de mi madre, en un momento dado Liu dejó de chillar por el teléfono y creo que empezó a escuchar. «Soy una víctima», les decía yo repetidamente a los agentes que estaban esposando al imbécil del sótano y metiendo en una bolsa el teléfono de mi madre. Pero como los agentes desconocían lo que estaba pasando, y les había llegado la información de que yo le había clavado las uñas a la mujer de la faldita rosa, que había huido de la escena poco después que yo, no me esposaron ni me detuvieron; tampoco me registraron, pero sí me refrenaron y me pidieron que respondiera a unas preguntas en la comisaría. En ocasiones es más rápido obedecer, de modo que aquí estoy.

—¿Ha llamado ya Boston? Quiero asegurarme de enviar ese teléfono a las personas adecuadas para que lo sometan a un examen forense. ¡Lo antes posible! —le chilla Castile desde su sillón a alguien que está fuera del despacho.

—Todavía no, jefe —contesta una mujer.

—No es necesario que le hagan ningún examen forense a ese teléfono —intervengo yo.

—¿Disculpe?

—Un examen forense no va a decirles lo que necesitan saber. Es innecesario.

Castile se inclina sobre su mesa, apoya la barbilla en la mano y me estudia de cerca. Las arrugas de las patas de gallo que le rodean los ojos tienen un color más claro que la piel de alrededor, que está bronceada. Todas las partes de su cuerpo, incluido el rostro, presentan buen tono muscular. La pared que tiene a la espalda, contra la que se apoya el armario de las pruebas, se ve repleta de certificados, unos cuantos títulos, una tabla de surf de un metro de largo, decorativa, pintada de color naranja, y en el centro una placa de un campeonato de biatlón, un primer premio a la puntería esquiendo. Su aparador está abarrotado de fotografías enmarcadas de un niño en diversas poses deportivas: fútbol, surf de remo, esquí, baloncesto; en otras se la ve a ella rodeándole los hombros con el brazo. En todas las mallas deportivas luce el número 33. Las imágenes de ambos con diferentes uniformes y atuendos

forman un arcoíris. Castile y su hijo podríamos ser Vanty y yo, excepto que su hijo tiene los ojos de un color avellana opaco, no tan brillantes como los azules y cristalinos de Vanty. Castile lleva la pistola sujeta al pecho con una correa.

Mantengo las manos apoyadas en las piernas sin cruzar, la postura recta, sentada en la dura silla de madera destinada a los invitados.

—Claro, claro, claro. La verdad es que usted es la experta en todo lo forense. Y sé que no pretende ser sarcástica cuando dice eso. Usted posee uno de los laboratorios forenses privados de mayor prestigio del país —me dice Castile al tiempo que coge las páginas impresas de internet que ha estado leyendo.

—Mi empresa no ofrece exámenes forenses de dispositivos digitales. Principalmente nos dedicamos a la consultoría de física y biología, en ocasiones metalurgia y química, para las autoridades y la empresa privada. Pero sé que ustedes no necesitan realizar un examen forense a ese teléfono.

Normalmente no hablo tanto ni doy estas explicaciones, pero es que tengo que buscar la manera de impedir que Castile le mande a alguien el teléfono de mi madre y yo lo pierda de vista. Estoy segura de que Liu está viniendo hacia aquí y debo estar preparada para liberarme yo y liberar el teléfono de mi madre en cuanto llegue. Gracias a Dios, no hay fotos de Liu en internet.

—Hum —dice Castile examinando otra página impresa—. Cuando uno busca el nombre de Lisa Yyland aparece gran cantidad de información. Incluso hay una página en la Wikipedia. Dice que a los dieciséis años la secuestraron en su casa de New Hampshire, estando embarazada, y que escapó matando a su captor. Los detalles de cómo lo hizo son bastante alarmantes, la verdad. ¿Electrocución? ¿O fue mediante ahogamiento?

«Las dos cosas».

—Hum. Imagino que da igual, ¿verdad? Supongo que lo que hiciera tiene lógica, dado que ellos tenían planeado quitarle a su hijo y venderlo, ¿no? Seguro que yo habría hecho exactamente lo mismo, Lisa. —Lanza un bufido por la nariz y dedica unos segundos a contemplar el arcoíris de fotografías de su hijo—. Sí. Yo habría hecho exactamente lo mismo. Sea como sea —dice volviéndose de nuevo hacia mí—, a continuación mandó allí al FBI para que detuviera al resto de la banda. ¿Es cierto?

—Sí.

Vuelve a leer. Va pasando las páginas.

—Jefe... —le digo.

—Un segundo. Aquí dice que otra joven, una tal Dorothy Salucci, no consiguió salvarse.

«Dorothy no se salvó porque yo no fui capaz de salvarla a tiempo».

—Y ahora usted es la propietaria del edificio en que las retuvieron a las dos. Vaya. Es el domicilio social de su empresa. Una antigua escuela abandonada de Indiana que usted adquirió en una subasta. ¿Es correcto?

—Sí. Jefe, repito que no es necesario que realice un examen forense al teléfono de mi madre.

Castile deja las páginas impresas.

—Pues si eso no es necesario, dígame qué es necesario.

—Un examen forense significaría que está buscando dentro del teléfono datos inactivos, ya sean fragmentados o borrados, o metadatos. Lo único que necesita en realidad es la contraseña, para poder acceder al correo actual y a las cuentas de texto. Y también a los contactos.

—¿Tiene usted la contraseña?

«Por supuesto que tengo la contraseña».

—Es la contraseña de mi madre, no la mía. Sabrá usted que es abogada, ¿no? Trabaja en Boston, en Stokes & Crane. Estoy bastante segura de que todos sus correos y sus textos, y también sus notas escritas, están protegidos por la confidencialidad entre abogado y cliente.

—Eso no viene a cuento. Su madre, y lo siento, Lisa, está...

«Muerta».

—La confidencialidad entre abogado y cliente pertenece a sus clientes, no a ella. Debería usted consultar antes a Stokes & Crane. —Mi ventaja consiste en que todo se retrase debido a una batalla legal por el acceso a los datos. Que se retrase lo suficiente para que nadie mire las notas de mi madre en los dos próximos días.

—Esto es una investigación criminal, Lisa. Estoy segura de que esas normas ya no sirven.

Me encojo de hombros. Podría iniciar un debate con Castile para prolongar la conversación, pelear con ella haciendo uso de los sentimientos y exigirle que muestre respeto por la muerte de mi madre. Estudio la posibilidad de fabricar unas cuantas lágrimas.

Castile me observa atentamente, al parecer está buscando algún movimiento en mi rostro.

—De acuerdo —dice—, está bien. —Frunce los labios, coge otra página impresa de internet y busca una referencia que acaba de recordar—. Bien. Los periódicos la llamaron a usted Niña Terrible. Perdóneme. Pero es así, ¿no?

Aquí dice que usted es incapaz de experimentar emociones. Por lo menos eso es lo que testificó el psicólogo en una de las vistas del tribunal.

«Se equivoca. Era psiquiatra, no psicólogo, y lo que testificó fue que yo poseo una rara capacidad para elegir o no mis sentimientos. Incapacidad y capacidad de escoger son dos cosas muy distintas. Con frecuencia escojo no experimentar sentimientos, porque me anulan y me retrasan. La mayoría de los sentimientos causan ineficiencia».

—Quisiera hacer dos llamadas telefónicas —declaro.

Castile se rasca la barbilla y gira la cabeza. Su cola de caballo rubio se balancea. El gesto de su boca es serio y tiene los ojos entornados.

—¿Dos llamadas?

—Sí. Usted no me ha detenido.

—No, no está detenida. Claro, claro. Pero nos gustaría hacerle varias preguntas, Lisa. No sé si todavía estará en estado de *shock*. Como le dije antes, en mi opinión deberíamos hacer venir a los técnicos sanitarios. Están arriba.

—No. Usaré su teléfono. Si quiere, puede mirar por el cristal de la puerta —añado, señalando la puerta del despacho a modo de indicación para que salga.

Castile se rasca el ojo derecho.

—De acuerdo. Está bien. Si acepta quedarse aquí y hablar, supongo que no pasa nada por que haga dos llamadas. Bien.

Se levanta, rodea la mesa y pasa por mi lado. Yo no me muevo, y me quedo mirando el teléfono hasta que se ha ido. Con el rabillo del ojo la veo de pie junto al cristal de la puerta, vigilando. Que esta línea telefónica se grabe no es algo que vaya a importar en un futuro inmediato.

Liu debía de estar esperando a que lo llamase a su teléfono imposible de rastrear, porque contesta al primer timbrado.

—¿Se puede saber qué diablos ocurre? —pregunta.

—Estoy en la comisaría de policía de East Hanson. Tienen el teléfono de mi madre. Eso trastoca el plan.

—Y una mierda, el plan está abortado. Han disparado a tu madre. Abandona todo esto. No te muevas de ahí. Ya casi hemos llegado. Cinco minutos.

«Se refiere a él y a Lola».

Lola, que no es su verdadero nombre, es la otra agente que ayudó a salvarme hace dieciocho años, y gracias a Dios tampoco hay fotos suyas en internet ni en ninguna parte. Ella no está jubilada y trabaja de consultora

como Liu, y la facción de las autoridades para la que trabaja es confidencial. En general la denominamos la Agencia Beta, solo por denominarla de algún modo.

—Venid aquí. Terminó dentro de poco.

A continuación hago la segunda llamada. Al acabar, me giro hacia el cristal de la puerta para indicarle a Castile que ya puede volver a su despacho.

Cuando entra, con una taza de café en las manos, me dice:

—¿Quería un café? Tenemos una de esas máquinas de cápsulas, así que no es molestia. ¿Avellana?, ¿vainilla?, ¿donut?, ¿descafeinado? ¿Qué le apetece?

—¿Qué es lo que desea preguntarme?

—De acuerdo, pues nada de café.

Vuelve a sentarse, y justo cuando está poniéndose cómoda, entrelazando las manos sobre la mesa y encorvando los hombros para parecer sumisa — conozco esta técnica, la he estudiado—, irrumpe una mujer en el despacho.

—Jefe, tengo al teléfono a un abogado que afirma que es el socio director de Stokes & Crane. Dice que acaba de recibir una llamada de aquí respecto del teléfono de esa mujer y que usted tiene que hablar con él antes de mirar nada. Amenaza con acudir a los tribunales a solicitar un requerimiento.

Castile me mira fijamente, yo le devuelvo la mirada.

—Así que dos llamadas, ¿eh? —me dice, y se muerde el labio inferior igual que hace Lenny, mi marido, cuando dice que se siente «frustrado» conmigo.

Continúo mirándola.

—Jefe, más vale que se dé prisa. Por lo visto, hay otros abogados de Stokes llamando a otros teléfonos —apremia la mujer, y de pronto mira detrás de ella—. ¿Qué es eso?

Una voz de hombre está diciéndole algo, algo que tiene que ver con ir a Boston.

—La jefe ya te ha dicho que cojas los formularios de la cadena de custodia. Cógelos. Yo la informo —responde la mujer. Luego se vuelve hacia la jefe y comenta—: Dicen que van a llevarlo todo al laboratorio forense de Clarendon. Pero ¿qué hago con esos abogados? —Se gira de nuevo y dice—: ¿Qué? No lo sé. —Otra vez a Castile—: Jefe, ¿dónde están los formularios de la cadena de custodia?

—Maldita sea —masculla Castile dando un golpe en la mesa—. Dile al abogado de Stokes que no cuelgue. Nadie se llevará ese teléfono sin haber

rellenado los formularios. Maldita sea. Los formularios... Olvídalo. Lisa, no se mueva de aquí, enseguida vuelvo.

«Esta mujer está tratando con aficionados. Pero este es el caos que necesito».

Cuando Castile se levanta para salir una vez más, lo cierto es que quisiera poder contarle todo. Quisiera poder confiarme a ella y fiarme de que nadie va a acceder a sus archivos. Quisiera que ella pudiera ayudarnos a atraer a una trampa al núcleo del grupo de personas que condujeron a mi secuestro y a sus horrendos clientes, y ayudarme a liberar a quienes actualmente son sus víctimas.

Castile nunca podría entender, ni creer, lo locos que están estos monstruos y las cosas tan horribles que son capaces de hacer a las chicas con tal de satisfacer sus desviados deseos. Si yo pudiera explicárselo, entendería por qué he tenido que urdir un plan con tanto secreto para detenerlos pillándolos con las manos en la masa. Quizá entendería lo peligroso que es para las chicas que se encuentran cautivas en este momento que ella me tenga aquí retenida. Pero no puedo arriesgarme con Castile. No tengo tiempo para validar su inocencia ni su capacidad para guardar un secreto.

Lisa y Velada

Pues sí, electrocuté y ahogué a mi carcelero, que también era el de Dorothy Salucci, y encerré a su hermano gemelo, un médico incompetente, y con él a otros cómplices que eran pura escoria. Pero lo que nunca he revelado a nadie excepto a Liu y Lola es una cosa que me dijeron en el aparcamiento del juzgado la tarde en que testifiqué contra el médico.

Hay más envidia en la historia que empezó hace dieciocho años.

Nana dice que hay ocasiones en la vida en que uno se estremece al ver las extrañas maneras que tiene el universo de ponerte espejos en el camino. Tal como dice el mundo, o la vida, o algún creador de todo lo que existe: «Mira a esa otra persona; así es como el mundo te ve a ti». Nunca entendí lo que quiso decir con eso, hasta que conocí a Velada.

Corría el año 1993, y hacía seis meses que me había escapado. Estaba de nuevo en Indiana, había viajado desde nuestra casa de New Hampshire para testificar contra aquel médico gilipollas. Como en Indiana era invierno, el cielo estaba gris, frío y denso, a punto de reventar en una lluvia gélida. Iba sola, sorteando los automóviles del estacionamiento del juzgado, me dirigía al BMW alquilado de mi madre. Ella iba a quedarse media hora más con el equipo de fiscales, repasando el testimonio y el plan para el día siguiente. Yo estaba agotada tras un día de interrogatorio directo, contrainterrogatorio y de nuevo otro interrogatorio.

De repente oí a mi espalda unas pisadas que hacían crujir la capa de sal y de polvo que cubría el asfalto del estacionamiento, y como estaba muy alerta por si me secuestraban de nuevo, eché a correr sin girarme para ver de quién se trataba.

—¡Alto! —exclamó una voz de mujer.

Seguí corriendo y me desvié dos filas de coches más allá para evitar pasar junto a una furgoneta de color verde. Matrícula de Indiana, número 677854. Por desgracia, había aprendido a fijarme en esas cosas.

Me detuve para mirar, y lo que vi no representaba una amenaza física. Era una mujer joven, vestida de negro, que venía hacia mí. Al principio no me fijé en sus pies. Al compararla con la altura de la furgoneta, calculé que debía de medir un metro y medio y pesar unos cincuenta kilos. Una estatura y un peso inferiores a los que tenía yo cuando era adolescente. Caminaba con paso seguro y rítmico. Tras estimar que tendría poco más de veinte años, hice inventario de su cabello negro, sus ojos gigantes y de color azul, y sus brazos delgados y rectos. Al verla más de cerca, los brazos se convirtieron en los tonificados brazos de un murciélago, pero sin la membrana: de cada uno de ellos sobresalía un bíceps perfecto que formaba un bulto en la camiseta negra y de manga larga que llevaba. Estaba delgada pero musculada, sin grasa. Una máquina compacta, eficiente y esbelta. Según un artículo de Live Science, los murciélagos son más eficientes que las aves. De modo que debería amar al murciélago. Debería reverenciar al murciélago.

Aquella chica tenía algo concreto que me cautivó.

Cuando me tenían presa, hubo un par de veces que juro que apareció una mariposa negra aleteando en el cristal de un ventanuco triangular que había en mi lugar de encierro. En momentos de debilidad, cuando sucumbía a los sentimientos y no lograba desactivarlos, imaginaba que aquella mariposa era mi salvadora. Sin embargo, ahora, aunque tengo la seguridad de que mi visión de aquella mariposa era real, la idea de que fuera mi salvadora provenía del delirio provocado por el confinamiento en solitario. Existe un término médico para eso: psicosis de prisión.

Aquella chica murciélago con andares de asesino en serie tenía una mariposa negra tatuada en la mano derecha, en el espacio que hay entre el índice y el pulgar.

—Tú eres la chica que mató a Ronald Rice y salvó a Dorothy, que después murió —me dijo. Habló sin afecto, sin emoción alguna.

—Sí —contesté. Todavía nos manteníamos un poco separadas la una de la otra. Yo, aunque tenía unos cuantos años menos que ella, era unos centímetros más alta. Durante medio segundo posé la mirada en su tatuaje.

—He estado viendo el juicio. Llevaba puesta una peluca y estaba sentada detrás de los periodistas, de modo que seguramente no me habrás reconocido —siguió diciendo, de nuevo con voz monótona.

—Así es.

Tomé nota mentalmente de corregir aquel fallo de observación.

—¿Lo hiciste todo tú sola? ¿Matar a Rice, testificar como has hecho hoy para incriminar al médico?

—Correcto.

—Sé que has mentido bajo juramento. Pero has mentido para que él no saliera impune.

No respondí nada. Me limité a mirarla. La chica murciélago había iniciado una partida de ajedrez conmigo.

—En ese caso, tú eres la única persona de la que me puedo fiar —dijo.

—Seguramente.

La mayoría del tiempo no tengo motivos para engañar, los sentimientos no me sirven de nada. Miento a mi familia en determinadas cosas para protegerla. Y es posible que mintiera bajo juramento en contra del médico, pero fue en aras de un bien mayor. Casi siempre, digo las cosas tal como son.

La diminuta chica murciélago, de frente moteada por una profusión de pecas que recordaban a la Osa Mayor y con una mariposa negra tatuada en la mano, miró a izquierda y derecha para asegurarse de que estábamos solas.

—Has cabreado a una persona que está en el meollo de todo esto. Se denomina a sí mismo Eminencia, y te tiene fichada. Según dice, se ocuparán de ti en su próxima visita a Estados Unidos. No sé cuándo, pasarán años, eso seguro, pero no sé cuántos. Estoy intentando hacer un cálculo. Por ti. Y también por mí. Has echado a perder una fuente de ingresos de Eminencia cerrando ese pequeño grupo que secuestra y vende chicas rubias. Eminencia dice que se lo pagarás, de modo que estás fichada. Mi contacto todavía está dentro. Llevo un tiempo intentando averiguar cómo desenmascarar o matar a Eminencia por lo que me ha hecho desde que salí. Opino que si tú y yo trabajamos juntas podremos atraparlo.

—¿Cuándo te tatuaste esa mariposa? —le pregunté.

—¿Cómo?

—Si has estado observándome, habrás leído la entrevista en la que mencioné una mariposa negra. A lo mejor te has hecho ese tatuaje para congraciarte conmigo y has venido aquí para atraerme hacia una trampa.

—Simplemente me gustan las mariposas, ¿vale?

—Puede ser.

Estando en aquel aparcamiento de Indiana, me pregunté si aquella chica estaría mintiéndome acerca del motivo de su tatuaje. Aunque no miró hacia arriba ni hacia la izquierda, que, según los libros que hablan del lenguaje corporal, es el principal signo que delata a un mentiroso que está inventándose una respuesta, y aunque no arrugó la frente, sí que me miró sin pestañear, como si quisiera forzarme a creerla.

—Además, sí que he leído el artículo del que hablas. No era una mariposa lo que creíste ver en aquel cuarto en el que te tenían encerrada. Aquí, en Indiana, la biosfera sugiere que era más bien una polilla —afirmó la chica murciélago.

«Sabe lo que es una biosfera».

—Era una mariposa —repliqué, porque necesitaba que fuera una mariposa. Necesitaba tener la razón. La precisión a ese respecto.

—Ya, bueno, la científica eres tú, ¿no?

—Soy estudiante.

—Mira, si quieres estar preparada para Eminencia, si quieres acabar con el Círculo Central, vengarte de verdad por lo de Dorothy, tenemos que trabajar juntas. —Se llevó una mano al bolsillo de atrás y sacó un encendedor de color verde botella y un único cigarrillo. Mientras accionaba el encendedor y daba una calada, lo cual me pareció de lo más maleducado, porque debería haber terminado la frase y no haberme obligado a respirar humo de segunda mano, continuó—: ¿Me estás escuchando? Esto es importante. Tenemos que trabajar juntas.

—Yo no trabajo con otras personas.

—Ni yo tampoco, joder. ¿Sabes? —Hizo una pausa para exhalar. Contuve la respiración para no tragar el humo—. Estoy segura de que te consideras muy dura al haber escapado de ellos. Pero te dieron de comer, ¿verdad? Y no te violaron, ¿a que no? Y te tuvieron encerrada tan solo un mes.

—Todo eso es correcto.

—Pues entonces no tienes ni idea de lo que es estar en la Pecera de las Langostas.

—¿La qué?

«La Pecera de las Langostas. Anotado».

—Ya me has oído. Tengo que irme. Estoy segura de que en este momento hay personas vigilándote, y ya llevo demasiado tiempo aquí fuera, a la vista. —Miró a su espalda y después se volvió de nuevo hacia mí, pero mantuvo la mirada baja—. Los hombres que te secuestraron eran como una filial de una empresa pequeña pero preponderante. Querían dedicarse únicamente a secuestros de rubias embarazadas, un nicho muy concreto. Pero tenían que pagar una tarifa al Círculo Central, que dirige un negocio de tráfico de seres humanos pequeño pero increíblemente rentable que vende «experiencias» a cabrones ricos. Cabrones poderosos. Y esas experiencias son terribles. Yo fui una víctima del Círculo Central. Escapé la noche en que me metieron en la Pecera de las Langostas.

Esta vez, cuando dijo «Pecera de las Langostas» se miró los pies para indicarme que debía mirar yo también. En mitad del frío de Indiana, iba calzada con chanclas. Apoyó un pie en el parachoques de un automóvil para enseñármelo: en todos los dedos la piel estaba chamuscada y fruncida, y también en el empeine y en el tobillo. La longitud natural de todos aumentaba hasta igualar la del dedo gordo.

Siguió hablando sin mover el pie de sitio:

—Me utilizaron para sus «experiencias», me atiborraron de heroína. Y vi cosas que tú no imaginarías. Necesito acabar con el Círculo Central, y sobre todo con Eminencia. Lo único que sé es que viaja desde Asia siguiendo algún programa concreto, pero mientras me tuvieron encerrada estaba demasiado drogada para captar algo más que unos cuantos detalles borrosos. Ese es el plan por el momento, porque es todo cuanto tenemos. Intentaré encontrar un modo de volver a contactar con mi enlace y te pasaré información cada vez que pueda. Va a llevarnos años. Pero tenemos que acabar con todos ellos pillándolos con las manos en la masa, o de lo contrario no funcionará. Están bien relacionados, tienen a policías, jueces, políticos, abogados caros que les permiten escabullirse sin que los cojan. Ya tendrás noticias mías. Pero debes estar preparada, porque te han fichado. Debes estar preparada.

Ladeé la cabeza repitiendo mentalmente lo que acababa de decirme, pero ella se lo tomó como si estuviera cuestionándola.

—¿No me has oído? Tienes que estar preparada.

Dio una calada y expulsó partículas en una nube cancerígena que quedó suspendida en el aire. De nuevo contuve la respiración.

«Qué maleducada».

—Vas a estar preparada, ¿verdad?

—¿Para qué?

—Para la Pecera de las Langostas. Te han fichado. Eh, ¿me estás escuchando? No recuerdo gran cosa, estaba muy colocada. Recuerdo que me quemaban los pies y que me resbalaba, no sé cómo. Así que averígualo. Estate preparada.

—¿Cómo te llamas?

—El único nombre que debes conocer es Velada.

Y dicho eso, Velada cruzó dos hileras de coches hasta la furgoneta verde y se subió a ella. Al pasar por mi lado, despacio, se detuvo, bajó la ventanilla y me dijo con sorna:

—Lo que viste no era una mariposa, sino una polilla. Estate preparada.

Y a continuación arrancó al tiempo que aplastaba el cigarrillo en un cenicero que no alcancé a ver.

«La próxima vez, cógele el cigarrillo para analizar el ADN.

»Averigua lo que es la Pecera de las Langostas. Estate preparada».

Después de aquello, finalizado el juicio y habiendo ya regresado a New Hampshire, pasé dos años enteros luchando contra un sentimiento insistente: un cariño imperecedero y debilitante hacia Dorothy M. Salucci, la chica a la que no pude salvar. También me preocupaba el cariño que sentía hacia aquella mariposa, un insecto que tal vez identifiqué erróneamente, y por lo tanto me daba miedo la posibilidad real de que le hubiera tomado cariño a un espejismo. «¿De verdad vi una mariposa? ¿Podemos fiarnos de los sentidos? ¿De la vista, el oído, el tacto, el gusto, el olfato? ¿De las emociones?». En agudos episodios de trauma sufridos durante esas dos largas batallas, la del cariño hacia Dorothy y la del miedo de haber tomado cariño a un insecto erróneamente identificado, pinté violentos cuadros impresionistas en un bosquecillo de abedules que había detrás de nuestra casa de New Hampshire.

Pero esos traumas también acabé superándolos, y me volví más resistente a la hora de aplicar mi capacidad natural para desactivar los sentimientos y ver todas las cosas meramente como hechos. Un día, mientras pintaba un abedul de extrañas formas, uno que tenía unos ojos negros y tristes que se derretían, llegué a una conclusión con la que iba a poder vivir: que el amor es un engaño. Y que el amor no se diluye, sino que se transforma y crece cuanto más se lo permitimos. El amor hace lo contrario de diluirse: lo infesta todo. El amor es una mala hierba, desagradable y virulenta.

Quien yo creía amar era un invento mío. Fundamentalmente, amaba cosas inventadas por mí. Y las invenciones pueden, y deben, evolucionar, modificarse, rediseñarse, actualizarse, redefinirse, desmantelarse y reconstruirse, y hasta destruirse. A partir de ese momento empecé a controlar mis invenciones de amor, porque me di cuenta de que el amor era un reflejo del modo en que yo decidía verlas, del modo en que yo decidía interpretar mi mundo a través de los sentidos. Al igual que lo que vemos, oímos, gustamos, tocamos, sentimos y olemos, nuestras emociones son simplemente modelos de percepciones de nuestro cerebro. Nuestra manera de navegar por el caos.

Empecé a centrarme de lleno en averiguar lo que era la Pecera de las Langostas. Gracias a Dios, los agentes especiales Roger Liu y Lola ya habían empezado a indagar. Desde entonces, cada minuto he estado recopilando información y pistas acerca de lo que es esa Pecera de las Langostas, dónde se encuentra y cuándo va a secuestrarme Eminencia. Y he estado haciendo

acopio de recursos para escapar de la Pecera de las Langostas y pillar con las manos en la masa, de un solo golpe, al Círculo Central y a sus peores clientes. Ese es el plan. Ese es el equipo.

Ahora, dieciocho años después, en la comisaría de policía de East Hanson, Massachusetts, vuelvo a pensar en aquel día en aquel aparcamiento gris de Indiana, en la mariposa que llevaba tatuada Velada y en cómo me taladraba con sus extraños ojos azules, como si fuera mi dueña. Me gustaría saber cómo habrían sido las cosas para mi madre si le hubiera dicho que no a Velada, si no le hubiera hecho caso. ¿Habría encontrado mi madre por sí sola, con su tenacidad, alguna pista acerca del Círculo Central? ¿La encontró de todas formas? Cuando me secuestraron a mí su vida se vio profundamente alterada, eso decía, y a menudo prometía arrancar de raíz a todos los «putos demonios» que alguna vez habían participado siquiera mínimamente en mi secuestro. Además, dedicó todas sus horas libres cuando no ejercía la defensa en litigios de empresas al tráfico de seres humanos, sin retribución monetaria. Pero yo siempre pensé que sus arrebatos no eran más que estallidos emocionales carentes de mérito, y siempre supuse que ella, como todo el mundo, suponía que ya habíamos llevado a todos a la horca. Pero al ver en sus notas las palabras «Velada» e «Iglesia mariana» comprendí que mis suposiciones eran erróneas, y también peligrosas.

Fuera de este despacho, Castile está al teléfono, hablando a gritos con un abogado del bufete de mi madre. Oigo una voz de hombre que dice que ha encontrado los formularios de la cadena de custodia y que va a venir a recoger el teléfono de mi madre guardado en el armario después de hacer una visita al baño. Me levanto, miro por la ventana, en la que está posada la gaviota buitre, y veo que ya han llegado Liu y Lola y que están buscando un sitio donde aparcar su furgoneta alquilada.

Voy hasta el armario cerrado con llave de Castile y pulso rápidamente 8933, los números que la vi teclear. Pero no ocurre nada.

Recorro el despacho con la mirada. Los gritos van disminuyendo. Dispongo de aproximadamente dos segundos para abrir esta cerradura, de modo que pruebo una vez más. Esa placa de biatlón. Ahora la tengo más cerca, y resulta obvio que ocupa un lugar central en la vida de Castile, puesto que es el objeto más prominente de los muchos que se exhiben en esta pared. Obtuvo el premio en 1979. Miro otra vez el número que aparece en las mallas deportivas de su hijo: el 33. Tecleo 7933. Bingo.

«Seguro que nunca se ha percatado de lo fácil que es esta clave... si es que alguien quisiera descubrirla».

Cojo el teléfono de mi madre, metido en la bolsa de pruebas, me voy hacia la ventana, y por el camino arranco un trozo de pan del absurdo sándwich que se ha preparado Castile.

Levanto la ventana, me subo a una silla que hay debajo, salgo al exterior y dejó el pan en el alféizar.

Mientras corro al encuentro de Liu y de Lola, sujetando la agenda que llevo en el pantalón para que no se salga del sitio, veo que detrás de ellos llega un Prius de color verde. Los dos coches están en uno de los carriles del aparcamiento. De repente suena el teléfono de mi madre. Abro de un tirón la bolsa de pruebas.

Mientras el Prius está detrás de la furgoneta de Liu y Lola, queda de costado, de manera que puedo ver quién lo conduce. Es nada menos que la mujer de la faldita rosa, todavía vestida de rosa, pero ahora lleva una peluca castaña y una estúpida gorra de los Red Sox. El teléfono de mi madre continúa sonando.

Liu abre la portezuela de su coche, saca un pie fuera y se incorpora manteniendo el otro pie dentro. Lola no se mueve del asiento del pasajero, permanece atenta a todos mis movimientos. Me llevo un dedo a los labios para indicarles que no deben hablar, pero no aparto la vista de la mujer.

Contesto al teléfono de mi madre.

Liu no vuelve la cabeza, está demasiado frenético, se le nota por el modo en que agita la frente y tamborilea con los dedos sobre el techo del coche. Lola ni siquiera ha cambiado de postura en su asiento. Su cara y su cuerpo son dos rocas inmutables.

—Tengo a tu hijo Vanty. Tráeme esas notas —dice la mujer de la falda rosa por el teléfono.

No solo pienso hacer daño a esta zorra, sino que además voy a partirla en pedazos por haber amenazado a Vanty. No tiene a Vanty en su poder. No puede tenerlo.

Cuelgo y marco el número de Sarge.

—¿Dónde está Vanty? —le pregunto en cuanto oigo que descuelga.

—Aquí mismo, conmigo. Todo está preparado.

—Traslada a todo el mundo a la posición —digo.

Sarge es el encargado de asegurarse de que Lenny, Vanty y Nana se encuentren a salvo mientras nosotros estamos ejecutando el plan. Voy a tener

que confiar en que esté cumpliendo con su misión; hasta ahora nunca me ha fallado. Tenía pensado poner a mi madre a salvo en otro lugar, esta noche.

En cuanto cuelgo, vuelve a sonar el teléfono, y de nuevo es la mujer de la faldita rosa:

—Capturaré a Vanty. Las notas, ya.

Liu me hace una seña: una V con la mano izquierda que seguidamente corta con la mano derecha. Significa que abortamos el plan. Habíamos acordado que si alguno de los tres daba un paso tan grave como el de abortar el plan estaríamos todos conformes. Una decisión reservada siempre para una circunstancia realmente extrema.

La mujer de rosa tiene cara de rata, no deja de decir «ya» por el teléfono. La imagino pronunciando esa palabra en un contexto distinto, quizá dirigiéndose a varias chicas jóvenes hacinadas en un sótano sin ventanas al tiempo que les ordena que se desnuden ante un cliente que va a pagar por vivir una enfermiza «experiencia».

Cuelgo el teléfono.

Todavía no me he hecho con unas herramientas fundamentales, dos pequeños discos electrónicos, del laboratorio que montó mi padre hace mucho tiempo en Manchester, New Hampshire, y que tenía pensado recoger esta noche (en el mismo sitio al que pensaba llevar a mi madre). Necesito ese material para el plan. Si no hago caso de Liu, lo cual supondría infringir significativamente las reglas de compromiso, ¿podría conseguir que esa mujer me llevara al laboratorio de mi padre antes de lo que ella cree que va a ser mi confinamiento? Estoy preocupada. Preocupada de que con la implicación de mi madre —y ahora su asesinato— el Círculo Central decida cancelar el plan que había trazado para atraparme. No puedo permitir eso. No puedo permitir que fracase una planificación que ha durado dieciocho años. Voy a forzarlos a que me capturen pronto, a que sigan adelante con su plan para poder atraparlos yo antes de que Eminencia regrese a esa madriguera que tiene en «Asia». Además, no soporto ni el más mínimo riesgo de amenaza contra Vanty. Tengo que irme con esa mujer ahora.

Liu vuelve a hacerme la seña. Tiene el mentón levantado y los dientes apretados, un gesto que le he visto hacer unas pocas veces a lo largo de los años, cuando está intentando reprimirse con todas sus fuerzas.

De pronto un movimiento fugaz en el árbol que tengo encima capta mi atención. Es la gaviota buitre, que se ha posado con suavidad en la ventana de la jefe de policía. Coge el trozo de pan del alféizar y, dado que el despacho aún debe de estar vacío, entra.

Me fijo en Lola. Me parece que me está leyendo los labios y dándose cuenta de que estoy mirando detrás de su furgoneta. Noto que me observa para ver si decido seguir adelante con nuestro plan. En este momento Lola está siendo leal y fiel, ni ha pestañeado. Se está mordiendo una uña ya mordida hasta la raíz. La miro fijamente para indicarle que necesito una respuesta, saber si está de acuerdo con Liu en abortar el plan.

Levanta dos dedos de la mano derecha simulando el cañón de una pistola, y al ver ese gesto echo a correr. Al pasar junto a su ventanilla le digo, señalando el callejón que hay en la parte de atrás del aparcamiento:

—Callejón, Vanty33. Abre portón trasero. —Y agregó en dirección a Liu —: Lleva a Velada a un lugar seguro.

En el despacho de la jefe de policía estalla un revuelo. Los gritos de Castile se mezclan con los de otras personas y con unos nítidos graznidos.

Cuando llego a la parte posterior de la furgoneta, a solo metro y medio del Prius, veo que Lola se ha pasado al asiento del conductor y ha abierto el portón trasero. Sostengo en alto, para que la mujer de rosa lo vea, el teléfono de mi madre y también la agenda. Entonces doy media vuelta, me meto en el portón trasero de la furgoneta y hago un truco de magia. Cuando me vuelvo de cara a la mujer de rosa, ya no tengo nada en las manos.

Me lanzo de cabeza hacia su Prius.

—Conduce —digo al tiempo que me subo al asiento del pasajero.

Le sujeto el brazo para retenerla cuando hace un intento de apearse del coche para recuperar los dos objetos de mi madre del lugar en que los ha visto desaparecer.

—Muévete —le ordeno—. Antes de que salgan y vean tu coche. ¡Vamos!

—¡Que te jodan! —grita.

—¡Venga! —No pienso concederle ni un segundo para que asimile mi presencia dentro de este coche y la desaparición de los objetos en la furgoneta.

Se gira para mirar a su espalda, mete la marcha atrás y pisa el acelerador para recular con un chirrido de neumáticos.

—Esto te va a costar la vida —murmura.

Bajo la ventanilla.

Describiendo una cerrada curva marcha atrás, giramos hacia el callejón y acto seguido vuelve a acelerar. Distraigo su atención señalando el tejado de la sociedad de los Caballeros de Colón, que está a nuestra izquierda, en la entrada del callejón, y como va totalmente inmersa en la marea de endorfinas que le inunda el cerebro tras haber elegido la opción de «huir», repito sin

cesar «buena puntería». Entretanto, mi atención se centra en un callejón más pequeño en el que hay la consulta de un dentista ubicada en una casa adosada y una línea de cipreses a la derecha. Saco los brazos por la ventanilla.

Cuando ya estamos libres y circulando por la autopista, la conductora se sobresalta al tomar conciencia del hecho de que estoy dentro de su coche. Percibo miedo en el aire, miedo concretamente hacia mí, y sobre todo hacia mi presencia.

—Puedes secuestrarme. ¿No era ese el plan? —le digo.

No está preparada para esto. Ella no forma parte de la brigada de matones que sé que tenía previsto desplegar mañana un «ataque por sorpresa» y secuestrarme para torturarme, pero está claro que sí forma parte del Círculo Central. Es posible que en realidad no tenga ni idea de que yo cuento con un informante infiltrado. En el lóbulo de la oreja izquierda tiene unos cortes en forma de media luna; se los causé yo al agarrarla por las orejas en el puerto. Se los frota.

—Putas —me dice. Aprieta la mandíbula, le tiemblan los dedos.

Me ha llamado puta.

Mi ojo derecho se cierra y tiembla como si acabara de comerme un dulce ácido, y todo el cuerpo se me estremece.

Rememoro lo que me dijo cuando me tenía sujeta contra el tronco del árbol, lo empeñada que estaba en eliminar todos los pensamientos y observaciones de mi madre. Rememoro la palabra «puta» y me vienen a la memoria las torturas a las que ha sometido Eminencia a muchas chicas a lo largo de los años, y también a las que tiene cautivas ahora, su demencial Pecera de las Langostas, y el hecho de que esta mujer forma parte de todo eso. Revivo su amenaza de robarme lo que constituye el único objetivo de mi vida: mi hijo. Me acuerdo de mi madre muerta, que se encuentra en el puerto, de su ausencia de respiración, de la sábana blanca que debe de cubrirla.

Enciendo el sentimiento del odio. Ya puestos, voy a necesitarlo para el resto del plan. En ocasiones el odio me retrasa, me nubla; pero la mayoría de las veces me proporciona la adrenalina adicional que necesito para hacer lo que hago, y desde luego en estos dieciocho años me ha sido de gran utilidad.

Cuando tengo el odio activado me siento viva, como si mi sangre hirviera produciendo un calor útil, como si mi cerebro estuviera electrificado, pero con una electricidad organizada que circula por circuitos rectos siguiendo un esquema muy preciso. Siento como si se me aguzaran los sentidos. Mis ojos son dos láseres de color carmesí. Mi centro de procesamiento de la audición es un

diapasón de gran exactitud que no deja pasar las tonterías y capta únicamente lo que necesito.

Miro de reojo a la mujer de la faldita rosa. Lleva unas gafas de sol baratas, de manera que cuando me mira le veo los ojos a través de los cristales. Los tiene pequeños y brillantes, y ligeramente entornados.

«Vas a sufrir, zorra, y yo voy a disfrutarlo cada puñetero minuto».

6

Exagente especial Roger Lui

Hijo de puta, estamos en un puñetero aparcamiento de East Hanson, Massachusetts, y un jefe de policía nos está chillando a Lola y a mí. No tenemos tiempo para estas chorradas. Me trago tres píldoras antiácido. Tengo la garganta en carne viva y siento el corazón como un volcán en erupción.

Lola le hizo a Lisa la seña de «adelante». Maldita Lola. Ahora estamos incurriendo en un delito de obstrucción total a la justicia al negar haber visto con precisión medianamente fiable qué coche acaba de marcharse de aquí llevándose a Lisa, la cual, obviamente, robó una bolsa de pruebas muy visible y después de vaciarla la dejó tirada en el suelo. El ayudante de la jefe de policía llegó aquí tres segundos tarde para verlo por sí mismo. Lleva por fuera los faldones de la camisa negra de uniforme, la barriga le cuelga por encima del cinturón y tiene una cabellera desgreñada que se le revuelve con la brisa que sopla desde la ensenada. Lola es la que, cuando llegó la jefe de policía a la carrera, dijo: «¡Oh, Dios mío, creo que era un Ford de color blanco o algo así! ¡Qué miedo he pasado!».

Dada toda la variedad de soluciones alternativas que tenemos preparadas, ahora soy Dakeel, un jubilado semivietnamita de casi sesenta años que trabaja de conductor para Uber a fin de financiarse los viajes que hace cada dos meses a Las Vegas, y Lola es ahora Martha Tannhouse, mi clienta. Y lo sé porque es lo que la maldita Lola le ha dicho a la jefe de policía al saludarla cuando ella, a punta de pistola, nos ha ordenado no movernos del sitio.

Ahí está Lola, cuadrada de piernas, con su pantalón cuadrado y gris, su torso cuadrado, su cabeza cuadrada de pelo gris y su peinado cuadrado. Es un puñetero montón de bloques de cemento.

«Hija de puta».

—Jefe, nosotros no sabemos nada. Mi conductor de Uber estaba a punto de dejarme en mi destino para que pudiera alquilar una tabla de surf de remo en Phat Boards, aquí al lado —está diciendo Lola. Enseña el documento de

identidad que afirma que ella es Martha Tannhouse, secretaria de BetaAgency.Gov, un nombre que si se busca aparecerá como auténtico. Yo también soy un falso empleado cuyo nombre ha sido insertado en la base de datos de los servidores de Uber, ubicados en la nube. En los entresijos de la nube es posible implantar y ocultar numerosos detalles.

—¿Por qué ha abierto el portón trasero? —pregunta la jefe de policía.

—Simplemente pretendía sacar mi equipaje. Pero vimos a esa mujer saltar por la ventana, era todo muy raro. ¡Qué locura! Pueden ustedes registrar el coche entero —dice Martha-Lola—. Dakeel, dígame que registre el coche entero, ¿de acuerdo?

Estamos junto a nuestra triste furgoneta, así que la jefe de policía va hasta el portón trasero, el cual Lola, no yo, abrió para Lisa justo después de hacerle la seña de «Adelante» y de que ambas decidieran pasar de mí.

No digo nada, finjo no hablar bien el inglés.

Pero la jefe de policía no es una imbécil. Hace bien en albergar sospechas. Se fija en cómo vamos vestidos, yo con un pantalón gris, Lola con otro pantalón gris, y en el detalle de que nos hemos detenido aquí precisamente cuando Lisa salta de una puta ventana llevando encima una prueba que ha robado. Pero lo que yo quiero en este momento es largarme de aquí y dirigirme a lo que Lisa denominó «callejón» y al lugar al que ella salió disparada, acompañando a Dios sabe quién.

—Todo esto resulta ambiguo, y no me fío de ninguno de ustedes —dice la policía.

—Jefe, está claro que una mujer ha saltado por esa ventana y que le estaba chillando a un coche que teníamos detrás. Nos dio un susto de muerte. ¿No es verdad, Dakeel? —dice Lola.

Yo afirmo con la cabeza.

La policía observa a Lola con los ojos entornados, estudiándola, y yo permanezco a un lado sin hacer nada, como un retrasado mental, como si no fuera el miembro más veterano de este equipo. Tengo un nudo en el estómago más duro que una piedra, y aunque intento pensar en la voz tranquilizadora de mi esposa Sandra no consigo aplacar el ácido abrasador que me sube a la garganta. Lola, con sus gilipolleces, va a conseguir que a Lisa la maten y que a nosotros dos nos metan en el calabozo por obstrucción a la justicia. Y además, la jefe de policía nos está entreteniéndolo. Continúa mirando el interior del portón trasero mientras yo miro a Lola con toda la furia que soy capaz de transmitirle con los ojos retorciéndolos, literalmente. Lola me hace un gesto

de desprecio con el labio, pero esquivo mi mirada por los pelos. Me está mirando la nariz.

La jefe de policía examina el hueco donde va la rueda de repuesto, y yo contengo la respiración. Hurga alrededor, aprieta el neumático.

—Hum —dice.

Me cuesta creer que después de dieciocho años de planificación esté pasando esto.

«Pero qué hija de puta».

Miro a Lola para indicarle que esto es una completa pérdida de tiempo y que si me hubiera dejado que me encargara yo ya estaríamos fuera de aquí y tendríamos a Castile en el bolsillo, ayudándonos. Le digo todo eso con un movimiento de nariz y una sacudida de cabeza.

—Martha. Es Martha, ¿verdad? —le dice Castile a Lola.

—Sí —responde Lola.

—¿Le importa que abra su maleta?

—Es toda suya, agente. No hay nada emocionante dentro, lamento decir.

Castile abre una maleta negra con ruedas que llevamos en el maletero. Sí, es la de Lola, pero como la placa la lleva escondida y en este momento lleva la pistola sujeta a la pierna con una correa y oculta, sospecho que todo lo que va a encontrar Castile es un par de juegos del único uniforme de Lola: camisa blanca, pantalón gris y calcetines blancos. A saber cómo es la ropa interior, me da lo mismo.

Castile deja el maletero y regresa con nosotros.

—¿Dónde se aloja? En su documento de identidad dice que vive en Washington D. C. —le pregunta a Lola—. ¿Y por qué su conductor de Uber iba a dejarla aquí?

—Me quedo en el Four Seasons que hay en el centro. No sé por qué mi conductor de Uber me ha dejado aquí. Lo único que quiero es ir a Phat Boards a alquilar una tabla. A lo mejor quería aparcar e ir al cuarto de baño... No lo sé.

Yo continúo de pie, interpretando el papel de memo que se me ha asignado.

—No sé qué demonios está pasando aquí, pero voy a necesitar que ambos hagan una declaración. Y que me faciliten su dirección, su teléfono, todo. Tienen que venir conmigo al interior del edificio.

Mientras nos dirigimos al edificio, Lola me pasa un documento de identidad a nombre de Dakeel Rentower, con una dirección y un teléfono fijo

de Lowell, Massachusetts. Se trata de una de las cinco historias que tenemos preparadas. Esto lleva varias décadas siendo así, trabajando con Lola.

En el momento en que estamos a punto de abrir una puerta de la comisaría es cuando rompo mi silencio. En un inglés macarrónico, digo:

—Esa chica le dijo a la mujer que la llevara a casa de su madre.

Castile me mira enarcando una ceja, frunce el ceño un instante y luego, con una mezcla de urgencia pero también de mala gana, le ordena a su ayudante que nos lleve adentro para tomarnos declaración. Una vez que el ayudante nos tiene en su poder, ella se va hacia su propio monovolumen, un coche de categoría. Es un pueblo de gente rica.

Ya dentro, Lola y yo mano a mano arrollamos al ayudante, Lola abrumándolo con jerga jurídica medio inventada para evitar tener que dar nuestros teléfonos sin una orden judicial, fingiendo que le preocupa mucho la privacidad, e insistiendo en que simplemente somos dos transeúntes inocentes que se han visto envueltos en una situación demencial.

Media hora entera así.

Ya estamos fuera, libres. Me subo de nuevo en este maldito coche de alquiler con ganas de estrangular a Lola.

—Maldita sea. Joder. ¿Cómo has podido? ¿Cómo has podido? —exploto una vez que hemos salido del aparcamiento y nos dirigimos al callejón. Al mirar en el espejo retrovisor no veo que nos siga ningún coche patrulla. La jefe de policía, la mayoría de sus agentes y todos los polis del estado están todavía en las escenas del crimen de la casa y del puerto, y el ayudante está dentro de la comisaría.

—Jefe, tienes que calmarte. Ya sabes que necesitamos seguir adelante con el plan —replica Lola.

Lola siempre me ha llamado «jefe», aunque en la actualidad soy un consultor que trabaja en el sector privado y ella sigue siendo una agente del gobierno. Es un residuo de cuando yo era su jefe en el FBI.

—¡Le diste a Lisa la señal de «Adelante» aun cuando yo había abortado el plan! ¡Pasaste por encima de mí, Lola! ¡Y te lanzaste de cabeza a obstruir la justicia sin siquiera mirarme! Seguiste adelante e hiciste lo que te dio la puñetera gana, ¿no? ¿No, Lola?

—Estamos cubiertos, Liu. Nadie va a acusarnos nunca de obstrucción a la justicia. Mi agencia nos cubrirá cuando hayamos acabado con el plan.

—Tu agencia no sabe lo que estamos haciendo en este momento. No tienen ni idea. Han asesinado a la madre de Lisa. Esto tiene que acabar. Ya. Ha habido un asesinato, Lola.

—Lo sé, lo sé. —Cierra los ojos y asiente dos veces con la cabeza—. Jefe, precisamente ahora tenemos más motivos para atrapar a esa gente. Estaremos cubiertos. Mi agencia nos cubrirá cuando hayamos terminado. Tú conduce. Párate en el callejón. Ve hasta la iglesia mariana y no te desvíes del rumbo. Necesitamos cerciorarnos de que Velada está en posición.

—No lo entiendes, ¿verdad? Te niegas a entenderlo. Vamos a interrumpir todo esto, Lola. Vamos a abortar, y ahora nuestra misión principal es encontrar a Lisa y liberarla. ¿Cómo te atreves a...? Vas a conseguir que la maten.

—Conduce, jefe —repite Lola. Y, cosa extraña, reparo en que le tiemblan las manos. Ella se da cuenta y al momento se sienta encima de ellas para que dejen de temblar.

Los dos hemos estado con Lisa desde el día en que la rescatamos, hace dieciocho años. Para nosotros es como una hija. Ambos estamos asustados. Ambos estamos furiosos.

Meneo la cabeza en un gesto negativo y entro en el callejón. Detengo el coche, Lola se apea sabiendo que debe mirar a la derecha, donde Lisa iba de pasajera, y quince segundos después regresa con la prueba robada, el iPhone de la madre, y también una agenda.

No nos miramos mientras ella teclea la contraseña: Vanty33. Piso el acelerador para incorporarme al tráfico de la calle principal de East Hanson, se me pasa por la cabeza dar un fuerte volantazo para desequilibrar a Lola y lanzarla contra la ventanilla del pasajero, que se golpee la cabeza y se magulle la mejilla.

Pero no lo hago. No quiero hacerlo. No podría.

Porque cuando llega el momento de la verdad, después de haber tenido como tres mil peleas, ya no importa lo mucho que me enfade con ella. Para mí, Lola vale más que nadie, incluso más que ella misma cuando me exaspera. Lola ha visto cosas tan horribles, se ha puesto en situaciones clandestinas de tal vulnerabilidad, que le debo todo, aunque haya muchas ocasiones en las que, como ahora, me entren ganas de arrojarla de un vehículo en marcha y ver cómo su cuerpo denso y cuadrado se estrella contra una cuneta y muerde el polvo.

Doy un golpe en el volante y exclamo:

—¡Maldita sea, Lola, maldita sea! Vamos a abortar esto.

Lola no dice nada y continúa examinando el contenido del iPhone. La agenda descansa sobre sus rodillas.

Me digo a mí mismo que esto es lo que ocurre cuando la persona que lleva décadas siendo tu compañera es una bruja mezquina, una cazadora de ideas fijas que no respeta ni una puta regla, pero una mujer capaz de hacer lo que sea, literalmente lo que sea, por salvar a una criatura. Me digo a mí mismo que esto es lo que ocurre con todos los compañeros en la profesión de hacer cumplir la ley. Pero sé que seguramente no es así. Es posible que yo tuviera un rango superior al suyo cuando ambos éramos agentes federales y que ella en efecto dependiera de mí durante unos cuantos años. Pero el valiente de los dos es ella, solo ella. No me consuela ver que le tiemblan las manos, mi miedo y mi rabia no se atenúan al ver que ella también tiene miedo. Verla temblar reactiva mi miedo, socava la determinación que pueda tener yo de seguir adelante y acabar con esos monstruos.

Lola no puede temblar. Lola es la roca de granito con la que contamos.

Un ejemplo de ello fue cuando estuvo trabajando dos años para averiguar lo máximo acerca de la Pecera de las Langostas. Y dado que el día que desveló lo que había descubierto fue el sexto peor día de mi vida —uno fue cuando no logré impedir el secuestro de mi hermano; otros tres fueron las tres veces que intentó suicidarse después, y otro fue el día en que encontramos a Lisa y a Dorothy y perdimos a esta última—, quisiera poder borrar de mi mente todo lo que me contó. La visualización de la realidad de la Pecera de las Langostas es suficiente para que los mortales libres de pecado supliquen misericordia a todas las Potencias Superiores simplemente por haber cometido el pecado de presenciar tanta maldad.

La Pecera de las Langostas

Hace dieciocho años, después de que una joven que se hacía llamar Velada y que tenía los pies cubiertos de quemaduras se acercase a Lisa en el aparcamiento de los juzgados de Indiana, Lisa nos contó dicho encuentro a Lola y a mí y le proporcionó al dibujante de retratos robot del FBI (el cual Lisa nos obligó a jurar que era un tipo de fiar y la única persona a la que implicaríamos) una descripción detallada. Además, sacamos varias fotos un tanto borrosas de las cámaras de seguridad de la sala del tribunal, dado que Velada reconoció que había estado presente, si bien disfrazada. Pese a que examinamos muchas fotografías de fugitivas y detenidas por prostitución y secuestro, no hallamos ninguna coincidencia. Cero. Y eso que hicimos que un equipo de personas que no sabían lo que estaban buscando trabajaran con aquel retrato robot y aquellas fotos granuladas y borrosas durante varios meses.

La furgoneta verde robada en la que huyó Velada se encontró destruida por el fuego junto a un río de Indiana, entre el contrafuerte de un puente de la autopista y un arbusto estropajoso decorado con bolas de lencería femenina como si fueran adornos de un árbol de Navidad. El nombre de «Velada» no apareció en ninguna de nuestras bases de datos. Llegamos a la conclusión de que se lo inventó ella sobre la marcha cuando habló por primera vez con Lisa. No teníamos nada.

Me preocupaba que quizá Lisa estuviera sufriendo estrés postraumático o los efectos residuales de la psicosis de prisión. Pero no quisimos cejar en nuestro empeño. Y menos mal.

La referencia que había hecho Velada a la Pecera de las Langostas y la correlación con las quemaduras de sus pies de nuevo arrojaron resultados

nulos en toda la historia de informes archivados por el FBI, y tampoco se encontró nada en ningún archivo del estado apto para consulta. Hasta la fecha, como los expedientes departamentales y policiales antiguos ya están digitalizados, seguimos rastreándolos en busca de la verdadera identidad de esa chica y de cualquier referencia a una Pecera de las Langostas. Y no estamos encontrando nada.

En lo que se refiere a alguna mínima prueba que podamos haber seguido de la facción que orquestó el secuestro de Lisa y el de Dorothy: uno de los principales culpables había muerto; el jefe del grupo, Brad, estaba en la cárcel y no quiso hablar con nosotros de nada, ni siquiera accedió a darnos información como moneda de cambio para obtener la libertad condicional, y los demás eran meros peones a los que se había ocultado la información a propósito. El hecho de que Brad no quisiera darnos nada y ni siquiera alardeara ante sus compañeros reclusos (teníamos espías) nos indicaba que Brad estaba pendiente de un hilo en lo que a sus jefes superiores concernía. Estos podían asesinarlo cuando se les antojara. Una parte de mí se alegró de saber que Brad vivía sumido constantemente en el miedo. Sea como fuere, por aquel camino no llegamos a ninguna parte.

Pero no hay duda de que existen datos clandestinos acerca de la Pecera de las Langostas. Solo que no están en los archivos oficiales.

Dado el historial de esclava sexual de Velada, pasamos a concentrarnos en el negocio del tráfico de sexo. Utilizando diversas identidades falsas, por espacio de seis meses Lola y yo estuvimos husmeando por los clubs, los moteles cutres, los burdeles, las esquinas de las calles y los casinos de todo el país. Nada.

Hasta que llegó un día, el día que marcó el descenso de Lola al mundo de lo clandestino.

Estábamos, como de costumbre, desayunando en una cafetería. Bien entrado el año 1994. Esta vez habíamos elegido la clásica cafetería americana antigua, de esas que parecen un tranvía, situada bajo la autopista 93 de Boston. Delante tenía un caballito mecánico de aspecto triste, con la pintura desconchada e inclinado hacia abajo, a la espera de que un niño introdujese una moneda de un cuarto de dólar. Dentro olía a trapos mohosos y bayetas mojadas, pero uno se olvidaba de aquel olor a rancio en cuanto le llegaba el penetrante aroma del café. Nos habíamos sentado en una de las mesas con sofás y, con el cerebro reblandecido por el olor del café, pedí lo que por aquel entonces pretendía ser un desayuno de régimen: un huevo pasado por agua y

tostadas de pan blanco sin mantequilla. Lola pidió literalmente todo lo demás que había en la carta.

—Jefe, ¿para qué quieres adelgazar, para la operación bikini? —me preguntó al tiempo que me cogía la cartera y sacaba un billete de diez—. Tengo que hacer una llamada. Mi teléfono está sin batería, y en este caso no puedo utilizar el tuyo.

—¿Por qué no coges de tu dinero? —repliqué, recuperando mi cartera como si Lola fuese una hermana irritante.

—Porque tú eres el jefe. El jefe paga.

Se levantó y sacudió las piernas bien abiertas, como si quisiera colocarse las pelotas dentro del estrecho tiro de su pantalón gris de hombre. En la chaqueta gris se advertía el bulto que le formaba el arma y la sobaquera.

—¿Tiene monedas para cambiarme este billete de diez? —preguntó a la camarera agitando el billete. Ojalá hubiera dejado a la camarera en paz, así esta podría haberme rellenado la taza de café. Obtuvo las monedas y se guardó en el bolsillo las más pequeñas, que antes eran mías y ahora eran suyas.

Transcurrieron unos diez minutos hasta que Lola regresó. En el tiempo que esperé, llegaron nuestros desayunos. El mío ocupaba la mitad de un mantelito; el de ella ocupaba todo su lado de la mesa. Se sentó en el sofá y empezó a hablar antes de empezar a comer, lo cual indicaba que tenía que contarme algo importante.

—Jefe, tengo varias informaciones de Perro Verde que contarte.

«Perro Verde» era la expresión que habíamos acuñado Lola y yo para referirnos a una prueba estrambótica o alguna coincidencia extraña. Abrí unos ojos como platos. Cada vez que alguno de los dos ha invocado la expresión «Perro Verde», ello nos ha llevado a la resolución de un caso o a un cambio radical en nuestra investigación. Dejé el tenedor, enderecé la espalda y le hice un gesto con la cabeza para que continuase.

—Tiene que ver con la llamada que acabo de hacer. ¿Recuerdas que el mes pasado estuvimos investigando en los círculos de la Superbowl, preguntando por la Pecera de las Langostas?

—Sí, continúa.

—Bueno, pues interrogué a un tipo que era el imbécil de pelo sucio encargado de pasar la mopa a los suelos de la sala interior situada en los bajos del hotel del estadio, en la que tenían retenidas a las menores.

—¿Te refieres al círculo que desbarató Team Selig? ¿Cuando salvó a las diez chicas que habían traído en avión desde Camboya?

Lola y yo habíamos acudido a la Superbowl con una identidad falsa. Team Selig no, así que hizo la redada.

—Pues sí. El de la mopa anotó mi número de teléfono y me dejó un mensaje de que le llamara precisamente ahora. Le mencionó la Pecera de las Langostas a su proveedor de éxtasis, y este le dijo que le habían hablado de un mendigo de los que hurgan en la basura que había encontrado unas cintas de porno en un contenedor de New Jersey. En esas cintas hay toda clase de porno duro; según él son películas *snuff*, y una de ellas por lo visto lleva el título de «Langosta Quemada». Sea lo que sea esa cinta titulada «Langosta Quemada», alguien tenía mucha urgencia por recuperarla, porque al mendigo recogebasuras lo han encontrado despedazado en el río Delaware. Una banda callejera de Jersey fue a la cabaña del mendigo a saquearla antes de que llegara la policía, y parece ser que cuando llegaron ya estaba todo destrozado y lo único que faltaba era ese mítico vídeo de la Langosta Quemada. El de la mopa opina que debe de ser una especie de leyenda urbana.

—Qué hijo de puta. ¿En qué vertedero fue? ¿En qué parte de New Jersey? ¿Cómo se llama el proveedor del tío de la mopa?

Lola fue contando las preguntas con los dedos.

—Ni idea. Ni idea. El de la mopa no ha querido darme el nombre de su proveedor. Y la única pista que tenemos para entrar en ese mundo clandestino consiste en seguir el rastro de ese mendigo muerto.

—Mierda. Esta vez vamos a tener que ir totalmente de incógnito. En New Jersey —dije yo.

—Así es. Estoy pensando un poco mejor la historia de mi personaje. —Se metió el pulgar en los dientes para mordisquearse una uña. Tenía unas yemas de los dedos que parecían gomas de borrar—. Necesitamos que la oficina central apruebe todo lo antes posible. Así que, jefe, termínate tu desayuno anoréxico y ponte a trabajar en tus labores administrativas. —A continuación, a pesar de que tenía dos raciones de tostadas con mantequilla, cogió la última que me quedaba a mí, sin mantequilla, y le dio un bocado de cocodrilo.

Desconozco todo lo que Lola tuvo que hacer o decir, o qué papeles tuvo que interpretar, qué mentiras tuvo que contar, qué necesarios engaños tuvo que perpetrar para ganarse la confianza de gente que era lo peor de lo peor. Desconozco qué cosas vio en los bajos fondos haciendo de portera en diversos burdeles. Ella no quiere contármelo. Lo único que sé es que de vez en cuando reaparecía para informar que estaba acercándose. En unas cuantas ocasiones reapareció para decirme que había decidido abandonar, pero una o dos semanas más tarde volvía a zambullirse de cabeza en aquel infierno,

como el soldado más infatigable de todos. En cierta ocasión, antes de perderse de vista en una callejuela oscura, me dijo: «Liu, viendo lo que he llegado a ver en esos bajos fondos, cómo les destruyen el alma a las chicas y a las niñas, cómo las enganchan a toda clase de drogas, cómo venden sus cuerpos una y otra vez, de ninguna manera puedo abandonar, de ninguna manera vamos a dejarlo hasta que nos los carguemos a todos». Me pasó información acerca de determinadas células y sectas y determinados proxenetas-secuestradores del estado vecino a los que yo podría ir deteniendo ya con una operativa del FBI y de las autoridades locales. Pero siempre, a lo largo de los años, se mantuvo con la nariz pegada al suelo, olfateando por si captaba cualquier efluvio de algo que tuviera que ver con la Pecera de las Langostas o la Langosta Quemada.

Dos años más tarde, es decir, dos años después de que Velada pusiera sobre aviso a Lisa, Lola nos llamó a Lisa y a mí para que nos reuniéramos con ella en la habitación que había tomado en un hotel cercano a la universidad de Lisa, el MIT. El hijo de Lisa, Vanty, tenía casi tres años y estaba en casa, en New Hampshire, con su niñera, esperando a que su madre inmune a los sentimientos terminara las clases de aquel día y fuera a jugar con él, cosa que Lisa hacía cada día con la misma precisión que un guardia del palacio de Buckingham.

Lola se registró en el Four Seasons, tomó una habitación superior, de lujo, con gruesos cortinajes de color dorado y azul. Era una habitación tan impropia de ella que supuse que de tanto trabajar con identidades falsas se había vuelto loca, de modo que en el momento de llegar no dije nada y pensé que ya trataría aquel tema en una ocasión más oportuna y más íntima.

Si uno se tumbaba en su enorme cama, veía desde lo alto el parque de Boston Common en plena explosión veraniega. De un verde oscuro como el de un bosque tropical, salpicado de parches de flores aquí y allá, como si el pintor Jackson Pollock hubiera esparcido con su pincel un rociado de colores pastel entre matas gigantes de brécol.

Un lujo que resultaba de lo más extraño, en contraste con lo sórdido de nuestra historia.

Lola nos abrió la puerta a Lisa y a mí vestida con un grueso albornoz blanco de felpa, que llevaba el logo del Four Seasons bordado en la pechera. Arrugué el rostro, espantado y asombrado. Esa fue la primera y única vez que he visto a Lola sin su traje gris de aburrida agente federal o sin su anodino uniforme de portera de un burdel.

Tal como esperaba, cuando entramos nos anunció:

—Jefe, esta habitación la pagas tú. —Al ver que yo no se lo confirmaba, porque, por supuesto, se suponía que aquella habitación se cargaría al FBI y yo sería el que se vería obligado a justificar el coste, agregó—: Y este albornoz, también.

Me costó reconocer a la Lola que tenía enfrente. Acariciaba la solapa del albornoz con un gesto que tuve que interpretar como de placer sin disimulo, posiblemente pensando en alguien especial. Me dejó perplejo. Sin embargo, aquel desliz de humanidad desapareció rápidamente cuando soltó un bufido y dijo:

—Venga, entrad. Vamos a ver a un loco cabrón muy jodido. No os lo vais a creer.

Lisa, que había pasado al interior de la habitación mientras Lola y yo estábamos en la puerta, cogió una chocolatina del minibar y me miró con gesto inexpresivo como diciendo que aquello también lo iba a pagar yo.

—Mi madre se lleva los albornoces de los hoteles —le comentó a Lola.

—Ya —respondió Lola. Las dos mujeres se miraron entre sí y asintieron con la cabeza; una especie de momento de respeto hacia las tipas duras que robaban albornoces de los hoteles.

Ahora que han pasado muchos años, rememoro ese breve instante y, dada mi hipertimesia, recuerdo la cantidad exacta de respeto que intercambiaron en silencio ambas mujeres en aquella habitación del Four Seasons, el gesto de solemnidad de su mirada, las cuatro veces que afirmaron con la cabeza sin decir nada en cuanto Lisa mencionó a su madre. Estaban hablando de albornoces y la madre de Lisa aún vivía, pero ahora, al contemplar ese instante desde el momento actual y superponerlo con el asesinato de su madre, se convierte en la inquietante profecía de un profundo duelo.

Aquel año de 1996, en aquella habitación del Four Seasons, en compañía de las mujeres duras que había en mi vida, anhelé tener conmigo a mi afectuosa esposa Sandra y me recordé a mí mismo que dentro de poco iba a presentar mi dimisión al FBI. Desde que encontramos a Lisa Yyland y a Dorothy Salucci, había trabajado únicamente ocupándome de papeleo de casos antiguos y apoyando a Lola en la labor que hacía en los bajos fondos.

Lola chasqueó los dedos delante de mi cara para que me sentase a escuchar su presentación.

—Ya sé lo que es la Pecera de las Langostas, y no os lo vais a creer. Lisa, esa chica que te advirtió que debías estar preparada, en fin, no sé cómo puede prepararse nadie para algo semejante —dijo.

Y sin más ceremonias ni avisos, Lisa y yo tuvimos que tomar asiento rápidamente, porque Lola fue hasta un reproductor de vídeo que había colocado encima del televisor de la habitación. Lisa se puso cómoda en el mullido sillón tapizado con un estampado de aves tropicales; yo me conformé con la dura madera de la silla del escritorio.

—La calidad de la película es bastante mala. Un hijo de puta que pasa chicas desde el puerto de Filadelfia a través de un túnel subterráneo, que a su vez llega hasta Newark por medio de diversos pasajes y antiguos canales, dice que grabó este vídeo directamente del televisor de una habitación en la que se supone que él no debería haber estado. Cuando se topó con esta cinta, titulada «Langosta Quemada», agarró una videocámara que había allí y grabó del televisor. Yo nunca he visto nada igual. Y, jefe, ya sé que tendrás un millón de preguntas acerca de ese hijo de puta, de esa habitación, del propietario de la cinta original y de los metadatos de la cinta, pero nada de eso nos va a servir de nada.

Lola levantó la mano para frenar mi riada de preguntas.

—Espera un momento. Primero mira la cinta. Es lo peor que he visto jamás.

Teniendo en cuenta que Lola y yo habíamos visto cuerpos mutilados, cuerpos quemados, cuerpos ahogados y destripados, y que habíamos presenciado cómo moría una chica de dieciséis años al dar a luz a su hijo, el cual también murió, me preparé y me agarré con fuerza a mi dura silla lacada, porque no lograba imaginar qué podía ser lo peor que había visto Lola.

Lisa dio un mordisco a su chocolatina.

La cinta empezaba de forma abrupta, mostrando la imagen granulada de una estancia de color amarillento difícil de distinguir. No tenía ventanas. Daba la impresión de que el vídeo empezaba a mitad de algo. Lola apretó el botón de pausa.

—Así no es como empieza de verdad. ¿Veis que el plano es horizontal y luego sube rápidamente? Da la impresión de que la persona que estaba filmando dejó la cámara encima de la cama durante un rato y después la recogió. Nuestro hombre dice que no llegó a grabarlo todo.

—Continúa —le dije.

Lisa secundó mi orden con un gesto afirmativo. Lola apretó el botón de reproducir.

El ángulo de la cámara lo habían tomado desde una pared que no era visible, y en el centro de la imagen se veían dos camas individuales cubiertas con sábanas blancas. No se distinguía el somier, para poder investigar dónde

lo habían comprado. A los pies de la cama se veía una esquina de lo que parecía ser un espejo grande y cuadrado pegado a la pared, junto a la puerta, pero como dicho espejo se encontraba a un lado de la imagen, la persona que manejaba la videocámara no aparecía reflejada en él. Transcurrieron unos diez segundos sin que ocurriera nada en aquella habitación silenciosa, vacía y amarilla. Luego, la cámara hizo un paneo hacia fuera y hacia arriba para mostrar la pared del cabecero de la cama. En dicha pared sobresalía un recipiente de vidrio de confección tosca, como de dos metros de alto y, aunque era imposible saberlo, de unos sesenta centímetros de ancho. La cámara se quedó fija en el centro del recipiente. Dentro estaba de pie una chica desnuda, de ascendencia asiática, encerrada. Sus gritos eran inaudibles en la grabación, pero resultaban evidentes a juzgar por cómo abría la boca. El techo era alto, tendría unos cuatro metros y medio.

La cámara pasó rápidamente a la pared contraria, pero se dirigió solo a la puerta, con lo que seguimos sin poder utilizar el espejo como fuente de información. En la habitación entraron dos personas: un individuo gigantesco que llevaba la cabeza cubierta con una capucha de malla negra y fina pero que le ocultaba el rostro, y otra chica desnuda a la que él obligó a entrar a la fuerza. La chica tenía las manos atadas a la espalda y la boca amordazada con cinta adhesiva. El rostro del hombre resultaba indescifrable para la cámara, pero él lograba ver a través de la malla.

Lola volvió a apretar el botón de pausa.

—El resto no os conviene verlo. Puedo explicároslo. Solo quería que vierais la pecera.

Puse los hombros en tensión y sentí que me subía una náusea a la garganta. Sabía que aquello tenía que ser muy desagradable, tanto como para que Lola lo interrumpiera y quisiera ahorrárnoslo.

—Ponlo —pidió Lisa señalando la pantalla con su chocolatina a medio comer.

Respiré hondo, sabiendo que teníamos que verlo, para prepararme.

Lola apretó el botón de nuevo.

El encapuchado señaló con la cabeza a la chica encerrada en la pecera de cristal de la pared. A continuación, con voz distorsionada pero discernible porque hablaba desde el fondo de la garganta, y lentamente, con la respiración fatigosa, como a cámara lenta, dijo: «Ya conoces. Las normas. De la prueba. Si no nos miras. La pecera. Se llena de lejía. Si miras. Ella muere y no hay lejía. Tú decides quién se lleva el regalo. De vivir. En Eminencia».

Lola volvió a pulsar pausa.

—Considero que debemos pararlo aquí.

—Continúa —dijo Lisa, que ahora estaba arrodillada junto al televisor, siguiendo el contorno externo del espejo—. Por cierto —añadió—, por si os lo estáis preguntando, ni la chica encerrada en la pecera ni la otra son Velada.

—Claro que no es ninguna de las dos. No puede ser —confirmó Lola.

Lisa posó la mirada en el mando a distancia que sostenía Lola entre las manos.

Lola pulsó el botón de reproducir.

—De acuerdo, tú lo has querido. Lo que viene ahora es terrible. Lo peor —advirtió.

El encapuchado, una vez que hubo terminado de recordarle a la chica de la pecera las normas del juego, se desanudó el albornoz negro al tiempo que empujaba a la chica atada y amordazada y la tumbaba boca abajo en la cama. Acto seguido procedió a sodomizarla, a pesar de sus protestas, mientras la asfixiaba inmovilizándole la cabeza con fuerza. No vi ningún tatuaje en las partes del cuerpo de aquel individuo que quedaban a la vista —tan solo medio cuerpo desde la cintura hasta los pies—, y eso que he diseccionado esta filmación fotograma a fotograma.

La acción en la cama se detuvo cuando el enmascarado, todavía con el albornoz puesto, levantó la vista hacia la pecera y gritó: «Estás. Cerrando. Los ojos. ¡Lejía!».

Al instante comenzó a fluir un líquido transparente de los costados de la pecera y cubrió los pies de la chica. Ella intentó levantar las piernas, pero resbalaba y volvía a caer en la lejía.

Fuera del plano de la cámara, el hombre gritó: «¡Basta! —Y el flujo de lejía se interrumpió—. Mantén. Esos ojos. Abiertos».

La cámara volvió a enfocar a él, en la cama. Reanudó la violación de la chica amordazada y nuevamente la asfixió. De repente la dejó unos segundos y, mientras ella intentaba inhalar aire, se agachó para coger un cuchillo de cocina de debajo de la cama. Apoyó la hoja en el inicio de su columna vertebral y se dirigió una vez más hacia la pecera.

«¡Lejía!», chilló al tiempo que apartaba el cuchillo del cuello de la muchacha.

La pecera se inundó de nuevo, esta vez hasta la altura de los muslos de la chica encerrada.

«¡Basta! Mantén. Los ojos. Abiertos. Y no habrá. Más lejía».

Acto seguido dio la vuelta a la chica amordazada, que quedó tumbada de espaldas y con las manos atadas en contacto con el colchón. Empezó a

violarla de frente, pero ella ya no opuso resistencia. Su cuerpo permaneció lánguido; en cambio, sus ojos estaban abiertos y atentos. El encapuchado levantó el cuchillo y se lo hundió en el corazón. Cuando lo retiró, brotó un gran chorro de sangre.

Se volvió otra vez hacia la pecera:

«¡Lejía!», chilló. Esta vez la lejía cubrió a la chica enjaulada hasta la barbilla. Las zonas de su cuerpo que llevaban más tiempo sumergidas estaban adquiriendo un color rojo.

Lola pulsó el botón de pausa.

—Por ese motivo la llaman Pecera de las Langostas. Porque la lejía enrojece la piel.

—Estoy de acuerdo con esa teoría —dijo Lisa—. Ya he visto suficiente. Necesito una copia. La haremos en el MIT. Cuento con un aliado en el departamento de audiovisuales.

«Esta es Lisa, toda una aliada».

Lisa se levantó con una mano en la barbilla y se puso a pasear en círculos, pensando. Luego fue hasta la imagen congelada en el televisor, en la que se veía la zona central de la pecera con la chica dentro, pero no los bordes. Solo se apreciaba una parte ínfima del borde superior. Midió dicho borde superior con los dedos, como si fueran una regla, y los movió varias veces, como tomando medidas.

—Esta pecera no es recta. No cuelga recta, o bien no se ha construido recta —afirmó—. Intentaré estudiarla más a fondo. Ojalá tuviéramos una imagen nítida de algo más que la parte del medio. —Luego se volvió hacia mí y me dijo—: Necesito estar preparada para escapar. Estoy teorizando, un recipiente de vidrio fabricado de forma casera, lleno de lejía, y yo desnuda, así, sin poder agarrarme a nada. Necesito escapar rápidamente, antes de que ese hombre viole a la otra chica, quienquiera que sea. Y después de eso tengo que dejarlo fuera de combate, evitar el cuchillo y escapar de allí con la otra chica. Y tenemos que hacerlo de forma que ellos, los participantes, queden atrapados con las manos en la masa, para que no puedan eludir la detención. Velada dejó bien claro que eran clientes poderosos, de modo que ha de haber clientes para este espectáculo, y también afirmó que había que cazarlos in fraganti. Ahora bien, ¿dónde están?

Hablaba en tono práctico, sin el menor atisbo de miedo y sin pensar que yo podía mostrarme en desacuerdo. Era la primera vez que la oía hablar tanto en una conversación.

—Lisa... —probé.

Pero ella alzó una mano para impedirme continuar.

—Liu, vamos a pillarlos a todos in fraganti —dijo.

Yo sacudí la cabeza en un gesto negativo.

—Hablemos. Vamos a hablarlo —contesté.

A modo de respuesta, Lisa miró a Lola, y ninguna de las dos dijo nada.

Seguimos adelante e hicimos una copia de aquella cinta en el MIT. Yo me justifiqué diciéndome que tal vez Lisa viera cosas que no veíamos nosotros, o que tal vez la secuestrasen antes de que yo pudiera impedir aquello, y necesitaba estar preparada. Pero es cierto que la llevé en coche al MIT para que hiciera la copia de la cinta, y, para ser sincero, creo que aquel fue mi primer acto de compromiso con este plan que ahora tenemos entre manos.

Se suponía que no debíamos compartir aquella prueba con ningún civil, obviamente, sobre todo con una alumna de la universidad que tres años antes, cuando aún era adolescente, había sido secuestrada estando embarazada. Pero para Lola y para mí, en lo concerniente a Lisa Yyland las normas eran lo mismo que un texto antiguo que carece de significado moderno. Y, dado que yo mismo, a mis trece años, no había sido capaz de salvar a mi hermano pequeño de los monstruos, ello sumado a que tampoco seguimos el procedimiento cuando encontramos a Dorothy M. Salucci y a Lisa, no prestaba demasiada atención a los procedimientos oficiales. Siempre he sentido un deseo insaciable, que no ha hecho sino aumentar, de atrapar a los malos empleando los medios que sean necesarios. Lola... en fin, Lola tiene sus propios motivos, y Lola es Lola.

Para resumir el resto de la cinta, la chica de la pecera aparece más adelante siendo arrastrada al interior de la habitación con todo el cuerpo quemado, desde los pies hasta la barbilla. Los del FBI la declaramos muerta. La joven amordazada, violada y apuñalada también estaba claro que había muerto. Nunca llegamos a encontrar pruebas de quién era el individuo encapuchado ni el que grabó toda la escena, y tampoco el que vertió la lejía. No hallamos ningún tatuaje visible y nunca encontramos los cadáveres de las chicas. En el silencio casi total de la habitación no se oyó ningún ruido que pudiera servir a los expertos de audio para identificar una ubicación.

Recorrimos todos los fabricantes posibles de peceras, acuarios y terrarios. Borrarnos la chica de un par de fotogramas para enseñar la pecera a los fabricantes, pero todos negaron que fuera obra suya y todos afirmaron que era una pecera extraña, hecha de encargo, probablemente ensamblada con pegamento o soldada dentro de un granero. No pudieron confirmar, dada la

granulosidad de la imagen y el ángulo cambiante desde el que fue filmada la pecera, si esta estaba hecha de vidrio ni qué grosor tenía.

Ni siquiera los expertos en análisis de imágenes de vídeo de las oficinas centrales del FBI lograron encontrar algo que identificase un detalle útil. Y como se trataba de una grabación de la pantalla de un televisor que reproducía el original, y la cinta era la de un vídeo corriente, de las que se compraban en cualquier parte y el número de lote estaba borrado, no hubo posibilidad de someterla a un análisis forense definitivo. Incluso el individuo que lo había grabado desapareció. No teníamos nada. Pero eso no impidió que Lisa Yyland estudiara los pormenores de cada fotograma de su copia del vídeo a lo largo de todos estos años y hasta hoy.

Lola y yo en este momento estamos entrando en la autopista y enfilando hacia el sur por la carretera 128, en dirección a la iglesia mariana. Este es el lugar en el que debemos «proteger a Velada» y cerciorarnos de que «Velada está en posición». Viendo que en este momento Lisa podría estar en cualquier parte y no yendo hacia la ubicación conocida del plan, por el momento nuestra única dirección segura es esa iglesia. Lola está hojeando los correos electrónicos de la madre de Lisa y murmurando acerca de las fechas para sus adentros.

—Jefe, la anotación más antigua de esta agenda que parece guardar relación con lo que estamos haciendo es de hace una semana. Dice: «Un correo de un desconocido me ordena que vaya a los hospitales a preguntar por Rasper». De modo que busco los correos de hace una semana y busco «Rasper». El más antiguo es de hace una semana, la dirección es VVVVVVie@ gmail.com, y dice así: «Usted no me conoce, pero yo a usted sí. Usted fue la abogada de oficio de una víctima de la trata de seres humanos. Debe buscar en los hospitales a un tal juez Rasper y preguntarle por qué recibió una visita del dentista. *Vie*».

—¿Reenvió ese correo a otra persona?

Lola pasa a hojear los correos reenviados.

—No aparece. A no ser que lo borrase —dice.

—Busca en las carpetas del correo electrónico.

—No tenía ninguna.

—Lisa dijo que en opinión de su madre eso estaba relacionado con todo esto, que en alguna parte de ahí menciona la iglesia mariana y a Velada. ¿De qué modo?

—No lo sé, jefe. Todavía estoy mirando.

—¿Estamos pensando que el juez Rasper es uno de los clientes del Círculo Central? Pero ¿quién es el dentista?

—No lo sé, jefe. Pero tenemos que llegar a esa iglesia y hablar con Velada. Esto no cuadra. Me huele mal.

—Ah, y lo dices ahora. Ahora. Lola, vamos a abortar.

Ella niega con la cabeza al tiempo que resopla igual que un toro.

—¿Quién diablos será ese dentista? ¿Y por qué ha ido a visitar a un tal juez Rasper? —pregunto yo.

—No lo sé, jefe. Déjame que siga leyendo.

Josiah Olive, Viebury Grove

Hace una semana, en Viebury Grove, Josiah Olive, al que conocen como Josi, estaba esperando al juez Rasper mientras observaba detrás de un rododendro del tamaño de una caseta, adyacente al arco que da la bienvenida, o más bien lanza una advertencia, a los que entran en el Grove.

A Viebury Grove, que es un barrio de Massachusetts separado del resto de Viebury, se accede por una única entrada, indicada por un arco de hierro y cobre de seis metros de altura. El cobre ha envejecido formando matices de verdes y musgos. En lo alto del arco hay un nombre escrito en letras cursivas: *VIEBURY GROVE*. Desde allí parte una carretera que lleva en una espiral ascendente hasta un vecindario situado en una meseta en cuya cima hay unas pocas construcciones victorianas y casas típicas de la zona del cabo, muchas de las cuales están abandonadas pero son propiedad de un trust secreto, y una única mansión de piedra. Todas ellas se encuentran bastante ocultas entre sí por los altos pinos que hay por todas partes. En la mansión de piedra vive gente. Y algunas de las casas están habitadas por personas mayores que no quieren problemas, nadie que las moleste, y que han vivido toda su vida en el Grove. La única anomalía es Josi Olive, que vive en una pequeña casita de color blanco situada enfrente de la mansión.

En la parte posterior de la meseta de Viebury Grove se extiende un bosque entero a lo largo de una ladera que baja hasta las ciénagas, después hay una marisma y luego está el océano. Por el camino hay densas arboledas de robles, arces, abedules y pinos, arroyos estancados, charcas, lodazales y un par de afloraciones de granito que relucen bajo la luz de la luna porque contienen una gran cantidad de mica incrustada en su superficie.

Con su emplazamiento en una meseta, el bosque detrás y su insignificante población, Viebury Grove se encuentra separado de las localidades de alrededor, pues en la base de la meseta hay campos de cultivo y pastos para

los caballos. Dicho de manera simple, Viebury Grove goza de una ubicación ideal para albergar una actividad criminal.

Hace cien años, Viebury Grove se diseñó, incluido el arco, con la intención de que fuera un cementerio, dada la altura de la meseta, lo que la protegía de posibles inundaciones. Sin embargo, tomó un camino más lucrativo. Se adquirió el terreno, se subdividió y se vendió para construir viviendas residenciales. Pero el arco que iba a ser la entrada del cementerio se mantuvo, así como los diseños de las parcelas de las tumbas, artísticas y decoradas con hiedra, que se enmarcaron para exhibirlos en la biblioteca. Esos ingredientes, la meseta y el bosque que la circunda, el arco y las parcelas, siguen proporcionando a su exiguo número de residentes la sensación de que son meramente fantasmas que viven en un segundo plano de la existencia, que sus hogares son complejos mausoleos y que las nieblas que se elevan desde el suelo del bosque son espíritus que han escapado de sus fosas pero no pueden irse, y han quedado atrapados en la burbuja de Viebury. Dicha sensación se vio incrementada hace cuatro meses, cuando aparecieron los huesos quemados de una mujer.

Dos perros de caza que acompañaban a su dueño, un deportista de triatlón que estaba entrenándose, encontraron un esqueleto carbonizado en el fango de una de las ciénagas de aguas superficiales del bosque de Viebury. Le faltaban los dientes, porque se había caído un roble gigantesco que había aplastado el cráneo y lo había hecho pedazos, con lo que los vientos, las aguas, las aves y los animales de toda la temporada anterior habían tenido oportunidad de llevarse los dientes y varios fragmentos del cráneo. El hecho de que se tratara de un esqueleto era ya en sí mismo una suposición, dado que faltaban muchos huesos, de nuevo por la acción de la naturaleza y también a causa del excesivo calor, que debió de cocer los huesos hasta convertirlos en carbón, lo cual degradó profundamente el ADN que hubiera podido quedar en ellos y volvió imposible amplificar los marcadores genéticos. Pero los patólogos forenses declararon que era sin duda un esqueleto, y la conjetura más válida de los científicos fue que correspondía a una hembra. Esa fue la mejor base de que dispuso el médico forense para cimentar su opinión de que aquel esqueleto pertenecía a una querida mujer residente en aquella comunidad, a la vista de «ciertas características» que observó en los huesos y de ciertos objetos suyos que se hallaron en el fango: una camiseta de la cafetería Sugar Magnolia y un brazalete de metal que llevaba grabada una cita de Dickens. También estaba la nota de suicidio que escribió, metida en una botella, encontrada en la madriguera de una ardilla de un roble que había cerca.

Pero Josi Olive no se creyó ni una palabra.

La camiseta de Sugar Magnolia y el brazalete de Dickens eran objetos que Josi Olive, marido desde hacía poco de la mujer en cuestión, había confirmado a la policía cuando trasladaron los restos carbonizados de su esposa al depósito de cadáveres. Cuando él identificó sus «efectos» se puso fin a toda investigación posterior, y como no dijo nada que negase la validez de la nota de suicidio, la cual afirmaba que su mujer se había inmolado, y como además contó que ella lo había dejado hacía unos meses con la excusa de que quería vivir sola y marcharse al oeste, en fe de lo cual mostró dos llamadas de Skype grabadas en las que se le veía suplicándole entre lágrimas a su esposa que volviera a casa y ella se negaba, le dieron el número de teléfono de un psicólogo y pasaron a otra cosa. Todo aquello dio por zanjada cualquier posible investigación; sin embargo, despertó una furia rabiosa en Josi Olive.

La policía había dejado de investigar, y eso era una completa idiotez.

—Esto es de un sospechoso que te cagas —afirmó.

En lo que se refería a Josi, las cosas no estaban ni aclaradas ni finalizadas, y el caso no estaba cerrado. Aquellos hijos de puta iban a pagar. Su mujer había dicho en sueños cosas que él no iba a olvidar jamás acerca de la mansión de piedra, que estaba nada más cruzar la calle y en la que ella prestaba un servicio de comidas de vez en cuando. Habló de manera vaga e inconexa, en sueños, de la gentuza que organizaba fiestas en aquella casa. Dijo cosas terribles de lo que hacían, secretos que guardaban en la clandestinidad. Cosas que luego negaba insistiendo en que habían sido pesadillas o producto de los celos que tenía él. Josi no se lo contó a nadie, porque su mujer dijo que si empezaba a propalar rumores le echaría a perder el servicio de comidas. También le dijo que, por su propio bien, se ocupara de sus asuntos y se limitara a trabajar en su música.

Poco después, tras hablar de nuevo en sueños, su mujer le dijo que ya no aguantaba más sus paranoias y que lo abandonaba. Que quería irse al oeste y que él no la molestase. Luego encontraron sus restos carbonizados, identificables únicamente gracias a la camiseta del Sugar Magnolia y al brazalete de Dickens que él le había regalado por San Valentín.

A partir de que su mujer se marchó, Josi empezó a fijarse en los hombres que salían de la mansión de piedra y a espiarlos. Vio cosas. Vio varios uniformes, y también a aquel puñetero juez Rasper, de modo que comprendió

que debía continuar con su treta y no protestar por que hubieran interrumpido la investigación. Comprendió que estaba solo.

Hace una semana, Josi se puso a esperar junto al arco de entrada de Viebury Grove. Había decidido, ya fuera sensato o no, atrapar al peor de aquellos hijos de puta. En realidad no tenía ningún plan. Principalmente, aquella mañana había perdido los nervios al contemplar el ramo de flores, ahora marchitas, que le había regalado a su esposa antes de que esta desapareciera, y había pasado todo el día en el laboratorio de sonido que tenía en el sótano, consumido por la rabia. No era capaz de escribir música, no lograba calmarse con ningún acorde. Al final comprendió que iba a tener que hacer algo. Tenía un objetivo. Empezaría por el juez Rasper. Un cabrón reconocible, porque era un famoso comentarista de temas jurídicos del *Boston Globe*.

Había observado las idas y venidas del juez, sus entradas y salidas de la mansión de piedra. Subido a un árbol, vio a través de una ventana cómo ataba y violaba a una joven —pareció una violación, porque la chica dio la impresión de estar drogada y apática y tendría menos de dieciséis años—, de manera que aquello también lo empujó a actuar. No se fiaba de que la policía fuera a hacer nada, porque había visto a varios hombres uniformados entrar y salir. Y tampoco iban a hacer nada por lo de su mujer. Así que, tanto si era juicioso como si no, decidió ir cargándose a aquellos clientes de uno en uno, él mismo. Sabía que se encontraba fuera de su elemento, porque en realidad él era solamente un rapero o un artista del *hip hop*, comoquiera que sus seguidores quisieran denominar su música. Sabía que no debería hacer nada de aquello, sino limitarse a salir huyendo y reiniciar su vida. Pero como era una persona sin dirección, decidió actuar de forma desorganizada e impulsado por la rabia. Nada tenía sentido, de modo que ¿para qué?

Mientras estaba escondido, pasó el tiempo sentado en una roca arrancando la corteza de las ramitas jóvenes y cada vez con el trasero más dolorido, a la par con su dolorida mente. Unas cincuenta ramitas fueron cayendo y formando una pequeña pirámide en las puntas de sus botas negras; con su pie derecho sostenía un taladro inalámbrico.

Le vino ella a la memoria. Todavía la echaba de menos. Reanudó con mayor ahínco la tarea de arrancar la corteza a las ramitas, rompió una por la mitad. Rememoró la noche en que le propuso matrimonio y el modo en que la engañó.

—¿Qué te parece si llevo a mi chica al Top of the Hub? —le dijo, refiriéndose al elegante restaurante que había en el centro de Boston, en la

cuadrada azotea del rascacielos Prudential.

—De ningún modo vamos a conseguir mesa un viernes por la noche, cariño. Además, no voy adecuadamente vestida —repuso ella.

Josi soltó una risita para sus adentros, porque le encantó no dejarle la hora que normalmente necesitaba ella para arreglarse antes de una cita. En su opinión, iba perfecta tal como estaba, natural, sin retocar, con aquel pantalón informal que se ponía para leer sus libros de empollona y aquel sencillo jersey verde comprado en la tienda de segunda mano.

—Vámonos a casa a jugar al Scrabble —propuso ella, porque se había mudado a Viebury Grove a vivir con él en una propiedad familiar abandonada que había heredado él por ser el único pariente que quedaba vivo.

La casa había pertenecido a un tío lejano o algo así, y Josi era huérfano porque sus padres habían fallecido en un accidente cuando él tenía veinticinco años. Una vez superados todos los trámites de legitimación, Josi recibió jugosas ofertas para que vendiera, algunas de ellas un tanto agresivas, cosa que le resultó extraña porque él consideraba que la vivienda que había heredado era una pocilga. En cambio, era suya. Su pocilga. Una pocilga que tenía un jardín, de modo que era mucho mejor que el apartamento de mierda que compartía hasta aquel momento con dos sucios pandilleros en Manchester, New Hampshire. Y su pocilga contaba con un espacio en el sótano perfecto para instalar en él su «laboratorio de sonido» para hacer mezclas.

El juego del Scrabble venía siendo el pasatiempo de Josi y de su mujer desde el primer día. Se conocieron en una librería, ella estaba comprando aquel juego de mesa y sorprendió a Josi por ser la primera en trabar conversación. Se enamoraron rápidamente —desde el punto de vista de Josi— mientras charlaban por internet. Ya siendo pareja, el Scrabble nunca se quedaba dentro de su caja. De hecho, tenía una mesa para él solo en el cuarto de estar. Jugaban muy a menudo, inventaron reglas estrafularias que únicamente entendían ellos, y estaban permitidos los términos extranjeros.

Chasqueó la lengua mirándola de arriba abajo, como dispuesto a comérsela viva allí mismo, en el vestíbulo del Prudential, delante de todos los demás idiotas que intentaban conseguir mesa.

—Mira, chica sexy, subimos al restaurante e intentamos que nos den mesa. Si no lo conseguimos, tiramos por el camino del Scrabble con *pizza* —le dijo.

Subieron hasta el piso 52 del Prudential Building rodeados de muchedumbres de turistas que hacían lo mismo. Josi sugirió a su mujer que

esperase junto a un jarrón negro con flores de largo tallo que parecían los cuellos de las aves que habitaban la marisma de Viebury. Acto seguido, se fue hasta el *maître*, le susurró algo y ¡zas!, les dieron una mesa. La cara que puso ella ya fue un premio en sí mismo. Estaba radiante, asombrada de que su novio, que en realidad era una rata de discoteca, hubiera sido capaz de obtener una mesa en un restaurante con clase. Y un viernes, nada menos. La mesa que les dieron estaba situada junto a un ventanal enorme desde el que se divisaba todo Boston. Los ojos de ella brillaban plateados a la luz de la vela. Charlaron de trivialidades mientras daban cuenta de un plato de pollo y otro de ternera, y en ningún momento ella cuestionó por qué le temblaban los dedos a su chico como si estuviera tocando el banjo.

Se excusó un momento para ir al cuarto de baño. Los camareros se dieron prisa. Josi, por una vez en su vida, se sentía igual que un rey que dicta órdenes, pero también se moría de miedo de que su novia le dijera que no.

Cuando su novia volvió del baño, los camareros se habían llevado los platos y habían extendido un mantel limpio, blanco, cubierto de pétalos de sus flores favoritas, las espuelas de caballero —no las insulsas rosas de siempre, ella odiaba aquel cliché, se lo había advertido varias veces en el año que llevaban saliendo—, y encima una frase compuesta con letras del Scrabble: CÁSTATE CONMIGO, CIELO.

—¿Un Scrabble? —dijo Josi refiriéndose a las letras, la propuesta matrimonial y el juego favorito de ambos, todo a la vez. Le entró pánico cuando ella lo miró con expresión confusa—. Tranquila, cielo. El nuestro está en casa. He comprado uno nuevo al venir hacia aquí.

Fue ella la que se puso de rodillas al lado de él, llorando, mientras él la abrazaba igual que un guante de béisbol abraza la pelota. Tomó aquella reacción como un gran sí.

A su alrededor los camareros y los clientes aplaudían embelesados. Y cuando Josi sacó un falso anillo, que si fuera de verdad le habría costado sesenta mil millones de dólares, pero que en realidad era de vidrio, una mujer toda pomposa que llevaba una estola de piel alrededor del cuello exclamó: «¡Oh, Dios mío!».

—Iremos juntos a comprar uno auténtico —prometió Josi—. Esta piedra me ha costado diez pavos en el Maxx. Solo lo mejor para mi chica, por supuesto —afirmó.

Esperaron un mes y se fugaron. Aquello había sucedido hacía un año.

Hace una semana, junto al arco de entrada de Viebury Grove, se formó una lágrima en el ojo derecho de Josi, pero eso no atenuó la furia que sentía.

Una furia tan intensa que tuvo la sensación de estar ardiendo por dentro. «Ardiendo en mi interior, en el fango, en el lodo, en mi mente», pensó; a lo mejor ponía música a aquella letra y creaba una canción nueva en su laboratorio.

«Ella se merecía una muerte regia. Se merecía el mundo y el sol. Ellos le destrozaron los dientes, lo sé. No fue ningún puto árbol. La justicia poética nunca ha conocido la justicia, hasta hoy».

A Josi le gusta verse como el Eminem de su barrio, pero con una cierta inclinación a incluir los *blues* en sus temas, así como declaraciones políticas y declaraciones de amor. Antes de perder a su chica se consideraba un compositor blandengue, carente de reputación. Un rapero con título universitario y sin aguijón. «Nada de armas, ni drogas, ni estereotipos; tan solo un chico sencillo que compone rimas rurales a lo largo del tiempo», decía antes, y pasaba con una sonrisa y caminando con su paso lento y relajado. Pero ya no siente esa paz interior, ahora solo siente furia y desasosiego.

Dio una patada a la roca con el talón del pie, y luego otra, y otra más, y visualizó una ampolla formándose, una especie de representación del dolor que sentía en el corazón.

De pronto apareció un Mercedes plateado bajando por la empinada cuesta de la meseta de Viebury Grove. Acababa de salir de la mansión de piedra. «Este cerdo va a ser el primero en sufrir —se dijo Josi—. El puto juez Rasper».

Se levantó de su incómodo asiento con el taladro agarrado en la mano. Las ramitas sin corteza cayeron al suelo y se quedaron atrapadas de lado y en vertical entre las matas de malas hierbas y la hojarasca. Se asomó por un costado del grueso rododendro y vio que el Mercedes rebasaba el arco metálico y giraba a la derecha. A cada lado de la entrada, en lo alto de las columnas de piedra, había dos calabazas vaciadas y rellenas con velas eléctricas. Por los orificios triangulares que representaban unos ojos y una boca salía un resplandor de color amarillo.

Detrás del Mercedes plateado, el cual Josi siguió con mirada de halcón, venía un Audi que bloqueó su campo visual durante un par de segundos. Y de todas formas costaba trabajo ver algo, porque el conductor apagó las luces del coche, se aproximó a un costado del camino y aparcó debajo de un sauce llorón más allá de las calabazas, fuera de los confines de Viebury Grove. Si no hubiera estado escondido detrás del enorme rododendro, de ninguna forma habría visto el Audi, porque resultaba invisible en la negrura de la noche.

Dejó el taladro inalámbrico en un espacio abierto que había bajo el sillín de su moto de *cross*. Acto seguido se puso unos guantes negros, arrancó la moto, se colocó el casco y se fue en pos del Mercedes plateado. Odiaba usar aquella moto y odiaba el peligro que representaba, pero aquel trasto no estaba matriculado y, por lo tanto, resultaba imposible de identificar; la había encontrado a la venta en Maine, junto a la carretera, y la escondió en su garaje. Cuando la semana anterior persiguió con ella al juez Rasper, no supo distinguir si el corazón le latía tan acelerado a causa del miedo de estrellarse conduciendo semejante chatarra o por pensar en lo que tenía planeado hacerle a Rasper. Se prometió que jamás volvería a conducir un vehículo tan inseguro.

Al pasar junto al Audi, que ahora estaba aparcado bajo el oscuro sauce llorón, se fijó en que en la matrícula trasera ponía TIBURÓN. Por la puerta del conductor se apeó una mujer más o menos de su edad, treinta y tantos, con una tonelada de cabello rubio amontonado en suaves ondas, e hizo unos movimientos como si estuviera examinando una rueda pinchada. Josi dedujo que sería otra pija rica de la Costa Norte que llamaría a asistencia en carretera. Siguió adelante, persiguiendo a su presa, con cuidado de mantener equilibrada la moto, con los brazos alineados sobre el manillar y el cuerpo centrado.

Fue recorriendo las sinuosas curvas de la carretera comarcal que partía de Viebury Grove. Cuando el Mercedes dobló para tomar un camino rural que no se usaba, que marcaba la frontera norte de la base del Grove, igual que había hecho aquel mismo conductor una semana antes, Josi aceleró para adelantarlo.

Una vez situado delante del Mercedes, fue aminorando la velocidad de cinco en cinco kilómetros por hora, cada vez más despacio, y cuando llegó a cuarenta por hora el juez Rasper empezó a tocar el claxon. Josi deceleró otro poco más. Y otro poco. Ya circulaba a veinte por hora. Rasper bajó la ventanilla del Mercedes y le chilló algo; Josi contestó reduciendo de nuevo la velocidad y por fin deteniéndose del todo. El Mercedes frenó con un chirrido de neumáticos.

Josi no apoyó la moto en el soporte, así que esta se cayó al suelo como un saco. Depositó el casco encima, levantó el sillín y sacó el taladro y un gorro de esquí negro. Se puso el gorro, que era de los que tienen aberturas para la nariz y los ojos, y emergió de la nube de polvo que había levantado su motocicleta. Taladro en mano, y dando saltos de liebre, como si fuera un maleante drogadicto que empuña una pistola cargada, con paso decidido, sin titubeos, fue directo hacia el juez Rasper, que había bajado de su vehículo

maldiciendo como un poseso, y se plantó cara a cara ante él. Apenas unos centímetros separaban la nariz del uno de la del otro.

Allí no había farolas. Ni testigos. Tan solo los faros de sus respectivos vehículos, cuyos haces de luz se proyectaban hacia el negro de la noche perforando la nube de polvo que flotaba en el aire y rozando apenas los árboles que hacían las veces de público. El murmullo que hicieron las hojas al agitarse con la brisa sonó igual que un aplauso en el patio de butacas.

El juez Rasper, en cuanto vio el taladro que llevaba Josi en la mano, o quizá cuando oyó el ronroneo cada vez más fuerte que hacía, pulsante y amenazador, dejó de chillar y también dejó de musitar. Apoyó con cautela una mano en el capó de su coche y retrocedió rápidamente.

—Cuidado, cuidado... —decía.

—Si se mete en el bosque ahora mismo, conservará la vida. Ni se le ocurra siquiera volverse para mirar. Haga lo que le digo, viejo.

En comparación con él Rasper podía ser su abuelo, y pesaba unos veinticinco kilos más en un cuerpo más pequeño, todo distribuido en michelines de grasa. Los pliegues que tenía bajo la papada le daban el aspecto de una oruga, igual que las orejas, rarísimas de tan pequeñas, que le sobresalían a ambos lados de la calva. Sus ojos parecían dos clavos oxidados. Cada vez que hablaba le vibraban el cuello y el mentón.

—Hum... La verdad... Yo no... ¿Se puede saber a qué viene esto? ¿Sabe quién soy yo? ¿Qué es esto, una especie de plan de rescate? ¿Qué es lo que quiere, muchacho?

De pronto Josi le propinó un cabezazo en toda la frente para aturdirlo, luego lo agarró por el brazo, lo obligó a volverse hacia el bosque y le dio un empujón en dirección a los árboles.

—Sí, sé muy bien quién eres, capullo —dijo Josi—. Ponte contra ese pino de ahí.

Rasper obedeció, «como un maricón. Es un maricón gordinflón que se desquita con las mujeres», pensó Josi para sus adentros, como un modo de justificar sus actos. Josi tenía el convencimiento de que estaba más nervioso y más asustado de lo que podía estar aquel maricón. Pero su furia superaba a su nerviosismo. Se acordó de su mujer. Se acordó de la pobre chica a la que él había visto violar en la mansión de piedra.

Le metió un calcetín en la boca y después le ató las manos a la espalda y al pino con una cuerda amarilla que se sacó de su sudadera con cremallera. Luego le ató las piernas. Cuando hubo terminado, se plantó delante de él, casi tocándolo, y arrancó de nuevo el taladro.

Rrrrr-rrrr-rrrr-rrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrr.

Rrrr.

Estaba sudando bajo el gorro de lana.

—Vivirás, maricón, pero con dolor. Sé que no vas a decir ni una palabra y que no admitirás haberte acercado siquiera a Viebury Grove. Tú ya sabes por qué. Tengo un disco duro completo, y varias copias de seguridad en la red, en todas las redes, cariño, fotografías tuyas en esa casa, con esas chicas. Eres un puto enfermo. Llevo meses vigilándote, a ti y a los demás. Sí, sé quién eres. Señorita. Sí, señorita. ¿Así es como obligas a las chicas a que te llamen mientras las violas? Pues verás, juez gordinflón Rasper, a partir de ahora vas a vivir con dolor. Pero todos tus amigos jueces de la puta Cámara Federal del Distrito de Massachusetts van a extrañarse mucho cuando te vean, van a preguntarse qué habrá hecho *caracortada* para merecer esto.

A continuación, Josi dio un paso atrás y arrancó otra vez el taladro. A fin de impedir que el juez sacudiera la cabeza, le puso un brazo debajo de la barbilla. Luego apoyó la broca en la mandíbula de Rasper y comenzó a taladrar. Perforó y perforó hasta que la broca dio con algo duro: los dientes, y siguió perforando. Lo hizo dos veces, atravesó la piel y dos muelas, una a cada lado de la cara del juez, como si estuviera arrancando los colmillos a un jabalí salvaje.

El juez perdió el conocimiento y se desplomó en el suelo con los brazos atrapados por encima de la cabeza y a la espalda, colgados de la cuerda amarilla atada al árbol. Josi lo inspeccionó unos momentos y le dio un puntapié en el torso. Un reguero de sangre resbaló por el cuello del juez hasta el suelo. Josi se agachó a la altura de su rostro y, con los guantes todavía puestos, se sacó un puñado de cuadraditos de madera del bolsillo y un tubo de pegamento. A continuación fue pegando las letras en la frente del juez:

EL DENTISTA

Después de haber visto tantas veces reposiciones de *CSI* en compañía de su mujer, Josi sabía que debía eliminar todo aquello que pudiera llevar su ADN, aunque estaba seguro de que Rasper no iba a dar ninguna pista de nada. Así que, después de recuperar la cuerda y el calcetín, volvió a subirse a su motocicleta y se marchó, pensando: «¿Para qué necesito un plan? Puedo hacer esto mismo con todos esos hijos de puta, simplemente cuando me apetezca».

Lisa Yyland sigue adelante

Según un estudio psicológico resumido por Eva Heller en *Psicología del color: Cómo actúan los colores sobre los sentimientos y la razón*, todas las personas odian el color rosa, solo el marrón es odiado aún más. De manera que, desde el punto de vista de la psicología, Eva Heller diría que yo soy coherente con la humanidad al odiar el color rosa. Este horrible ser inhumano que me lleva en su Prius verde no tengo ni idea de cómo se llama, y tampoco me importa. Pero voy a llamarla Eva, dado que activé el sentimiento del odio y que odio su atuendo rosa.

—¿El plan consiste en llevarte adónde, exactamente? ¿Qué es lo que sabes? —me pregunta Eva.

No quiero delatar a Velada, o no quiero admitir que conozco a Velada. Y el motivo no es que quiera protegerla, porque, francamente, no me fío del todo de ella. Pero lo que no puedo hacer es dejar ver que creo tener un topo. Necesito que piensen que tienen un plan perfecto para meterme en la Pecera de las Langostas.

—¿Qué es lo que sabes? —me chilla Eva.

—No hace falta que grites.

Levanta la mano como si fuera a pegarme, pero se contiene. Después, con un gesto inconsciente, se frota el lóbulo de la oreja herido. Me doy cuenta de que me quiere fuera de su coche.

—Sé lo que sé porque llevo años investigándoos a todos —le contestó, indicando con mi tono de voz que obviamente tenía que hacer algo así.

—¿Tu madre habló con alguien más de lo que averiguó respecto del juez Rasper?

—¿Qué crees tú que sabía mi madre del juez Rasper?

—Oh, vamos, no me jodas. Lo sabes de sobra.

Me encojo de hombros como si lo supiera. Pero no lo sé.

—No sé qué crees tú que sabía mi madre —respondo.

—No puedes hacerte la tonta. Vamos, abre la guantera. Lo sabemos todo. Abro la guantera, y aparece una carpeta de papel manila.

—Adelante, compruébalo tú misma. Lo sabemos todo. Lo de tu madre. Lo tuyo la semana pasada. Lo del Dentista. Lo cierto es que eres una enferma. Lo que le hiciste a Rasper. Lo sabemos todo. Nadie va a desenmascarar al Círculo Central. Desde luego, tu madre no. Y está claro que tú tampoco.

«¿Yo soy el “Dentista”? ¿Y yo le he hecho algo a Rasper?».

Dentro de la carpeta hay una serie de fotografías. La primera es una brillante instantánea en alta definición de un hombre tumbado en una cama de hospital. Tiene los ojos cerrados, un tubo de traqueotomía en el cuello, el rostro hinchado, y se le ven dos heridas abiertas a ambos lados de la cara. En la frente le han pegado unas letras del Scrabble que dicen EL DENTISTA.

—Ahí tienes a tu juez Rasper. Eso es lo que le has hecho, Dentista. El juez tiene tétanos y septicemia, no puede hablar, no puede comer. Eres una enferma.

—¿Cómo habéis obtenido esta foto?

—Por favor.

—Tuvieron que cerrar esas heridas poco después de la traqueotomía, y también retirar esas letras.

—Como si no tuviéramos contactos. Continúa. Lo sabemos todo.

Paso a la fotografía siguiente, esta vez es una imagen de menor definición de mi madre vista de perfil, de pie ante la cama de hospital de Rasper. Está con la cabeza inclinada y tomando notas en su agenda, la misma agenda que arrojé yo en el callejón. Da la impresión de que esta foto la han tomado de forma clandestina desde el otro lado del pasillo, posiblemente con un teléfono. La nitidez no es tan buena como la foto de Rasper, pero está claro que se trata de mi madre.

—Tu madre. Fue a ver a Rasper al hospital y le hizo toda clase de preguntas. Pero Rasper lleva una semana en cuidados intensivos y no habla. Sin embargo, que ella le hiciera preguntas ya era bastante. Bastante para hacerla callar. Estuvo preguntándole quién le había hecho eso y por qué. Por favor. Sabía perfectamente que habías sido tú, o bien se lo dijiste tú. ¿Cómo, si no, iba a saber que debía ir al hospital siendo tan reciente lo sucedido?

No le respondo, porque yo no he hecho tal cosa, pero también porque me he quedado atascada en la frase de «bastante para hacerla callar». Igual que un atizador reaviva las ascuas de la chimenea, así se inflama el odio dentro de mí.

—Continúa, Lisa, sigue mirando.

Miro fijamente a Eva pensando en el alivio y la satisfacción que voy a sentir cuando la estrangule. Vuelvo a la carpeta y paso a la fotografía siguiente. Pero antes de poder examinarla, se me escapa de la mano porque el coche toma una curva cerrada a toda velocidad para penetrar en el cementerio de East Hanson. Los cementerios son cicatrices, espacio malgastado de forma ineficiente. Igual que los campos de golf. Gente muerta a mi derecha, gente muerta a mi izquierda, mi madre muerta detrás de mí, en el puerto, una futura persona muerta conduciendo el coche en el que voy yo. Hace un día de otoño caluroso y sin viento, el cielo está límpido, las nubes no lo tapan. Los árboles de toda esta ciudad todavía son un arcoíris de colores. Del espejo retrovisor cuelga un ambientador en forma de cereza que llena el interior del coche de un tufo químico a sustancias cancerígenas.

Pruebo a adivinar:

—Así que Rasper es uno de los clientes de vuestro enfermizo negocio. Si no lo fuera, no habríais querido cerrarle la boca a mi madre —digo a la vez que me agacho para recoger la foto del suelo.

Eva respira hondo y desvía la mirada, pero luego vuelve a mirarme con los ojos muy abiertos, como si estuviera irritada. No tengo idea de qué puede significar esa expresión, pero, basándome en el contexto, diría que acaba de confirmar mi suposición.

Examinó la foto que se me había caído. Tengo que acercármela un poco porque la imagen está un tanto pixelada. Las sombras son oscuras y el entorno es un exterior, por la noche. Al mirarla más de cerca distingo el Audi de mi madre, con la matrícula que dice TIBURÓN, y la forma borrosa de una persona que está moviéndose detrás. La examino con más atención y descubro que esa persona soy yo.

—Tú. La noche en que le taladraste la cara al juez Rasper. De ningún modo habríamos puesto cámaras de seguridad en el arco de Viebury si tú no hubieras agredido a Rasper —narra Eva.

«Caos. Contingencias inimaginables».

—¿Y dónde está entonces el vídeo en el que se me ve a mí taladrando la cara a Rasper? —Necesito saber si tienen algún vídeo en el que salga yo merodeando dentro del recinto de Viebury Grove. Supongo que no lo tienen, porque Eva no estaría tan segura al acusarme de la agresión sufrida por el juez Rasper, como si eso fuera lo único que hice esa noche, cosa que ni siquiera es verdad.

—Por favor —me contesta.

—Así que no tenéis ningún vídeo en el que yo salga taladrando la cara a Rasper.

—Sea como sea, fuiste tú. Lo hiciste tú.

—Me habéis pillado —digo repasando las fotos.

—Recuperaremos las notas y el teléfono de tu madre del coche en que los has metido.

La miro durante unos momentos. Reflexiono sobre su singular misión de hacerse con los documentos de mi madre y sobre la singular misión que tengo yo ahora mismo.

—Sabéis que mi madre guardaba copia de seguridad de todo en la oficina satélite que tenía su bufete en Manchester, New Hampshire, ¿verdad? Tenéis que llevarme allí, recuperaré la documentación y os la daré.

El laboratorio de mi padre se encuentra a una manzana de la oficina satélite de Stokes & Crane, y de allí es de donde necesito recuperar mis dos importantes discos.

—Son todo mentiras —me dice Eva.

—Ve allí ahora.

Eva coge el teléfono y teclea un mensaje, pero no alcanzo a ver lo que ha escrito. Luego, mientras reducimos la velocidad para detenernos detrás de una fila de vehículos en una señal de *STOP*, me mira fijamente.

—Hum —dice con una sonrisita satisfecha, más segura de sí misma ahora que ha enviado el mensaje, como si hubiera tomado una decisión determinante—. Tú crees que conoces a Velada, ¿verdad? —me dice en un tono que creo que lleva la intención de herir. Hago un gran esfuerzo para no reaccionar ante el hecho de que ha sido ella la que ha sacado primero a colación el nombre de Velada, cosa que resulta en cierto modo sorprendente y en cierto modo no. Siempre me he preguntado si a Velada la conocen como Velada en el Círculo Central, o solo yo la conozco por ese nombre.

—No conozco a ninguna Velada —respondo.

—Ya —dice Eva, y ríe para sí—. Velada, qué risa. Bueno, ya te tenemos a ti. Velada nunca ha estado de tu parte. Y dime, ¿qué creías que ibas a hacer? ¿Cómo pensabas que iba a ayudarte ella? Te haya contado lo que te haya contado, es todo mentira.

Lo cierto es que nada que yo diga le va a servir de respuesta. Lo que quiero es recuperar mis discos del laboratorio de mi padre y averiguar si Velada era simplemente una agente doble o una doble-doble agente. Siempre ha supuesto un rompecabezas.

—¿Y qué es lo que tú crees que me ha contado Velada?

—Oh, ¿así vamos a hacer ahora? ¿Vamos a dedicarnos a formular preguntas, a jugar a tirarnos de la lengua la una a la otra?

—También podrías simplemente llevarme a Manchester, y yo te conseguiría esas notas. También a mí me gustaría saber qué fue lo que escribió mi madre.

—Tu madre sabía demasiado, por eso tenía que morir, y yo pienso recuperar todo lo que haya dejado y quemarlo.

Estoy oyendo de nuevo en mi cerebro la frase de esta puta: «por eso tenía que morir», y estoy luchando por reprimir un potente interruptor que ha saltado en mi mente, uno que no he logrado reprimir en el pasado: el de la furia homicida. Vuelvo a apagarlo y me agarro con fuerza para no lanzarme a la acción. He de ceñirme al plan.

Y ahora estoy reflexionando sobre otra cosa que ha dicho Eva, la de que Velada me ha mentido. Necesito tener a Velada en posición. Pero ellos no saben esto ni aunque Velada sea una doble-doble agente, porque Velada no conoce todo mi plan. Más vale que Velada esté en posición. Y con independencia de todas las mentiras que Velada pueda haber ido contándome a lo largo de los años acerca del papel que desempeña en todo esto, trabajando desde dentro, el papel que ellos creen que ha de desempeñar para ellos, bueno, pues que te jodan, Velada. Estate en posición. Estate preparada.

«Y si eres una doble-doble agente, pues vale».

Nadie sabe, ni Velada ni tampoco Liu ni Lola, que a lo largo de estos dieciocho años he conseguido validar de forma independiente unos cuantos detalles de importancia.

Nos incorporamos a la carretera principal que sale del pueblo, y Eva pisa los frenos para no chocar contra un Tundra negro que llevamos delante. Dentro del maletero lleva una tabla de surf de remo de color anaranjado. El ambientador que cuelga del espejo retrovisor se balancea y se retuerce dispersando más partículas cancerígenas. Aguanto la respiración.

Miro por la ventanilla del pasajero haciendo caso omiso de los intermitentes intentos que hace Eva, esta falsa tenista profesional vestida de rosa, por lanzarme preguntas. Ahora avanzamos como si fuéramos de excursión contemplando el paisaje, de camino hacia la autopista, y solo espero que Eva me haga caso y tome la dirección de la 95 hacia el norte. Continúo con la vista fija en el campo. Eva sigue lanzándome preguntas violentas. Me tiro de un mechón de pelo, tanto el auténtico como el de las extensiones, que se me ha soltado del moño. Este mechón me recuerda que soy un arma. Que constituyo un recurso en esta guerra, con todos mis

accesorios incorporados. Desearía poder tener sensaciones en las prótesis de los dedos de los pies, pero no las tengo; están hechas de caucho, imanes e importantes piezas retráctiles.

Al pasar junto al Saleo Country Club, Eva le lanza una mirada de reojo, como si quisiera confirmar que todo está en orden. Interesante.

No acciona el intermitente para incorporarse a la 128, ni hacia el norte ni hacia el sur. Estamos a unos cincuenta metros del momento de tomar una decisión, y en medio de un atasco. Por fin, el tráfico se desatasca y Eva acelera, pasa de largo la carretera 128 y continúa en línea recta. De esta forma podríamos seguir por un camino menos eficiente hacia la 95 norte, la carretera que necesito para llegar al laboratorio de mi padre, pero sospecho que Eva tiene pensado detenerse en una de las áreas de descanso ocultas entre el bosque, donde nadie pueda vernos.

Me pongo a calcular lo que voy a hacer a continuación.

Efectivamente, Eva se sale de la carretera y se mete por un camino sin asfaltar. Paramos al lado de un camión rojo que tiene múltiples compartimientos en la parte de atrás, como si fueran dos hileras apiladas de cajones de madera de color rojo. En el costado del camión hay un rótulo pintado de blanco:

GALLINAS DE RED
SALISBURY, MASSACHUSETTS

Antes de que yo tenga oportunidad de abrir la portezuela del Prius, apearme y buscarme una posición de ventaja, mi puerta se abre sola y un hombre me agarra por el pelo y me saca del coche. En otro momento le habría dado un pisotón, luego me habría apartado al tiempo que le habría propinado una patada en la entrepierna y un codazo en la nariz aprovechando que se doblaba hacia delante, y por último habría escapado, pero no puedo permitirle que me destruya las extensiones que llevo en la cabeza, de modo que me incorporo, me inclino hacia él para aflojar su tenaza y relajar la tensión que ejerce sobre mi pelo y sigo sus movimientos.

En los segundos que tardo en fingir esta momentánea obediencia, llega otro individuo que acaba de salir de detrás del camión y ambos se sitúan a un lado y al otro. Son más altos y más corpulentos que yo, y por lo visto están hasta arriba de esteroides. Me llevan a rastras hasta uno de los cajones rojos que hay en la trasera del camión, me levantan en vilo y me meten en él en horizontal. Inmediatamente me encojo sobre mí misma a fin de poder aprovechar el impulso para empujar con los pies en el fondo y levantarme, pero uno de los hombres me aferra y me sujeta en el sitio mientras noto que

me ponen en el cuello una argolla metálica con forma de U que me impide todo movimiento. Como estoy tumbada boca abajo, giro la cara hacia un lado para respirar, con cuidado de no arrancarme ninguna de las extensiones. Me preocupa que la argolla metálica haya pillado un mechón importante.

Tras taparme la boca con cinta adhesiva, cierran la tapa del ataúd, que tiene montada encima una ventanita de respiración protegida por una malla metálica. No puedo levantar la cabeza ni girarla para mirar.

—Nadie te encontrará, Dentista. Así que te gusta taladrar la cara a la gente... Pues ya verás lo que te espera cuando te vea Eminencia —me dice Eva desde el otro lado.

Estoy bastante incómoda en esta mierda de camión, un vehículo que ningún ser de pensamiento racional sospecharía que lleva dentro un ser humano secuestrado. Lo más probable es que la gente piense que este trasto va lleno de gallinas. Oigo que arranca el motor con un ruido que me retumba en los tímpanos y en todo el cuerpo. Nos marchamos. Ojalá nos estrellemos.

Una vez que mi sentido del oído se ha calibrado respecto del zumbido de los neumáticos, más suave al llegar al firme de asfalto, me fijo en un ruido procedente de un ataúd contiguo. Alguien está dando patadas. Me quedo quieta. Se respira un aire estancado que huele a sudor y a madera caliente.

—¡Se me ha caído la cinta de la boca! —me grita una chica. Está hiperventilando, llorando. La imagino con la visión borrosa a causa de las lágrimas—. Me han dicho que mi destino es Eminencia. ¡Pero qué cojones! ¡Qué cojones! ¿Qué está pasando? ¡Socorro!

«De modo que esta es la chica a la que he puesto en peligro en esta peripecia».

Sabía que iba a llegar este momento. Sabía que llegaría un momento en que tendría que enfrentarme con la otra chica fichada, la que estaba destinada a ser violada por Eminencia mientras yo observara la escena para evitar quemarme con la lejía. Me he entrenado para esto, y en efecto tengo un papel importante para ella. Pero al conocerla de modo tan inesperado y en un lugar tan peligroso, debo admitir que he sentido un súbito miedo y una punzada aún más fuerte de culpabilidad. Me viene a la memoria Dorothy. Siempre me acuerdo de Dorothy. Ojalá a mí también se me hubiera caído la cinta de la boca. Ojalá pudiera calmar a esta chica que patatea explicándole los pasos que tiene que dar. Pero no puedo, así que me limito a escucharla y a pensar.

La segunda vez que Velada vino a verme, sin anunciarse, me estropeó la celebración de mi disertación de fin de carrera. Aunque no predije que fuera a presentarse ese día en concreto, sí que la esperaba, porque yo también tenía que comunicarle una cosa, y además estaba preparada para que ella me comunicara otra. Al final, lo que ella tenía que decirme en su segunda visita resultó ser alucinante. Y lo que yo le dije a ella tal vez al principio pareciera que no venía a cuento, pero es de crucial importancia para el plan. Incluye toda la planificación que he llevado a cabo durante estos dieciocho años, pero sobre todo información relativa a determinado insecto y a otras criaturas.

Según la página de Entomología y Nematología de la Universidad de Florida, «la *Actias luna* o polilla luna es la polilla más bella de todas». Y según varios investigadores de física aplicada, es una cabrona listísima que vence a los murciélagos retorciendo su cola doble para crear una acústica que los confunde, lo cual desbarata el sistema de ecolocalización del murciélago, propio de un superhéroe. Sin embargo, estos sólidos datos científicos no constituyen la razón de que yo pudiera identificar a mi guardián como una genial polilla luna y no como una tonta mariposa negra.

Cuando tenía veintitrés años y llevaba un par siendo la propietaria del internado de Indiana en el que me tuvieron encerrada (gracias a un fideicomiso al que accedí al cumplir los veintiuno, y porque ansiaba ser la propietaria de aquel edificio del mismo modo que ansío conservar los pulmones sonrosados), todavía me sentía irritada por el hecho de que Velada hubiera cuestionado mi precisión sobre los lepidópteros cuando la conocí en 1993, en aquel aparcamiento de los juzgados de Indiana. Desde el primer

encuentro con Velada, Liu, Lola y yo habíamos hecho averiguaciones acerca de lo que me advirtió de la Pecera de las Langostas, habíamos estudiado y empezado a investigar el vídeo de la Langosta Quemada y yo había terminado la universidad y llevaba ya muy adelantados mis estudios de posgrado. Durante todo ese tiempo, quizá como parte de un estudio de interés personal, estuve dibujando bocetos de la mariposa negra para recordar con precisión lo que había visto en aquel ventanuco triangular siendo una adolescente embarazada a la que tenían cautiva.

Un día, sentada en un sillón de mimbre en el porche que rodeaba la casa de Nana, en Savannah, con el cuaderno de bocetos sobre las rodillas y los lápices de colores en los reposabrazos, Nana resolvió mi enojo. Nana, la de cabellos blancos y cutis fino, que se viste con ropas de todos los colores del arcoíris.

El plateado sol de Savannah moteaba las frondas de los grandes helechos colgantes y creaba una cuadrícula de luces sobre los tablones y las alfombras azules que cubrían el porche de la casa de Nana. Y como somos una familia amante de los gatos, yo tenía a mis pies el gato de pelaje anaranjado de Nana, roncando como si fuera un león de circo ya jubilado. Una brisa cálida transportaba el aroma de las flores de los frangipanis y perfumaba el porche igual que una vela floral.

Vanty, que tenía ocho años, durante el día estaba entretenido en un campamento diurno que había calle abajo, llamado Campamento de Piratas. Aquello no parecía seguro ni práctico para sus futuros estudios, pero Nana me explicó que un campamento así era bueno para el «desarrollo social» de Vanty y que, por lo tanto, resultaba práctico y productivo.

—Es una polilla luna, querida —me dijo Nana a la vez que me pasaba un sobre ya amarillento por el paso del tiempo—. Fíjate, en 1987 el servicio de correos emitió un sello en el que se representaba una polilla luna. —En el sobre aparecía un sello con la forma exacta de mi «mariposa negra». Nana colecciona sellos—. En cambio, tú sigues coloreándola de negro, querida. ¿Por qué, si es verde? O azul. O azul verdoso.

Lo único con lo que uno no se puede confundir al ver una polilla luna es su forma y sus dibujos: tiene una cola en el centro, que cuando se encuentra en reposo está dividida, pero que cuando elude a un murciélago retuerce sus dos mitades. Además, posee dos «ojos» decorativos en las alas. Tanto la doble cola como los círculos son rasgos distintivos que yo llevaba años dibujando, porque eran los atributos que distinguí en mi cautiverio. Pero ¿es posible confundir el color de la polilla luna? ¿Es posible confundir el verde con el

negro? Necesitaba resolver aquellas preguntas. Necesitaba hacer un experimento en las circunstancias exactas en las que había visto aquel misterio por primera vez.

Generé varias instrucciones para el cuidado de Vanty en una hoja de cálculo, la imprimí y se la entregué a Nana. Ella puso encima su taza de café, demasiado llena, y permitió que se formara una mancha de café en forma de círculo sobre las importantes frases que recomendaban practicar la maniobra de Heimlich si Vanty se atragantaba e inspeccionarlo dos veces al día por si tuviera garrapatas. Pero yo nunca he salido victoriosa de un debate con Nana, de modo que, en aras de la eficiencia, pasé a otra cosa.

Corrí a mi internado de Indiana, el cual de hecho había adquirido en una subasta. En aquel momento se encontraba en la Fase II —de lo que iba a ser un centenar de fases— de renovación. Mi sala de entrenamiento para la Pecera de las Langostas estaba en construcción en una de las cuatro alas del tercer piso, así que al pasar eché un vistazo a las obras. No estaba conforme con la profundidad de los dos recipientes de cristal montados en las paredes, de modo que le dije a mi diseñadora, que había firmado un estricto acuerdo de confidencialidad, que volviera a empezar desde cero. Ella creía que yo estaba construyendo unos acuarios de pruebas para estudiar reptiles y plantas acuáticas.

A continuación, volví a la sala del tercer piso en la que me habían encerrado y en la que con dieciséis años había achicharrado a mi carcelero. A aquellas alturas, la celda de tres metros y medio por siete en la que me habían tenido retenida estaba vacía y limpia.

Salí y le pedí a uno de los trabajadores de las obras de renovación que pegara con cinta adhesiva varias hojas de colores que había traído yo de arbustos del bosque circundante: verde claro para la polilla luna macho o verde azulado para la polilla luna hembra. Pasé doce horas anotando la apariencia que iba tomando el color, con diferentes grados de insolación, y siempre era negro. Mi anterior percepción no tuvo en cuenta el árbol que bloqueaba y desviaba las ondas luminosas, lo cual me impedía ver los verdaderos colores de la polilla. Juego con la desventaja de la vista humana, el oído humano, el gusto humano, el tacto humano; mis percepciones solo son capaces de modelar las cosas hasta un cierto límite. Yo no soy un murciélago, capaz de oír frecuencias de hasta 100 kHz. No soy un halcón, capaz de ver un roedor en el suelo desde una altura de 4500 metros. Los científicos evolucionistas dicen que a los seres humanos nuestras limitaciones nos permiten sobrevivir, de lo contrario nos volveríamos locos si pudiéramos oír o

ver tanto. Pero también significa que uno puede aprovecharse de esa deficiencia de los demás y sacar partido de las defectuosas percepciones sensoriales humanas. Se puede engañar a los seres humanos fabricando una visión falsa, un sonido falso. Manipulándolos. Se puede utilizar contra ellos la definición que ellos mismos tienen del mundo.

A lo mejor fue en ese momento cuando comprendí por primera vez que para escapar de la pecera, dado que tendría que estar desnuda, iba a tener que servirme de diversos engaños de los sentidos, principalmente de la vista y del oído. Además, después de haber identificado a mi insecto como una polilla luna, y no una mariposa, esperé a recibir otra visita de Velada para poder contarle lo que había descubierto. La mariposa negra que tenía tatuada en la mano era inexacta. Si estaba basada en algo que había dicho yo, había confundido el significado e iba por ahí llevando encima algo que era mentira.

Era el día en que defendía mi disertación para obtener mi titulación superior de Física, concretamente en ondas sonoras, más específicamente en la biofísica del uso de ultrasonidos para atraer más que repeler a los roedores y a otras criaturas. De igual modo que con mi disertación de fin de carrera, la cual resultó muy útil para diseñar el plan, ahora me interesa el modo de atraer a los bichos a la jaula y cazarlos en mi trampa.

El día de mi disertación de fin de carrera yo tenía veinticinco años, era joven en comparación con los demás. Durante la celebración, que supuso un gran festejo y formó parte del comunicado de prensa (dadas las patentes que ya había publicado y todas las noticias que se conocían de mi secuestro), apareció Velada en los alrededores de la cafetería de la facultad, mordiéndose el dedo pulgar. Esperó a que me liberara de una tarta innecesariamente gigantesca y decorada con unas ondas sonoras de azúcar glas que iban marcadas incorrectamente como ULTRASONIDOS DE 20 KHZ. El azúcar glas estaba mal hecho, los picos y los valles de las ondas no parecían de 20 kHz, sino más bien de 30 kHz, una frecuencia más baja que percibe cualquier ser humano corriente, no la alta frecuencia de los ultrasonidos, que captan los roedores y los murciélagos, todos ellos dotados de sentidos propios de superhéroes. Las ondas sonoras representadas en la tarta de mi disertación eran erróneas desde un punto de vista científico y no resultaban maravillosas ni especiales, así que aquella tarta rectangular me aguijoneaba para que explicase lo que era el sonido a mi familia y a los profesores presentes. Pero no dije nada, porque Nana me susurró con los dientes apretados: «Simplemente sonrío, querida».

Al principio, un extraño instinto me obligó a desear hacer esperar a Velada, porque no me gustaba que creyera que nuestros encuentros los dirigía ella sola. Estoy convencida de que esto es un instinto de supervivencia y en absoluto una emoción. Sé cuántas veces cambió el peso de un pie al otro y consultó el reloj: 27 cambios de peso y 35 miradas al reloj en un espacio de cuatro minutos y cincuenta y siete segundos. Supuse que debía de tener prisa, de modo que le hice una seña con la cabeza para indicarle la caseta que hacía las veces de aseo de señoras, fui detrás de ella, advertí en su bolsillo trasero la forma de un cigarrillo y un encendedor, y cerré la puerta con llave.

«El cigarrillo y el encendedor parecen ser una constante en ella. Llevarlos en el bolsillo de atrás es su marca de fábrica».

Velada venía otra vez vestida toda de negro, con una camiseta negra ajustada. Estaba delgada, con brazos de murciélago pero tonificados, y naturalmente con la mariposa negra tatuada en la mano. Otra vez calzaba chanclas, creo que para recordarme las quemaduras que había sufrido. De nuevo reparé en que todos los dedos de los pies estaban a la misma altura, cortesía de su personal cóctel genético.

El gesto de indicarle el baño de señoras como si fuera mi oficina me hizo acordarme del Fonz, aquel personaje de la serie *Happy Days* que mi padre, que por aquel entonces aún no nos había dejado, veía en grupo. Entramos la una detrás de la otra, y yo eché la llave para que no nos interrumpiera nadie. Velada se giró rápidamente y se apoyó contra un lavabo. Yo hice lo mismo frente a ella.

Habían pasado nueve años desde la última vez que nos habíamos visto. Ella había establecido un juego a largo plazo.

—¿Te acuerdas de mí? —me preguntó.

—Naturalmente.

—Bien.

Le devolví la misma mirada fija. A lo mejor se pensaba que yo me había olvidado totalmente de ella y que no había pasado aquellos nueve años obsesionada con cada una de las palabras que me dijo.

—Sea como sea —dijo, desviando por fin los ojos—. Mira, no dispongo de mucho tiempo. Desde la última vez que hablamos he estado trabajando con el contacto que tengo dentro de la organización. ¿Has averiguado lo que es la Pecera de las Langostas?

—Sí.

—Bien. Genial. Estupendo. —Dio la impresión de titubear, creo que se contuvo para no formular otra pregunta sobre el mismo tema. Esperé a que

continuara hablando. Sacudió la cabeza en un gesto de negación, frunció los labios y dijo—: Sí, ahora ya sé qué fue lo que me hicieron. Es muy jodido.

—Sí.

—Pero ¿has averiguado dónde está? —me preguntó a continuación acercándose a mí, muy interesada en mi respuesta.

—No.

—Hum... —dijo, y acto seguido se volvió y me ocultó el rostro. No sé por qué lo hizo, pero noté que ocurría algo malo. Cuando se giró de nuevo hacia mí, añadió—: Bien, pues la cosa se vuelve más jodida todavía.

—Puedes fumar aquí dentro, si quieres. No hay alarma contra incendios.

Abrió unos ojos como platos.

—Digo que puedes fumar.

—Está bien —contestó, más como una pregunta. Observé cómo se llevaba la mano al bolsillo de atrás, igual que la vez anterior, y sacaba un encendedor de color verde botella y un único cigarrillo.

«Las personas y sus muletillas, ellas mismas se ponen distintivos».

Velada continuó hablando a la vez que fumaba, igual que hizo en el aparcamiento de Indiana, pero en esta ocasión no fue tan maleducada, porque yo le había dicho que podía fumar.

—Me quemaron los pies dos años antes de que te viera a ti. Y he descubierto que la razón de que la lejía me subiera solo hasta los pies y de que me fuera posible escaparme cuando me sacaron de la pecera es que ellos estallaron en una especie de bronca monumental. No era aquello lo que debían hacer conmigo; se suponía que debían esperar veinte años a que volviera Eminencia. Aquel año ya habían quemado a una chica. Pero, por lo visto, el individuo al que yo vi la noche en que me metieron en la pecera no era Eminencia, sino otro capullo. Mi contacto afirma que le pegaron un tiro y lo arrojaron al mar por haber usado la pecera de Eminencia y haber intentado hacer las «cosas de Eminencia».

«Así que aquel año ya habían quemado a una chica. Debió de ser la que vi yo en el vídeo».

—¿Por qué debían esperar veinte años?

—Una razón son las supersticiones del líder del Círculo Central, Eminencia.

Emitió una tos a modo de pausa, y yo pensé: «Tú también tienes supersticiones, como la de fumarte un único cigarrillo y llevar un encendedor de color verde. Observa».

—Esto es todo lo que sé. No lo entiendo. Tiene algo que ver con el número veinte. Todo lo hacen en incrementos de veinte. Todos son veintes. La Pecera de las Langostas cada veinte años. Otra cosa: si la «experiencia» de la Pecera de las Langostas tiene lugar solo cada veinte años, los clientes pagarán una suma altísima por presenciarla en directo. Tú has podido averiguar lo que es la Pecera de las Langostas, como pude yo, porque el Círculo Central quiere que se sepa en el mundo clandestino. Jamás ha habido una sola prueba de ello, naturalmente. Lo mantienen vivo a modo de una vaga leyenda urbana.

«¿Presenciar la experiencia en directo? ¿Desde dónde?».

—Y aún hay más —prosiguió Velada, e hizo otra pausa para dar una calada al cigarrillo—. Existen ciertas reglas, y debes estar preparada para ellas. No debes llevar ningún aparato electrónico, nada que sea metálico, ningún rastreador. Te escanearán inmediatamente, y si descubren algo lo destruirán, por supuesto, pero también te harán daño a ti. Así es como han conseguido permanecer tanto tiempo fuera del radar. Nadie, y quiero decir nadie, se acerca al Círculo Central llevando un dispositivo. Tampoco un GPS, nada. Son totalmente analógicos, de la vieja escuela. Además, tendrás que averiguar la manera de no dejar que te chuten heroína. Esa es su forma de someter a las chicas y volverlas dóciles y obedientes. Las drogas.

—De modo que esas son las reglas de compromiso —dije parpadeando despacio.

Velada desvió la mirada hacia un lado, como si hubiera una tercera persona con nosotras, e hizo un ademán con las manos como pidiendo a esa persona invisible que me lo explicase.

—¿Qué?

—Estás exponiendo las reglas del juego que has establecido para nosotros. Cada veinte años, nada de tecnología, lo de la heroína, etcétera.

—Lisa, esto no es un juego. Esto es a vida o muerte. ¿Es que no lo entiendes?

—Sin sentimientos, todo es un juego.

—¿Consideras que la vida es un juego?

—Sí. —Callé unos instantes porque Velada volvió a pedir ayuda a una supuesta tercera persona que había a mi lado—. Es un juego muy complicado, te lo garantizo. Requiere más estrategia que el ajedrez.

Velada lanzó un fuerte resoplido.

—Vaya. Hay que ver. Mira, no tengo tiempo para charlar contigo de filosofía.

—Esto no es filosofía.

—¿Sabes... sabes qué? Tú te lo crees de verdad, ¿a que sí? Estás muy jodida. En fin. —Apretó la mandíbula y me observó durante unos segundos —. No, espera. Espera un momento. Entonces, si la vida es un juego, ¿cómo se gana?

—Esa es una de las complicaciones. Es algo subjetivo. Depende de cómo elija uno utilizar los sentidos, las percepciones. Pero no cabe duda de que hay ganadores, y también perdedores. Y en medio de unos y otros hay un montón de gente.

—¿Al decir «perdedores» me has señalado a mí?

—Puede que lo haya hecho mi subconsciente.

Velada apartó los ojos de la tercera persona invisible y me perforó con la mirada. Parecía estar masticando algo. Tiró un poco de ceniza al suelo.

—Menuda cabrona estás hecha —me dijo.

—¿Dónde está la Pecera de las Langostas?

—¿Ya no seguimos filosofando? ¿Ni insultando?

—¿Dónde está la Pecera de las Langostas?

Velada cerró los ojos y fingió estar reiniciando su estado de ánimo.

—Me voy a quedar de lo más contenta cuando haya terminado contigo. —Dio otra calada al cigarrillo. Al exhalar dirigiendo la bocanada de humo hacia el techo, dijo—: No sé dónde está esa puta pecera, ¿vale? Lo único que conseguí averiguar fue que Eminencia tiene pensado meterte a ti en ella veinte años después de la última chica, según su rotación. Algún significado debe de tener, pero no sé cuál. Mi contacto dice que Eminencia no se ha olvidado de ti.

—Para que pasen veinte años desde que te quemaron a ti todavía faltan otros diez. Pero ¿en qué mes? ¿Qué día? ¿Y dónde?

—No tengo ni idea de la fecha ni del mes. Y mi contacto todavía no me ha desvelado el lugar. Esta Pecera de las Langostas es más secreta que lo que se cuece en el Pentágono. Cobran millones de dólares por persona por ver la acción en directo. Cuanto más grande es la leyenda urbana, más secreta se vuelve, más tiempo esperan y más dinero ganan. Un equilibrio curioso.

«Lo verán en directo. Y pagarán millones. Anotado».

—Pero sí que conoces más o menos las inmediaciones de ese lugar secreto. Cuando escapaste, como mínimo tuviste que saber a qué estado pertenecía.

Velada se estremeció, frunció los labios y dio una calada al cigarrillo. El desagradable olor del humo se mezcló con el de la lejía que habían empleado

para limpiar el aseo. En lo alto del techo hacía ruido un ventilador.

—Oye —me dijo Velada poniendo los ojos en blanco—, no tengo la menor idea, ¿vale? Recuerdo que iba en autobús. Alguien me subió a un autobús. Pasé varios días sin saber dónde estaba y me desperté en Roanoke, al lado de una hamburguesería. Nos estamos acercando. Estate preparada.

«Los movimientos de sus pupilas indican que miente. Observa».

Velada se despidió con un gesto de cabeza y, sin soltar el cigarrillo, hizo ademán de salir, pero yo la agarré del brazo para impedirselo.

—Tengo que irme. Ahora mismo —protestó, y liberó el brazo de un tirón.

—Entrégame el cigarrillo. Ahí fuera hay carteles de NO FUMAR.

Velada me observó durante unos instantes más de lo que me resultó cómodo, me miró de arriba abajo.

—Toma —me dijo despacio y con cautela, como si me estuviera entregando un arma cargada.

—¿Qué es lo que te estás callando? —le pregunté.

Sostuve el cigarrillo en la mano; ella me miró como retándome a que fumara también, poniéndome a prueba. Yo le devolví la mirada sin hacer ningún gesto con la cara. Aquello se prolongó por espacio de largos instantes, y yo habría dejado que continuara incluso más, pero finalmente ella cedió.

—Estás paranoica, Lisa. Soy yo la que te está proporcionando información. ¿Qué pasaría si no te hubiera contado lo de la Pecera de las Langostas? Pues que no sabrías que debías estar preparada. ¿Vas a estar preparada?

No me gustó que me esquivase de aquel modo. Estudié si sería un intento fútil pelearme con ella en aquel punto, y decidí concentrarme en recopilar y validar información por mí misma, sin su ayuda. Sosteniendo el cigarrillo a un costado, le indiqué con un gesto de cabeza que podía marcharse. Ella lanzó un bufido y se dirigió hacia la puerta.

—Era una polilla luna, no una mariposa —le dije cuando ya se iba—. Así que la mariposa negra que llevas en la mano está mal. Era de color verde, o verde azulado. La polilla luna, la *Actias luna*.

Hizo un alto, se rascó la mariposa tatuada y se volvió hacia mí.

—De modo que yo tenía razón. Era una polilla —dijo con una sonrisa que, dentro de mi clasificación de expresiones faciales, resultó ser un gesto orgulloso y burlón.

Y después, se marchó.

Metí su cigarrillo en la bolsita de plástico con cierre hermético que llevaba en el bolsillo desde hacía años y volví con Nana para degustar la

ofensiva tarta de ultrasonidos. Al ver de nuevo el azúcar glas, distraída por aquellas ondas sonoras mal dibujadas, pensando también en las trampas que hizo la luz para engañarme y hacerme creer que una polilla luna era una mariposa negra, me vinieron a la mente varios recursos en los que necesitaría trabajar en mis laboratorios de Indiana.

11

Lisa Yyland: de vuelta al laboratorio

Inmediatamente después de graduarme y obtener mi título superior, agarré a mi hijo Vanty, de nueve años, y finalmente me mudé a vivir al internado, a aquellas alturas ya totalmente renovado, que ahora es la sede de 15/33 en Indiana. Lenny, mi novio, padre de Vanty, que por aquel entonces aún no era mi marido, estaba estudiando poesía y dando clases de lengua en Johannesburgo.

En la habitación en la que tenía las dos peceras de cristal, instalé una mesa de trabajo de acero inoxidable. Conservé en la puerta metálica de doce centímetros de grosor el teclado y también la cerradura biométrica, para tener la seguridad de que nadie entraría mientras estuviera trabajando o ensayando o entrenándome para la pecera. A partir de aquel momento, en general, y salvo por un período de tres meses de entrenamiento intensivo en una habilidad específica, tras dejar a Vanty en el colegio todos los días pasaba una o dos horas trabajando en prepararme para la pecera. Después, y hasta la hora de ir a recoger a Vanty, hacía un rato de gimnasia con Sarge, trabajaba en mis diversas patentes y en montar mi firma de consultoría en otros laboratorios y salas del edificio, y hablaba con el cocinero del ala en la que vivíamos como familia.

Dentro del cuarto de entrenamiento con la pecera, me puse a diseñar dos recursos técnicos superiores y otro de menor nivel que me ayudaran con el plan. Todos ellos dentro de la categoría de la falsedad de las percepciones sensoriales.

Las porciones de pared que hay alrededor de las peceras de ensayo las utilizaría como una lona y añadiría capas y detalles a una pintura de un bosquecillo de abedules como una forma de ir ideando soluciones a problemas. Al principio tenía tan solo un abedul y varios parches de cielo alrededor, pero con los años, y a medida que fueron evolucionando mis

estudios, mi entrenamiento y mi planificación para la pecera, también evolucionó el bosque de abedules pintado en las paredes.

Sobre la mesa de acero inoxidable fui combinando circuitos y plásticos para crear un montón de discos prototipo, discos que esperaba que registrasen las ondas sonoras reales. Siguieron varios años de fracasos y pruebas. Uno de mis principales escollos ya desde el principio fue el de averiguar cómo suministrar electricidad a aquellos discos y cómo ponerlos en marcha, dado que no iba a disponer de una fuente de alimentación que les proporcionara una carga constante y dado que tampoco iba a saber con seguridad durante cuánto tiempo tendrían que conservar la carga ni en qué momento preciso tendrían que empezar a funcionar.

De manera que me llevé a aquella habitación literatura científica relativa a la energía mecánica que resultaba difícil de entender y a menudo estaba escrita en un idioma extranjero (iba a tener que pagar para que me la tradujesen). Junto a mis recortes de plásticos y mis cables deshilachados, apilé montañas de artículos de revistas científicas que llevaban títulos del estilo de: «Cómo aprovechar la energía que se genera caminando. Teoría del movimiento» y «La fuerza humana». En resumidas cuentas, la energía mecánica es el mismo concepto que un molino de viento que captura la energía del viento y la almacena en grandes capacitadores. Excepto que aquí, con mi línea de estudio, ese concepto se miniaturizaba hasta la escala de unas bandas fibrosas portátiles que servían para capturar la energía generada por el movimiento de la persona. En mi mesa de trabajo fabriqué una banda de color carne provista de un adhesivo y me la pegué en la cara lateral de las rodillas. El primer prototipo requirió un capacitador del tamaño de un limón para retener la electricidad generada en mis rodillas, un capacitador que tuve que sujetar aparte, alrededor de los muslos. En realidad no es tan revolucionario ni complicado. Esta tecnología no solo es creíble, sino que ya se emplea en círculos pequeños. Sin embargo, había algo que me intrigaba todo el tiempo, algo relativo a la banda de las rodillas y, obviamente, al tamaño del capacitador. Aunque lograrse reducir el tamaño del capacitador, no me veía a mí misma capaz de seguir llevando aquellas bandas en las rodillas estando confinada. Pero, igual que ocurre con los enigmas de la ciencia, llegué a un momento en el que no conseguía ver la solución, de manera que continué usando y probando la banda de las rodillas, confiando en que llegaría el día en que la solución viniera a mí. Seguí practicando y haciendo pruebas para la Pecera de las Langostas de otras maneras, y al mismo tiempo iba fabricando capacitadores y discos de audio cada vez más pequeños.

Y en lo que se refiere al recurso de menor nivel:

El veinte era el número obsesivo que regía toda aquella aberración. Y resulta que el veinte es un número para los físicos. Yo no soy mágica. La magia no existe. Con suficiente práctica, algunas personas son capaces de aprovechar habilidades que parecen magia. La magia es la combinación de las leyes de la física, habilidad física, explotar las limitaciones de los sentidos del ser humano, y psicología.

De modo que en relación con este tema me vino a la memoria un viaje que había hecho a Nueva York con mi madre el mismo año de mi disertación de fin de carrera. Mi madre y yo estábamos comiendo en un restaurante del centro de Manhattan. Ella me estaba explicando que el verdadero Nueva York estaba en el SoHo y no en ese «agujero de suciedad» que era Times Square, que desde luego no se parecía en nada a la «chillona torre Trump». Afirmaba que el restaurante en el que nos encontrábamos era de lo más «pedestre», con aquellas «horrendas» banquetas de vinilo rojo y aquellos «masculinos» rótulos de neón que anunciaban marcas de cerveza. Pero como era una lucrativa cadena de restaurantes extendida por todo el país, y como el presidente de la misma, acusado de varios delitos de guante blanco, era un cliente suyo, nos vimos obligadas a reunirnos con él en aquel sitio. Mi madre se erizó y se replegó hacia la parte más escondida del reservado cuando vio aparecer ante nuestra mesa a un artista. Se hacía llamar MagEEK, la Estrella Internacional de Magia Ratonil. Era un hombre adulto disfrazado de ratón. Si Nana hubiera estado presente, creo que habría declarado que aquel artista era «gracioso»; en cambio, mi madre no sonrió, de modo que yo tampoco.

Aunque mi madre estuvo todo el rato con cara de pocos amigos, yo observé lo que hacía MagEEK y entré en modo estudio cuando se sacó la billetera de mi madre de un bolsillo de su propio traje, la misma billetera que llevaba ella en su bolso de Valentino, el que tenía apretado con la mano contra la horrenda banqueta y que no había abierto desde que nos sentamos.

Cuando regresé a mi habitación de pruebas de Indiana, busqué el teléfono de MagEEK y lo llamé por una línea segura que tenía al lado de una de las peceras. Lo contraté como consultor, le hice firmar un oneroso acuerdo de confidencialidad y le exigí que viviera en Indiana conmigo durante tres meses y me entrenara día y noche.

Ahora bien, tres meses no son en absoluto tiempo suficiente para alcanzar el grado de habilidad que poseen los magos profesionales. Pero sí fue tiempo suficiente para que yo aprendiera lo fundamental de lo que necesitaba ensayar

de forma obsesiva sobre cómo ocultar objetos y cómo engañar con determinados movimientos.

MagEEK no llegó a saber para qué me estaba entrenando, yo en ningún momento le mostré la habitación de las peceras. Yo misma tampoco sabía con exactitud de qué modo iba a utilizar aquellas habilidades de ocultar y engañar, pero sí sabía que iba a tener que utilizarlas. En el gimnasio familiar que teníamos en el sótano, MagEEK me hacía practicar durante siete horas enteras, todos los días, cómo esconder objetos con las manos. Me entregaba muchísimos objetos: pelotas de tenis de Vanty, fichas de dominó, piedras, botellas, manzanas, naranjas, trozos de queso, chocolatinas, cualquier objeto que encontraba por la casa, y yo tenía que esconderlos con las manos y con los brazos. Me entrenó en técnicas de distracción sencillas, un chasquido de dedos, una voz insertada aquí y allí.

Durante aquellos días, la energía almacenada en el capacitor de la banda que llevaba en la rodilla siempre marcaba el máximo. MagEEK me enseñó a flexionar la espalda lo justo para crear allí otra sorpresa aparte, con el fin de distraer al público de lo que estuviera haciendo de verdad, como por ejemplo lo que hiciera una vez que me hubiera liberado de la pecera.

Exagente especial Roger Liu

La segunda vez que Lisa se reunió con Velada, nos enteramos de lo del horrendo ciclo de quemar a una chica en la Pecera de las Langostas cada veinte años. Según Biblestudy.org, el número veinte puede representar un «período de espera completo o perfecto». Los numerólogos y los especialistas en símbolos del FBI y de la agencia de Lola coincidieron en que, en lo que se refiere al tiempo, los incrementos de veinte en veinte simbolizan episodios de conclusión que requieren paciencia. Dicho de otro modo, en determinadas sectas maquiavélicas, esperar veinte días, semanas, años o lo que sea que valore esa secta, puede representar un simbólico rito de paso, el hecho de superar una prueba de resistencia o de paciencia. De alcanzar la iluminación. Aquí, Eminencia, el Gran Maestre del Círculo Central, tenía una superstición en torno al número veinte y daba mucho valor al hecho de esperar veinte años para la ceremonia del rito de paso que suponía la Pecera de las Langostas, de manera que resultaba obvio que nos estábamos enfrentando a un puto chiflado.

Pero ¿quién era Eminencia, y dónde estaba? Nos embarcamos en averiguar aquello investigando el número veinte. Si lográramos encontrarlo primero a él, podríamos acabar con aquel espeluznante espectáculo, destruir todo aquel negocio antes de que secuestrasen a Lisa. Aquella era mi meta.

Durante bastante tiempo estuvimos examinando una base de datos de símbolos pertenecientes a diversas sectas y bandas que habían compilado los federales, pero tan solo conseguimos llegar a frustrantes callejones sin salida. Estudiamos numerosas posibilidades, algunas de ellas basadas en teorías cogidas por los pelos, y no encontramos nada. Pero un día, un especialista en símbolos de la agencia de Lola le escribió un correo y le dijo: «No tengo ni idea de dónde han hecho esta foto, pero ha sido enviada a la oficina por una persona anónima, sacada de metadatos, sin anotaciones ni nada».

En la foto se veía la pared de ladrillo de un callejón. En dicha pared, dibujado con pintura blanca ya medio desvaída, aparecían restos de un círculo casi borrado por la lluvia y la intemperie dentro del cual había un dragón cuya garra formaba el símbolo 二 y cuya cola enroscada formaba una 十, que juntos eran 二十 o el número veinte en mandarín. En aquel momento me di una bofetada a mí mismo y meneé la cabeza en un gesto de negación, avergonzado de no haber visto algo que resultaba tan obvio. En ningún momento habíamos buscado el número veinte en un idioma extranjero. Velada le había dicho a Lisa «veinte», y el tipo del vídeo de la Langosta Quemada hablaba inglés. Pero eso no era excusa.

Lola intentó consolarme:

—Hasta el cirujano jefe de un importante hospital sureño comete de vez en cuando errores propios de un novato y amputa el brazo que no es, por ejemplo.

La analogía de Lola me pareció extrañamente específica, totalmente aleatoria, terriblemente horripilante y solo ligeramente tranquilizadora.

—¿Qué cirujano sureño? —le pregunté.

—Da igual, jefe. No importa —me contestó, y me percaté de que, toda ruborizada de pronto, se marchaba a toda prisa para poner fin a la conversación. «Será algo personal, seguro». Durante una fracción de segundo me vino a la mente la imagen de Lola vestida con aquel albornoz blanco en el Four Seasons.

El agente que envió la foto había marcado con rotulador rojo los símbolos 二十 y había escrito «20», lo cual me hizo rememorar aquella imagen. Era algo que había visto en el pasado. En cuanto vi la foto, entró en acción mi hipertimesia, hasta el punto de que tuve que sentarme para recuperar el aliento. Recordé con todo detalle el camino exacto que conducía a un callejón de paredes de ladrillo. En el barrio chino de Boston.

Varias investigaciones llevadas a cabo a lo largo de los años me han llevado a diversas ciudades de Estados Unidos, una de ellas Boston. Dada mi enfermedad de la memoria, o más bien la ventaja que me proporciona, dependiendo del momento en que entre en acción y se apodere de mí, camino por las calles de una ciudad. Vago sin rumbo, sin una meta, durante varias horas, mirando a mi alrededor y almacenando imágenes de todo lo que voy viendo. En ocasiones, como ocurrió con el dragón que formaba el ideograma 二十, esos paseos pueden cambiar en el futuro, y dejar de ser caminatas sin rumbo del pasado para convertirse en un valioso trabajo detectivesco en el presente. Como si yo mismo fuese mi propio buscador de imágenes de

Google. En ocasiones. Como es natural, el año en que vi por primera vez aquella pintada en el callejón no me evocó absolutamente nada.

Cuando la agencia de Lola envió la fotografía, y después de recuperarme del ataque de hipertimesia, acorralé a Lola y ambos nos fuimos a Boston. Esto sucedió hace ocho años.

Tras localizar el callejón sin dar una sola vuelta, entramos, pasamos por delante de un karaoke que había a mano derecha y un bar de *sushi* abierto toda la noche que había a mano izquierda. Aunque ya semiborrado por el paso del tiempo y por la lluvia y el corrosivo granizo de Nueva Inglaterra, nuestro dragón pintado de blanco y con el símbolo 二十 seguía estando en la pared de ladrillo.

Como nos encontrábamos en el lugar adecuado, entramos por una puerta trasera, lo cual, conociendo las fachadas de los establecimientos de la callejuela, quería decir que estábamos entrando en el bar de *sushi* que abría toda la noche.

De inmediato nos vimos en una caverna negra. Unos telones de color negro formaban las paredes de un pasillo que nos condujo a un pasaje que desembocaba en una cocina toda pintada de negro. Se oía una música metálica amortiguada por un gorgoteo de agua que procedía de alguna parte y que encontramos en una sala abierta, sin ventanas, vacía salvo por tres cosas: el origen del gorgoteo, que resultó ser un acuario gigante, una mesa con cuatro sillas y un hombre. En el interior del acuario nadaban únicamente seres vivos de color negro: erizos de mar, una langosta moteada y un pez negro enorme.

El hombre, que estaba de pie delante del acuario, sosteniendo una red por encima del mismo, no se volvió para saludarnos.

—Siéntense —ordenó.

Iba vestido con un polo marrón y un pantalón también marrón, lo cual le daba un poco el aire de un monje. Se volvió y nos miró con unos ojos inexpresivos y de un blanco lechoso. Era ciego. El pelo lo tenía blanco y sus rasgos eran asiáticos.

—¿Vienen a las partidas? —preguntó. Como no veía, sus ojos miraban más allá de donde estábamos nosotros.

—Sí —respondí, silenciando a Lola con la mano. Me aproximé un poco más. Él seguía sosteniendo la red, que goteaba agua hacia el blanco del suelo.

—Ustedes serán los primeros en hacer la prueba. ¿Han traído las monedas?

Lola y yo no teníamos ni idea de qué estaba hablando. No obstante, teniendo en cuenta el contexto, yo estaba bastante seguro de que en la otra habitación se estaban jugando partidas ilegales de póquer.

Nos sentamos a la mesa.

—La señora a mi derecha, el caballero a mi izquierda —indicó, haciendo un gesto a cada uno con la cabeza al tiempo que él se sentaba enfrente. Vistos de cerca, sus ojos estaban totalmente ciegos, de modo que a saber lo que le informaban sus sentidos acerca de nosotros.

—No hemos venido para ninguna prueba —dije.

Aquel ciego ni siquiera intentó ocultar su negocio ilegal, lo cual significaba que conocía los sucios secretos de las autoridades o que las autoridades aceptaban sobornos. O las dos cosas.

No se inmutó.

—¿Y para qué, entonces? ¿Van a mandarme con mi creador? —Rio. Le calculé unos ochenta y cinco años, pero una seguridad en sí mismo de unos mil quinientos.

—No, señor, no hemos venido para mandarlo con su creador —repliqué—. Queremos saber lo que significa la pintada que hay en la pared del callejón.

De pronto dejó de sonreír, se levantó más derecho que un palo de escoba y empujó la silla para dar dos pasos atrás.

—Márchense. Ahora mismo —ordenó.

Lola dio un golpe en la mesa, y el estruendo metálico reverberó por toda la estancia.

—Si no vuelve a sentarse y habla con nosotros, le cierro este puto garito para siempre —le advirtió—. Siéntese.

El ciego regresó a su silla, muy despacio.

—¿Qué es lo que quieren saber? —preguntó—. ¿Qué significa para ustedes ese dragón? ¿Pertenecen al Círculo Central?

«Bingo».

—Puede ser —contesté.

Me alegré de que aquel tipo estuviera ciego, porque me temblaban las manos. En todos nuestros años de investigaciones, no nos habíamos topado con nadie que admitiera saber nada de un «Círculo Central», tal como se lo contó Velada a Lisa.

—Si son del Círculo Central, entonces ya lo saben. No necesitan que se lo diga yo.

—Díganoslo de todas formas —ordenó Lola.

—¿Cómo se llama usted? —pregunté yo.

—Reno.

—Ese no es un nombre real —se burló Lola.

—¡Importa una puñetera mierda cómo me llame! Llámeme Reno y ya está.

—De acuerdo, Reno —dije yo en un forzado tono conciliador—. Solo queremos saber lo que significa el dragón que está pintado en la pared. Por qué lleva incluido el número veinte en mandarín y a quién representa.

—Si se lo digo, él me hará cosas peores. Ya me dejó ciego, ese cabrón me dejó ciego la última vez que vino por aquí. Hace doce años. Llevo doce años sin ver. ¿De qué modo van a protegerme ustedes? Necios. No pueden protegerme. Ni siquiera sé quiénes son.

—Nadie sabrá que nos ha dicho nada. Pertenecemos a las autoridades.

A aquellas alturas yo ya no trabajaba para los federales, y no quería decir el nombre de la agencia de Lola. De modo que generalicé, con la esperanza de que el ciego no me pidiera detalles específicos.

—¿Las autoridades? ¡Ja! —dijo riendo—. Esa ha sido buena.

—Por favor, usted parece una buena persona, he visto cómo cuida de esos peces. Nuestro deseo es ayudar a otras personas y protegerlas de quienquiera que sea ese hombre.

Reno cerró la boca, bajó la cabeza y se sumió en sus pensamientos. Nosotros guardamos silencio.

Cuando volvió a levantar la cabeza, dijo:

—Nadie, en todos esos años, nadie ha venido aquí preguntando por esa pintada. Nunca. La mayor parte del tiempo está tapada por el contenedor. —Rio para sí mismo, calló unos momentos y luego bajó la cabeza de nuevo, esta vez con un leve balanceo. Yo apoyé una mano en el hombro de Lola para indicarle que no debía decir nada, a fin de darle tiempo a Reno para pensar. Pasado un buen rato, el ciego levantó la cabeza y soltó otra carcajada—. Me estoy muriendo. El médico me ha dicho que tengo cáncer de pulmón. Tres meses. Mala suerte para mí, pero supongo que para ustedes es su día de suerte, quienquiera que sean. De modo que a la mierda. Él volverá dentro de ocho años. Vuelve cada veinte años. Yo no tengo ni idea de lo que hace el Círculo Central. Hace doce años, mandó pintar en mi pared ese dragón con el número veinte en mandarín para «marcar su sitio», eso dijo. Afirmó que ahora mi restaurante era su sitio, que tenía a gente comprada en la policía y que si me resistía me cerraría el negocio de póquer. Así que tuve que dejarle entrar a jugar unas partidas de póquer. Después, una noche, como le digo, me dejó

ciego. Creo que fue porque pensó que le había visto la cara, pero no era cierto. Me echó leña en los ojos mientras sus compinches me sujetaban. Me advirtió que no dijera nada mientras él estaba en Shangai, que los policías a los que pagaba me espiarían hasta que volviera. También me dijo que la próxima vez que viniera más me valía estar aquí y que ese dragón siguiera estando en la pared. Ese hombre es un puto enfermo. Está loco. Es cruel. Me desmayé, y cuando recuperé el conocimiento se habían ido todos. Es el hombre al que ustedes están buscando, lo de ahí fuera es su símbolo. Busquen en Shangai a un hombre obsesionado con el número veinte. Eso es todo lo que sé. Ahora váyanse. No puedo describírselo físicamente. Cuando entró en mi restaurante llevaba una máscara negra. Él es el jefe, el jefe de todos. Lo acompañaban dos o tres hombres, nada más. En todas las visitas.

—¿Quién más vino con él? ¿Recuerda algún nombre? —le pregunté.

—Váyanse de una vez. Ya no sé más.

—Podríamos reclamar cintas de vídeo como prueba, ¿sabe? Seguro que tiene cámaras en este garito —dijo Lola, lo cual era un farol teniendo en cuenta que intentábamos operar por debajo del radar para no poner sobre aviso a los que estaban conectados.

Reno lanzó una carcajada.

—Pues que tenga buena suerte, señora. Yo soy muy antiguo, no tengo cámara de vídeo. Como todos los de esta manzana. Conocemos el juego. Lárguense de aquí.

Después de salir del restaurante de Reno, reiniciamos la investigación desde cero, esta vez buscando a un nombre llamado «Eminencia» que vivía en Shangai y estaba obsesionado con el número veinte, tanto en inglés como en mandarín. Conseguimos unas cuantas pistas que no dieron resultado por culpa de la distancia y de las suspicacias, y cuando intentamos obtener visados surgieron tensiones en la diplomacia internacional, dados nuestros cargos pasados y presentes en el gobierno o en la consultoría privada. Le rogué a Lisa que hiciera intervenir a la unidad encubierta de Lola, pero ella me recordó la necesidad de no desvelar el asunto a nadie, para así poder atrapar de una vez por todas a los ricachones y a los espectadores relacionados y pillar a los clientes con las manos en la masa. Me recordó de manera muy convincente que aquellos capullos con poder llevaban siglos haciendo cosas espantosas y difíciles de creer, y que por mucho que las autoridades llevaran años esforzándose en hacer grandes redadas, los peces gordos por lo general escapaban impunes de los siniestros crímenes que habían cometido. Me recordó que las leyendas urbanas, por muy horrorosas o estrambóticas que

fueran, tenían todas un fondo de verdad. Y que si queríamos tener alguna vez la oportunidad de sacar a la luz las más extrañas de ellas y capturar a unos cuantos peces gordos, teníamos que hacer algo distinto y trabajar en un equipo reducido. Ocultar nuestro plan a todos. De lo contrario, fracasaríamos igual que suelen fracasar ellos.

Sin conocer la identidad de los Espectadores ni de los integrantes del Círculo Central, resultaba imposible determinar alrededor de quién debíamos gravitar. Lisa tenía razón. Y en aquel momento, hace ocho años, todavía no habíamos descubierto dónde se encontraba la Pecera de las Langostas. Estábamos tan ciegos como Reno.

Lisa Yyland: Shangai parte I

El método científico

Según un artículo sobre el método científico del Oakton Community College, con los derechos reservados por William K. Tong: «Es posible que se necesiten muchos años de reñidos debates para resolver un problema, lo cual dará como resultado la adopción, la modificación o el rechazo de una teoría nueva [...]. Existen raros ejemplos de teorías científicas que han logrado sobrevivir durante mucho tiempo a todos los ataques conocidos; se conocen como leyes científicas, como la ley de gravitación universal de Newton».

En resumidas cuentas, al emplear el método científico para desarrollar mi plan a lo largo de los años, a medida que se iban verificando, cambiando o invalidando datos y suposiciones, me vi obligada, como científica, a ir ajustando mi método, mi plan. No estaba tratando con una ley científica inamovible, como la de la gravedad; estaba tratando con la idiosincrática forma de tortura de un psicópata que utilizaba un cutre recipiente de fabricación casera lleno de lejía.

Antes de que Liu interrogase a Reno, lo único que Velada había revelado era que Eminencia «vino de Asia». Asia tiene una superficie de cuarenta y cinco millones de kilómetros cuadrados y abarca cuarenta y ocho países, cada uno con un laberinto de leyes bizantinas. En toda Asia se hablan 2200 lenguas, de las cuales nacen una multitud de dialectos locales. La población alcanza los cuatro mil millones de habitantes. Hay billones de escondrijos, tugurios y rascacielos, campos, granjas y selvas de bambú, en los que se esconden los traficantes de seres humanos. Las leyes de la eficiencia, el pragmatismo, las barreras lingüísticas y la realidad que supone la corrupción de una multitud de gobiernos extranjeros me llevó a no malgastar el tiempo con «Asia».

Pero en eso apareció Reno con la pista de Shangai. Una ciudad concreta, un punto diminuto en contraste con la totalidad de Asia, igual que el centro de una diana.

Las investigaciones que llevaron a cabo Liu y Lola en Shangai resultaron infructuosas.

Pero las mías, no.

Yo había averiguado más que ellos acerca de aquel vídeo de la Langosta Quemada. En el año 1994, después de que Lola nos mostrara la cinta, mientras esperaba a que finalizase el proceso de copiarla en el MIT, y mientras Liu y Lola se iban a la cafetería del MIT a comerse unas hamburguesas, reparé en un detalle y corté cuatro segundos cruciales de una copia que hice creer a Liu que era el original de Lola (fácil, dada la gran cantidad de cinta que se fabricaba y estaba disponible y dado que los números de serie se borraban). En pocas palabras, les oculté una pista a Liu y a Lola para protegerlos a ambos. En aquella época ya había trazado un plan de captura y venganza. Liu solo quería captura.

La cinta auténtica contenía en realidad un par de pistas ocultas acerca de una de las chicas. Y si se sumaban dichas pistas a la de que Eminencia se encontraba en Shangai, era posible sacar estratégicamente las antenas y encontrar una pista válida. Me llevó tres años de trabajo en los rincones más recónditos de la recóndita red, pero finalmente descubrí una posibilidad seria que investigar, sobre el terreno, en Shangai.

—Liu, Lola —les dije un día mientras estábamos trabajando en un caso de la sede de 15/33 que no guardaba relación con este, un día en el que Lola había venido de visita desde su «Agencia Beta» y aprovechando un momento en el que Sandra, la mujer de Liu, había salido al huerto que tenía yo en mi vivienda de Indiana a recoger una cesta de manzanas. Vanty estaba en el colegio, y Lenny se encontraba de gira promocionando su último libro de poemas—. Voy a viajar a Shangai con motivo de una patente —anuncié—. Estaré fuera una semana. Y Nana vendrá aquí para ocuparse de llevar a Vanty al colegio y al baloncesto.

Liu, al igual que Nana, siempre me pilla cuando digo una mentira, de modo que dejó sus gafas de leer sobre la mesa y me miró con el ceño fruncido.

—Así que Shangai. ¿De verdad, Lisa? ¿Por un asunto de una patente? ¿Te crees que soy idiota? Es insultante.

Miré a Lola buscando ayuda; ella enarcó las cejas. Lola sabe que no los considero idiotas en absoluto, sino tan solo personas limitadas por sus

sentimientos, así que mi siguiente frase se la dirigí a ella:

—¿Conoces a alguien en Shangai que pueda servirme de chófer? —le pregunté—. Ya sabes, alguien de tu agencia.

—Sinceramente, Lisa —dijo Liu interponiéndose en la pregunta que le había hecho yo a Lola—. A veces eres verdaderamente transparente e insultante. Como si no fuéramos a darnos cuenta de que estás siguiéndole la pista a Eminencia. Por el amor de Dios, no vas a ir a Shangai. Y si tuvieras que ir, desde luego que no te irías sola. —Empujó hacia atrás su silla de oficina con ruedas y se reclinó contra ella con los brazos cruzados.

—Me voy dentro de dos días. Liu, tú no tienes visado y está clarísimo que no vas a obtenerlo a tiempo. Tu jefe, que soy yo, no va a respaldarte diciendo que se trata de una emergencia de trabajo. No puedes venir conmigo. Imposible. Y Lola causaría un incidente internacional si intentara venir.

Lola lanzó un resoplido, se levantó y se puso a pasear de un lado a otro. Es lo que hace cuando está enfadada, me comentó que le sirve para eliminar la tensión. Pero Lola suele dirigir toda su furia, con independencia de quién se la haya provocado, contra Liu. Así que no me sorprendió que estallara.

—Joder, Liu. ¿Se puede saber qué cojones te pasa con Lisa? Siempre le estás permitiendo que haga las cosas sin pensarlas bien del todo. Yo creo que quiere que la asesinen.

—Sí, también lo creo yo —repuso Liu. Empezó a masticar como si estuviera mascando un chicle, cosa que hace siempre que se enfada, lo sé porque ya le he preguntado alguna vez por esa extraña forma de actuar.

Miré al uno y al otro calculando el modo de llevar la conversación por donde debía ir. Pensaba marcharme a Shangai con el consentimiento de ellos o sin él, pero lo cierto era que no me vendría mal que Lola me ayudase con un contacto local de fiar que me hiciera de «chófer». Y ella sabía a lo que me refería con dicho término; ya me había ayudado en otras ocasiones, en privado, con «chóferes».

—¿Qué es lo que has descubierto, Lisa? ¿Qué es lo que piensas que vas a investigar? —me preguntó Lola con los dientes apretados.

Era importante que yo fuera un paso por delante de Liu y Lola, que supiera más que ellos, de ese modo el plan se ejecutaría tal como era mi intención, ellos quedarían protegidos y yo podría atrapar a todos aquellos capullos y vengarme.

Miré fijamente a Liu.

—¿Lisa? —insistió Lola.

—Liu, tú puedes encargarte de la agencia mientras yo estoy fuera. Voy a ocuparme de una patente.

Cuando salí de la sala, oí como Lola propinaba un puntapié a un armario metálico.

Aquella noche, Lola llamó al timbre de la habitación de la pecera y me interrumpió en los ensayos, coreografiados al son del *Nocturno en do sostenido menor* de Chopin. Metida en una de las peceras (la otra estaba siendo sometida a importantes mejoras) vi su rostro cuadrado en el monitor situado junto a la puerta. En la pared donde colgaba el monitor, el bosque de abedules que había estado pintando ya estaba terminado; en aquel momento solo me quedaba terminar la pared de enfrente.

De momento mi pecera de entrenamiento aún no tenía panel frontal, porque yo estaba ensayando los saltos. Además, aunque pronto iba a empezar a ensayar desnuda, estaba entrenando vestida con el traje de baño que usaba para el surf, uno azul y verde de una sola pieza, de manga larga y con cremallera en el pecho, porque aquel entrenamiento me servía también como ejercicio cardiovascular. Me bajé de la pecera de un salto y aterricé sobre una cama individual, una réplica de la que había en el vídeo de la Langosta Quemada, de tal modo que caí ocho centímetros desviada hacia la derecha. Era imperativo que clavase el aterrizaje y me flexionase con sumo control a fin de encorvar totalmente la espalda, así que hice una mueca de disgusto por mi falta de equilibrio. Bajé de la cama descalza, en aquella época todavía con todos los dedos de los pies sensibles al tacto, apagué la música de Chopin con el mando situado a un lado del monitor, abrí la puerta y salí de la habitación sin permitir a Lola que entrara.

Lola me puso en la mano un papel y un diminuto mando, al tiempo que invadía mi espacio personal hasta tal punto que me hizo retroceder hacia la pared. Traía los ojos fuera de las órbitas y no parpadeaba. Y tampoco hizo ninguno de sus habituales comentarios «sarcásticos», como los denomina ella, acerca de mi traje de baño.

—Lisa, no se te ocurra volver a mentirme nunca.

Hice ademán de corregirla, pero ella levantó una mano.

—No. No digas nada. Escúchame. Ya sé que tú crees que no me has mentido directamente, lo entiendo. Sé cómo funciona tu cerebro —añadió tocándose la sien—. Lo entiendo. Lo entiendo perfectamente. A tu manera, pidiéndome un chófer, has intentado decirme qué cojones te propones hacer. Pero en cierto modo me estabas mintiendo. No se te ocurra volver a mentirme.

—No te mentiré, Lola, a menos que sea para salvarte la vida.

Lola dio un puñetazo en la pared. Fue un golpe tan fuerte que me hizo dar un respingo.

—¡No! Respuesta incorrecta. No vas a mentirme nunca más. Ya me encargaré yo misma de decidir cómo salvar el pellejo. ¿Entendido? ¿Qué te parecería que yo decidiera cuándo decirte la verdad, que tuviera poder de decisión sobre lo que debes saber y lo que no, que fuera yo quien decidiera, en exclusiva, cómo salvarte la vida?

Al reflexionar sobre aquellas hipótesis sentí una vaga sensación de hormigueo en el cerebro que parecía empujarme a activar la cólera. Cerré el ojo izquierdo para bloquear un calor que estaba subiéndome por el cuerpo. Lola retrocedió hasta el centro del pasillo; yo permanecí inmóvil en el sitio.

—¿Y bien? ¿Qué te parecería eso, Lisa?

—Creo que me enfurecería.

—Pues entonces es muy fácil. No vuelvas a mentirme, y ninguna de las dos se enfadará. Sencillo. ¿De acuerdo? ¿Trato hecho?

Estaba claro que negarme a su propuesta no iba a resultar nada beneficioso para mí y para mis objetivos. Y si Lola, furiosa conmigo, salía de mi vida, yo ya no podría protegerla.

—Trato hecho —mentí.

Lola hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y me miró de arriba abajo, observando mi traje de surfera.

—No hay problema —me dijo al tiempo que formaba con la mano derecha la típica señal de shaka, la que nos enseñaron Vanty y mi instructor de surf durante unas vacaciones que pasamos en Maui.

Se marchó riendo para sí misma. Dos veces hizo un alto para colocar los brazos como si fuera a coger una ola a la vez que decía cosas extrañas del estilo de: «los nazis del surf deben morir» y «putos cowabunga». Finalmente desapareció pasillo abajo.

El papel que me había puesto en la mano llevaba escrita la dirección de una página web desconocida y cuatro frases contraseña que servirían para identificarme ante un «chófer» de Shangai y para identificarlo a él ante mí. Posteriormente dicho «chófer», al que llamé Dan, y yo establecimos una comunicación en clave en nuestros ordenadores encriptados para acceder a un canal restringido mediante cuatro niveles de encriptación cuyas claves se cambiaban constantemente, pero a las que se podía acceder por medio del diminuto mando que Lola me había puesto en la mano.

A veces se da el caso de que algunas personas viven su existencia esperando la muerte. Otras están esperando a decir algo concreto, otras a ver a una persona concreta. A enmendar un error. A expiar un delito. Su momento llegó y se fue hace mucho tiempo, ya no deberían estar en este mundo con la misma forma que tomaron al nacer. Deberían ser polvo. Y aun así, persisten igual que una alarma que aguarda latente en una torre cerrada con llave, esperando a sonar. Estas son las cosas que aprendí corrigiendo las elegías escritas por Lenny, inspiradas en la historia, y leyéndole a Vanty originales cuentos de hadas, y ese era el estado de la chica que encontré en Shangai.

El error que cometió Liu al seguir la pista que le dio Reno respecto de que Eminencia se encontraba en Shangai consistió en que Liu tan solo le preguntó por Eminencia. Había llegado a la conclusión, como todo el mundo, de que la chica quemada en el vídeo había muerto.

En los cuatro últimos segundos de la cinta original se veía que la chica que sacaron a rastras de la pecera y metieron en la habitación estaba respirando, porque se apreciaba cómo su pecho subía y bajaba. Era una respiración lenta y superficial, casi indetectable, y, por consiguiente, resultaría muy fácil no verla si uno no examinase el vídeo a velocidad superlenta y no añadiese una remasterización de alta resolución del pixelado llevado a cabo por un aliado del MIT que contara con un laboratorio de audiovisuales suyo particular y superavanzado.

Fuera como fuese, la chica estaba respirando. Cuando vi que, tal como sospechaba, había sobrevivido, tracé la teoría de que la chica de la pecera había sido devuelta a cualquiera que fuese la pequeña célula que dirigía Eminencia en Asia. Las directrices que daba Eminencia en el vídeo revelaban su extraña psicología, una retorcida percepción de que aquella pecera era un regalo para las chicas, el regalo de sobrevivir, obviamente, pero también el regalo de tener la oportunidad de «vivir en Eminencia». Era como si le regalase a la superviviente la oportunidad de estar cerca de él o de ser especial para él. Así lo interpreté yo, esa era una de las teorías que me propuse validar.

Liu y Lola continuaron ordenando a sus contactos que buscaran a un hombre llamado «Eminencia» que estaba obsesionado con el número veinte. Pero nadie informó que supiera nada; por lo visto, Eminencia tenía a todos los que estaban en su lado del mundo mudos, con los labios sellados. Y, una vez más, tal como nos había dicho Velada y también Reno de manera implícita, aquel negocio era pequeño, solo contaba con dos o tres hombres en todo Estados Unidos. Que el Círculo Central era pequeño parecía ser un hecho verificado. Teniendo en cuenta el secretismo que rodeaba a la Pecera de las

Langostas y el hecho de que prácticamente nadie supiera de su existencia, y a la vista de la arcaica construcción de la pecera que aparecía en el vídeo, llegué al convencimiento de que, efectivamente, el negocio de Eminencia era pequeño. Tal vez los clientes estuvieran más repartidos, pero el negocio era pequeño, quienes lo dirigían constituían un número muy reducido y la información se distribuía en momentos muy estratégicos.

Tras aterrizar, me dirigí a un hotel de cinco estrellas situado en el centro, el Puli, y por el camino mi «chófer» Dan, un individuo alto, delgado y de pocas palabras, me llevó a través de un bosque de rascacielos formado por centenares de bloques de apartamentos vacíos. Las fotos que aparecían en internet no hacían justicia a la realidad. Los bloques de apartamentos de Nueva York o de Chicago tendrían que multiplicarse por varios cientos, y toda la parafernalia que indica la presencia humana, como las cortinas en las ventanas o la ropa colgada en los balcones, tendría que borrarse para recrear aquel bosque de rascacielos vacíos que no se acababa nunca. Un verdadero apocalipsis. Para pintar Shanghai yo emplearía colores sombríos y el gris en todos sus matices, y mezclaría barro con barniz para representar la impresión que me causó el tamaño de las partículas que formaban el aire. Dos cosas de las que nunca se libra uno cuando está en Shanghai son la contaminación constante y el aire quemado.

Me tapé la nariz y la boca con un respirador N95, que no es la endeble mascarilla que utilizan los turistas comunes. El N95 es capaz de filtrar el 95 por ciento de partículas de hasta 0,03 micras, y yo lo necesitaba porque, cuando estuve consultando las estadísticas de vertidos industriales y los informes de calidad del aire, ya preví que la contaminación de Shanghai iba a ser peor de lo que decían las recomendaciones de viaje, y así fue. A salvo con mi cara de robot, contemplé la profecía de la destrucción de la humanidad a lo largo del trayecto. Estaba deseando encontrar a la chica quemada, interrogarla, intentar rescatarla y marcharme de allí.

Llegué al Puli, confirmé los planes con Dan, me registré en la lujosa habitación que había reservado, tal como me había enseñado mi madre, y a continuación procedí a hacer todo lo que recomendaban los médicos para superar el desfase horario: ducha, masaje en el *spa*, dormir doce horas, beber mucha agua y hacer ejercicio, y volví como nueva con Dan, callado como un muerto, que hacía de chófer, traductor y guardaespaldas. Me había aconsejado que viajara llevando encima en todo momento mi pequeña bolsa de viaje y mi

visado, y que no dejara nada en el hotel, de modo que metí todo eso en el maletero de su coche. Él y yo protegeríamos mi cuerpo por fuera, y el N95 protegería el color rosado de mis pulmones.

No me sorprendió que Dan volviera a tomar la autopista y que volviéramos a pasar por aquel paisaje apocalíptico. Y tampoco me sorprendió que saliera de la autopista y empezara a maniobrar entre dos docenas de bloques de pisos vacíos, porque le había proporcionado las coordenadas que obtuve de la pista. Y tampoco me supuso ninguna sorpresa que se metiera en un grupo de cinco edificios vacíos y que llegáramos a un viejo poblado formado por pequeñas chabolas, que sobrevivían literalmente a la sombra de los gigantescos rascacielos igual que piedras en un erial.

Algunas de ellas tenían techos de paja, y todas eran un cuadrado o un rectángulo de arcilla que estaba desmoronándose. En el centro se elevaba un único edificio de hormigón, de cuatro pisos, al que mentalmente denominé «edificio jefe». No me sorprendió, pero no me esperaba aquel escenario de un puñado de viviendas antiguas y ruinosas en medio de los bloques de pisos modernos. Allí había signos de vida. Ropa tendida, una lavadora sacada a la calle, diversos colchones a los lados del camino sin asfaltar, uno de ellos en lo alto de un tejado, varios perros sin dueño, dos niños descalzos y con camisetas de Pokemon jugando al fútbol.

Mi chófer me señaló una puerta delgada y de color negro que había al pie del edificio jefe. Las pocas palabras que cruzamos fueron para confirmar el plan que habíamos acordado.

—Esta es la base de prostitutas que identificó usted. Llevo tres días vigilándola. Solo he visto entrar y salir a mujeres. Voy a decirles que usted está buscando a una chica quemada que nos han comentado, para un empresario americano que tiene una obsesión sexual con esas cosas —dijo Dan.

—Sí.

Subimos por una estrecha escalera protegida por un tejadillo muy inclinado. Dan llamó a una puerta de madera pintada de verde del último rellano; unos colgantes largos y rojos, terminados en punta, me rozaron el cuero cabelludo. Espanté dos moscas que me zumbaban junto al brazo. Los colgantes oscilaron por encima de nosotros cuando se abrió la puerta y se disipó el aire estancado. El olor que salió por ella podría ser de un guiso de carne, pero como lo único que vi fue polvo y suciedad, el olor que percibió mi cerebro fue el del barro seco. En el tramo de pared que quedaba entre el marco de la puerta y un rincón lleno de telarañas se veía pintado el símbolo

二十 que en mandarín representa el número veinte, formando los ojos de un dragón.

Por la puerta entreabierta se asomó una mujer de mentón débil que llevaba un raído vestido de color rojo, me observó con sus ojos saltones y a continuación soltó un acalorado torrente de preguntas en mandarín dirigidas a mi chófer. Mi chófer contestó, le entregó un abultado fajo de billetes y la puerta se abrió del todo para dejarnos pasar. Después, la mujeruca cerró de nuevo y dio tres vueltas a la llave; una precaución inútil de seguridad imaginaria, porque lo único que tenía era una cadena de las que se compran en cualquier ferretería. Cualquier idiota podría entrar en aquel erial con solo arrearle una patada.

Cuando la mujeruca hubo desaparecido por un pasillo blanco provisto de habitaciones a ambos lados entre las que colgaban fotografías torcidas en las que se veía a gatos en el campo, nos llegó un eco de voces que susurraban en mandarín desde alguna estancia ubicada al fondo, a oscuras. En aquella vivienda no había ninguna luz encendida; sin embargo, mi chófer y yo disponíamos de cierta claridad, pues estábamos al lado de una ventana que nunca se había limpiado, en un cuarto amueblado con un sofá de color amarillo orín y un mosaico de veinte alfombras, esas fueron las que conté. Estoy segura de que el suelo estaba infestado de piojos y chinches, así que encogí los dedos de los pies, los verdaderos, dentro de los zapatos. La banda de color carne que llevaba sujeta a la rodilla se tensó cuando estiré las piernas, y el capacitador que iba conectado a ella, que en aquel momento tenía el tamaño de una uva, se me clavó en el muslo por debajo del pantalón de senderismo que llevaba. Mi máscara de robot emitía un tenue zumbido.

De las tinieblas que había al fondo de aquel pasillo lleno de habitaciones y gatos torcidos surgió la joven que yo consideraba la superviviente de la pecera, ahora convertida en una mujer adulta. Se aproximó caminando encorvada y arrastrando lentamente los pies, igual que una *geisha* molida a palos. Nos miró entre los mechones del flequillo negro que le rozaba los ojos, nos saludó con un gesto de cabeza, como clientes suyos que éramos, y acto seguido me hizo a mí una seña con el dedo para que la acompañara a las entrañas de sus aposentos. En aquel momento me acordé de los consejos que me había dado Nana acerca de cómo debía comportarme y me quité el N95, porque la chica de la pecera no llevaba ninguna mascarilla.

Reprimí una tos y observé con mirada borrosa las anodinas cortinas azul marino que hacían las veces de puertas en todo el pasillo y que eran más bien una banda que colgaba en el medio, porque eran más estrechas que el marco.

Veinte cortinas que daban paso a veinte celdas diminutas, diez a cada lado del pasillo. La mayoría de ellas se hallaban vacías, excepto dos, ocupadas cada una por una mujer tumbada en una esterilla colocada en el suelo. Conté veinte fotografías de gatos en los espacios que separaban una celda de otra.

La joven y yo entramos en un cuarto situado al fondo que tenía una puerta de verdad. Cerró, me señaló uno de los dos muebles que había, una cama con somier, y empezó a desvestirse. Me senté donde ella me había indicado. Detrás del cabecero de la cama había veinte soles pintados. Mi traductor le había dicho a la mujer de mentón débil que yo iba a necesitar que la chica quemada se desnudara ante mí, para confirmar que tenía cicatrices suficientes para el cliente que me la había encargado, un tipo nauseabundo que tenía aquella horrible obsesión sexual. Cuando se hubo sacado la primera manga le dije que parase, que ya había visto bastante. Estaba casi segura de que era la chica del vídeo de la Langosta Quemada. Su piel presentaba parches rojizos, manchas negras, fruncimientos, relieve desigual; todo ello era congruente con quemaduras ocasionadas por sustancias químicas.

—Hablo inglés —dijo cuando le indiqué con una seña que se sirviera de Dan para traducir el resto de la conversación.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—¿Candy? —respondió a modo de pregunta, lo que sugería que yo podía aceptar aquel nombre o no. No lo acepté.

—No, tu nombre verdadero.

—Nunca he tenido nombre. Una vez mi familia me llamó Cubo. Hace mucho tiempo. Mis clientes me llaman como quieren.

Seguramente debería haber sufrido unas cuantas bromas ineficaces, siguiendo las instrucciones de Nana de cómo conviene entrar en una conversación seria.

—Estuviste en América, metida en una pecera que iban llenando con lejía, ¿es correcto?

La joven enderezó la espalda, se estremeció y me perforó con la mirada como si yo fuera el pánico personificado. Hizo ademán de dirigirse hacia la puerta, pero yo se lo impedí.

—He venido a ayudarte, por favor, siéntate —le dije—. Necesito conocer todos los detalles del día que pasaste dentro de aquella pecera.

Hizo falta hablar mucho, necesité recurrir a todas las habilidades que había estado ensayando y estudiando en el arte de la negociación con rehenes. Para mí, la psicología de la negociación con rehenes era la misma que la que se empleaba para calmar a una persona cautiva. Cuando ya llevaba una hora

jugando a aquel juego de ganarme la confianza de la joven, asomé la cabeza por la puerta y le dije a mi chófer multiuso que pagase otra hora de trabajo de «Melanie». Melanie era el nombre que se había asignado ella misma, una brusca despedida de sus años de jovencita en los que se llamaba Cubo.

—Sí, aquella pecera. Me quemaron —terminó reconociendo con la cabeza gacha y en postura sentada, pero encogida sobre sí misma. Sus pies descalzos aparecían salpicados de parches desiguales de color rojo.

Yo tenía ganas de formularle las varias docenas de preguntas que tenía pensadas, para poder conocer a fondo los detalles de todo lo que sucedió aquel día hasta que la metieron en la pecera. Necesitaba un relato pormenorizado, paso a paso, y necesitaba validación por medio de una fuente independiente de los datos que me había proporcionado Velada. Pero Melanie levantó un dedo para decirme que esperase, se levantó y fue hasta el otro mueble que había en la habitación, una cómoda de tres cajones. Se agachó, y el fino vestido amarillo que llevaba se extendió sobre el suelo de hormigón. Del cajón de abajo sacó un paño negro, hizo una bola con él en la mano, se incorporó y volvió conmigo.

Por el modo en que alargó el puño cerrado hacia mí sin decir nada, comprendí que quería que abriera las manos, y cuando obedecí dejó caer el paño negro en ellas. Yo lo estiré a modo de lenta metamorfosis, extendiendo las fibras de nailon.

Lo que tenía ante mí era una máscara de tela fina y negra, como la que Eminencia llevaba puesta en el vídeo. De inmediato sentí el impulso instintivo de mirar la parte interior. Como el tejido de nailon es como un cedazo, vi varios cabellos retenidos en él.

—Esto es del hombre que te quemó, ¿verdad?

—Se pone muchos como este. Este lo dejó aquí para cuando viene.

—¿Viene aquí?

—Sí.

—¿Dónde vive?

—No lo sé.

—¿Y cuándo viene?

—Cuando le apetece.

—¿Todas sus máscaras son de este nailon, de esta tela?

—Creo que sí.

La froté y noté que era de un tejido sintético barato. Estudié la posibilidad de probar cómo era de inflamable en mi laboratorio de Indiana.

—¿Podría presentarse aquí ahora mismo, sin más? —pregunté.

—Sí.

—Tienes que venir conmigo. Yo puedo esconderte en algún lugar de este país, conseguirte un abogado de inmigración, protegerte. Lo que tú prefieras. Debemos irnos ya.

Todavía tenía la máscara en la mano. La chica no respondió.

—¿Para qué necesitas saber los detalles del día que estuve dentro de la pecera? —me preguntó, bajando la mirada y jugueteando con los dedos. Volvió a sentarse en la cama, esta vez en el borde y con la cabeza gacha.

—Si conociera hasta el último detalle que recuerdes de ese día, podría salvar a otras chicas —le contesté.

Levantó el rostro hacia mí y me miró fijamente. Dejó de jugar con los dedos.

—Él se hace llamar Eminencia, ¿verdad?

—Dice que es un hombre eminente, el ser más superior.

—Podemos continuar hablando en un lugar más seguro. Recoge tus cosas.

Le temblaron los labios y musitó unas pocas palabras. Y yo pensé que ya estaba a punto de aceptar marcharse cuando de repente Dan aporreó la puerta y me exigió que la abriera.

—Tenemos que irnos ahora mismo. Está a punto de venir el dueño de esta casa. Le ha llamado la mujer que nos abrió la puerta y le ha dicho que usted estaba haciendo preguntas a su «Tesoro», así la llamó. He oído que lo decía por teléfono. No he podido impedirselo.

—Tienes que irte —dijo Melanie al tiempo que se levantaba de la cama y se apresuraba a salir—. Te encerrarán en una cárcel china y no saldrás nunca. Eminencia conoce a policías corruptos. La embajada no te ayudará. ¡Vete! No puedo ir contigo, si me voy matarán a todas las chicas que hay aquí. Yo soy la que él llama su Tesoro, la que mantiene esta casa en marcha. Está loco.

—Melanie, solo he visto a otras dos chicas en las habitaciones del pasillo. Podemos llevárnoslas con nosotros.

—No lo entiendes. En esta casa hay veinte chicas además de mí y de la bruja que abre la puerta. Las veinte van rotando, todos los días van a la ciudad, hacen sexo en los hoteles. Para empresarios americanos que trabajan en oficinas de fábricas. Son clientes fijos. Si esta noche no estoy aquí para enviar vídeo de todas ellas contando el dinero que han ganado, viene y las mata a todas. Son las reglas. Las dos que están aquí tienen el día libre.

Aspiré todo el oxígeno que pude, miré fijamente a Melanie y decidí que no me quedaban más alternativas.

—Voy a volver, Melanie. Voy a sacarte de aquí, y tenemos que hablar.

Melanie fue la primera en salir de la habitación, detrás fuimos Dan y yo. Cuando íbamos por el pasillo, Melanie tocó en el marco de las habitaciones de las dos chicas, supuestamente para indicarles que no se moviesen. Las cortinas azul marino ondearon a nuestro paso y dejaron entrever que estaban inmóviles en sus esterillas. De pronto Melanie se puso a dar voces en mandarín a la mujer que había telefoneado a Eminencia, a amenazarla con el puño y chillarle. La mujeruca se encogió y me parece que respondió una y otra vez «Lo siento» en mandarín.

—Es mujer tonta. Le diré a Eminencia que es una bruja que se confunde. Que ha espantado a un buen cliente. No sabrá que habéis estado aquí. Ahora debéis marcharos.

14 Shangai parte II

El método científico

Dan y yo recorrimos deprisa el pasillo, yo a tope de adrenalina, porque, según había leído en las recomendaciones de viaje, salir de una prisión china está en el puesto 100 de una escala de imposibilidad del 1 al 10. Y si los policías a sueldo de Eminencia no me encerraran por infringir alguna ley china, ser capturada y retenida en China por el propio Eminencia sería un destino aún peor. Dan no esperó a que yo cerrase la portezuela del coche y pisó el acelerador a fondo. Me caí en el suelo del coche y cerré la puerta como pude.

—¡Necesito poder vigilar ese edificio! —le grité.

Él no se inmutó.

Serpenteó y dio vueltas y más vueltas entre bloques de pisos vacíos. En un momento dado miró en el espejo retrovisor y anunció: «Despejado» y, sin avisar, dio un brusco volantazo a la izquierda en ángulo recto y después aminoró la velocidad. Continuamos avanzando a unos cinco kilómetros por hora a lo largo de varias manzanas. Yo iba tan vuelta de espaldas en el suelo del asiento del pasajero que no alcanzaba a ver en qué dirección íbamos. Hasta que de pronto se detuvo.

—Quédese aquí —me dijo—. Tal como está, sin levantarse.

Se apeó del coche y oí que empujaba o tiraba de algo metálico, después se oyó un ligero rechinar de algo también metálico que se levantaba. Dan volvió a subirse al coche, que aún tenía el motor en marcha, arqueó el brazo por encima del respaldo del pasajero, miró atrás y empezó a recular por una rampa de bajada. Cuanto más despacio íbamos, más oscuro estaba.

—Estamos en un edificio situado enfrente del grupo de chabolas. Necesitamos subir a un lugar que esté más alto, desde allí podremos vigilar. Tengo teleobjetivos. Todos estos edificios vacíos tienen fuera un panel

eléctrico. Acabo de hackearlo. Y también voy a *hackear* la cerradura de la escalera. Obviamente, los ascensores aún no funcionan o no son de fiar.

—Bien. Vamos allá —respondí. Tomé nota mentalmente de pagarle a Dan el doble por haber trazado tan deprisa un plan ejemplar.

De nuevo con el respirador N95 puesto, aguardé dentro del coche mientras Dan manipulaba el panel de dentro para cerrar el portón del garaje y volvía a salir para piratear la cerradura de la puerta que daba a la escalera. A continuación sacó del maletero una bolsa grande y negra, así como mi bolsa de viaje, en la que llevaba el visado. Mi bolsa me la entregó.

—Tenemos veinte pisos que subir hasta mi atalaya.

—¿Su atalaya?

—¿Desde dónde cree que he estado vigilando durante estos tres días?

Mentalmente, multipliqué la paga de Dan por tres.

Cuando llegamos al piso número veinte, Dan me llevó por un laberinto de pasillos y cables que sobresalían del yeso de las paredes sin ningún aplique de luz. Había habitaciones y secciones enteras bloqueadas por plásticos.

—Todavía les queda mucho trabajo que hacer para terminar estos monolitos —comentó Dan—. Pero no creo que tengan la intención de terminarlos. Me parece que todo esto es pura fachada. Venga por aquí.

Dan me condujo a lo que supongo que era un espacio que tal vez algún día tendría tabiques interiores y sería un apartamento. Montó con mano experta su rifle del calibre 50, insertó un cartucho y apoyó el bípode en el alféizar de la ventana. Después ajustó el teleobjetivo y lo fijó en el blanco. Acto seguido instaló un segundo teleobjetivo para mí.

—Usted use este —me dijo indicando el que no llevaba montado el rifle—. Vigilaremos desde aquí. No se preocupe, las ventanas están tintadas desde fuera, no puede vernos nadie. —Acto seguido, se sentó en el suelo y sacó dos botellas de agua de su bolsa negra. Puso una a mi lado y otra al lado suyo, y agregó—: Tengo barritas de proteínas para comer. Si necesita ir al baño, suba un piso y escoja un rincón cualquiera. Yo tengo un rincón un piso más abajo. Resulta rudimentario, pero podemos ir y venir.

—Entendido.

Me gustaba cómo hablaba Dan: de forma eficiente, empleando el mínimo de palabras.

A partir de ahí Dan ya no habló más, y los dos nos acomodamos ante los teleobjetivos. Miré la hora en mi reloj.

Cuarenta y dos minutos más tarde apareció un SUV negro que se detuvo junto al edificio jefe. De él se bajó un individuo corpulento y con la cabeza

cubierta por una máscara negra: Eminencia. Se dirigió hacia la escalera del edificio. Su conductor se quedó dentro del coche.

Después de haber pasado tantos años viéndolo en un vídeo, había empezado a dudar que existiera de verdad. Como si acaso no fuera más que el personaje de una película. Pero de repente se apeó de aquel SUV, allí en Shangai, y aquello validó la idea de que existía realmente.

—Ese es Eminencia —le dije a Dan.

—Ya sé que me precipité un poco en la huida. Podríamos haber estado un poco más. En el centro de la ciudad el tráfico es atroz, así que no me sorprende que ese tipo haya tardado una hora en llegar aquí desde donde estaba.

—Es mejor que vigilemos y planifiquemos —repuse yo.

—¿Por qué esperar? —dijo Dan señalando con un gesto el gatillo que tenía junto a la mira—. Dos disparos, fácil. Uno contra el cristal y otro contra él.

Me vinieron a la cabeza todos los artilugios para cortar y destrozarse cristal que tenía en mi casa, dentro de la sala de entrenamiento, y también todos mis ensayos y mis errores. A la hora de cortar un cristal vertical, aunque uno conozca el tipo de vidrio y su grosor, aunque uno consiga llevar encima una ventosa de gran tamaño provista de una cuchilla montada sobre un brazo giratorio, y mantener una presión constante mientras está de pie dentro de la pecera, con restricción de movimientos, los resultados son variables y poco fiables. Observé el rifle de sicario de Dan, largo, preciso, y si bien aprecié la simplicidad y la eficiencia de una bala, no me gustó la pereza de utilizar un arma de fuego, ni tampoco la idea de que fuéramos a desbaratar de un tiro la consecución de mi objetivo final.

Sin apartar la vista de la lente, respondí:

—Tiene que estar vivo para que yo pueda capturarlo con los demás en Estados Unidos. Todavía no podemos eliminarlo. Si lo eliminamos, crecerá otro hongo nuevo en el espacio que deje él, y yo perderé la única oportunidad que tengo de atraparlos a todos.

—Entendido —dijo Dan. Y proseguimos con la vigilancia.

Eminencia permaneció treinta y dos minutos y quince segundos en el interior del edificio jefe. Cuando emergió al pie de la escalera, no miró en derredor, tampoco miró hacia arriba, no reveló ninguna sospecha de que lo estuviéramos vigilando desde lo alto. Se subió a su automóvil y se fue.

—¿Qué quiere hacer? —me preguntó Dan.

—Esperar a que vuelvan las otras chicas, como dijo Melanie. Esperarlas de nuevo mañana, para confirmar la pauta. Y luego trazar un plan.

—Yo conozco la pauta. Vuelven en un autobús a las doce de la noche. Después, muchas se van otra vez a las ocho de la mañana del día siguiente en ese mismo autobús. El autobús permanece toda la noche aquí, durante el día no sé dónde está.

—Necesito validarlo yo misma.

—Entonces vigilamos.

—Sí.

Y todo ocurrió tal como me había dicho Dan. A las doce de la noche llegó un autobús viejo de color azul, de los cortos, aparcó detrás del edificio jefe y se quedó allí toda la noche, con el conductor durmiendo dentro. A la mañana siguiente el conductor echó una meada detrás del autobús y partió con las chicas a las ocho, para regresar de nuevo a medianoche y empezar otra vez el ciclo. En ningún momento vi a Melanie ni a la mujer de mentón débil salir del edificio jefe. En un momento dado hice unas cuantas llamadas y tracé con Dan el plan que íbamos a seguir. El tercer día, a las tres de la madrugada, cuando en las chabolas reinaba el silencio y todos dormían, me dirigí a Dan:

—¿Preparado?

—Preparado.

Me pasó las llaves del coche.

Él ya había guardado los teleobjetivos y recogido las botellas y los envoltorios de las barritas de proteínas. Yo me cercioré de que mis zapatillas de correr de sujeción perfecta estuvieran bien anudadas. Dan se ajustó la camiseta y el pantalón negros de microfibra y se ató los zapatos. Bajamos los veinte pisos de escalera tan silenciosos como el aire que nos rodeaba, y después yo esperé en una zona en sombra del aparcamiento subterráneo mientras Dan volvía a piratear el mecanismo del portón. Metí mi bolsa y mi visado en el maletero, cerré el coche con llave y la escondí en un compartimento que había junto a una de las ruedas traseras. Esta vez, Dan dejó el portón del garaje abierto y el coche aparcado dentro.

Aprovechando las sombras de la noche y caminando sin hacer ruido, nos dirigimos hacia el edificio jefe. Utilicé una simple ganzúa para forzar la cerradura de la puerta de atrás y entré. Dan fue hasta el autobús, tal como habíamos planeado, para dejar fuera de combate al conductor dormido, maniatarlo, esconderlo en alguna parte y ocupar su sitio.

Subí la escalera atenta por si oía movimiento de alguna chica que se estuviera despertando, pero no oí nada. Avanzaba con los brazos extendidos,

tocando las paredes de la escalera a un lado y al otro; era un hueco tan estrecho que me obligaba a doblar los codos. Al llegar arriba, de nuevo sentí que me rozaban la cabeza aquellos colgantes rojos que pendían del alto techo.

Cogí una delgada chapa de metal que me había dado Dan, la inserté en la ranura de la puerta y di un tirón hacia arriba para desalojar cada una de las absurdas cadenas de seguridad. Mi primer objetivo, una vez hubiera entrado, era cortar el cable del teléfono de la cocina, aquel desde el que la mujeruca había llamado a Eminencia. El segundo objetivo era llegar hasta Melanie sin que me viera ninguna de las otras chicas, para no generar alarma.

Fui a la cocina; todavía olía a carne guisándose o a barro seco. Y tuve buena suerte, porque encontré el cable del teléfono, y mala suerte porque también encontré a la mujer de mentón débil, de pie junto al fregadero, despierta y mirándome con unos ojos como platos. Fui primero hacia ella, la sujeté por el cuello al tiempo que me saqué del bolsillo un trapo, se lo metí en la boca y se lo até a la cabeza. Después le anudé las manos a la espalda y también los pies —empleando unas abrazaderas de plástico que me había proporcionado Dan—, la encerré en un armario que había frente a la cocina y puse una silla contra la manilla de la puerta para que no pudiera escapar. Acto seguido, cogí un cuchillo de cocina que había en el fregadero y seccioné el cable del teléfono, y luego me fui de puntillas hacia el pasillo blanco en que colgaban las veinte fotos de gatos.

En cuanto dejé el cuchillo sobre la encimera para salir al pasillo, sentí la presencia de alguien que me estaba mirando.

Levanté la vista y descubrí a Melanie al final del corredor, dentro de un círculo de luz, junto a la puerta de su habitación. Estaba inmóvil y rígida, y llevaba puesto un sencillo vestido blanco. Sus pies descalzos estaban llenos de quemaduras de color rojo, los brazos lo mismo, el cuello, la barbilla, todo quemado.

«¿Será un fantasma? Pero eso no es racional. No es un fantasma».

Se llevó un dedo a los labios para indicarme que guardara silencio. Yo avancé de puntillas por el pasillo y no vi que se moviera ninguna chica a mi paso. Entré en la habitación de Melanie, y ella cerró la puerta.

—He estado esperando —me dijo.

—Mi chófer va a llevar a las chicas a un lugar seguro que les he buscado. Cuando hayan subido al autobús y se hayan ido, tú y yo iremos allí por nuestra cuenta y podremos hablar. Prepárate. Nos vamos ya.

—Van a tardar mucho en despertarse. Podemos hablar ahora, por si hay problemas.

—O podemos llevárnoslas ahora y subirlas al autobús. Y marcharnos.

—Eso no funcionará. Tienes que subirlas al autobús sin que sospechen. Se supone que no tienen teléfono móvil, pero creo que algunas sí lo tienen. Puede que les entre el pánico y llamen a Eminencia. Aunque las llevemos a un lugar seguro, las que quieren seguir con esta vida a lo mejor deciden volver. Las otras solo necesitan una oportunidad.

No me gustaba el plan, pero ya había tomado en cuenta aquellos mismos riesgos, que a alguna chica le entrara el pánico, que alguna de ellas tuviera un móvil escondido. Lo que las tenía allí atrapadas no era una trampa de índole física, sino mental: la idea de que no tenían más alternativas y el miedo que les habían inculcado de que si huían estarían asesinando a las que se quedaran.

«Cadenas mentales».

Tuve que mostrarme de acuerdo con Melanie en que la mejor manera de evitar interferencias era hacer que las chicas subieran al autobús sin sospechar el nuevo futuro que las aguardaba.

—¿Y la bruja que abre la puerta? ¿Te has ocupado de ella? —me preguntó Melanie.

Afirmé con la cabeza.

—Tendré que ocuparme de ella de nuevo. ¿Tienes algún narcótico?

Melanie fue al cajón superior de la cómoda y rebuscó dentro. Encontró lo que buscaba, se volvió y me lo entregó: un frasco de Halcion, unas potentes pastillas para dormir que utilizan los que padecen de insomnio.

—Las consigo en el mercado negro. Una dosis me hace dormir varias horas. Dale tres a la bruja.

Tras desmenuzar las pastillas y disolverlas en la lengua de la mujer, cerré el armario con una llave que me dio Melanie y volví a poner la silla junto a la mesa de la cocina. Todo recuperó su aspecto normal.

Me reuní con Melanie en el sofá amarillo orín que había en el tétrico cuarto de las veinte alfombras y los cristales sucios. Fue allí, a las tres y media de la madrugada, mientras todo el mundo dormía, donde Melanie me contó la historia de su vida y me proporcionó detalles importantes de un modo que me sorprendió. Susurraba en un tono de voz tan bajo que tuve que acercar el oído a su boca, tanto que sus labios rozaron el lóbulo de mi oreja innumerables veces. Mientras hablaba, movía entre las manos un fajo de papeles que había traído de su habitación.

Melanie se crio en un cobertizo, a las afueras de Cantón. Su madre murió en el parto a causa de que la placenta se le desprendió del cérvix, y se desangró en el suelo de tierra de la choza en la que vivía con su marido. Después de sepultar el cadáver de su madre en una fosa poco profunda situada al lado de un vertedero, los familiares paternos de Melanie afirmaron que su muerte había sido un castigo por llevar dentro el germen de una niña. Durante cinco días, el padre y la abuela paterna escondieron a la recién nacida y no dejaron que la viera nadie, porque la madre había infringido la norma de tener un solo hijo y, para mayor vergüenza, había cometido una doble infracción al seleccionar un óvulo con carga femenina en sus avariciosos ovarios. No quise corregir a Melanie respecto de los horrendos errores que habían cometido al enseñarle cómo funcionaba la reproducción, de igual manera que Nana me había advertido que no debía corregir al decorador de la tarta por haber diseñado unas ondas sonoras tan poco realistas para el día de mi disertación. «Corregir es de mala educación», me dijo Nana.

Al quinto día de vida en este planeta, el padre intentó ahogar a Melanie en un cubo de agua de fregar, pero la abuela paterna le dijo que era un necio y le explicó que, como mínimo, podían esperar a que la niña fuera lo bastante mayor para ganarse el pan y venderla a los traficantes de sexo. Cuando Melanie cumplió ocho años, cobraron, convirtiendo los yuanes a dólares americanos, 80,99 dólares por ella. A Melanie le habían contado todos y cada uno de los días de su vida la historia de cómo nació y cómo había estado a punto de morir, porque su padre y su abuela se la repetían todas las mañanas mientras ella les servía bollos de kimchi y mandarinas. Lo que había estado a punto de ser el causante de su muerte, el cubo de agua de fregar, colgaba de un clavo oxidado por encima de un fregadero con goteras del cobertizo, para recordarle continuamente lo mucho que le debía a su familia, que le había permitido conservar la vida y servirlos a ellos. «Cubo —decían señalando primero el cubo y después a ella—. Tú no vales más que ese cubo. Eres un cubo».

A la edad de ocho años, Melanie se fue de aquel cobertizo, un espacio más allá del cual no se había aventurado jamás, y subió a un SUV negro en el que viajó durante un interminable trayecto de varias horas hasta que por fin se detuvo en un complejo protegido por una valla y vigilado por guardias. Un hombre la arrastró hasta una caseta agarrándola por el pelo. Dentro de la caseta la esperaban dos hombres. Uno de ellos la sujetó mientras el otro le decía, con frases entrecortadas —que coincidían con la forma de hablar de la voz que se oía en el vídeo de la Langosta Quemada—: «Yo soy Eminencia.

Tu dueño. Ahora. Aprenderás. Inglés. Cuando tengas. Quince años. Vendrás. A América. A ganarte. La manutención. Con nuestros. ¡Clientes más importantes! Si te rechazan. Deberás superar. Una importante prueba. Que estoy diseñando. Si la superas. Te permitiré. Volver a vivir aquí. Para servirme. Serás. Mi Tesoro. Y vivirás. En Eminencia».

«Teoría validada».

Mientras esperaba a cumplir los quince años, Melanie vivió en el sótano del complejo, y debía practicar el inglés mientras bordaba vestidos que los niños vendían a los turistas en las calles de Shangai. Cada vestido llevaba un girasol de veinte pétalos, ni uno más, ni uno menos. Por las noches Eminencia la violaba, a ella o a una de las otras veinte niñas que vivían en aquel sótano. Niñas. Siempre menores de quince años. Y veinte niñas. Siempre veinte niñas.

Al principio pensé que la narración que Melanie me hacía de su infancia no venía a cuento para la información que yo había venido a recopilar en Shangai. Lo que yo buscaba eran los movimientos microscópicos que había hecho Melanie, absolutamente todo lo que había visto y oído el día en que la metieron en la pecera y durante el tiempo que pasó encerrada en ella. Pero le permití que me contara su pasado porque, observando todo el contexto, llegué a la conclusión de que nadie le había permitido nunca hablar de aquello con tanta franqueza. Y Nana siempre me dice que no se debe interrumpir a una persona que está embargada por la emoción, aunque yo no sea capaz de «experimentarla», como dice ella.

De modo que dejé hablar a Melanie. Cuanto más hablaba, más alterada se sentía mi mente ejecutiva por la asimétrica injusticia de todo lo que me estaba contando. Lo que describía Melanie era puro desperdicio, pura barbarie inútil. No pude evitar volver al odio que me permití experimentar cuando yo misma sufrí cautiverio, el cual, comparado con el que había sufrido Melanie, era como si yo hubiera estado divirtiéndome en una montaña rusa como hacía Vanty, boquiabierta, comiendo algodón de azúcar y viendo el mundo a todo color. Así pues, conforme Melanie iba hablando, fui activando mi odio, y, sumándole la lealtad y el cariño hacia Dorothy que habían resurgido en mí, me dije que ahora mi plan era algo más grandioso, porque ya no solo tenía como fin mi desahogo personal y una total retribución para Dorothy, sino algo que abarcaba mucho más, que abarcaba a todas las Dorothys y todas las Melanies.

—Eminencia me dijo que yo era la primera de sus «Tesoros» que iba a someterse a la prueba de la pecera, y que si la superaba viviría —siguió

diciendo Melanie. Llegado aquel punto de la conversación, tras contarme la historia de su vida, ya no daba vueltas al fajo de papeles en las manos y la voz ya no le temblaba. Ahora hablaba con energía y su tono era de furia. Hubo una frase en particular que me llegó muy hondo, porque verificaba una pieza esencial de lo que había dicho Velada: que la pecera la había diseñado Eminencia y que el propietario era él.

Le hice una seña a Melanie para que continuara, para que fuera avanzando en el relato. Había empezado a oír que las chicas estaban despertándose. Pero Melanie había dejado de mirarme para juntar valor; ahora miraba al frente, y la siguiente frase la pronunció en un tono furioso y monocorde:

—Eminencia dijo que le daría otra oportunidad a otra chica con su pecera especial, pero que antes tenían que pasar veinte años. Me dijo: «El poder del número veinte te hará libre, pequeña». Me lo decía todos los días. Lleva el número veinte tatuado en la espalda, en mandarín. Todo tiene que ver con el número veinte. Hasta un trozo de pan debe partirse veinte veces.

Estos datos me valieron para verificar lo que habían dicho Reno y Velada acerca de los períodos de veinte años, lo cual solo sirvió para confundirme, ya que no entendía, a pesar de dichas verificaciones, por qué seguía sin fiarme de Velada. Lo que me estaba contando Melanie, y también todos los objetos e imágenes en grupos de veinte que había visto yo en el edificio jefe, conducían al diagnóstico psicológico de trastorno obsesivo-compulsivo extremo hacia el número veinte, sumado a una superstición psicótica. Sin embargo, el motivo concreto del enfermizo plan que tenía Eminencia había que buscarlo más bien en las confusiones de la religión y de la filosofía. Yo, como científica, necesitaba que Melanie se centrara en las preguntas científicas más cruciales: «¿Qué puedo saber? Y ¿cómo puedo saberlo?».

Decididamente, las chicas se habían despertado, porque la puerta del único baño de la casa no hacía más que abrirse y cerrarse. Melanie, sin soltar el fajo de papeles, se puso de pie y fue al inicio del pasillo para decirles a las chicas que estaban emergiendo de sus diminutas celdas:

—Hoy, la mujer de la cocina no va a preparar el desayuno. Está enferma. Arreglaos, subid al autobús y desayunad en la ciudad. No me molestéis. Estoy con una cliente nueva, una americana rica, charlando aquí. Hoy nadie se tomará el día libre, todas debéis ir a la ciudad.

—Melanie, hemos de darnos prisa —le dije cuando regresó al sofá—. ¿Tienes todo lo que necesitas?

No me respondió, se limitó a mirar fijamente el fajo de papeles que tenía en las manos. En aquel momento parecía estar catatónica. Ni siquiera se

inmutó.

—Antes de lo de la pecera, Eminencia me decía todos los días cómo iba a ser cada paso. Y sucedió exactamente tal como lo había planeado. Dijo que siempre sería igual, que la ceremonia es la clave de la supremacía. Te lo he escrito todo en trozos de papel. Toma.

Me entregó el fajo de papeles. Estaban húmedos. Reparé en el charco de sudor que se le había formado a Melanie entre las clavículas.

—¿Tienes fiebre? —le pregunté.

—Solo estoy nerviosa.

—¿Estos papeles cuentan los detalles del día de la pecera?

—Ese día fue el día en que morí. Lo he escrito todo. Jamás se me olvidará. Úsalo. Úsalo para salvar a esas otras chicas que me dijiste.

Tras unos instantes de profundo silencio, le pregunté:

—¿Por qué Eminencia utiliza un dragón con el número veinte? ¿Es de alguna secta china?

—No. Eminencia es un hombre blanco. Sus padres vinieron aquí procedentes de América, a trabajar en una fábrica de zapatos que era propiedad de ellos. Eran ricos. Él se pone una máscara negra para ocultar las quemaduras que tiene en el rostro. Se las hizo de pequeño, cuando se incendió su casa. Murieron sus padres y casi todos sus parientes. Acabó en un orfanato chino para niños. No le quería nadie porque era muy feo, tenía la cara llena de cicatrices. En el orfanato había unos dragones de juguete, veinte dragoncitos. Y la dueña le hacía fregar los suelos todos los días con lejía. Aquellos veinte dragones eran los únicos amigos que tenía, según él. A nosotras nos ha contado esa historia muchas veces. Pero sus padres le dejaron dinero en América, y también una casa antigua. Creo que tiene el dinero guardado en un fi... un fid...

—¿Un fideicomiso?

—Sí, puede ser. Así fue como consiguió dinero cuando salió del orfanato y empezó a situarse en la vida.

De pronto irrumpió una chica en el cuarto, cargada de hombros.

—Como le digo, puedo añadir a su jefe a la rotación de tres chicas, empezando la próxima semana. Ahora pasemos a hablar del precio —dijo Melanie sin volver la vista hacia la joven y cambiando diestramente de tema.

Yo le seguí la corriente:

—Antes quiero saber el precio de las tres chicas —dije.

Melanie giró la cabeza hacia la joven que acababa de irrumpir. Daba la impresión de pesar unos cuarenta kilos y llevaba puesto un vestido de encaje

vulgar.

—¡Vete al autobús ahora mismo! ¡No ofendas a nuestra clienta! —le gritó Melanie.

La chica, temblando, dio media vuelta y se fue a la escalera.

—Subirá ahora al autobús. Subirán todas.

Y así sucedió: todas fueron desfilando en silencio por la escalera, y ninguna miró hacia el interior del cuarto en el que Melanie y yo fingíamos estar hablando de que yo iba a contratar a tres de ellas para mi ficticio jefe. Fueron bajando de una en una, cabizbajas, mirándose los pies. Iban vestidas con ropas ligeras y vestidos de transparencias, y calzadas con simples zapatillas.

Cuando hubo salido la última, Melanie se volvió hacia mí con lágrimas en los ojos.

—Llevan muchos años viviendo así —dijo con voz rota—. Tantos, que tengo que gritarles. Hacerles daño. Castigarlas. De lo contrario, él se enterará y las matará. Por favor, salva también a mis chicas.

—Las vas a salvar tú —repliqué.

Melanie sacudió la cabeza en un gesto negativo y dejó escapar un sollozo por primera vez en el breve rato que llevábamos juntas, y pensé que era todavía más fuerte que Lola. Estuvimos mirando desde la ventana cómo iban subiendo al autobús. Dan debía de haberles dicho que el conductor de siempre había sido sustituido por haber desobedecido a Eminencia durante la noche, y como él era nativo de Shangai y tenía una dicción perfecta, abrigué la esperanza de que las chicas se lo hubieran creído. Seguramente también las obligó a entregarle sus teléfonos móviles, las que los tuvieran, y depositarlos en una cesta, con alguna excusa convincente que sin duda se inventó sobre la marcha. En cuanto al conductor original, no sabía dónde lo había escondido, y tampoco me importaba; confiaba en que se habría ocupado convenientemente de él.

Por fin el autobús partió en dirección al lugar seguro que le había preparado yo sirviéndome de mis propios canales.

—Vamos, Melanie, es la hora —anuncié.

Melanie preparó una bolsa mientras yo sacaba del armario a la mujer de mentón débil y le cortaba las ligaduras de las manos y de los pies. La tumbé en el sofá amarillo; roncaba, profundamente sumida en un estado comatoso por culpa de las pastillas. Melanie apareció y le dejó una nota manuscrita en el suelo, junto al sofá. Me la tradujo, y decía lo siguiente: «Bruja, ya puedes salir huyendo. Nos hemos escapado».

Empezamos a descender por el estrecho hueco de la escalera. Yo iba delante, llevando apretado en la mano el fajo de papeles que relataban el día que pasó Melanie en la pecera. Al llegar a la calle tuve que esperarla, porque iba bajando sin darse ninguna prisa, deteniéndose en cada peldaño, pasando los dedos por las paredes.

—¡Apresúrate! —le dije.

—Nunca había bajado por esta escalera —comentó. Aún estaba llorando.

—Tienes que dejar de llorar y darte más prisa.

Pero ni dejó de llorar ni se dio más prisa.

De pronto se oyó un fuerte retumbar y el ruido de unos neumáticos que se acercaban. Giré la cabeza hacia la izquierda y vi un SUV que doblaba la esquina de uno de aquellos malditos rascacielos. Pero el retumbar continuó también a mi derecha, así que giré la cabeza hacia allí y vi otro SUV que se aproximaba por aquella dirección.

Los dos venían muy deprisa y enseguida nos cerraron el paso a ambos lados y nos acorralaron. Frente a nosotras se alzaba el rascacielos que Dan y yo habíamos utilizado como atalaya; a nuestra espalda estaban el edificio jefe y el poblado de chabolas, y detrás de estas se extendía un páramo inmenso en el que no había nada. Kilómetros de tierra vacía. Y Melanie todavía estaba bajando lentamente la escalera, dominada por el estupor.

«Maldición».

La única alternativa consistía en ganar un poco de tiempo volviendo a entrar en el edificio jefe y atrincherándonos lo mejor que pudiéramos en un lugar más elevado. De manera que di media vuelta, empujé a Melanie para que también se volviera y la obligué a subir de nuevo por aquella estrecha escalera en la que olía a carne.

No llegamos muy lejos, dado que Melanie se detuvo y tropezó dos veces. Como yo iba detrás de ella, me preparé cuando oí la voz de hombre que sonó a nuestra espalda, al pie de las escaleras:

—¡Alto! Ya. Alto —gritó Eminencia.

—Melanie, sigue, sigue, sube —la insté yo empujándola—. Toma esto, escóndelo —le dije al tiempo que le devolvía el fajo de papeles.

No me giré a mirar a Eminencia, que se había lanzado escaleras arriba; a Melanie le faltaban todavía dos peldaños para llegar al final. Planté las palmas de las manos en las paredes, a un lado y al otro, tal como había hecho al subir aquella misma mañana, y empujé a la vez que daba un salto en el aire, pensando que apoyaría un pie en cada muro y llegaría de un brinco al rellano de los colgantes rojos. Pero justo cuando salté, preparada para abrir las

piernas en un spagat, Eminencia me atrapó y tiró de mí hacia abajo. Caí de bruces contra los escalones, y logré poner las manos justo a tiempo para no partirme la cara. Desde lo alto de la escalera Melanie, de nuevo en la entrada de la vivienda, lanzó un chillido.

El capacitador que llevaba ceñido al muslo con una correa se me clavó en la carne con tanta saña que noté cómo me llegaba al hueso. Calculé que el hematoma se me extendería por el muslo entero.

—Tú. Ve a por esa. Mientras yo. Me encargo. De esta —ordenó Eminencia a otra persona, que empezó a subir por la escalera.

Eminencia me aprisionó contra los peldaños poniéndome una rodilla encima; acto seguido, con fuerza, me agarró el cuello con una mano mientras con la otra se las arreglaba para sujetarme ambos brazos. Calculé que pesaría unos ciento cincuenta kilos, todos de músculo. Tenía unas manos del tamaño de un plato.

No había confirmado que fuera él por cómo era su cara, ni tampoco lo había visto aún con la máscara negra puesta, como la noche anterior. Fue por su voz. Por aquella cadencia entrecortada. Aquel timbre. Eran los mismos que llevaba tantos años oyendo en aquel vídeo. Su voz resultaba más característica que sus huellas dactilares.

Sin soltarme, me empujó hacia un lado de la escalera mientras otro individuo pasaba por nuestro lado en dirección a Melanie.

—¡Huye, Melanie! Vete. Enciérrate en tu cuarto —le chillé. Ojalá se le ocurriera esconder aquellos papeles debajo del colchón.

—Cierra. La puta. Boca. Zorra —me dijo Eminencia sujetándome en el sitio.

Me quitó la mano del cuello, me agarró del pelo de la nuca y antes de que yo pudiera deducir qué se proponía hacer a continuación me soltó también los brazos. No lo dudé, y apoyé las manos en el peldaño para hacer fuerza y empujar contra él y contra la rodilla con que me tenía aprisionada, con la esperanza de hacerle perder el equilibrio —ya estaba apoyado en un solo pie— y arrojarlo escaleras abajo. Pero él, al soltarme los brazos, también había sacado una navaja y me la había puesto en la nuca, debajo de la mano con que me estaba tirando del pelo. Como estaba boca abajo y la melena se me había desparramado por todas partes, era el pelo de abajo, el que estaba más cerca del cuello.

—Muévete. Y te rajo —me advirtió.

Mantuvo la navaja en aquella posición, y yo me paré unos momentos a estudiar mi siguiente movimiento.

Era una trampa cruel, porque me rajó de todos modos. Me hizo un corte precisamente en el cuero cabelludo que tenía agarrado y me rebanó doce centímetros cuadrados de piel y cabello de la nuca.

El escozor. La sangre que brotó. El denso reguero que comenzó a resbalar por la espalda. El intenso calor que sentí en la nuca. Me entraron ganas de tocarlo, de pararlo. Hice fuerza contra los escalones, nuevamente para desembarazarme de su peso, con la esperanza de desestabilizarlo, ya que se sostenía sobre un solo pie porque con la otra rodilla me tenía a mí aprisionada.

Pero ni se movió.

Empujé otra vez.

—Dónde. Están. Mis chicas. Zorra.

«Dan se ha marchado».

—Dónde. Has puesto. Sus teléfonos.

«Los teléfonos se los ha llevado Dan. Los destruirá y los tirará por ahí, para que resulte imposible localizarlos».

Empujé de nuevo. Eminencia no se movió ni un centímetro, y cargó con más fuerza sobre mi espalda. La sangre que me manaba de la herida de la nuca me resbalaba por el cuello, caía en la escalera y estaba formando un charco junto a mi rostro. El dolor me recorría todo el cuerpo.

—El conductor. No me ha enviado. Mensaje. De confirmación. ¿Dónde está?

«Eso es lo que le ha hecho sospechar».

En el momento de gritar esta última frase, Eminencia retiró la rodilla unos milímetros a la vez que levantaba la voz por efecto de la emoción, así que cuando volví a empujar con todas mis fuerzas logré hacerle perder el equilibrio lo suficiente para retorcer el cuerpo y zafarme de su rodilla. Bajé resbalando cuan larga soy por el resto de los escalones, y cuando llegué al rellano me incorporé rápidamente, di una voltereta y me encontré en medio de los SUV, que estaban estacionados el uno de cara al otro. Dentro de uno de ellos había un conductor.

—¡Arranca! —chilló Eminencia apareciendo a mi espalda.

No tuve tiempo de escapar de la trampa; tenía al conductor a escasos metros de mí. Di un brinco con la esperanza de no quedar aplastada entre los dos coches y estuve a punto de conseguirlo salvo por mi pierna derecha, que cuando el coche se detuvo quedó enganchada entre los radiadores de ambos.

No me fue posible liberarla. Estaba atrapada.

Me retorcí con las manos apoyadas en los capós de los dos elegantes monovolúmenes, y cuando levanté la vista vi que Eminencia venía hacia mí muy despacio. Era gigantesco, igual que en el vídeo, y llevaba puesta otra de sus máscaras negras. Dicha máscara me impedía verle las cicatrices de la cara que me había dicho Melanie, pero también se debía a que el sol, cada vez más brillante, dispersaba la contaminación a nuestro alrededor.

—Dónde. Están. Mis chicas —tronó.

Le respondí con una sonrisa.

Hizo un alto. Inclino la cabeza hacia un lado y pareció estudiar mi cara. Y entonces rompió a reír.

Se me acercó y le hizo un gesto al conductor con la mano para indicarle que debía recular. Entonces, justo en el momento en que desenganché la pierna y estaba a punto de caer al suelo, Eminencia me agarró del pie, me retorció el cuerpo y me hizo caer de espaldas y que me estrellara contra el suelo con la pierna levantada. Luego me soltó el pie, se me plantó encima casi con todo su peso y me inmovilizó los brazos por encima de la cabeza. Todo en una fluida secuencia de movimientos expertos. Mis piernas quedaron en una posición tal que me resultaba imposible patear.

—Tráeme. La llave inglesa —le gritó Eminencia al conductor, el cual, a aquellas alturas, por lo que pude oír, había abierto y vuelto a cerrar la portezuela del coche.

Eminencia acercó su rostro al mío, rozándome la nariz con la máscara, y soltó otra carcajada.

—Tú eres. El insecto. Tengo fotos. De ti. Con los años. Tú eres. Mi regalo. Me serás. Entregada. Pronto. Para la pecera.

«¿Soy un regalo? ¿Que se le va a entregar? ¿Eso es distinto de tenerme fichada? Sin embargo, ha verificado que me tiene destinada a la pecera».

Su aliento se filtraba a través del tejido. Era fuerte, como el olor fétido de la basura. Pura halitosis.

De repente apareció a mi lado un par de botas.

—Ya. La levanto. Yo. Tú sujeta. Los brazos. Que no. Se mueva —le ordenó al conductor, el cual había dejado a los pies de Eminencia la llave inglesa que este le había pedido.

Cuando ya me tuvieron incorporada y bien sujeta, Eminencia me propinó un fuerte pisotón en el pie izquierdo para que no me moviera del sitio. Acto seguido se agachó, recogió la llave inglesa y volvió a erguir su corpachón muy despacio, como si fuera recorriendo el mío. Su piel y su hedor estaban

tan próximos que era como si fuéramos dos amantes que estuvieran bailando lentamente. Volvió a echarme otra vez el aliento. Yo contuve una arcada.

—Mi insecto. De regalo. Te meteré. En la jaula —me dijo.

Sin levantar su pie del mío, dio un paso atrás, alzó la llave inglesa y me descargó un golpe en el pie derecho. La zapatilla que yo llevaba ofreció escasa resistencia. Eminencia golpeó otra vez. Y otra. Y vi que iba contando con los labios: «tres». Creo que su intención era propinarme veinte golpes. Pero en aquel instante se puso a gritar Melanie desde una ventana del cuarto piso del edificio jefe, y la rotación de la Tierra se detuvo.

Eminencia se interrumpió con el brazo en el aire, y ambos miramos hacia arriba atraídos por los agudos chillidos.

Allí estaba Melanie, como un espectro en una ventana abierta, todavía con su vestido blanco. El viento hacía ondear la fina tela contra su delgada cintura. Distinguí el bulto que le formaba el fajo de papeles en la cinturilla de la ropa interior, pero claro, yo sabía lo que debía buscar; me preocupaba que Eminencia también viera aquellos papeles.

De pronto Melanie se arrojó de cabeza por la ventana. Antes de que se estrellara contra el suelo supe, calculando la altura y la trayectoria, que de resultas del impacto se rompería el cuello y se mataría.

Aguanté la respiración todo el rato, tensando la mandíbula y hasta el último músculo del cuerpo, centrada única y exclusivamente en una chispa de luz situada encima de mi cabeza, como un elemento de mediación, un método que me había enseñado Sarge para soportar la tortura y también para impedir que aparecieran sentimientos en la periferia de mi mente que pudieran querer activarse. Sentí que me subía la bilis a la garganta. El cuerpo entero se me inundó de sudor. El dolor del pie, la escena de Melanie con el cuello roto... Lo único que podía hacer era concentrarme en aquella chispa luminosa.

«Pienso asesinar a Eminencia de la manera más dolorosa posible. Será eliminado. Cada una de sus fibras. Se transformará en la nada. En la puta nada. El cero absoluto».

Eminencia se apartó de mí, retrocedió y fue hacia Melanie jadeando y respirando con dificultad. El crujido que emitió su cuello al chocar contra el duro suelo es algo que jamás se borrará de mi mente.

Eminencia se acucilló a su lado y se volvió hacia mí. Yo, todavía sujeta por el conductor, estudié la posibilidad de ejecutar varios movimientos de defensa personal para liberarme, pero antes de pasar a la acción tenía que dejar que el extraordinario dolor procedente de mi pie machacado cediera durante un par de segundos.

—Has matado. A mi Tesoro —me dijo Eminencia.

Acaricié el borde de su vestido blanco, lo levantó ligeramente y empezó a subirlo. Desde donde yo estaba, daba la impresión de que pretendía recuperar el fajo de papeles. Estaba a punto de intentar una maniobra para zafarme e impedírselo cuando de repente el individuo que estaba dentro del edificio jefe con Melanie emergió en la entrada del mismo y les indicó a todos mediante gestos que debían marcharse de allí lo antes posible. No sé muy bien por qué. Tan solo puedo suponer que temían no tener en su nómina literalmente a todos los policías de Shangai. El que me tenía sujeta me arrojó al suelo. Me fijé en que ninguno de los habitantes del poblado de chabolas había salido a mirar ni a ayudar.

Antes de huir en su coche, Eminencia bajó la ventanilla y me dijo:

—Te veré. Dentro de. Pocos años. Fracasarás. En la pecera. Y te quemarás. Insecto. —Y acto seguido se marchó.

«Vas a llorar pidiéndome socorro. Vas a suplicarme, monstruo. Y el único dedo que levantaré por ti será para causarte dolor».

Cojeando, tiré del cadáver destrozado y ensangrentado de Melanie, que apenas pesaba gran cosa, y con él subí de nuevo aquella angosta escalera. Era como un suspiro, de tan liviana. La arrastré por el pasillo de las fotos de gatos. Recuperé el fajo de papeles y le cubrí el cuerpo y el rostro con una sábana blanca. Ningún aliento movió la tela de la sábana mientras estuve allí de pie contemplándola, esperando cuatro minutos enteros, que es el doble de tiempo que una persona normal es capaz de contener la respiración. En su minúsculo cuarto de baño, me lavé la herida de la nuca con agua oxigenada al tiempo que mordía una toalla de lavabo para soportar el dolor que me produjo. Después me la vendé con media toallita para la cara y un poco de cinta adhesiva que encontré debajo del fregadero de la cocina. No me atreví a mirarme siquiera el pie derecho mientras me lo envolvía, dando múltiples vueltas, con una venda de compresión elástica que encontré dentro de un armario. De uno de los cuartos de las chicas robé unas sencillas zapatillas de un número mayor que el mío, lo bastante grandes para que me cupiera el pie vendado, para poder emprender el regreso a América. Todo ello me llevó un total de quince minutos, demasiados, fueron quince minutos de gran peligro, porque estaba segura de que alguien del poblado de chabolas había llamado a la policía.

Salí del edificio cojeando y fui hasta el otro lado del rascacielos en el que estaba escondido el coche de Dan, y no sé cómo, pero conseguí huir antes de

que apareciera ningún policía. A lo mejor no llegó a aparecer ninguno. A lo mejor a nadie le importaba aquel agujero del mundo.

De ninguna manera iba a acudir a un hospital chino. Quería salir de Shangai lo más rápidamente posible. Ya no merecía la pena seguir peleando en China. No merecía la pena intentar perseguir a Eminencia hasta dondequiera que hubiera huido en su coche. Cuanto más tiempo permaneciera allí, más me arriesgaba a perjudicar mi salud y a que me metieran en la cárcel. Tampoco podía acudir a ninguna embajada. Ni podía esperar al vuelo que tenía reservado, que partía dentro de tres días. Fui directamente al aeropuerto y me marché de Shangai en el primer vuelo en el que encontré plaza, y diez horas más tarde aterricé en Londres. Para entonces ya me había medicado para el dolor del pie, la cabeza y el muslo con diez chupitos de vodka y un analgésico de emergencia que llevaba encima para situaciones extremas. En Londres entré en un aseo de señoras, me quité la zapatilla del pie y vi que mi gravemente machacado segundo dedo —en mi caso el más largo, puesto que tengo el pie griego— estaba siendo objeto de un profundo y alarmante proceso de necrosis isquémica. También se veía necrosada la punta del dedo medio. El enrojecimiento que rodeaba las partes ennegrecidas de ambos dedos indicaba que había infección, y diagnosticué que corría un alto riesgo de sufrir septicemia. La necrosis y la septicemia no son ninguna broma, de modo que me fui derecha a la sala de urgencias de un hospital. Exigí que me aplicasen el tratamiento más agresivo y di mi consentimiento cuando la cirujana se ofreció a extirparme el segundo dedo, insalvable por estar aplastado y necrótico, y la punta del dedo medio, también necrosada. Me administró antibiótico por vía intravenosa y, mientras el medicamento iba cayendo gota a gota, llamé a un aliado que tengo en el MIT, un antiguo profesor mío, que estaba especializado en ingeniería biomecánica.

En cuanto a la herida del cuero cabelludo, las enfermeras londinenses me la curaron con esteroides de acción tópica, antibióticos también tópicos y una bolsa de hielo, y mientras mi cerebro iba enfriándose con el hielo me puse a reflexionar sobre la forma de modificar mi plan y leí de nuevo las partes pertinentes de las extensas y pormenorizadas notas que había escrito Melanie para mí:

- Día de la muerte, me visten con una bata roja de mangas anchas.
- Debo ir vestida con la bata, andando hasta la pecera.
- En la habitación de arreglarnos, sin ventanas, situada en el sótano, espero con otra chica. Otra chica que él viola, él mata.
- Antes de la pecera, tomamos última comida. Cada una elige su comida.
- Paso todo el día con la chica. Como con ella. Eminencia dice que quiere que nos hagamos amigas.

«Dispondré de tiempo para entrenar a la otra chica», pensé mientras leía las notas de Melanie.

—Después de última comida —yo elijo fideos con limón— me dan cualquier comida que pido. Me llevan por un pasillo de piedra. Estamos bajo tierra.

—Al llegar al final, subo una escalera hasta un sitio que ellos llaman «Nivel Superior». Hay más chicas, pero no les permiten mirarme. Mantengo cabeza alta. Ellas miran el suelo de madera lleno de arañazos. En Nivel Superior sopla viento. Es una casa vieja. Hay muchas chimeneas, en todas arde fuego. Eminencia me dice que eso es porque el fuego es el «poder absoluto», y por eso habrá fuego el día de mi muerte en la pecera. Creo que paso por tres chimeneas. Hay fuego en todas.

—Un hombre con fusil me empuja a una habitación vacía. Ya no veo más guardias. Igual que en China, solo hay dos guardias de Eminencia. Es raro que sean tan pocos. ¿Cómo hace para ser tan poderoso? No veo a nadie más en Nivel Superior con armas. Solo mujeres. Solo chicas.

—Hay dos mujeres sentadas en el suelo en la habitación donde me meten. Hay otra chimenea. Otro fuego. Por todas partes en el suelo hay varias garrafas grandes, cuadradas. La etiqueta dice X25. Me echan X25 por encima para quemarme. Levantan dos tablas del suelo. Me quitan la bata. Me agarran de los brazos para meterme en la pecera. Yo grito todo el tiempo. Nadie me ayuda. Nadie me mira a los ojos. El hombre del fusil me apunta a la cabeza desde Nivel Superior.

—Dentro de la pecera, puedo girarme de lado, pero me chocan los hombros, así que estoy mirando de frente. No hay nadie más que la chica con la máquina de vídeo. Al principio veo una cama y un espejo. Nada más. Es una habitación antigua y rara. No hay ventanas.

—Me da miedo quedarme trabada de costado. El cristal es muy grueso. Muy grueso y no transparente. Borroso. Con pegamento en los rincones, entre las piezas. Es una pecera mal hecha, los lados no están rectos. La ha fabricado Eminencia. Me lo ha dicho. En un granero.

—Entran hombres en la habitación. Están desnudos pero se ríen, ja, ja, ja, se ríen con el segundo guardia, que se asegura de que se pongan detrás del espejo. Pero no tiene fusil, es amigo de ellos. El guardia que se ríe sale de la habitación y se queda al lado de la puerta. Yo grito. A nadie le importa.

—La chica junto a la cama graba todo con vídeo. Luego deja la cámara y cierra el espejo con manija de madera, donde están los hombres.

[...]

—Cuando me echan X25, gotea un poco de los rincones donde hay pegamento.

El resto de las notas de Melanie contiene otras minucias intermedias y los detalles desde su punto de vista de lo que vimos en el vídeo de la Langosta Quemada, la lejía que va entrando en la pecera, su recuperación física tras la experiencia vivida y su regreso a Shangai. Aunque a lo largo de los años he leído muchísimas veces estas notas a fin de mantener vivo el ánimo letal, estos detalles adicionales son redundantes respecto de las cosas que ya sabía o no resultan pertinentes para mi huida y mi venganza.

En ningún momento activé el sentimiento del cariño hacia Melanie, porque había aprendido por las malas a no hacer nunca tal cosa con las víctimas. Sin embargo, sí que me comprometí con ella y con su legado. «La vida de Melanie ha servido para algo. No ha sido un desperdicio, ni un cubo

sin valor alguno. Me encomendó que salvara a las otras chicas. Yo soy un arma en su guerra».

Lisa Yyland: de vuelta al laboratorio

Nana dice que cuando el mundo te dé plátanos «lo mejor es que hagas una tarta de plátano». Así que, armada con los datos verificados, los datos nuevos y las heridas físicas, todo ello traído de Shangai, y después de que me arrancasen el cuero cabelludo y en Londres me amputasen varios dedos de los pies, regresé a mi laboratorio de Indiana a reestructurar el plan.

En aquel momento, y esto fue hace cinco años, volví a entrar por la puerta roja de la cocina del edificio que era a la vez mi hogar y mi lugar de trabajo andando con muletas. Cuando compré el edificio, la cocina aún estaba tal como fue diseñada originalmente: industrial, aburrida y destinada a ser utilizada por los alumnos y los profesores del internado de Appletree. Cuando la remodelé, conservé las dos isletas alargadas y de acero inoxidable que tenía en el centro, pero la rediseñé con colores vivos y puse electrodomésticos: una batidora de color verde manzana a juego con un frigorífico también verde manzana, varias perchas de color rojo para colgar abrigos, un aparador azul mar, una alfombra turquesa, todos los dibujos que había hecho Vanty en el colegio colocados en marcos de madera recuperados y pintados, que ahora cuelgan por todas las paredes, que son de un tono azul cielo.

Diversos estudios psicológicos sugieren que los colores promueven la secreción de endorfinas naturales, las endorfinas favorecen la creatividad; por consiguiente, yo decoro con colores.

Vanty, que tenía trece años, me estaba esperando junto a la mesa de comer de la cocina, pintada de color coral, sosteniendo en la mano una tarta casera en la que había escrito «Lo siento por tus dedos, mamá» con azúcar glas de color verde y hasta había hecho un dibujo animado de un pie rosa que tenía el ceño fruncido.

—Tú le has ayudado a hacer esto, ¿a que sí? —le dije a Nana, que todavía seguía de visita en casa para ayudarme y acompañar a Vanty a los diversos eventos que tenía programados: colegio, baloncesto y ocio con los amigos.

Lenny aún estaba de gira con su libro, una gira que a mí se me antojaba ya demasiado larga, tratándose de un libro de poesía. Pero no estaba segura. En algún momento de nuestra relación, y eso que llevábamos juntos desde el instituto, yo había dejado de llevar la cuenta de sus idas y venidas con respecto a las mías. Nuestra boda iba a celebrarse ese año, así que reparé en que Nana había dejado unos cuantos folletos de novias en la encimera de la cocina, con papelitos adhesivos para señalarme cosas concretas a las que quería que yo echara un ojo.

—Oh, no, cariño, la tarta ha sido totalmente idea de Vanty —replicó Nana viniendo hacia mí para darme un abrazo. Abrió los brazos por fuera de las muletas y me estrechó con fuerza. Acto seguido me susurró al oído—: Ya estás en casa. Vanty está asustado y preocupado por ti. Es necesario que actives el sentimiento del amor y lo abrazes.

Así que activé el amor hacia Vanty, y en cuanto lo hice, y en cuanto miré aquella tarta de nuevo y observé la expresión seria de Vanty, que luchaba por reprimir las lágrimas de niño que asomaban a sus ojos de adolescente, a punto estuve de caerme al suelo.

—No pasa nada, solo son dos dedos —le dije evitando el tema de los vendajes de mi nuca. Vanty se echó en mis brazos y yo me derrumbé sobre su hombro, el cual él apartó, porque ya tenía trece años, estaba muy entrado en la pubertad y era más alto que yo.

—Mamá —me dijo con la cara hundida en mi pelo. Noté que se le quebraba la voz—: ¿No podrías dejar de hacer esos viajes para tu empresa, en los que pasas tanto tiempo fuera? Un día vas a volver a casa sin dedos en los pies.

Sé que al decirme aquello estaba intentando disimular su miedo con humor, de modo que le mentí. Como siempre les miento a mis familiares para no sacarlos de su particular percepción de la felicidad y la seguridad.

—Vantaggio, esto no ha tenido nada que ver con mi firma de consultoría. No corro ningún peligro. Simplemente ha sido un accidente imprevisible. Me pasó un taxi por encima del pie.

—¿Y esos vendajes que llevas en la nuca?

—Obviamente, cuando a uno le pasa el taxi por encima del pie, se cae al suelo. Estoy bien.

Me separé para romper el abrazo, todavía apoyada en las muletas, y le acaricié la mejilla. Luego miré a Nana, situada detrás de Vanty, la cual me dio su aprobación haciendo un gesto afirmativo.

—Pues es una suerte que hayas hecho una tarta. Mañana va a venir el señor Cam, y ya sabes que le gustan mucho las tartas. Viene de su laboratorio fuera del campus. Va a fabricarme unos dedos nuevos para el pie.

—¡Genial! —exclamó Vanty—. Siempre me trae algo chulo de su laboratorio.

—Lo sé, cariño, lo sé.

Me gustaba que Nana me llamase «cariño» a mí cada vez que tenía activado el sentimiento del amor hacia ella, así que me sentí bien al decírselo a Vanty en un momento como ese, en que él lo estaba experimentando hacia mí. Y como yo estaba experimentando amor hacia él, sentí que el corazón se me henchía de sangre al mirar a mi pequeño, y fue doloroso, pero también gratificante —ambas sensaciones competían entre sí y hacían que me sintiera viva, como una persona de verdad—, notar dicha plenitud. Vanty nunca me ha decepcionado, nunca me ha asustado, nunca en realidad, o durante mucho tiempo, me ha hecho cuestionarlo a él o cuestionar su inteligencia, sus capacidades. Verlo cuando tengo activado hacia él el sentimiento del amor significa que veo la prueba física del objetivo de mi existencia. En presencia suya soy una duplicación, y ese es un sentimiento que me genera una sensación de satisfacción y plenitud, además del corazón henchido de sangre caliente. En momentos como ese, tengo el convencimiento de que mi invención del amor es igual a la suya y, por lo tanto, está validada objetivamente, y, en consecuencia, pasa a ser una sólida ley científica, tan cierta como la gravedad.

—Vamos a prepararnos para la visita del señor Cam. Pero antes, esta tarta —le dije al tiempo que le pasaba mis muletas, las cuales él apoyó en un rincón, al lado de nuestro frigorífico verde manzana, y me sentaba en una banqueta de color rojo. Nana puso el hervidor de agua en el fuego y sacó tres tazas para servir tres té.

—Ah, Lisa, mañana también va a venir tu padre, por la tarde. Ha dicho que quería usar tu despacho para entrevistar a no sé qué nueva experta en física para su laboratorio de Manchester, que me parece que vive allí —comentó Nana. Mi padre aún no nos había dejado.

—¿Viene mi madre también? —pregunté.

—No, querida. Sigue de tribunales, naturalmente.

Lo de «naturalmente» lo dijo libre de inflexiones, no en el tono peyorativo que había detectado yo cuando un mes antes lo había dicho mi padre en el curso de una llamada telefónica.

Después de la tarta, fui a mi sala de entrenamiento con la pecera mientras Vanty se ponía con unos problemas de química que le había preparado yo, porque los que le preparaban en el colegio para los deberes de casa, dicho en pocas palabras, no eran lo que se dice un reto intelectual. El bosque de abedules con que había decorado las paredes estaba casi terminado; todavía tenía que perfeccionar el tono cerúleo del cielo y añadir algunos detalles sutiles, como mariquitas en las ramas y un cardenal en su nido.

Levanté la vista hacia la pared en la que colgaba la pecera de cristal, desde la que había estado practicando saltos. Con los años, había probado a cortar muchas variantes distintas de paneles de vidrio, todos los cuales estaban alineados contra las paredes de la sala. Vidrio del que se usa en los ascensores de cristal, que suele tener un grosor de entre dos y cinco centímetros. Vidrio para acuarios, que se fabrica en todos los grosores. Vidrio normal para ventanas, del que existen muchos tipos. Vidrio de los parabrisas de los coches, que en realidad es un cristal laminado con una fina capa intermedia de vinilo. Había hecho pruebas con toda clase de artilugios para romper y cortar dichos paneles, en la idea de que una vez que diese con una herramienta capaz de destruir o seccionar varios paneles de vidrio diferentes puestos en vertical —no apoyados en horizontal sobre una superficie uniforme (y eso resulta crucial a la hora de cortar el vidrio)— averiguaría la forma de entrar llevándola encima sin que se notara.

Pero el relato de los hechos que me había facilitado Melanie no validaba en absoluto que la pecera fuera de vidrio. En sus notas describía un «cristal» «borroso», «grueso», unido en los rincones con un pegamento que abultaba. Basándome en eso, refiné mi hipótesis de que la pecera en realidad se había construido con unos paneles de polimetilmetacrilato unidos en las juntas con cianoacrilato; dicho de otra forma, plexiglás grueso con un pegamento de epoxi como adhesivo para unirlo. Y como el plexiglás iba a ser todavía más difícil de cortar que el vidrio, y como es un material casi irrompible, y como tampoco podía asegurar al cien por cien que fuera plexiglás, me concentré en el único dato cierto que obtuve de Melanie: los bultos de pegamento en los rincones. Si dicho pegamento «abultaba» era porque seguramente había un hueco, lleno de pegamento, entre los paneles.

Necesitaba saber más de aquel pegamento y de aquel hueco.

Me senté a mi mesa de acero y me puse a investigar un poco acerca de los pegamentos de epoxi y los adhesivos de plexiglás. Pedí que me trajeran varios productos para hacer pruebas.

A continuación, pasé a investigar acerca de los dedos de mi pie.

Después de consultar varios artículos sobre biomecánica que hablaban de cómo había evolucionado la tecnología de las prótesis hasta la actualidad, fui hasta una parte del bosque de abedules que estaba sin terminar y pasé dos horas resaltando varias zonas de una nube en contraste con el azul del cielo y pensando. Según un artículo de la revista *Investigación y Ciencia*, que citaba a Andreas Nerlich, un patólogo de la universidad Ludwig Maximilians de Munich, la prótesis más antigua de la que se tiene constancia es la de una «mujer egipcia [...] que llevó un dedo de madera en el pie aproximadamente en el año 1000 antes de Cristo». Por suerte para mí, la tecnología de las prótesis ha avanzado mucho en tres mil años, y además cuento con un aliado especializado en dicho tema, el señor Cam. El señor Cam es un erudito en biotecnología, y da la casualidad de que también es uno de los principales expertos del mundo en prótesis y dispositivos médicos. En cierta ocasión construyó cuatro patas robóticas para un perro heroico que había perdido todas las suyas saltando desde el puente de una autopista para sacar a un niño de un coche en llamas agarrándolo por el cuello de la camisa. Lo más eficiente sería delegar en él el diseño y la construcción de los dedos de mi pie.

No me quedaba más remedio que sacar el máximo provecho a los daños que había sufrido mi cuerpo. Estar preparada para la Pecera de las Langostas significaba que tenía que estar preparada estando desnuda.

A la mañana siguiente llegó el señor Cam cuando Nana, Vanty y yo estábamos desayunando sentados a la mesa de color coral ubicada en un rincón de nuestra cocina multicolor. En la pared colgaba una página enmarcada de la primera clase de escritura creativa de Vanty, en primer grado. Tenía que escribir una opinión y un hecho, de modo que escribió lo siguiente: «Los lunes no debería haber clase. No me alcanzo el codo con la lengua». Nada más llegar, el señor Cam le entregó a Vanty un prototipo de brazo robótico, un «objeto de más», una «versión más antigua» de algo en lo que estaba trabajando en el laboratorio que tenía en casa. Parecía tan real, que Nana lanzó un grito y se le cayó el tenedor con el trozo de tortita que tenía pinchado en él. Protestó diciendo que cómo se le ocurría al señor Cam entrar en aquella casa con un brazo humano auténtico. Tanto Vanty como yo meneamos la cabeza en un gesto negativo al mismo tiempo, con los brazos cruzados sobre el pecho. Vanty le sonreía a Nana, y yo sonreía al ver sonreír a Vanty, porque en aquel momento tenía activado el sentimiento de amor hacia él.

—Vaya dos —nos dijo Nana chasqueando la lengua al tiempo que se levantaba de la mesa para retirar los platos y prepararle al señor Cam un café

y un trozo de la tarta del día anterior.

De repente sonó el teléfono. Era Lenny. Le dije que me encontraba bien. Él me dijo que aún tenía para otra semana más de viaje. Le pasé el teléfono a Vanty para que hablara con su padre y me fui a trabajar con el señor Cam.

Los dos estuvimos hasta la hora del almuerzo dibujando bocetos en mi despacho —no en mi sala de entrenamiento con la pecera— y hablando de lo que quería yo conseguir con las prótesis. Una vez terminado el debate, el señor Cam se puso a tomar como un millar de mediciones y fotografías e hizo cuatro moldes diferentes de mi pie. Cuando por fin se levantó para irse a su laboratorio de Massachusetts, me dijo que se pondría a trabajar en ello «de inmediato».

Al mismo tiempo que el señor Cam salía por la larguísima entrada para coches que teníamos en Indiana, dejando el bosquecillo de manzanos a un costado y unos grandes robles al otro, entraba mi padre. (Yo le había abierto la verja pulsando un botón). Contemplando cómo ambos coches se cruzaban a medio camino a través de las cámaras de seguridad colocadas fuera de la cocina, fue como si los dos hombres se hubieran entregado un relevo.

En el coche de mi padre iba una mujer de melena pelirroja que me recordó a la actriz Geena Davis. Mi padre se apeó y me dijo, gritando:

—¡Eh, muñeca, cuánto me alegro de que ya hayas vuelto de China! Espero que Nana te haya avisado de que iba a venir a hacerte una visita y a usar tu despacho para una entrevista. Te presento a la doctora...

Una ráfaga de viento ahogó su voz. Y no importó, porque aquella mujer no era sino otro experto en física para el laboratorio que tenía mi padre en New Hampshire, de los que iban y venían constantemente. Y de todas formas yo solo iba a relacionarla con Geena Davis. En unos diez minutos los dejé instalados para que pudieran llevar a cabo la entrevista, al tiempo que acordé con mi padre, Vanty y Nana que íbamos a cenar raviolis fritos y bucatini al horno.

Después de toda aquella actividad, regresé a mi sala de entrenamiento con la pecera, eché el pestillo a todas las cerraduras y saqué mi nanogenerador diseñado para generar energía mecánica. Me froté el gigantesco hematoma que me había dejado el capacitador, del tamaño de una uva, cuando se me clavó en el muslo en Shangai. Sentada nuevamente ante mi mesa de acero, cogí el nanogenerador en una mano y un prototipo de un capacitador más antiguo en la otra. Contemplé los dos, los sopesé, y volví a plantearme para qué los necesitaba: para suministrar energía a los discos de audio. Pero luego me dije que tanto los dispositivos de control remoto como las baterías

pequeñas y potentes habían evolucionado mucho desde que yo empecé a probar, diseñar y ensayar para llevar a cabo mi plan. Volví a plantearme la necesidad de generar energía mecánica, allí sentada a mi mesa en el centro de aquella sala, viendo las dos peceras cada una en una pared, la una frente a la otra como si se retaran a duelo. Y me puse a pensar cómo podría hacer para que una persona situada en el exterior de cualquier edificio en el que yo estuviese retenida controlara el mando a distancia para suministrar energía a los discos.

Así que me puse a pensar cómo hacer para enviar una señal a la persona que estuviera manejando dicho mando a distancia; la señal de en qué momento exacto activar los discos.

Cómo cronometrarlo con precisión.

Y también me planteé otras distracciones.

Me acordé de las chimeneas que mencionaba Melanie en sus notas mientras me frotaba el vendaje de la calva que me había quedado en la nuca. Reflexioné sobre el detalle de que pudo escoger su «última comida». Reflexioné sobre el hecho de que en sus notas Melanie resaltaba lo importante que era el fuego en la historia de Eminencia, y, por consiguiente, también en aquella ceremonia de la pecera. Aquellas tres chimeneas no dejaban de arder en mi mente. Y luego lo junté todo: la necesidad de enviar una señal en el momento preciso, la calva que tenía en la nuca, el fuego y mi última comida.

Erguí la espalda y acerqué el portátil. Tecleé unas cuantas consultas y pasé una media hora leyendo. Después me bajé de la banqueta, fui hasta el teléfono fijo conectado a una línea segura y llamé al señor Cam a su teléfono móvil.

—¿Has subido ya al avión?

—No, justo ahora estoy entrando en el aeropuerto.

—Da la vuelta. Vuelve aquí. Voy a necesitar unas fibras gruesas de cabello sintético que pueda llevar sujetas a la base del cráneo como si fueran extensiones. Y han de ser largas. Y lo bastante gruesas como para llevar dentro una sustancia en forma de polvo.

—Entendido. Voy para allá para tomarte medidas —me respondió.

Contemplé los finos nanogeneradores y los prototipos de los diversos capacitadores, todo descansando sobre la mesa de acero. Durante unos segundos fruncí el ceño pensando que había malgastado recursos y había trabajado de forma poco eficiente diseñando y probando todos aquellos artilugios. Contemplé la segunda pecera, la que no utilizaba para practicar.

Recorrí la sala entera con la mirada, el mural con el que había decorado las paredes semejando un bosque, el vibrante azul del cielo. Aún había que trabajar más algunas partes, el blanco del tronco de los abedules con franjas atigradas negras, el amarillo y el verde del follaje, el musgo del suelo. Todavía tenía que pintar un cardenal en un nido y varias mariquitas en las hojas, junto con otros detalles. Paseé la mirada alrededor, y miré los nanogeneradores, los capacitadores, la pecera de ensayo, la otra pecera...

Y de pronto lo comprendí.

Me vino la idea de cómo dar un nuevo uso a mis nanogeneradores. Y he de admitir que activé el sentimiento de la furia homicida y sonreí con maldad al imaginar el alivio que iba a experimentar cuando los utilizara, pensando también en todo lo que había hecho Eminencia a Melanie y a otras chicas a lo largo de los años. Diseñé un propósito totalmente nuevo para mi energía mecánica.

«Vas a sufrir, hijo de puta.

»Yo soy tu demonio».

Y aquí estoy ahora, en Massachusetts, cinco años después de la peripecia que viví en Shangai. Llevo varias horas metida en la cabina trasera de un camión. La chica que va conmigo chilla constantemente, pero en un momento dado dejo de oírla. En algún punto del trayecto han detenido este camión, la han sacado a rastras, según me ha parecido oír, y han reanudado la marcha.

Estoy deshidratada, y cuando abren el portón de la cabina me ciega la claridad, acostumbrada como estaba a la oscuridad de este ataúd rojo. Aparece un brazo que me suelta la argolla en forma de U que llevo al cuello y me saca como si fuera una alfombra enrollada. Me deja en el suelo. Necesito parpadear durante unos segundos, pero cuando por fin se me aclimata la vista veo que estamos en un granero cerrado. Acto seguido, los dos individuos que me metieron en uno de los ataúdes rojos me llevan a rastras hasta un agujero que hay en el suelo de cemento y me dejan al borde de él. En estos momentos estoy demasiado agotada físicamente para oponer resistencia, y además, en esta fase es mejor que no me resista, que ahorre energía y adquiera información. Por suerte, no me han vendado los ojos.

—Átale las manos —dice Eva—. Y regístrala.

Uno de ellos se va a buscar una cuerda mientras el otro coge una varilla de aspecto sofisticado, ligeramente más grande que un bolígrafo, y me la pasa por todo el cuerpo. Al llegar al dedo del pie emite un pitido.

—Descálzate —me ordena Eva.

—Es el aro que llevo en el dedo. Sirve para sujetar la prótesis. Es un imán.

—¿Un qué? —repite—. Dámelo.

No puede quitarme el dedo del pie.

Le entrego el imán y hago como que me quito el dedo postizo para entregárselo.

—Es solo una prótesis. Necesito el aro.

—Qué asco.

—Idiotas, atadla —ordena Eva al tiempo que me devuelve el aro arrojándolo al suelo.

Josi Olive: el Dentista

A Josi Olive le gusta pasear con su gato Gato por Viebury Grove. Gato es como su sombra, un animalito de pelaje oscuro que camina junto a sus botas como si estuviera pegado a ellas. Hoy flota un aire otoñal templado y el cielo es de un azul intenso, ese azul por el que se vuelven locos los amantes de la playa, excepto que los árboles no acompañan en absoluto a toda esa estampa, pues presentan el mismo aspecto que la bolsita de caramelos masticables que tiene él en su laboratorio, con todos esos mismos colores.

Hoy hace un día para pasear, y para aspirar el humo de los incendios forestales, y para observar qué casa de Viebury está mejor decorada para los que van a pedir golosinas en Halloween. Solo hay dos que están ocupadas, y las que están vacías son de lo más lóbrego, así que seguramente no hay competencia. Quizá se le aparezca el fantasma de una abuela en un porche para ofrecerle una porción de tarta de manzana.

Sale de su casita con la mente distraída en esta fantasía, y Gato se frota contra sus botas.

—Gato, vas a hacerme tropezar —le dice a la vez que cierra la puerta.

Mientras se mete la mano en el bolsillo para sacar la llave y cerrar, se vuelve un momento para mirar un camión rojo de gallinas, cargado con unos extraños cajones en la cabina trasera, entrando en el enorme granero de la mansión de piedra. Frunce el ceño acordándose de la guerra que tiene entablada con la gente de esa colosal montaña de piedra, y acordándose también de su episodio con el puñetero juez Rasper, del cual, en realidad, se había olvidado solo un minuto, cuando se le ocurrió salir a dar un paseo. Se acuerda de que ya no se le permite tener ni un breve instante de paz. Se acuerda de que ha sido un necio al creer que iba a poder darse un paseo con su gato como si nada. Como si no hubieran asesinado a su mujer en una ciénaga. Como si su asesinato no hubiera sido encubierto por aquellos hijos de puta.

«Otra vez ese puto camión de gallinas, —dice para sí. Sabe que ese es el método que emplean para traer a las chicas—. Tiene que ser».

—Vamos, Gato. Nos volvemos a casa. Tengo cosas que hacer.

Exagente especial Roger Liu

Iglesia mariana

Lola y yo vamos de camino a la iglesia mariana. Estaba previsto que esto fuera simplemente un detonador del plan. Entrar. Preguntar por Velada. Encontrarnos con Velada. Comunicarle que Lisa está preparada para que la secuestren. Sin embargo, esta visita nuestra a la iglesia mariana tiene por objeto preguntar por Velada, sí, pero después abortar todo el plan. Si hemos entendido bien qué papel secreto desempeña Velada en el Círculo Central, ya debería saber que a Lisa la han secuestrado. Ella nos ha dicho que estaba trabajando en esto desde dentro, como una agente doble.

Ahora que el plan se ha puesto en marcha antes de lo previsto, nuestra visita a la iglesia mariana podría ser una trampa. Lola y yo estamos en guardia. Tal vez siempre haya sido una trampa.

La iglesia mariana es la típica iglesia de Boston. Antigua y construida con granito. El templo original en sí tiene un tamaño diminuto, más o menos el doble de una vivienda urbana de tres pisos. Pero en conjunto, con los elementos dispares que se le han ido agregando y los edificios adyacentes, resulta gigantesco. Está la iglesia de granito, un edificio que así, en solitario, uno podría encontrárselo en un prado de Irlanda. Luego está el anexo, un bloque independiente de construcción más moderna ubicado en una planta que está por debajo del nivel del suelo y a la que se baja por una escalera exterior de piedra. Como telón de fondo, hay un alto edificio de apartamentos de pared de ladrillo con balcones de madera volados. Y el elemento arquitectónico más extraño en esta mezcla de piedra, ladrillo y madera lo forma una especie de canal o acequia que discurre por debajo de la parte delantera de la iglesia, paralelo a la acera.

Nos encaminamos hacia el sótano y bajamos los escalones de piedra. El anexo constituye un albergue de día para los sin techo. Todo esto lo sabemos desde hace un mes, cuando nos proporcionaron esta localización para que nos reuniéramos con Velada. Lola y yo hemos estado vigilando desde hace unas semanas y hemos investigado un poco. No ha habido nada que se saliera de lo normal, que nosotros hayamos visto.

El albergue es un espacio en el sótano del estilo de una cafetería, con el techo bajo, amueblado con mesas plegables. Las personas sin techo vienen aquí a jugar a las cartas con barajas muy manoseadas, a hojear anuncios de empleo o de alquileres, o bien a sentarse con abogados de oficio especializados en temas de vivienda y de discapacidad. Lola con su pantalón gris y su americana gris, y yo con traje gris, camisa blanca y corbata, no pegamos nada con los abogados, los cuales, más avisados, visten de manera informal, y tampoco encajamos con los sin techo.

Nos sale al paso una monja ataviada al estilo tradicional: hábito, velo, cofia y toca, que deja ver únicamente la parte frontal y adimensional del rostro.

—¿Qué puedo hacer por ustedes? —nos pregunta. Es una mujer minúscula, como un ratoncillo, tanto que sus facciones parecen más bien puntitos y bultitos. Busco una nariz que resulte discernible... sí, ahí está, con dos puntos que deben de ser las fosas nasales, pero casi imperceptibles. Podría medir... no sé... quizá un metro y medio, pero como camina encorvada parece todavía más bajita.

—Estamos buscando a Velada —digo yo.

La religiosa baja la cabeza y se mira los pies. Ahora, su rostro nos queda totalmente oculto por el velo que le cae alrededor de la cabeza formando un volante.

Lola la observa entornando los ojos. Por su expresión, yo diría que ha notado algo. ¿En esta monja? ¿En esta mujer propia de una casita de muñecas? Cuando la monja no está mirando, me vuelvo hacia Lola con el ceño fruncido.

—No es monja —me contesta Lola moviendo los labios.

Sacudo la cabeza en un gesto de negación.

En ese momento la monja levanta la vista hacia nosotros.

—Vamos a pasar a la zona de la capilla —nos dice.

Caminando detrás de ella, Lola me agarra de la mano y me indica que le mire las manos. Se señala la muñeca para indicarme que me fije en la muñeca de la monja.

Cuando la religiosa abre una puerta que conduce a una capilla del sótano, alcanzo a vislumbrar brevemente su mano izquierda, pero no veo nada sospechoso.

Le lanzo a Lola una expresión interrogante. Ella me taladra con los ojos y los vuelve hacia la mano de la monja, para instarme a que mire de nuevo.

La monja camina por delante de nosotros con las manos entrelazadas al frente, tal como suelen hacer las religiosas en sagrada contemplación.

—Esta capilla se utiliza para que vengan a rezar las personas sin techo, y también para celebrar actos de la comunidad —nos explica.

Frente a nosotros se yergue una estatua a tamaño real de Jesucristo en una cruz construida con traviesas de ferrocarril. Ese Cristo en sus traviesas de ferrocarril domina la pared posterior del escenario. La estancia está llena de sillas plegables de un color pardo dispuestas en filas, todas con marcas de desgaste en forma de mellas en el revestimiento de metal. A lo largo de una pared exterior hay varios confesionarios, y pasados estos se ve otra estatua de tamaño real, en este caso la de un santo anónimo que descansa durmiente en un ataúd abierto.

De pronto me estremezco al sentir una ráfaga de aire que me da en la cara, temiendo que se trate de un murciélago, pero descubro que proviene de un ventilador montado en la pared que en su rotación se ha girado hacia mí. Observo las sombras de los rincones, las telarañas que cuelgan por encima del ventilador, y me pregunto si no será una inmadurez por mi parte andar imaginando demonios y fantasmas en un lugar sagrado.

La monja se vuelve hacia nosotros con las manos todavía entrelazadas, los dedos trabados con fuerza y medio escondidos bajo el hábito negro. Lola está haciendo un gesto que es típico de ella: meter la punta de la lengua en los incisivos inferiores. Es una señal. Huele alta traición. Voy a tener que poner fin a esto rápidamente.

—Y bien, ¿está aquí Velada? —pregunto con una sonrisa.

La monja me devuelve otra sonrisa.

Vuelvo a preguntárselo. Lola, sin sacarse la lengua de los dientes, comienza a acorralarla.

La monja emite una risita y se mira los zapatos.

—Hermana, perdone, pero ¿qué es lo que le hace tanta gracia? —le pregunto.

—Oh, cielos, su amiga me recuerda a una chica fugada de casa, muy agresiva, a la que socorrimos hace muchos años.

—Muy agresiva —repite Lola en tono de sorna.

La monja se vuelve hacia ella entornando sus ojos de párpados caídos y marcados por la edad.

Lola guarda silencio y observa sin disimulo a la monja, y luego mira la estatua del santo que descansa dentro del ataúd, como si le estuvieran entrando ganas de meterla allí a ella.

—¿Qué pasa con Velada? —dice al tiempo que se planta a un costado de la religiosa.

—Velada lleva todo el día sin venir por aquí —responde la monja.

Nos dijeron que, contra viento y marea, Velada iba a estar en este lugar todos los días de esta semana, entre las nueve y las cinco, sin falta, específicamente porque, según ella, íbamos a necesitar de su ayuda para salvar a Lisa a tiempo.

—Hermana, ¿sabe usted dónde podemos encontrarla? —le pregunto manteniendo la sonrisa a duras penas. Lola se inclina hacia ella y le olfatea el cuello. La monja se aparta.

—Discúlpeme —le dice a Lola.

—Lleva usted un perfume que se llama Crabs in Trees. Lo usa una amiga mía —dice Lola.

«¿Una amiga? Además, se llama Crabtree & Evelyn».

—A mí, personalmente, no me gusta demasiado. Huele demasiado a talco y a rancio para mi gusto —sigue diciendo Lola—. Como si te hubieras metido en la vagina un paño impregnado de polvos de talco y de merengue y llevaras dos días con él dentro.

«Ay, Dios».

La religiosa da un paso atrás con el ceño fruncido y arruga la nariz con el mismo gesto que hace Lola al olfatear. Cierro los ojos y hundo los hombros.

Lola se interpone entre la monja y yo, para mirarla cara a cara.

—Es curioso, porque nunca he conocido a una monja que use ese perfume. ¿Cuándo tomó usted los votos, hermana?

—Al cumplir la mayoría de edad —se apresura a responder la monja—. He sido religiosa toda mi vida. Pero eso no es asunto suyo. Es usted una persona maleducada y sin ninguna delicadeza. No tengo por qué aguantar esto.

—¿Dónde está Velada? —dice Lola.

Yo voy yendo hacia un costado, atento a la fila de sillas plegables que tengo más cerca.

La monja endereza la espalda y separa las manos. Y en ese momento es cuando veo lo que tenía tan nerviosa a Lola. Por debajo del dobladillo de la

amplia manga, que se le levanta cuando hace el gesto de soltar las manos, lleva un tatuaje en la muñeca que representa tres letras A superpuestas en el interior de un círculo. La manga vuelve a caer rápidamente donde estaba, pero yo ya me he percatado del tatuaje. La monja tira de la manga para colocársela sin darse cuenta de que yo lo he visto. Le hago un gesto con la cabeza a Lola, y ella me responde con otro.

Al instante comprendo quién debe de ser esta mujer, o más bien de qué ha formado parte. Me viene a la memoria un catálogo de tatuajes que Lola y yo hemos tenido que referenciar en varias ocasiones a lo largo de todos los años que llevamos investigando los secuestros destinados al tráfico de seres humanos. En la cárcel de mujeres de Eastern Tennessee, las tres letras A dentro de un círculo eran la marca distintiva de un grupo de gente que se dedicaba al tráfico de seres humanos dentro de dicha prisión. Todos los viernes por la mañana, durante el desayuno, las reclusas proxenetas subastaban a las internas nuevas para que las internas antiguas hicieran uso de ellas durante el fin de semana. Llevar tatuada aquella marca distintiva significaba que era uno de los jefes.

Esta mujer fue, y sospecho que sigue siendo, uno de los jefes del tráfico de seres humanos. Lo más probable es que represente la pantomima de la monja los días que viene a esta iglesia disfrazada de ese modo a reclutar a chicas fugitivas y sin hogar. Un plan de lo más singular, pero en lo relativo a estratagemas para atraer a las personas fugitivas y marginadas a la trata de seres humanos he visto casi de todo, de modo que no pienso tratar a esta tipa como si fuera un osito de peluche.

—«Anna Adora el Amor», la triple A, la tríada, el distintivo de la banda de la que usted formaba parte en prisión —le digo—. Usted era uno de los jefes.

Le sonrío a Lola, y ella me sonrío a mí.

Acorralamos a la monja, la cual sonrío de oreja a oreja como diciendo: «Vale, me habéis pillado, ¿y qué?». Estas personas saben manipular los archivos y meterse en iglesias que cuentan con presupuestos muy ajustados. Falseamientos de identidad como estos ocurren en todas partes; dicen que acaban de mudarse, lo que sea con tal de superar un escrutinio inicial. Y una vez que están dentro, están dentro.

—Velada no se encuentra aquí —repito, esta vez en tono gélido.

Lola invade el espacio personal de la falsa monja, y yo sé lo que se propone hacer. Se propone empujarla hacia el exterior de la capilla, obligarla a salir por una puerta lateral a la que no deja de lanzar miradas, y hacerla

hablar. Pero justo en el momento en que Lola levanta los brazos para aferrar a su presa, y yo no muevo un dedo para impedirselo, entra un sacerdote y grita:

—¡Qué está ocurriendo aquí!

—Padre, estas personas me están acosando. Por favor, dígales que se marchen —exclama la monja, encorvando de nuevo los hombros y poniendo voz de débil anciana.

Sospecho que ese sacerdote no está en el ajo y que es efectivamente un sacerdote. Pero como no podemos poner fin a esta farsa y descubrir el farol de la monja, damos un paso atrás.

—No hay ningún problema, padre. Es que nos está costando un poco asimilar una mala noticia que nos ha dado aquí la hermana. ¿A que sí, hermana? —dice Lola.

La falsa monja asiente. No le queda otra que asentir. No le conviene que se descubra su falsa identidad.

—Nos vamos ya. Perdón por las molestias —me disculpo. Imagino que Lola cubrirá la parte delantera de la iglesia, yo cubriré la trasera, y esperaremos a que salga la monja.

Atravesamos la cafetería y vamos dejando atrás todas esas mesas en las que la gente sin techo está rellenando impresos o jugando a las cartas. Salimos por la puerta lateral del sótano, y ya estamos a punto de empezar a subir los escalones de piedra para salir a la acera y a la calle cuando, tanto Lola como yo, girando simultáneamente la cabeza hacia la derecha, nos fijamos en el extraño canal que discurre por debajo de la iglesia de granito y paralelo a la acera. Dicho canal, cloaca o lo que sea, no es simplemente un desagüe, sino también un pasaje por el que se puede andar, lo bastante profundo como para caminar sin necesidad de agacharse. Continúa a lo largo de varias manzanas pasando por debajo de casas y edificios y desemboca en descampados al aire libre en los que hay postes de la luz.

Aproximadamente a unos doce metros de donde estamos nosotros, dentro del canal, vemos a un individuo que está hablando en susurros con nuestra monja en la puerta del mamparo del sótano. Es un tipo flaco y con pinta de espantapájaros, vestido con una camisa de franela a cuadros rojos y negros y unos vaqueros sucios que le quedan unas tres tallas grandes. Cuando se percata de que lo hemos visto, da media vuelta y echa a correr por el canal. Lola y yo nos lanzamos en pos de él, yo por el interior del canal y ella por la acera que discurre paralela. Hacía mucho que Lola y yo no dábamos caza a alguien en tándem.

Voy camino de los sesenta, pero estoy en forma, de modo que esta persecución no va a hacerme sudar demasiado. El tipo ese esquelético no tardará en quedarse sin resuello. Pero hemos de rezar para que no se nos escape por algún atajo o alguna salida sin que nosotros lo veamos. De momento lo tengo en una línea visual sin obstáculos, veo cómo se va subiendo los vaqueros mientras corre. Lola lo sigue por la acera, a nuestra izquierda. Cuando llego a la altura de nuestra monja, situada en la puerta del mamparo, imagino que abrirá la puerta para bloquear el canal y cerrarme el paso a mí, así que impido el vaivén de la puerta con ambas manos, empujo a la monja al interior de la capilla y sigo corriendo.

Me encuentro en una hondonada que pasa junto al sótano de varias viviendas y atraviesa zonas con montículos de tierra en las que no hay nada construido. Y justo cuando empiezo a emocionarme al ver que estoy acortando la distancia con mi presa, esta dobla a la izquierda, hacia la acera, y a continuación oigo nítidamente un porrazo.

No necesito ver que Lola acaba de cazar a nuestro ratón para saber que Lola acaba de cazar a nuestro ratón. El tipo ha girado a la izquierda, hacia la acera; no le quedaba más remedio, ya que el canal se termina y girar a la derecha es imposible porque hay una casa. Lola debía de estar allí, con los brazos extendidos, esperando para agarrarlo por el cuello, porque así es como los he encontrado a los dos.

—¿Dónde está Velada? —le está chillando.

El otro gorgotea y escupe, quedándose sin aire, quedándose sin respiración.

—Lola, suéltalo —le digo.

Lo tiene levantado del suelo y agarrado por el cuello. Finalmente lo suelta, y su descarnado culo se estrella contra el suelo.

Ambos nos inclinamos sobre él, quienquiera que sea.

—¿Dónde está Velada? —le grito.

Él se cubre la cabeza con unos brazos escuálidos, para protegerse.

—Vale, vale. Oye, tío, yo soy solamente un conductor. No sé nada. No conozco a ninguna Velada.

Lola se agacha y le mete la pistola entre las costillas. Acto seguido, con calma, se sienta a horcajadas sobre él forzando las costuras de su pantalón gris, como si pretendiera torturarlo. En un tono tranquilo y teniéndolo así aprisionado contra el suelo, sin apartarle la pistola de las costillas, le dice:

—Voy a reventarte de un tiro esos pulmones negros que tienes, aquí y ahora —canturrea con un soniquete—. La verdad es que me da igual. Si no

nos dices qué es lo que te traes entre manos con esa falsa monjita, y dónde está Velada, ahora mismo, ya puedes despedirte, mister Gangy.

No tengo ni idea de lo que significa «mister Gangy», pero seguro que es un término despectivo.

—Vale, vale —dice, y Lola aprieta otro poco más—. De todas formas ya estoy jodido. La monja se va a enterar de que he hablado con ustedes. Oigan, yo solo soy un conductor, ¿vale? Creía que hoy me tendrían preparado un cargamento, pero no lo tienen. No sé quién es Velada. Solo soy un conductor. A mí no me cuentan nada. Ni siquiera tenía previsto venir hoy, pero es que necesitaba dinero.

—¿Un conductor para qué? —le pregunto yo.

Él saca el mentón y abre mucho los ojos, como queriendo decir que somos idiotas por preguntarle qué es lo que transporta.

—Chicas —contesta, y prácticamente añade: «tonto»—. Transporto chicas en uno de los camiones de gallinas. Me pagan por cabeza. El camión principal lo llevan otros tíos. Es que yo soy nuevo. ¡No soy más que un conductor, tío!

Lola, todavía sentada encima de «mister Gangy», se vuelve hacia mí, frunce los labios, sacude la cabeza en un gesto negativo y, por último, abre y cierra los ojos con lentitud. Me siento transportado a la época en que estábamos buscando a Dorothy M. Salucci, a la que habían secuestrado estando embarazada, y nos topamos con un testigo fundamental, un granjero que criaba gallinas, así que no me sorprende en absoluto cuando Lola da un paso más, igual que el que he dado yo, y dice:

—Camiones de gallinas. Siempre hay por medio un puto hombre de las gallinas, Liu. Putos tíos que tienen que ver con gallinas.

—¿Y adónde llevas a las chicas?

—A uno de los lugares de espera. Depende del día.

—¿Cuál era el lugar de espera de hoy?

—Ni idea, tía.

—No vuelvas a llamarme tía, mister Gangy.

Mister Gangy se vuelve hacia mí, pero yo no le ofrezco ningún gesto de compasión. No siento hacia él nada más que desprecio.

—¿No tienes ni idea de dónde se encuentra el lugar de detención de hoy? ¿Cómo es posible?

—Ya le digo que va cambiando todo el tiempo. Retienen allí a las chicas y más tarde las trasladan a algún otro sitio. No lo sé.

Lola, todavía sentada encima de él, le grita a la cara:

—¿Adónde? ¿Adónde las trasladan?

—Mire, señora, lo único que sé es que nosotros las llevamos a un lugar donde las retienen provisionalmente y que luego alguien se las lleva a un lugar de Viebury para prepararlas.

—¿Una mansión de piedra, grande?

—Sí.

Lola me hace un gesto afirmativo. Yo le respondo con otro. Conocemos la mansión de piedra de Viebury; allí es donde se supone que va a tener lugar el evento de la Pecera de las Langostas dentro de dos días. Una vez más, esta última pista nos la ha facilitado Velada; se la dio a Lisa el mes pasado, y es un detalle que Lisa insiste en que debe «verificarse de forma independiente», aunque se niega a decir por qué. El hecho de que Lisa sea retenida durante un cierto período de tiempo en lugares de espera desconocidos tampoco es nuevo, y constituye una de las razones por las que tenemos que localizar a Velada para encontrar a Lisa antes de lo de la Pecera, y también para que yo pueda abortar todo este plan.

—¿Para prepararlas? ¿Se puede saber de qué estás hablando, mister Gangy? —dice Lola.

—No lo sé. Me parece... Me parece que las ponen guapas, ya sabe, cosas de tías.

—No sé qué significa «cosas de tías», imbécil.

Mister Gangy me señala a mí para explicarse, indicando que yo, el macho, debo de saber lo que significa «cosas de tías». Busca en mi expresión algo que lo ayude a hacer que esta mujer que tiene sentada encima le entienda.

—¿Te refieres a peinarlas y hacerles la manicura, esa clase de cosas? —pregunto.

—Sí, creo que sí. Cosas de tías. ¡Oiga, yo solo soy el conductor!

—Es igual —contesta Lola, y después desvía la cara hacia mí, como si se sintiera profundamente asqueada por toda esta conversación. Luego se vuelve otra vez hacia su presa y le dice—: Enséñanos ese camión de gallinas. Y después vas a llevarnos a todos esos lugares de espera. —Se levanta para dejar libre al conductor y le dice—: Arriba, papanatas.

De improviso, andando por esta callejuela, con Lola empujando a mister Gangy para que nos lleve hasta su camión de gallinas, me asalta un dolor de cabeza tan fuerte que el sol me ciega literalmente. Cierro los ojos, pestaño, me apoyo contra una casa para hacer una pausa de dos segundos, preocupado de estar sufriendo un ictus, y respiro hondo. Una vez que la cosa se ha calmado y he conseguido que mis pies vuelvan a moverse, pruebo a abrir de

nuevo los ojos y veo el rótulo que lleva el camión en un costado: GALLINAS DE RED, HUEVOS DE GALLINAS DE GRANJA, SALISBURY, MASSACHUSETTS. La cabina lleva empotrados unos habitáculos que se diría que son jaulas o compartimentos de forma rectangular para alojar a las gallinas, pero al inspeccionarlos más de cerca vemos que en realidad son ataúdes estrechos, confinados, para transportar cuerpos humanos, o más bien chicas vivas en tránsito. En un extremo tienen una ventanita con malla metálica para que entre aire. El conductor dice que el otro camión de gallinas es igual.

«De todas las contingencias desagradables que menos cabía esperar, precisamente tenemos que encontrarnos con la salvajada que supone este artilugio en forma de jaulas extrañas. Y encima de color rojo, como haciendo burla a las autoridades».

18
Lisa Yyland

El granero

Parpadeo para enfocar la vista, porque la luz todavía me hiere los ojos después de haber pasado tanto tiempo a oscuras dentro de ese maldito camión rojo. Pero me parece distinguir, a través de una grieta de los portones enrollables de este granero, donde está dando de lleno el sol, la figura de un hombre que lleva un gorro de lana en la cabeza. Está observando cómo me atan las manos a la espalda los dos matones de Eva. Todavía estoy sentada en el suelo del granero. Con el asesino de Barbara en el calabozo, más estos dos compinches que me están maniatando, ya son tres putos guardias tontos de nacimiento. De modo que, a no ser que Velada me mintiera en nuestro encuentro de hace un mes, ya he conocido al grupo completo de jefes que operan en Estados Unidos, salvo otra mujer, de la cual únicamente sé que es muy bajita y mucho más vieja.

No sé muy bien si ese individuo del gorro de lana que espía desde fuera no será una alucinación. Quizá sea simplemente otra percepción falsa, otra mariposa negra. Sin embargo, tengo la impresión de que no debo comunicar su presencia. Miro a Eva y pestaño.

—Putá, necesito agua —le digo.

Sus dos tarados me están atando las manos a la espalda con una cuerda delgada y resistente, le dan múltiples vueltas en torno a las muñecas dibujando ochos y apretando bien. De ese modo resulta imposible soltarse sin usar una herramienta o sin recabar la ayuda de alguien. Finalmente se incorporan y me miran, ambos con la boca abierta y expulsando el aire en fuertes jadeos. Me gustaría rotar sobre mi trasero y hacer un rápido movimiento de barrido con las piernas estiradas, en círculo, igual que una guadaña segando hierba, para golpearles los tobillos, desequilibrarlos y,

cuando cayeran al suelo, empujarlos de cabeza por el agujero que hay en este granero, el que tenemos al lado, y escuchar cómo se estrellaban sus huesos y se les partía el cuello. Crac. Así sonó la cabeza de Melanie al caer desde la ventana, solo que esta vez el estribillo pegadizo que no puedo quitarme de la cabeza pasaría a ser ese crujido de justo castigo, y no la triste música fúnebre del suicidio.

«Malditos cerdos».

He activado el sentimiento de odio y lo he aumentado de intensidad hasta convertirlo en furia.

—Ah, ¿así que necesitas agua, Lisa? ¿Te apetece que te prepare un baño caliente? ¿O que te traiga tu chocolatina favorita? —me dice Eva con una sorna que me pone enferma.

—Solo agua, puta.

Se me queda mirando un momento, ahí de pie, con su asquerosa faldita rosa. Lleva las piernas al aire. Qué animal. Dentro de este granero de techo alto y espacio para varios vehículos, con herramientas colgadas en las paredes, huele a una mezcla de hierba y aceite de coche, lo mismo que en una feria del campo.

Eva meneá la cabeza en un gesto negativo al tiempo que arruga la nariz como si yo emitiera un olor tóxico.

—Debería haberte matado a ti —me dice— cuando le disparé a tu madre.

«¿Que esta puta disparó a mi madre?».

Siento un hormigueo en la cabeza.

«¿Que esta puta disparó a mi madre?».

Mis ojos parpadean a toda velocidad, no puedo detenerlos.

«¿Que esta puta disparó a mi madre?».

Siento una sacudida en todo el cuerpo, y no puedo dejar de parpadear.

«Fue el puñetero mango de la raqueta de tenis. Esta puta disparó a mi madre».

En medio de mi furia, a medida que en mi cara se va reflejando una expresión de intensa rabia, veo que Eva ladea la cabeza imitando lo mismo que estoy haciendo yo, como si se burlase de mí y me estuviera leyendo el pensamiento. Sonríe igual que sonreía cuando me sujetó contra aquel roble del parque.

«Esta puta disparó a mi madre».

Estoy mirando lo que hace Eva, aunque siento los ojos como si los tuviera inyectados en sangre. Está diciendo algo a los retrasados mentales que tengo a mi lado:

—No os quedéis ahí con la boca abierta, idiotas. Tenemos que recoger todo esto antes de que vuelva Eminencia del partido de golf. No puede enterarse de que la madre de esta fue a ver a Rasper. Tenemos que contener esto.

La furia ha pasado a ser furia homicida, y no puedo desactivarla. Parpadeo sin cesar, y todo mi cuerpo se sacude y se agita. Tengo la sensación de que los brazos me arden literalmente, que intentan quemar esos nudos imposibles. En mi imaginación estoy haciendo movimientos violentos, golpeo la puta cabeza de Eva contra el suelo de hormigón de este granero, el trajecito rosa se le mancha de sangre, y sigo golpeando y golpeando, le destrozo la cara contra el hormigón. Me cuesta trabajo pensar de manera precisa, entre la rabia, la vista que se va acostumbrando, la deshidratación, la súbita claridad junto a los portones enrollables y las visiones en las que me recreo en machacar sin piedad el cráneo de esta puta, pero me parece que acaba de decir:

—Vamos a tener que dejar para más tarde lo de buscar el coche en el que guardó el teléfono y las anotaciones. Coged el GTO. Tapad mi Prius. Tú —dice señalando a uno de los matones— me ayudarás a llevarla a la oficina que tenía su madre en Manchester. Buscaremos todas las anotaciones que haya duplicadas, incluso prenderemos fuego a todo el puto edificio si es necesario. Eminencia no volverá hasta pasadas las doce de la noche, de modo que tenemos tiempo. A no ser que esta puta esté mintiendo.

Me parece que ahora me está mirando a mí, y me visualizo a mí misma sacándole los ojos con las llaves del Prius.

—Putas, ¿estás mintiendo respecto de lo de Manchester? —me pregunta.

Me doy cuenta de que el homicidio violento totalmente justificable que se me está pasando por la mente está haciendo que me frote las manos atadas de una forma frenética, e inútil, llevada por el afán de liberarme de estos nudos. Además, ahora estoy de pie, aunque no recuerdo haberme incorporado. Lo que sucede dentro de mi cabeza pertenece a una dimensión mental distinta, desconectada, es algo que yo estoy permitiendo que tenga lugar aunque mi metacognición me suplica que permanezca en un solo plano de la realidad. La miro fijamente mientras habla; mis ojos ya destilan pura lava, y continúo imaginando que le saco los suyos con las llaves de su coche y después escupo en las cuencas vacías. Debo de estar chillando, escupiendo y soltando toda clase de maldiciones por la boca.

—¡Cállate de una puta vez! Déjala fuera de combate —grita Eva.

Si pudiera verme las manos atadas a la espalda, creo que las vería manchadas de sangre. Noto un movimiento que viene hacia mí, puede que sea

uno de los retrasados mentales, que está cogiendo un tubo de plomo que hay en un rincón. Si tuviera los brazos libres, ese tubo sería mío y se lo incrustaría a Eva en su atrofiado cerebro. Únicamente veo una espiral de rojos y rosas rodeada por un torbellino de color negro. Imagino que suelto el tubo, que el metal choca contra el hormigón y levanta un estrepitoso eco que resuena por todo el granero conforme va rebotando y dando vueltas y vueltas, hasta que por fin deja de dar botes y rueda unos metros. Después la agarro por la peluca y tiro con fuerza como si quisiera arrancarle el cuero cabelludo. Pero mis brazos continúan atados a mi espalda y ella continúa con la peluca puesta.

Se dirige hacia una puerta montada en la estructura anexa a este granero acompañada de uno de sus matones. Me parece que va diciendo cosas como: «Examina el Nivel Superior», «Se encuentran bien, están colocadas», «Aquí en Viebury hay ocho, ocho chicas», «Todo va a salir bien», «Esto tiene que seguir adelante», «Demasiado dinero que perder».

«Tiene que seguir adelante. Demasiado dinero que perder».

«Estamos en Viebury Grove».

El tarado cuyo movimiento capturó un tubo es el que está más cerca de mí. Flexiono las piernas.

Eva hace un alto al llegar a la puerta, se gira hacia mí, me mira de arriba abajo y permanece así durante unos minutos que se me antojan una hora, pero en esta dimensión tan distorsionada en la que me encuentro el tiempo no es medible. Mis sentidos se han vuelto locos.

—Tú no tienes categoría para el Nivel Superior —me dice al fin—. Si sobrevives a la pecera, serás Carne de Sótano. —En mi mente reverbera un estruendo que me recorre todo el cráneo cuando la oigo añadir—: Ahora ya no eres tan dura, ¿eh, Dentista?

Y seguidamente todo se vuelve negro.

Me parece que me desmorono en el suelo. Me parece que el gilipollas del tubo desaparece. Me parece que en mi cabeza todavía estoy asesinando a Eva, que mis ojos son dos charcos de color rojo, que su cráneo va aplastándose poco a poco. Le arranco el cuero cabelludo, pero no siento que tenga nada en las manos. Veo todo negro, nada más que negro. Y después nada, quizá una nada que dura una eternidad. Es posible que un gato de ojos amarillos me esté lamiendo la nariz, que se me hayan introducido pájaros por mis canales auditivos y por mis fosas nasales y hayan anidado en mi cerebro, y que ahora estén emitiendo una ruidosa sinfonía de gorjeos en un ruidoso bosque tropical. Es posible que me esté moviendo, no sé cómo, volando o flotando. Es posible que me haya muerto y que mi energía se esté dispersando y se esté

transformando en luz. Estoy en medio de un bosque tropical lleno de pájaros. Fuera de mí hay luz, pero dentro todo es negro. Negro es todo lo que veo.

Exagente especial Roger Liu

Un lugar de espera

—¿Se puede saber qué demonios significa eso de «mister Gangy»? —le pregunto a Lola mientras nos dirigimos en coche hacia uno de los lugares de espera de Gangy. Gangy va en el asiento de atrás de nuestra furgoneta alquilada, sentado al lado de Lola.

Lola finge que no me oye.

—Vale, ¿de modo que te lo has inventado? ¿Es un nombre escogido al azar? —le digo mirándola por el espejo retrovisor.

Lola inclina la cabeza hacia un lado y hace una mueca blanda.

—No es más que un nombre, Liu, no te preocupes por eso —me responde para desechar toda referencia a este tema—. Por favor.

—Está bien. —Me doy cuenta de que lo de ese nombre, mister Gangy, es un tema serio. Imagino que tendrá algo que ver con el pasado de Lola, quizá ese pasado del que nunca habla. Claro que tampoco habla nunca de su presente.

Nuestro mister Gangy de hecho tiene nombre propio, un nombre del que hemos tomado nota además, pero no vamos a llamarlo por su nombre real: Rod Razen. Es un nombre de *stripper*, si es que a uno le gustan los esqueletos desgarbados con la dentadura destrozada por la metanfetamina y la deficiencia de vitamina C.

Mister Gangy lleva puestas las esposas de Lola, las cuales esta le ajustó a las muñecas. Después le leyó con cierta desgana una versión descafeinada de sus derechos, basándose en la autoridad que le confiere su actual empleo.

Ya llevamos con mister Gangy aproximadamente una hora y media. El primer lugar de espera fue una casa de Lynn. La registramos de arriba abajo, no hallamos nada y decidimos continuar viaje. Ahora nos dirigimos al

segundo lugar de espera en busca de Lisa, de Velada, del tufo del tubo de escape de otro camión de gallinas. Lola insiste en que estamos haciendo lo necesario para cerciorarnos de que Velada está en posición; en cambio, yo estoy empeñado en abortar todo esto.

—Eh, eh, aquí gire a la derecha —dice mister Gangy, y efectivamente, veo el letrero del Saleo Country Club, que está a las afueras de East Hanson. Ahora me preocupa que la jefe de policía Castile vea de nuevo nuestro coche en los alrededores de su zona y de inmediato dé la orden de detenernos, porque se supone que yo era Dakeel Rentower, de Lowell, conductor de Uber, y hace ya tiempo que dejé a mi pasajera Martha Tannhouse.

Gangy dijo que uno de los lugares de espera era un «club de *punkies* para zorras, de esas que van vestidas de blanco de arriba abajo y dan golpes a una pelotita», pero no se acordaba del nombre, porque me estoy dando cuenta de que es un completo imbécil y de que además está temblando, a causa del mono de la metanfetamina, de modo que tiene las facultades mentales lo que se dice hechas polvo. Para llegar hasta aquí hemos venido por carreteras secundarias, siguiendo las instrucciones que nos ha ido dando, a veces no muy seguras, lo cual nos ha hecho tomar varias salidas erróneas y nos ha obligado a dar la vuelta en varias ocasiones. Solo ahora me percató de que volvemos a estar en la población vecina de la que partimos esta mañana.

Doy un volantazo a la izquierda. Enfilamos un camino de entrada para vehículos de un único carril bordeado por altos arcos a ambos lados. Entre los de la izquierda se ven pistas de tenis de tierra en las que hay dos parejas de jugadores vestidos totalmente de blanco. Más allá de las pistas se extiende un campo de golf que ocupa muchas hectáreas de césped verde y ondulante. Hay dos trabajadores de mantenimiento que van de un lado para otro recogiendo las hojas secas con un aspirador que llevan a la espalda.

Allá al frente se divisa una palaciega mansión de ladrillo provista de un camino para coches construido con piedra y de forma circular. Dos gigantescas macetas de crisantemos rojos flanquean una puerta de doble hoja que con la luz del crepúsculo da la impresión de estar hecha de cristal tallado, porque reluce con un brillo fracturado en prismas que forman un centenar de arcoíris y un millar de diamantes. Cuento no menos de tres Rolls-Royce y diversas variedades de todoterrenos SUV de color negro. Hay dos chóferes trajeados de negro y entrados en años leyendo el periódico cada uno en su coche, esperando el cargamento humano. Nuestra furgoneta azul de alquiler es una cicatriz en medio de esta escena de opulencia. Ya es última hora de la

tarde, de modo que el sol está cayendo; sin embargo, aún se ve gente jugando al golf.

Aparco el coche entre un SUV GMC encerado y un SUV YUKON reluciente, mismo coche pero diferente nombre. Me apeo y abro la portezuela de Gangy mientras Lola le quita las esposas.

—Escucha, gilipollas, vas a llevarnos a donde tengas que ir y vas a mantener la boca cerrada. Sigue la corriente. Puede que de ese modo te concedan una atenuante.

—Vale. Normalmente entro directamente en el club y voy al bar. El camarero me entrega un sobre, y después me hacen ir con el camión por detrás del edificio hasta la entrada de servicio del sótano. A veces les traigo coca. Nada más. Pero... pero...

—¡Pero nada!

—Ya, pero... es que nunca he estado de día ni de noche. Me hacen venir antes de que amanezca, a horas tempranas, para que no me vea nadie. Los miembros del club y eso.

—Pues hoy te van a ver. Llévanos a donde sueles ir —le ordeno.

—De modo que «a horas tempranas» —se mofa Lola en voz baja. Pero luego continúa elevando un poco el tono—: Horas tempranas, no te jode. —Le propina una colleja a mister Gangy en la nuca—. ¿Horas tempranas? Cierra el pico, mister Gangy, no eres un puto finolis.

Vamos hacia la puerta de cristal, yo sujetando con fuerza el brazo de Gangy.

Ninguno de nosotros va vestido todo de blanco como todos los miembros del club que ahora veo al rebasar la puerta. Y ninguno de nosotros va vestido todo de negro como los dos chóferes, que seguro que tienen nombre de chófer. Lola con su traje gris, yo con mi traje gris, mister Gangy con su vaquero sucio y su camisa de cuadros rojos. Entramos por la puerta. Se giran varias cabezas.

Un hombre vestido con un jersey de cachemir blanco y pantalón de golf también blanco viene a nuestro encuentro.

—Soy el juez Frackson, encantado de conocerlos. ¿Y ustedes son...? —dice el juez Frackson con una sonrisa falsa y un acento de lo más esnob.

—Da igual quiénes seamos —le responde Lola.

El juez la mira con una media sonrisa y luego con una sonrisa entera; se hace obvio que está pensando mejor cómo actuar. Prueba a seguirle la corriente lanzando una sonora carcajada, como si Lola lo hubiera dicho en

broma; está forzando la broma para nosotros y para los miembros que pululan alrededor.

—¿Qué puedo hacer por ustedes? ¿A quién han venido a ver? —dice como si fuera un mayordomo, aunque está claro que es uno de los Grandes Maestres. Por su sutil lenguaje corporal, el leve respingo que ha dado cuando Lola le ha parado los pies, la manera en que le vibra la mejilla a causa de la tensión en la mandíbula, se nota que está nervioso. A su espalda veo que varios miembros del club susurran entre sí, y le leo los labios a uno que está diciendo: «Por lo visto han pillado a nuestro proveedor de coca».

—¿Hay aquí una mujer que pueda tener relación comercial con este tratante de coca? —pregunto.

Varios miembros bajan la vista hacia sus copas y se apartan, muchos se dispersan. No desean tener nada que ver con esto.

—¿Una mujer? ¿De la plantilla de empleados? —dice el juez Frackson confirmando que las mujeres no pueden ser miembros del club. Mantiene el típico ritmo de una conversación ociosa que uno tiene en el vestíbulo, todo para que lo oigan los miembros que tiene detrás, al tiempo que la expresión de su rostro va reflejando cada vez más agresividad: el brillo de las pupilas, la vibración de las aletas de la nariz. Tiene un cutis bronceado en un perfecto tono caramelo, liso y flexible, como si usara las cremas de su mujer. Me doy cuenta de que rehúsa mirar a Lola o a mister Gangy, y también me doy cuenta de que le está costando trabajo mantener el contacto visual conmigo.

Rápidamente recorro con la mirada a los miembros presentes, de los cuales solo unos pocos siguen estando a la vista, y veo únicamente varones. Y ninguno negro ni de ascendencia asiática ni de ninguna otra. Al otro lado de una puerta lateral vislumbro una piscina, y reclinada en una tumbona a una mujer, solo una, leyendo una revista a la sombra de una pámela y cubierta con una manta para protegerse de la temperatura otoñal. Debe de ser la esposa de algún miembro. A Lola jamás le permitirían ser miembro. Y supongo que a mí, con mi mezcla de razas de Vietnam y de Rochester, Nueva York, también me rechazarían. En una pared al lado nuestro hay unas dos docenas de fotos de cara de miembros antiguos y actuales, todos varones. Y como están ordenados alfabéticamente, según indica la placa de bronce grabada con un nombre que hay debajo de cada foto, enseguida encuentro la que corresponde al honorable juez Malcolm Rasper.

—¿Qué hay que hacer para ser socio de este puticlub... digo, club? —pregunta Lola al tiempo que olfatea el aire, y sin esperar a que el juez le responda.

Frackson hace caso omiso de ella girando oblicuamente la cabeza y clavando los ojos en mí. A continuación me mira de arriba abajo como si fuera basura.

—Tal vez lo que buscan ustedes es el Sussex Country Club. Está un poco más adelante, en esta misma calle. —Pronuncia la palabra «Sussex» como si fuera un lugar de maleantes para maleantes como yo—. En ocasiones nos confunden con el Sussex. Sin embargo, el nuestro es otro club. —Y para que lo oigan los dos miembros visibles que han tenido la valentía de acercarse un poco más, agrega en voz alta—: El nuestro es muy diferente del Sussex, ¿a que sí, muchachos? —Sus aduladores se acercan otro poquito más dando delicados pasos hacia un lado y soltando risitas ante esta falta de respeto hacia otro club—. Deben de estar buscando el Sussex —finaliza Frackson con una sonrisa fría y siniestra.

—No —corto yo evocando la desafección que siempre muestra Lisa Yyland, mi joven jefe.

Lola está ya detrás de Frackson, olfateando el aire sin el menor disimulo.

—Me parece que van a tener que irse. No sé muy bien a quién o qué están buscando, pero tienen que irse ya —dice Frackson, dirigiéndose a mí y susurrando para que los dos miembros que escuchan no se percaten de su ansiedad.

Me doy cuenta de que no todo el mundo está al tanto de lo que sucede aquí.

Lola continúa olisqueando y ahora va hacia una escalera que baja. La puerta de acceso a la misma está entreabierta, lo cual imagino que habrá sido un error, dado el gesto de fastidio que hace Frackson al verla. Lola actúa tan rápido que al juez no le da tiempo a detenerla. Empieza a bajar por la escalera, desenfunda su pistola y la levanta con ambas manos.

—Crabs in Trees —murmura, en alusión al efluvio de dicho perfume que ha detectado en el aire y que ahora, tras esa pista, también percibo yo.

Empujo a mister Gangy hacia la escalera, lo obligo a bajar, y al pasar junto al juez Frackson le susurro:

—Sepa usted o no lo que sucede en el sótano, confío en que no llamará a la policía, ¿verdad? —Vuelvo la vista hacia los otros dos miembros—. Usted y sus amigos asegúrense de no bajar aquí, de lo contrario los detendré a todos por traficar con coca, ¿entendido?

Los miembros levantan las manos y dan un paso atrás.

—Lo que usted diga, agente. Nosotros no tenemos nada que ver con eso. Yo estoy en contra de las drogas —dice uno de ellos.

—Y usted también —le digo a Frackson.

El juez levanta el mentón y afirma, lo cual me indica que está al tanto de lo que sucede en el sótano. No quiere que venga por aquí la policía, porque no iba a poder engañar a los miembros que no saben nada y tampoco podría dictar él qué policías deberían venir. Para él, el hecho de que yo haya sugerido que no quiero llamar a la policía supone una agradecida prórroga de lo que él cree que será un plazo de tiempo para que reúna a sus tropas, lo cual le va a llevar un rato.

Observo que este club aletargado, acaudalado y demencial se ha vuelto indolente: no hay guardaespaldas trabajando en este tranquilo día de otoño. Los chóferes trajeados que hay fuera son solo eso: chóferes. Al venir hacia aquí me he fijado en que no había francotiradores ni matones escondidos en los rincones. Y también se los nota muy satisfechos consigo mismos: nadie se atrevería a entrar en el privilegiado territorio del club Saleo sin la previa invitación que supuestamente tienen todos.

Habrà que llamar a la policía. Tenemos tiempo, pero no mucho. Seguimos el rastro de Crabs in Trees, o, mejor dicho, Crabtree & Evelyn.

Lola y su olfato.

La escalera baja describiendo un arco y es de yeso pintado con un acabado que imita el estuco agrietado y tintado de una villa italiana. Descendemos en formación, yo con el obstáculo añadido que supone llevar a Gangy en el centro. También llevo el arma desenfundada, preparada y en posición.

Al llegar al final, Lola vuelve a olfatear el aire y todos giramos a la izquierda, recorremos varios pasillos oscuros y desembocamos en una estancia inferior en la que no hay luces. A donde Lola nos conduce es a una puerta metálica pintada de gris y ligeramente abierta. Aparece un largo corredor en penumbra, al final del cual hay un letrero de neón con forma de unos labios de color morado que emite un suave zumbido. A ambos lados del pasillo hay puertas, una detrás de otra, igual que en un hotel de mala muerte. Lola va siguiendo el rastro del perfume, y yo por el camino abro unas cuantas puertas. Todas las habitaciones están amuebladas con idéntica parquedad: una cama y espejos en la pared. Esto es un lugar para dar sexo a cambio de dinero. Sin embargo, en este momento no hay ningún cliente; sospecho que es un establecimiento que funciona de noche y se utiliza solo en ocasiones especiales. Lo deduzco por los trasnochados adornos del Cuatro de Julio que todavía cuelgan torcidos de la cinta con que los pegaron. Estamos en octubre.

Ya cerca del final, Lola hace un alto ante una puerta cerrada. Se trata de una puerta de láminas de madera de las que cuentan con un marco macizo

pero con una hoja semejante a las aletas de un pez. A través de las láminas se oye el ruido amortiguado de alguien respirando. Lola se sitúa a un costado, yo al otro apretando a Gangy contra mí. Si le estrujara ese escuálido brazo un micromilímetro más, podría rompérselo.

Lola toma aire y me hace una seña de asentimiento para confirmar de nuevo que ha captado el rastro del perfume Crabtree & Evelyn, y a estas alturas ya detesto su fuerte olor a rancio. Tengo el convencimiento de que aquí dentro está nuestra monja de la iglesia mariana; debió de huir hacia aquí en cuanto nosotros echamos a correr detrás de Gangy y perdimos el tiempo yendo al primer lugar de espera, el de Lynn, y después siguiendo todas esas instrucciones tan poco claras. Y a juzgar por cómo suena la respiración de la persona que está al otro lado de esta puerta, parece ser que tiene alguien más con ella.

De improviso Lola abre la puerta de un puntapié. Su bota negra rompe varias láminas.

Entramos.

Y aquí está la monja, todavía con su hábito de religiosa, pero sin la toca y sin la cofia. Está apuntando con una pistola a una mujer de baja estatura. Por encima de ellas hay un ventilador de techo en marcha, colgado de una única varilla.

Nos fijamos en los pies de la mujer.

Va calzada con chanclas.

Tiene los pies quemados.

Lola se la queda mirando.

Ella la mira a su vez.

No sé distinguir si está de parte de la monja y ambas pretenden engañarnos o si verdaderamente la tienen cautiva.

Es menuda, tal como la ha descrito Lisa a lo largo de todos estos años. Una mujer diminuta de brazos musculosos, los brazos de un murciélago. Esta es la primera vez que Lola y yo la vemos en persona. En todas las horas de vigilancia de la iglesia mariana, en ningún momento llegamos a confirmar haberla visto, aunque estábamos bastante seguros de que era la mujer de baja estatura que se ocultaba bajo un gorro, una capucha y unas gafas de sol que entraba y salía con demasiada rapidez para que pudiéramos interceptarla. En aquellas ocasiones me venían a la memoria las advertencias de Lisa: «No hagáis nada que levante sospechas, no habléis con ella. Ya estamos muy cerca».

—Velada —le dice Lola apuntando con el arma a la monja.

—¿Dónde está Lisa? —pregunto yo.

La monja suelta una carcajada.

—Ahora la tenemos nosotros. Que te follen —me contesta al tiempo que aprieta el cañón de su pistola contra Velada, lo cual, dadas las circunstancias, sabemos que es una amenaza directa para Lisa, porque lo que la monja no sabe es que necesitamos que Velada esté en posición en la noche de la Pecera de las Langostas. ¿O sí que lo sabe?—. Velada está acabada —dice la monja.

Hace una pausa para dirigir una sonrisilla satisfecha a Lola, una mera fracción de tiempo, al parecer, antes de apretar el gatillo, y esa pausa para sonreír es su gran error. Lola no titubea nunca.

Se oye un fuerte estruendo en la habitación cuando Lola dispara hacia la varilla de la que cuelga el ventilador, con lo cual la monja deja caer la pistola y da un salto hacia atrás. Entonces Lola se abalanza sobre Velada y tira de ella hacia nosotros justo a tiempo para evitar el ventilador, que, tras balancearse durante unos pocos segundos de vértigo, se estrella entre nosotros y la monja.

Le tapo la boca con la mano a mister Gangy para impedirle que grite. Lola arremete contra la monja y rápidamente la reduce atándole las muñecas con una abrazadera de plástico. Observo que del bolsillo interior de la chaqueta le sobresalen unas cuantas abrazaderas más. Me quedo de pie bloqueando la puerta y sujetando a Gangy mientras Lola, a continuación, desata a Velada, cuyos nudos parecen un tanto flojos para resultar del todo convincentes, no estoy muy seguro.

—Ha llegado sin más. Ha llegado sin más. Le preocupaba que yo fuera a estropear el evento. Insisten en seguir adelante con él, dicen que es demasiado dinero. Y Eminencia está loco, no le importan los riesgos. Iba a matarme. Llegó sin más. Vosotros dos la asustasteis mucho en la iglesia al presentaros preguntando por mí. De todas formas, no se fiaba de mí. No estaba previsto que hoy estuviera ella en la iglesia.

—¿Y se puede saber por qué demonios no estabas tú? —le pregunta Lola.

—¡Pues porque Lisa lo estropeó todo! Cuando se metió ella misma en aquel coche frente a la comisaría de policía, antes de tiempo, a todo el mundo le entró el pánico. Además, ¿por qué después de todo eso todavía habéis ido a la iglesia mariana? Yo pensaba que seríais lo bastante inteligentes para no ir. Yo tenía que quedarme aquí para apaciguar las cosas y cerciorarme de que todo siguiera su curso, porque él...

Pero de repente se interrumpe porque en este momento mister Gangy se retuerce y se zafa de mí. Yo salto al momento y echo a correr en pos de él,

por segunda vez en lo que va de día con este gilipollas. Recorremos el pasillo de puertas, doblamos varias esquinas del sótano y salimos por un pozo que sube a la superficie. Y no tardo nada, porque Gangy tropieza y yo lo intercepto en el Hoyo 1. Varios miembros vestidos de blanco dan un respingo, horrorizados. Las sombras de última hora de la tarde son cada vez más oscuras, y ya debe de ser la hora de que los golfistas se recojan, porque todos parecen regresar en peregrinación desde el campo hacia la casa club.

Saco una de las abrazaderas que llevo en un bolsillo de la chaqueta pensando en volver a maniatar a Gangy. Me siento a horcajadas sobre su cuerpo tumbado boca abajo, tocando el césped con las rodillas. Como forcejea, le clavo una rodilla en la columna vertebral y un codo en la nuca. Una vez que lo tengo maniatado, me siento sobre los talones, aprisionándole las piernas con el peso del cuerpo, y respiro.

En eso, reparo en un carrito de golf que hay a un costado, cuya matrícula tiene un número de dos cifras: 20. El pasajero es un individuo de cabello negro que está de espaldas a mí. No quiere girarse para dejarme ver quién es, como han hecho todos los demás.

Me quedo mirando el número 20 que figura en la matrícula del carrito.

El carrito se ha detenido y el conductor se gira para mirarme; en cambio, el pasajero, con su pelo negro y una envergadura de un luchador de lucha libre, sigue sin girarse. Alrededor de ellos hay varios hombres más vestidos enteramente de blanco que se paran a mirar, pero ninguno se inmuta, ni se mueve, ni grita; actúan como si nada, sin alarmarse al ver mi angustia, como si yo fuera simplemente un molesto pajarillo que se ha posado en su *green* y se vieran obligados a esperar a que yo me incorpore y remonte el vuelo.

Más allá, fuera del recinto, hay dos hombres hablando, y, sirviéndome de mi agudeza visual, les leo los labios: «Supongo que ahora vamos a tener que comprarle la coca a otro proveedor». Aun así, el conductor del carrito de golf que lleva el número 20 en la matrícula dibuja una ancha sonrisa, una sonrisa malvada e insípida, como la de un presidente despreciado que está firmando una orden ejecutiva que sabe que es despreciada por la gran mayoría de los ciudadanos, una sonrisa de esas que dicen: «Revuélvete y protesta todo lo que quieras, que el poder lo tengo yo». Una sonrisa de esas que hacen que a uno le entren ganas de arrearle una patada en la espinilla y un puñetazo en la boca.

Observo a los presentes y levanto un poco mi peso de las piernas de Gangy para que pueda escurrirse por debajo de mí y liberarse. Tengo la sensación de que este amplio espacio abierto está distorsionado, que todo está iluminado por los rayos derretidos del sol y que los gorriónes se esfuerzan por

mantenerse en vuelo, como si el tiempo quisiera seguir avanzando pero el viento fuera retrasando los minutos en una especie de tira y afloja. Todo está distorsionado: mi pensamiento, esta sensación... Mi percepción se ha desviado diez grados del lugar en el que me encuentro.

La mayoría de los miembros del club que nos rodean permanecen impertérritos, imagino que porque piensan que lo único que he hecho ha sido atrapar al proveedor común y corriente al que compran la coca y pueden comprarla en cualquier parte porque ellos son la élite. Un par de individuos sonríen de oreja a oreja, como el conductor del carrito de golf y un hombre que está de pie y al que reconozco: estuvo haciendo campaña para ser senador. Son hombres de poder, todos ellos. Son ambivalentes respecto de lo que yo hago, algunos muestran desdén. Consideran que estoy por debajo de ellos, soy un tipo que trabaja haciendo cumplir la ley, que está muchos ceros por detrás en cuestión de sueldo, que no forma parte del entramado de sus empresas y que, por lo tanto, es una forma de vida inferior. Me ven sentado sobre los talones, con mi traje de fabricación en serie, como si fuera un patético mosquito. Los miembros aquí presentes que están al tanto de lo que sucede en Viebury Grove seguirán adelante con sus planes porque tienen la seguridad de que no van a atraparlos, que nunca se los acusará de nada. Están relacionados. Tienen el convencimiento de que forman parte de una sociedad secreta. De que poseen el control. Algunos de ellos van a ser espectadores de la ceremonia de la Pecera de las Langostas, lo sé, lo percibo, lo deduzco por la manera en que me mira el conductor del carrito de golf. Y también sé, percibo, que el pasajero de ese mismo carrito, que sigue sin querer volver la cabeza hacia mí a pesar de que todos los demás miembros de blanco se han parado a mirar, es Eminencia.

En ese momento entra Lola en escena procedente del sótano. La mirada del conductor del carrito de golf acusa su llegada, vuelve a clavarse en mí y me hace un guiño. Su sonrisa de satisfacción se ensancha todavía más, como diciendo: «Haz lo que tengas que hacer, que a nadie le va a importar». Me siento furioso, pero la furia es fútil, de modo que también me siento impotente. Con un chasquido en las articulaciones de las piernas, que tengo totalmente acalambradas, me levanto para ir con Lola. No aparto la mirada del conductor. No parpadeo. Gangy, ahora que ya he dejado de aprisionarle las piernas, se incorpora como puede, se vuelve un instante para mirarme y acto seguido echa a correr en dirección a los árboles, con las manos atadas a la espalda.

—Liu, qué cojones, vete a buscar a Gangy —me dice Lola, pero no se prepara para echar a correr. Debe de haber notado que yo no me he alarmado al verlo huir, debe de haber notado que he dado un paso más en mi razonamiento. Se sitúa a mi lado—. Velada me ha permitido que la ate a una tubería del sótano porque yo le he dicho que no me fío de ella —me informa—. Está esperándonos. La monja, lo mismo; atada a otra tubería.

—Deja en libertad a Velada —le digo.

—Creía que querías abortar todo este plan. Obligaremos a Velada a que nos ayude a descubrir dónde se encuentra Lisa en este momento. Lo abortaremos. Las cosas se han desviado demasiado.

—Es necesario que Velada esté en posición, da igual lo que hagamos nosotros. Cerrarle la boca a la monja y llevarnos a Velada a otra parte. Encontrar a Lisa y parar esto. Interrogar a Gangy. Detenerlos. Da igual. Vencerán ellos y después continuarán con su noche especial o con otras noches especiales. Ellos tienen todo el poder. Mira. Y aunque no puedan salirse con la suya, Eminencia nunca dejará de dar caza a Lisa. La matará. Mira.

Con una última mirada, me grabo a fuego en la mente la cabeza del pasajero de pelo negro que va en el carrito.

—Vuelve al sótano antes de que Frackson tenga oportunidad de hablar con la monja y averiguar lo que sospecha de Velada.

—Por eso no te preocupes. He dejado a ese saco de mierda sin conocimiento.

—Intentaba deciros que Eminencia estaba aquí, y de repente ese idiota salió huyendo. Ten, toma esto. Es necesario que salgáis de aquí e impedáis que la monja hable con más personas —dice Velada al tiempo que me pone una bolsita de cocaína en la mano.

—Mira, bonita, si nos estás engañando, si a Lisa le tocan un solo pelo de la cabeza —le dice Lola a Velada—, voy yo personalmente a buscarte y convierto tu puto culo en fosfatina con una trituradora, ¿entendido? Y te aseguro que tengo una trituradora. Te lo digo en sentido literal.

—Vale, lo pillo. Me lo has repetido quinientas veces. Pero ahora tenéis que iros —insiste Velada.

Lola tiene a la monja en los brazos como si fuera un niño pequeño, con las manos todavía atadas con la abrazadera. Continúa inconsciente. Subimos la escalera de estuco italiano. Velada se dirige hacia su despacho, que se

encuentra muy al final del sótano, y fingirá ponerse a trabajar en la contabilidad del club Saleo, con los auriculares puestos y la puerta cerrada. Como si no oyese nada. Eso es lo que nos dice.

Al llegar arriba vemos que Frackson nos está esperando. Le entrego la bolsita de cocaína y, para que lo oigan los miembros que puedan estar escuchando, le digo:

—Diga a sus chicos que a la DEA no va a gustarle que hayamos encontrado aquí abajo droga a la vista de todo el mundo y a dos traficantes pululando tranquilamente por ahí. Uno se ha escapado, pero al otro lo hemos cazado. Es una traficante muy conocida. Así que nos la llevamos.

Frackson me mira de arriba abajo; es una mirada más bien de aprobación, pero también de fastidio, como si esto fuera una partida de ajedrez y yo hubiera hecho un movimiento de jaque, pero no de jaque mate.

—Por desgracia, tenemos en este club un par de miembros que tienen sus demonios. Créame, agente, nos aseguraremos de que en Saleo no vuelva a haber problemas. Permítame que lo acompañe a la salida.

Mientras nos dirigimos a nuestra furgoneta alquilada, Frackson cuida de mantenernos bien lejos de los otros. Me ha puesto en guardia la posibilidad de que Frackson haya desobedecido mi advertencia y haya bajado al sótano mientras Lola y yo estábamos fuera con Gangy, y que haya visto a Velada maniatada, pero era una ventana de tiempo muy pequeña. Para cuando llegamos a la furgoneta, ya he llegado a la conclusión de que no lo ha hecho.

—Debe usted entender que necesito proteger mi club, garantizar que ningún desconocido meta explosivos dentro de un vehículo, esas cosas. Entiéndalo —agrega cuando ve que me quedo mirando el portón de la furgoneta abierto, la tapa del hueco donde va la rueda de repuesto levantada, la maleta con ruedas de Lola abierta y la ropa esparcida por ahí.

Mientras Lola mete a nuestra monja inconsciente en el asiento trasero, yo me acerco a la cara del juez Frackson.

—Va a ser divertido ir a verte a la cárcel, capullo. Allí no tienen cabinas de rayos uva, de manera que serás un paliducho más, uno de tantos.

El juez Frackson dibuja una sonrisilla satisfecha.

—Debe de tener usted una vida muy triste —me dice lanzándome una mirada de falsa compasión—. *À tout à l'heure* —se despide.

Lola, ya acomodada en el asiento del pasajero después de haber dejado bien sujeta a la monja, le hace la peineta. Me subo al coche y le hago la peineta también. Cierro la portezuela y empiezo a dar marcha atrás.

—Dakeel, llévame a tu casa de Lowell. Dejaremos allí a esta basura humana hasta que haya acabado todo esto —me dice Lola.

—Sí, señora —respondo interpretando el papel del falso conductor de Uber.

Al incorporarme a la calle principal, miro en el espejo y veo el SUV de la policía de East Hanson.

—Agáchate. Vamos —le ordeno a Lola.

Conforme nos vamos alejando de los límites de East Hanson, el SUV aminora para situarse detrás de mí. Estoy bastante seguro de que quien va al volante es la jefa Castile. Puede ser. Es difícil de saber.

—La casa de Dakeel en Lowell no puede ser, Lola. Escoge otra de las alternativas.

—Pues ve a ese agujero de mierda que tenemos en Magnolia.

—¿Allí tenemos un vehículo diferente?

—Un cuatro latas, jefe.

—Bien.

20
Lisa Yyland

No es la primera vez que paso por esto. Lo de despertarme después de haber estado inconsciente. La primera vez fue cuando tenía dieciséis años. El monstruo de mi carcelero me llevó hasta una cantera y me mostró a una de sus víctimas, una adolescente que tenía todo el cuerpo hinchado y un tajo en el útero, ahogada y maniatada dentro del agua, como si fuera un trofeo macabro, o una advertencia, u obedeciera a un motivo demencial. En aquel momento me desmayé y al caer me golpeé, ya inconsciente, contra las piedras de granito del bosque de Indiana que ahora es propiedad mía. En aquella ocasión, cuando recuperé el conocimiento, el mundo de los vivos me asaltó con oleadas en un primer lugar de tonalidades blancas y grises titubeantes y después con colores cambiantes y sonidos inconexos. Más tarde, irrumpieron los colores y los sonidos con una avalancha de energía, y de repente frenaron en seco y me devolvieron durante unos instantes al negro para que fuera recuperándome. Después siguió otra avalancha que duró un poco más que la anterior, y otra vuelta al negro, y así sucesivamente hasta que acepté despertarme. Ahora, dieciocho años más tarde, experimento el mismo ciclo de oleadas de tonos blancos y grises titubeantes, de colores cambiantes y rápidos, pero esta vez el sonido adopta la forma de una canción. Esta vez, lo que vibra en el interior de mi cabeza son unos golpes metálicos.

Siento el frío del cuero en la mejilla y una corriente de aire caliente que procede de lo alto, como si saliera de un conducto de ventilación. Si muevo la mejilla, se me pega un poco al cuero, que es blando, y también siento el cuerpo blando contra la superficie sobre la que estoy tumbada. Abro un poco el ojo de arriba. Una mancha borrosa de imágenes invade mi cerebro, marrones con azules, la figura de un hombre que está cantando y que lleva puestos unos auriculares del tamaño de una hamburguesa. Vuelvo a cerrar el ojo. Ahora le oigo cantar con más nitidez, y el ritmo es el de una música moderna, como el rap que utilizo yo para hacer gimnasia.

Abro de nuevo el ojo de arriba, y también el de abajo, y ahora los marrones que he visto antes no están intercalados y entrelazados con azules, ahora esos marrones son unos paneles que forran las paredes, y el azul es la camisa de tela vaquera que lleva ese tipo, desabotonada hasta el esternón. Está sentado en una silla, con los auriculares puestos, rapeando para sí mismo. Frente a sí tiene una mesa de mezclas de color negro llena de mandos, palancas y botones, y detrás de ella hay un ventanal de cristal por el que, conforme voy incorporándome y volviendo a la vida igual que una margarita cuando sale el sol, veo un micrófono de pie y unas paredes forradas de envases de cartón para huevos. Es una sala de grabación.

Yo me encuentro fuera de esa sala, pero dentro de un estudio de grabación, y no me han atado. Estoy libre, sentada, y al frotarme la parte de atrás de la cabeza noto un bulto grande, del tamaño de un huevo de gallina. Me palpo las extensiones de pelo que llevo en la nuca, examino la cantidad y la tensión de todas ellas y las encuentro intactas. Dejo escapar un suspiro.

Apoyo una mano en el cojín del sofá de cuero negro. Estoy en un sótano, puesto que no hay ventanas y que el suelo de hormigón está frío, al menos en las zonas que toco con los dedos auténticos de los pies. Al inspeccionar los del pie derecho advierto que los aros magnéticos que rodean las prótesis siguen en su sitio, y los dedos falsos también. Lanzo otro suspiro. Alguien me ha quitado las zapatillas deportivas, o bien se han quedado en el lugar donde he estado la última vez... ¿Era un granero? Sí, era un granero. ¿Estaré ahora en el sótano de ese granero, el que había debajo del agujero en el suelo?

Alguien me ha depositado aquí, me ha colocado en una postura cómoda y hasta me ha tapado con una fina manta que ahora, al moverme, ha resbalado hasta el suelo.

Otras zonas del suelo del sótano, más allá del sofá, están cubiertas con diversas alfombras informes de color rojo, azul, negro y morado, hechas a mano, de las que se compran en Ikea o se ven enrolladas y dentro de una cesta de mimbre en un bazar de Bangladés. Esta sala subterránea, de frío suelo de cemento y con alfombras extranjeras, debe de ser el estudio de grabación de este rapero con auriculares y camisa azul, que debe de ser músico. Pero ¿qué es esto? ¿Dónde estoy? Antes tenía las manos atadas; en cambio, ahora no.

Las paredes son masculinas, lo sé por los paneles que imitan la madera. Eso, de entrada. Y también por el cartel en el que se ve a la rapera Lil' Kim en cuclillas y abierta de piernas, pegado en la pared con cinta adhesiva por encima de un armario archivador de color verde botella. La música de Lil' Kim forma parte de la lista de canciones que utilizo yo para hacer

gimnasia. Toda la sala está llena de carteles de Missy Elliot, Eminem, M. C. Capone y Mackelmore vestido con un abrigo de piel; estos no están pegados con cinta, sino clavados con chinchetas. Repaso la lista mentalmente y voy viendo que todos coinciden con los artistas que tengo yo en mi lista de canciones. Y, al aguzar el oído para averiguar qué está cantando el rapero, descubro que a mí también me gusta ese tema. Me duele la cabeza, no sé quién es este tipo ni dónde estoy, y aun así experimento una contradictoria oleada de calma y familiaridad, como si antes mi mente estuviera inflamada de un rojo incandescente y hecha un nudo y ahora estuviera relajada y azul, que es lo que registra mi subconsciente cuando estoy en casa con Vanty, leyendo o jugando al tiro al plato. A lo mejor es que no estoy despierta del todo. Hago un esfuerzo para enfocar la vista en el rapero y aclararme las ideas.

El rapero acaba de reparar en mí, y empieza a quitarse los auriculares. Percibo un efluvio de marihuana flotando en el aire. Encima del soporte trasero de la mesa de mezclas hay una caja del juego Scrabble apoyada en vertical contra el cristal de la cabina de grabación forrada de hueveras, junto con una cita enmarcada que dice lo siguiente: «Nosotros forjamos las cadenas que llevamos en la vida. Charles Dickens». Al lado de la cita de Dickens hay una pipa de vidrio para fumar marihuana y un gorro de lana negro.

«Cuando estaba en el suelo del granero, ¿no es cierto que vi a un hombre espionando por una grieta? Sí, sí. Ya me acuerdo».

Debajo del soporte trasero, y amenazando con volcarse encima de las palancas y los botones de la mesa de mezclas, veo toda una variedad de trastos y cachivaches, entre ellos un muñequito de los Red Sox, un paquete de caramelos con sabor a naranja y una bolsa de caramelos masticables de colores. Estos últimos, me entran ganas de metérmelos en la boca a modo de medicina multicolor, porque me siento un poco mareada y necesito subir mi índice glucémico. También veo una revista muy manoseada, que es un sándwich abierto lleno de cosas escritas con tinta negra. A continuación enfoco los dedos del rapero y advierto en ellos manchas de tinta negra. Es como mi marido, Lenny, el poeta. Los dos tienen los dedos manchados de tanto escribir. Lenny, el poeta; Camisa Azul, el músico.

«No te desvíes del plan».

Siento debilidad por los que escriben letras de canciones, por los escritores, por los maestros del pensamiento lingüístico, porque yo no poseo dicho arte de magia. En este preciso momento reconozco que siento una especial debilidad por los músicos de camisas azules apenas abotonadas, esos

que al parecer me desatan las manos y me depositan con delicadeza en un sofá mullido. Se me hace rara esta sensación de euforia que estoy experimentando al recuperar el conocimiento y que no he activado de manera consciente. Es posible que él haya tenido parte en esto, pero me da igual. Mi euforia debe de ser un efecto del chute de adrenalina y de las endorfinas que han entrado en acción al detectar signos de supervivencia. O puede que sea un efecto de la marihuana. O puede que simplemente se deba a que me gusta esa música y a que él me está mirando sonriente, con un hoyuelo en la mejilla. Puede que se deba a todo junto. De modo que lo desactivo todo.

«No permitas que te domine el síndrome de Estocolmo».

—¿Quién es usted y dónde estoy? —le pregunto.

No me atrevo a levantarme del sofá, porque en cuanto he hablado, mis ojos se han peleado con mi mente y lo han vuelto todo borroso. Hago un esfuerzo para ordenarles que se mantengan firmes.

—Oh, claro, vean aquí a la joven rabiosa que intentaba asesinar a unos capullos teniendo las manos atadas —dice en tono travieso y malicioso, sonriéndome desde su silla al tiempo que deposita los auriculares sobre la mesa de mezclas—. Tica, tica, tica, tica, Gato —dice a continuación haciendo un gesto con el dedo hacia un rincón del estudio—. Tica, tica, tica, tica, Gato, Gato, Gato —repite cada vez más deprisa, como si fuera un subastador.

Del rincón al que está apuntando con el dedo surge una mancha borrosa de pelo que da un brinco y se le sube a las rodillas. Se pone a acariciarle la barbilla al minino. Me vienen a la memoria unos ojos amarillos que me miraban fijamente y algo que me lamía la nariz.

—¿Dónde estoy?

—En un lugar seguro.

—¿Dónde!

—Esos capullos te dieron un golpe en la cabeza, te dejaron tirada en el suelo y se marcharon. Yo te saqué fuera antes de que volviesen. Fin. ¿Entiendes? Estás a salvo.

—Ya estaba a salvo allí. Lo tenía todo controlado.

—Y una mierda —replica el rapero elevando una ceja y la comisura del labio. Acto seguido se levanta, va hasta un frigorífico que hay en el rincón, junto al sofá, saca una bolsa de hielo del congelador y me la pasa—. Ten, a ver si esto te enfría el cerebro.

Cojo la bolsa de hielo y me la aprieto contra el chichón que sobresale de mi cráneo.

—Llevo varios meses detrás de esos cabrones de esa casa grande de piedra, y he visto entrar y salir ese camión de color rojo. Ya no aguantaba más.

—Lo has estropeado todo. Tengo que volver a entrar.

Me mira entornando los ojos y sonriendo con sorna, y vuelve a sentarse en su silla.

—A ver, Niña Terrible, vamos a saltarnos esa parte. Así es como te llamaron en los periódicos, ¿no? Lo sé todo de ti. He visto tu nombre tatuado por encima de la nalga, porque se te levantó la blusa, y también conozco tu grupo sanguíneo y tus redes sociales. Inteligente. Técnicas de supervivencia. Sí. Te he buscado en Google. Lo sé todo de ti, Lisa Yyland. La erudita, dicen, que quizá tiene... ¿cómo dicen? ¿Tendencias psicópatas? De modo que al principio pensé que tal vez fueras una de las chicas más pobres que una rata que suelen secuestrar. Sin embargo, tú no eres una de ellas, tú estás tramando algo. Y yo puedo ayudarte. Podemos atraparlos los dos juntos.

«¿Los dos? ¿Habrá visto todo lo demás que llevo impreso en la espalda? Seguramente no. Me lo habría comentado. Parece ser que le gusta hablar».

Aún está hablando.

—Tú eres la que se cargó al capullo que te secuestró cuando eras una adolescente. Hace dieciocho años. A mi gato le gusta eso. Y hace bien.

Desvía la mirada de mí y se frota la nariz contra el hocico del gato para convencerlo de que yo debo caerle bien. Pues claro que el gato me respeta por haber matado a un puto monstruo; los gatos son asesinos despiadados.

—Yo los vigilo, ¿sabes? Vi a esa bruja que te llamó puta, me subí a un árbol y vi cómo se llevaba a una chica a rastras hasta una habitación de esa jodida mansión de piedra y la obligaba a atender a un tío. Sí, ya sé. Digamos simplemente que tengo intereses creados. —Al decir esto último baja la voz y agita las aletas de la nariz. Adopta un tono rabioso—: Quiero acabar con ellos. Así que saltémonos esa parte. Tú y yo debemos trabajar en equipo.

—Ya tengo un equipo. No.

Chasquea la lengua y vuelve a sonreír.

—La cosa es... que no te lo estoy pidiendo. Te lo estoy comunicando. Tú y yo vamos a trabajar en equipo. Así que no perdamos más tiempo en decidir si nos juntamos o no. Vamos a trabajar juntos, Niña Terrible.

—¿Cuánto tiempo llevo fuera?

—Dos horas.

«Aún puedo recuperar el plan».

Pruebo a ponerme de pie, pero me tiembla todo, así que me siento otra vez, calibrando mi mente y mi respiración. Vuelvo a recorrer el estudio con la vista, la sala de grabación forrada de hueveras de cartón, la mesa de mezclas, los carteles de raperos, el armario archivador. Ahora que estoy sentada en el borde del sofá e inclinada hacia delante, reparo en un objeto de color negro escondido detrás del armario. Vuelvo a mirarlo a él; está muy atento a ver dónde poso la mirada. Vuelvo a mirar el objeto negro, y nuevamente a él. Tiene la boca cerrada y respira haciendo breves inhalaciones por la nariz. Vuelvo otra vez al objeto negro y paseo la mirada por el mango, el compartimento de la batería, la broca. Vuelvo al rapero y lo miro fijamente.

—¿Así que tienes intereses creados? —le pregunto.

—Desde luego —me responde él con expresión seria.

—¿Ese taladro inalámbrico de ahí forma parte de tus intereses creados?

—¿Qué taladro inalámbrico? —pregunta sin sonreír, sosteniéndome la mirada.

Yo le miro exactamente con la misma expresión.

Al fin sonríe y hace un gesto afirmativo con la cabeza. No necesito que lo admita de forma literal, ese gesto me basta; sin embargo, él continúa hablando:

—A ver, Lisa Yyland, si yo tuviera un taladro inalámbrico, que no poseo, tengo entendido que sirven para muchas cosas. ¿Eso supone un problema para ti?

—¿Tienes coche?

—¿Tú qué crees? Tengo una preciosa camioneta que se llama *Cassie* y que tiene la cabina cerrada.

—¿Vives aquí solo?

Al instante se le borra la sonrisa y omite contestarme. Aguardo. Baja la vista al suelo y susurra:

—Sí, vivo aquí solo.

—Vamos a por tu camioneta. Tenemos que terminar una cosa y después volver aquí, y yo tengo que entrar de nuevo en esa casa de piedra.

—¿No quieres saber cómo me llamo?

«Mentalmente puedo llamarte Camisa Azul».

Mantengo la vista al frente. Estoy reprimiendo todos los sentimientos excepto el odio hacia Eva, hacia Eminencia y hacia todos esos hijos de puta. No puedo permitir que ningún sentimiento, como se lo permití a la Furia Homicida, vuelva a desviarme de mi plan. Me he reiniciado. He renovado mi ímpetu. Al recobrar la lucidez mental, caigo en la cuenta de que el asesinato

de mi madre ha sido una bomba nuclear. Hasta este momento, lo único que he hecho ha sido avanzar dando manotazos sin sentido en medio de una gran nube de polvo nuclear. Este respiro debido a la intervención de Camisa Azul ha supuesto, ahora me doy cuenta, un reajuste bien recibido, el asentamiento de la nube de polvo. Ahora lo veo todo de verdad nítido, ahora vuelvo a ver que el plan es factible. Me quedará en este plano. «El dolor es el elemento más destructivo de todos los que nos distraen. Nos exige gastar un tiempo poco eficiente en redefinir nuestro nuevo mundo. He aquí la estéril definición de lo que es mi nuevo mundo: que mi madre ha sido asesinada y yo no puedo abandonar el plan».

Yo sigo con la mirada fija, él sigue hablando.

—Ah, mierda. Tendencias psicópatas. De acuerdo. Vale. Aunque no me lo preguntes, soy el señor Josi Olive, a tu servicio. Y este es Gato.

A modo de acuse de recibo, parpadeo mirando al minino.

—Vámonos ya —digo—. ¿Dónde está tu teléfono?

—No tengo.

—Dame tu teléfono.

—No tengo. No quiero que nadie me llame e interrumpa mi concentración. Además, hace un mes se me cayó el móvil en la bañera y no he ido a la tienda a comprarme otro. No hablo con nadie. No tengo teléfono.

«Mi mayor enemigo en la vida es todo este desorden tan ineficiente».

—Sin embargo, tengo un Mac. ¿Quieres enviar un correo a alguien?

—No se fiará de un correo. Necesita oír mi voz.

—¿Por Skype, entonces?

—De ninguna manera aceptará un chat por vídeo. Es demasiado riesgo.

—¿Quién es esa persona?

«Es Liu».

—Tenemos que ir a Manchester, New Hampshire —respondo.

—Lo que sea. Lo que requiera el plan. Vamos, levántate. Ya que tienes tanta prisa por ir a ese sitio, iremos. Somos un equipo y vamos a ir a Manchester. De todas formas, tenía que pasarme a cobrar un cheque de un club para el que estuve trabajando el mes pasado.

«No vamos a ir a ningún estúpido club. Tú no formas parte de este plan. Vamos a recoger mis discos y regresar a Viebury».

Josi se levanta de su silla, y con el movimiento se le desplaza la camisa azul sin abotonar, de modo que deja al descubierto otro poco más de su zona pectoral. También se le sube un poco la manga izquierda, y me fijo en que lleva un tatuaje azul marino de estilo pastoril que le rodea todo el antebrazo.

A mí no me gustan los tatuajes de escenas pastoriles, concretamente los de los platos de porcelana, pero como el de Josi parece representar a varias mujeres guerreras armadas con lanzas, y como resulta potente y tiene como fondo el tono oliváceo de su piel, lo dejaré pasar. Josi me ofrece su brazo tatuado para agarrarme de la mano y guiarme, y yo me pregunto si no debería estar pensando más bien en mi marido Lenny.

Me pongo de pie y reprimo los biorritmos reproductivos que están enviando sangre a mis senos y a mis partes bajas. Cojo la bolsa de caramelos que hay encima de la mesa de mezclas y me echo un buen puñado en la boca para hacer que remonte mi nivel de glucosa. Josi levanta la cabeza y hace un leve gesto afirmativo para indicar que da su aprobación. Ambos nos sostenemos la mirada por espacio de unos instantes. Yo no pestaño, él tampoco. Sus ojos son dos brillantes zafiros, y en las pupilas se reflejan dos cuadraditos blancos. Me pregunto si él advertirá las cataratas en forma de árbol de Navidad que aparecen en los míos y que refractan la luz en todas direcciones. Pero esto ya empieza a prolongarse demasiado, así que rompo el silencio:

—Vamos —le digo.

Él se vuelve y se dirige hacia una gruesa puerta que aísla de todos los ruidos.

—¿Dónde están mis deportivas? —pregunto cuando la puerta ya está abierta y Josi ha salido al rellano de la escalera.

Me mira los pies y pone cara de perplejidad.

—Hum —contesta.

—¿Dónde están?

—Debieron de caerse en el bosque mientras te llevaba en brazos. Hum. — Se muerde el labio inferior y menea la cabeza en un gesto de negación sin apartar la vista de mis pies, al tiempo que murmura—: Los pies, los pies...

No tengo ni idea de lo que está indicando, y tampoco encuentro en mi memoria ninguna lección de Nana que venga al caso. Me parece que su expresión es de tristeza o quizá de nostalgia por los pies, me parece que es así como lo llama Nana.

—¿Tienes unas zapatillas que puedas dejarme? Calzo un treinta y ocho. —Espero que alguna mujer con la que se haya acostado o se esté acostando en la actualidad se haya dejado aquí unos zapatos.

—Lo cierto es que tengo unas deportivas de mujer de ese número o de un número parecido, arriba —responde con la cabeza baja y en tono apagado.

Permanece en la escalera sin moverse, meneando la cabeza en un gesto negativo.

«Por el amor de Dios, date prisa y tráeme ya esas putas zapatillas».

Por fin Josi cobra vida y los dos subimos por una escalera enmoquetada y entramos en lo que parece un salón de forma rectangular. A mi derecha hay una cocina larga y estrecha con un fregadero lleno de platos. A mi izquierda, que es adonde nos dirigimos, hay un sofá anaranjado, el más largo que he visto en toda mi vida; posiblemente ha sido adquirido en un mercadillo de segunda mano. El televisor está situado enfrente del sofá, dentro de un armario inmaculado tipo Ikea, de una madera salpicada de nudos que parecen una colonia de aréolas. La alfombra es una imitación de las orientales, en tonos rojos y azul marino y con una mancha de color parduzco en una esquina, imagino que de vino tinto. Encima del armario de las aréolas hay una serie de fotografías enmarcadas en las que se ve una pareja, y aunque no me da por inspeccionar esas fotos, porque esas personas no tienen nada que ver conmigo, observo que los marcos de madera y de metal, así como los cristales que las protegen, son las únicas cosas que aparecen limpias de polvo y de grasa. Trazo la hipótesis de que Josi echa de menos a alguien, dado el tono de voz con el que habla y esas pausas incomprensibles acerca de los zapatos, y lo limpios que están los marcos de estas fotos. «Da igual. Tú sigue a lo tuyo. Ve al laboratorio. Coge los discos».

Josi me entrega unas zapatillas Nike y un par de calcetines cortos y gruesos de color blanco.

—Se las compré a mi mujer —me dice—. Ahora ya no está, falleció. Pero no llegó a usarlas, decía que le hacían daño. —Me agacho para ponérmelas—. Hum... —repite, todavía sacudiéndose algún pensamiento que tiene en la cabeza.

Cuando cruzamos el cuarto de estar, veo que hay una pequeña mesa de jugar a las cartas debajo de una ventana, a la izquierda del sofá anaranjado. Encima de ella hay un tablero de Scrabble con varias letras colocadas formando palabras horizontales y verticales; entre unas y otras, parecen trazar el complejo dibujo de las tuberías de una fábrica de productos químicos. Da la impresión de que esa partida se ha dejado interrumpida, congelada en el tiempo, porque también aquí, en esas tuberías formadas por palabras, se aprecia una fina capa de polvo.

Al leer una de las palabras, una en sentido vertical, me quedo sin respiración.

Me giro rápidamente y voy hacia el armario del televisor y las fotos enmarcadas.

Ahí está ella, abrazando a Josi.

Me giro otra vez y vuelvo al tablero de Scrabble.

Josi está junto a mí, entornando los ojos.

—¿Quién formó la palabra «Velada»? —le pregunto señalando el tablero.

—Carla, mi esposa fallecida —contesta—. Dijo que «velada» era una palabra del español.

—¿Cuándo falleció?

Josi da un paso atrás. Y después otro. No quiere responder.

—¿Cuándo falleció? —repito más fuerte.

—La asesinaron hace unos meses, varios. La mataron ellos —repite señalando la ventana en dirección a la mansión de piedra.

«Velada es la mujer de Josi. Él cree que murió hace meses... Otra doblez más que añadir a esa mujer. Yo la vi hace un mes, cuando levanté una de sus otras dobleces».

Lisa Yyland: la última visita de Velada

La heroína, formalmente conocida como diamorfina, cuya fórmula química es $C_{21}H_{23}NO_5$, es una droga antigua creada en la década de 1870. Se inventó para combatir la adicción a la morfina. Pero por ironía del destino, la diamorfina resultó ser más adictiva que la morfina. Además de la adicción, que debilita a la persona, un grave efecto secundario del compuesto $C_{21}H_{23}NO_5$ es que es un depresor de la respiración, y yo jamás permito que mis pulmones sonrosados y perfectos corran ningún peligro. De modo que voy a negarme rotundamente a permitir que esos capullos me metan una sola gota de heroína en las venas. Puede que sea capaz de controlar los interruptores de mi cerebro que activan los sentimientos, pero no puedo controlar la imparable agresividad de un chute de dopamina, la sustancia química más cabrona de todas.

Este tema de la heroína era algo que pesaba todo el tiempo en el fondo de mi cerebro como un problema que tendría que resolver antes de que me secuestraran para meterme en la Pecera de las Langostas. Además, todavía tenía que enterarme de la fecha y el lugar en que iba a celebrarse el evento, y pasarle a Velada la información que había validado después de lo de Shangai, una información que necesitaba pasarle mirándola a la cara, para ver cómo reaccionaba.

De manera que, pensando en todas estas cosas, desde que volví de Shangai cinco años atrás estuve esperando a recibir otra visita de Velada. Pero fueron pasando un año tras otro sin que apareciera, y comencé a preocuparme de que esperase tanto tiempo estando el evento tan próximo. En este último año he vivido en una tensión constante, no me he aventurado a salir de mi edificio sin tomar precauciones adecuadas. He preparado un millar de planes con medidas alternativas de las que echar mano si alguien invadía mi centro de operaciones, como por ejemplo el veneno letal de varias formas de vida que guardo en uno de los dos terrarios de Dorothy M. Salucci que hay en el

edificio. Pero dichas medidas alternativas han resultado ser innecesarias. He vivido en un estado de paranoia, como lo llamaría Nana, pensando que en cualquier momento iban a secuestrarme. He obligado a Sarge a que me diera detalles de lo que hacía Vanty las veinticuatro horas del día, y he estado supervisando de forma general las idas y venidas de los demás miembros de mi familia. Ha sido un año agotador, física y mentalmente.

Y de repente, así sin más, apareció Velada. Hace un mes, me interceptó en la sede de 15/33, con todo descaro y toda audacia, llamando para que le abriese al timbre de la verja que hay al principio del largo camino de entrada para coches. Nueve años después de su última visita, que tuvo lugar el día de mi disertación de fin de carrera, se presenta llamando al timbre, como si fuera una vecina amiga. Como si formara parte de mi vida. Como si alguien la hubiera invitado.

Creo que debió de esperar hasta cerciorarse de que Liu y Sandra no habían entrado y que Lenny se había ido con Vanty a pasar el día fuera. También debió de calcular un día en el que no hubiera acudido ningún empleado del laboratorio a trabajar; al fin y al cabo, era domingo. Ni siquiera hizo el intento de colarse, cosa de la que yo me habría percatado porque habría hecho saltar varios de los sensores invisibles y varias docenas de las trocientas cámaras que tenía yo instaladas en los árboles de todo el perímetro. La dejé entrar y, mientras ella subía por el camino con su coche dejando a un lado el huerto de árboles frutales y al otro el robledal, corrí a mi despacho a recoger un documento de mi mesa escritorio.

Velada, al volante de un coche alquilado, aparcó junto a la puerta roja de mi cocina, donde estaba yo esperándola. No nos dijimos hola ni nos saludamos con ninguna otra frase ridícula y trivial; ella se apeó, yo entré en la cocina y ella vino detrás.

Observé cómo rodeaba una de las dos isletas de acero inoxidable, con sus bracitos de murciélago delgados pero musculosos y sus pies todavía calzados con chanclas. En lo fundamental estaba exactamente igual que siempre, solo que nueve años más vieja. El mismo peso, el mismo cuerpo compacto, el mismo pelo negro, el mismo corte. Ahora su cabellera era ligeramente menos abundante y quizá contenía un par de canas. Las mismas pecas en forma de Osa Mayor en la frente, una frente que presentaba unas arrugas más marcadas, en un rostro de treinta y muchos o cuarenta y pocos. Descubrí unas pocas patas de gallo en torno a sus ojos azules de siempre. Todavía llevaba tatuada en la mano la mariposa negra, errónea. Y confirmé que seguía llevando en el bolsillo un encendedor y un cigarrillo, pero no le di permiso

para que fumase en mi propiedad; jamás permitiría que Vanty se envenenase con un humo de segunda mano. Además, ya había obtenido su ADN.

—Me enteré de que fuiste a Shangai —empezó.

No fue una pregunta ni algo que yo tuviera que confirmar o negar, de modo que me mantuve con la espalda recta y la mano cerca del cajón de los cuchillos, en el que guardaba un juego de cuchillos profesionales muy afilados, pero también el documento que acababa de traer del despacho.

—En fin —prosiguió—, mataste al principal «tesoro» de Eminencia, así la llamaba él. Ahora está deseoso de meterte en la pecera. Pero supongo que eso ya lo sabes tú, ¿verdad?

Detecté en su tono de voz una calma forzada, como si en realidad no estuviese calmada, sino fingiendo que lo estaba. Empezó a pasear pasando suavemente un dedo por la superficie de una de las isletas de la cocina. Yo permanecí sin moverme junto al cajón de los cuchillos.

—Él dice que soy un regalo —dije.

—¿Así que llegaste a hablar con él? No lo sabía. Vaya. ¿Y cómo es? —me preguntó al tiempo que dejaba de pasearse por mi cocina y se volvió para mirarme de frente arqueando las cejas. Sin embargo, sus movimientos físicos desmentían lo que decía, lo cual significaba que era una malísima actriz. Su lenguaje corporal reveló varias señales de que estaba mintiendo, de modo que no contesté—. Bien. Es igual. A estas alturas ya debes de saberlo todo, ¿no? ¿Su «tesoro» te lo contó todo?

—Se llamaba Melanie.

Velada arqueó las cejas otro poco más, se puso las manos a la espalda y empezó a pasearse entre las dos isletas mirando al techo. Daba la impresión de estar evaluando la casa, tal como hizo el agente inmobiliario de nuestro hogar de New Hampshire cuando mi padre pasó a ser un difunto ser querido, después recorrió con la mirada las paredes azul cielo y el arcoíris de dibujos hechos por Vanty en el colegio, el aparador azul mar, la mesa de comedor coral, mi gato de cuerpo entero representado en la alfombra turquesa. Afirmó con la cabeza, como dando su aprobación.

—Qué bonito —dijo—. El sueño de una empresa de *catering*. —A continuación, con la cabeza echada hacia atrás y señalando el ventilador del techo, agregó—: Ahí es donde te tuvieron a ti encerrada hace dieciocho años, ¿no? Justo encima de la cocina.

—¿Cuándo es la noche de la pecera?

—El trece de octubre, por supuesto —me respondió, de un modo que sugería que yo ya estaba al corriente. De nuevo se puso a pasear por mi

cocina, esta vez viniendo hacia mí. Estábamos separadas por una de las isletas.

—El trece de octubre. Es el día de su cumpleaños, ¿verdad? —dije, y mi comentario provocó en Velada una mueca de dolor y un ligero traspié, como si ella estuviera agarrada de una cuerda y yo le hubiera dado un tirón. Al ver que se le borraba del rostro aquella expresión satisfecha, me sentí como si hubiera movido mi alfil a la posición más amenazante del tablero de ajedrez.

—¿Lo has averiguado tú sola? —me dijo, permitiendo que le temblase ligeramente la voz. Ambas teníamos las manos apoyadas cada una en un lado de la isleta central, y nos mirábamos la una a la otra sin pestañear.

—Es obvio.

No era obvio, pero teniendo en cuenta todo el simbolismo y la ceremonia, y teniendo en cuenta que Eminencia me había dicho que yo era un «regalo», todo ello conducía a una conjetura bien fundamentada. Por la mueca de dolor que hizo Velada, y por la manera en que se apartaba nerviosamente de mí, deduje que no era su intención confirmar aquel detalle personal del cumpleaños de Eminencia. Porque si yo sabía cuándo era su cumpleaños, era posible que conociera su identidad. Y su historia. Pero lo cierto era que no necesitaba su fecha de cumpleaños para nada.

Me volví y abrí el cajón de los cuchillos.

—Pero ¿qué cojones...? —dijo Velada al tiempo que huía rápidamente en dirección a la puerta—. ¿Vas a sacar un puto cuchillo?

—Es un documento. Espera.

Cuando estaba a tres metros de mí, ya más cerca de la puerta, se volvió para mirarme. Fui hacia ella y me quité el zapato sin talón del pie izquierdo. Cuando invadí su espacio, a sesenta centímetros de ella, las dos junto a la puerta, el sol que penetraba por los altos ventanales en sentido diagonal se proyectó sobre el suelo formando un círculo de intensa luz en las baldosas. Dentro de ese círculo, bajé la vista para mirar los pies de las dos.

—¿Ves que tengo el segundo dedo del pie más largo que el dedo gordo, y que los demás dedos van disminuyendo en longitud?

—Oh, Dios, pero ¿qué es esto? Eres una puñetera chiflada. Da la sensación de que ni siquiera te asusta lo de la pecera. Te vas a China y hablas con esa tal... Melanie, porque quieres que la llame Melanie, ¿no? ¿Y de qué estuvisteis hablando? ¿Qué es lo que hace que estés tan tranquila, hablando de pies? ¿Qué es, Lisa?

—¿Por qué importa tanto saber de qué estuve hablando con Melanie?

—Porque formamos un equipo, Lisa. Y si queremos atrapar a esa gente, necesito saber que ambas tenemos la misma información.

—Si tanto te preocupa, ¿por qué no has venido antes? Hace cinco años que viajé a Shangai.

Velada puso los ojos en blanco y se cruzó de brazos.

—Obviamente, me puse muy nerviosa al enterarme de que habías ido allí. En todo momento he trabajado para las dos, para ti y para mí, para poder trabajar de nuevo desde dentro. Para llegar al punto de que Eminencia me llame. Así que cuando Eminencia me llamó y me dijo a gritos que tú habías estado en Shangai, me entró el pánico. Tuve que cerciorarme de que no hubiera moros en la costa, de que no iban a seguirme y ver que me reunía contigo, de que no iban a relacionar conmigo nada de todo aquello. Tenía que asegurarme de que tú no habías alertado a toda clase de autoridades. Por favor, es obvio por qué.

Una vez más, su lenguaje corporal daba varias indicaciones de que mentía, pero también otras de que estaba diciendo la verdad.

—Y aun así, hoy te presentas aquí con total descaro. Pues has de saber que ahora tengo montones de fotos y vídeos de tu presencia en esta casa.

Velada soltó una carcajada.

—Tener una imagen de mi cara no te ha ayudado en todos estos años a averiguar quién soy. Por favor. ¿A que no? —Calló unos instantes durante los cuales dio la sensación de estar reprimiendo alguna otra idea—. ¿A que no? ¿Y qué importancia tiene ya, Lisa? El evento va a tener lugar dentro de un mes. Eminencia llegará dentro de tres semanas. Dime, ¿necesito preocuparme de algo? ¿Qué descubriste en Shangai? ¿Qué has hecho durante este tiempo? ¿A quién se lo has contado?

—Sabrás lo que sea necesario que sepas. Venga, mira mi pie. ¿Ves que el segundo dedo es más largo que el primero?

Velada se cruzó de brazos y retrocedió un paso en dirección a la puerta.

—En ese caso, me voy —dijo al tiempo que daba otro paso más.

—De eso, nada. Necesitas saber qué es lo que sé yo, y te conviene saber si voy a hacer saltar por los aires todo este puto montaje.

Velada se estremeció y se quedó quieta.

—Contesta a mi pregunta. —Extendí el pie izquierdo hacia ella.

—Sí. Como sea. Es más largo —respondió.

—Bien, ¿y qué ves en tus dedos que sea distinto? —Señalé sus pies.

—Joder, que yo los tengo quemados.

—Me refiero a cómo están alineados.

—Eso es ridículo.

—Si te limitaras a contestar a mis preguntas cuando te las hago, podríamos terminar esta conversación y tú podrías marcharte. Estás perdiendo tiempo.

—Mis dedos están todos alineados a la misma altura. ¿Ya estás contenta? Puta chiflada.

—Correcto. Lo cual quiere decir que posees ascendencia germánica. En cambio, yo tengo una ascendencia que resulta obvio que es mixta. Con mi pelo rubio y mis ojos azules, podría chocar el detalle de que tenga unos pies mediterráneos, de ascendencia griega o italiana. Pero tú, con tu pelo negro y tus ojos azules, y además los dedos de los pies en línea recta, y esto otro... —le entregué el documento que había sacado del cajón de los cuchillos—, posees una ascendencia claramente germánica.

—¿Qué es esto? —preguntó mirando el papel.

—Léelo.

Retrocedí hacia el frigorífico, lo abrí, extraje mi botella de vidrio reciclado llena de agua mineral y procedí a hidratarme mientras Velada me daba la espalda para leer el documento.

—¿Quieres que te lo interprete? —ofrecí. Continuaba de espaldas a mí e inclinada sobre el documento, de modo que no podía verle la cara—. Es un análisis de ADN realizado con un cabello de Eminencia, hermano alemán tuyo, y también un análisis comparativo del ADN realizado con saliva tuya que obtuve de tu cigarrillo. Como podrás ver en la conclusión, las dos muestras indican que sois hermanos. Pero ese análisis fue una simple validación objetiva. Yo ya me había formado una teoría acerca de la relación familiar que había entre vosotros comparando los dedos de tus pies con los de Eminencia. Y con otras características físicas.

Si no estuviera tan agitada, tal vez me habría preguntado cómo había hecho yo para verle los dedos de los pies a Eminencia, lo cual quizá habría llevado a que la informara de lo del vídeo de la Langosta Quemada, pero empezó a respirar con dificultad, y de pronto abandonó todo fingimiento de no saber nada y se volvió hacia mí. Su semblante estaba repleto de indicaciones de furia, y parecía estar a punto de abalanzarse sobre mí.

—No te muevas, Velada. Si invades mi espacio personal, te rompo el cuello —le dije al tiempo que volvía a meter la botella de agua en el frigorífico abriendo la puerta en su cara.

—¡Que te jodan, Lisa! —estalló.

Arremetió contra mí y cerró de golpe la puerta del frigorífico, con lo que los tarros de condimentos que había en la balda interior se cayeron y se rompieron. Acto seguido se puso frente a mí respirando con fuerza en mi cara y enseñándome los dientes. Yo incliné la cabeza hacia un lado y observé cómo se ponía en tensión, cómo contorsionaba la cara, cómo respiraba. Parpadeé dos veces.

—Muy interesante, esta interpretación tuya —le dije—. ¿De verdad te sorprende que haya averiguado que Eminencia es tu hermano?

—Nadie habría imaginado nunca que ibas a averiguarlo y tomarte la molestia de viajar hasta China. Yo no te he dado nada. Nada con lo que pudieras seguir. No conoces mi nombre, de ningún modo puedes conocerlo. De manera que sí, estoy sorprendida.

Recorrí la cocina con la mirada y fui haciendo inventario mental de todos los cambios que había efectuado en el edificio.

—Pero sí sabes que dirijo esta firma de consultoría para las autoridades. Creo que siempre has sabido que iba a averiguarlo.

—Tú te dedicas a la física y a la biología. No eres una puta espía. Supuse que a través de rumores y cosas que dice la gente en la calle descubrirías la leyenda urbana de la Pecera de las Langostas, y de todas formas eso es todo cuanto necesitas saber, por cierto. Así que has indagado en mi vida. Bien por ti. Para ser solo una científica.

«También soy madre. Y artista. Y varias cosas más. La ciencia es mi profesión».

—He tenido que indagar en tu vida porque eres una mentirosa —le espeté.

—¿Y qué más cosas sabes, eh? ¿Qué más te contó Melanie?

—Se tiró por una ventana antes de contarme algo relevante.

—Mentira.

—Uno cree lo que quiere creer. De igual modo que uno percibe lo que quiere percibir. Es simple psicología. Simple biología.

—A la mierda con esto. Lo dejo. Me voy. Te quedas sola. No pienso quedarme más tiempo contemplando este montaje. A la mierda. Que te jodan.

De nuevo dio media vuelta y echó a correr hacia la salida. Contemplar todo aquel estallido emocional me resultó muy cansado. Pero debía esperar, y esperé, que se desenroscara de esa forma cuando yo le arrancara una capa de su tapadera y la dejara al descubierto. También me resultó cansado porque era la conversación más larga que había tenido en mucho tiempo con una persona con la que no exteriorizaba sentimientos; sin embargo, la sufrí hasta el final diciéndome a mí misma que estaba hablando con la imagen invertida de mí

misma reflejada en un espejo. Tal como decía Nana, en ocasiones el universo nos pone espejos en el camino. De modo que traté a Velada como si fuera un espejo, pero como un espejo disfuncional.

—No seas absurda. No estás fuera de esto. No puedes salirte —le repliqué—. Tengo varios encargos que hacerte. —Observé cómo cruzaba los brazos sobre el pecho para contener la respiración—. Es necesario que controles tus reacciones emocionales, Velada. Si no, no evolucionarás mentalmente.

—Te odio —contestó.

—Te encuentro útil para cosas concretas. Vuelve aquí. ¿Qué más cosas ves en tus pies quemados?

—Veo unos pies quemados. Unos putos. Pies. Quemados.

—Veo que no has entendido la pregunta. Ven, mira. Las quemaduras han hecho que el tejido se arrugue, se pliegue y se retuerza. Las caras interiores se han vuelto rosas y en algunos bordes han salido callos. ¿Alguna vez has visto cómo queda la piel tras quemarse con un producto químico?

Velada no respondió, pero abrió mucho los ojos.

—La piel de Melanie estaba como si la hubieran teñido de rojo. En algunas partes mostraba una pigmentación desigual. Presentaba zonas arrugadas, otras ennegrecidas, o con cicatrices. Era todo muy diferente de las quemaduras que tienes tú. Tú no te quemaste los pies con lejía, sino en un incendio. Sufriste el mismo incendio que tu hermano. El incendio en el que perecieron vuestros padres.

Velada dio la impresión de estar a punto de asfixiarse. Los ojos se le salían de las órbitas.

—Tú no sabes nada de mí —dijo negando con la cabeza.

—Sé que el incendio lo iniciaste tú.

Esta era una teoría descabellada que yo tenía, pero deseaba poner a prueba diversas posibilidades a fin de poder evaluar hasta qué punto podía revelar mi plan a Velada. Estaba analizando activamente cada mínimo gesto que hacía, cada señal que transmitía su lenguaje corporal, su tono de voz, sus palabras, su contacto visual. Todo ello era necesario, y por eso era necesario lanzarle a la cara su mentira y una teoría descabellada.

Velada desvió el rostro y volvió a darme la espalda. No dijo nada. A continuación, se encorvó sobre sí misma y se cubrió la cara con las manos. Teniéndola vuelta de espaldas no pude evaluar sus movimientos faciales. Después empecé a oír sollozos entrecortados.

—Tú no sabes nada... No sabes nada... no sabes nada...

—Vuélvete —le ordené. Necesitaba saber si estaba actuando—. Vuélvete.

Velada seguía sollozando, y ahora añadía frases inconexas entre un jadeo y otro:

—Encontraron a chicas en fábricas... víctimas de contrabando... Aprendió de ellas... De ellas...

Aquello me pareció que tenía una doble interpretación. Una parte de lo que decía parecía ensayado, y otra parte parecía basarse en hechos ciertos. Se volvió con el rostro lleno de lágrimas y los ojos enrojecidos. Se limpió las lágrimas, irguió la postura y respiró hondo como si quisiera cobrar fuerzas para pasar a admitir algún detalle crucial. Cuando a continuación dijo:

—Yo solo tenía diez años. Tuve que quemarlo todo.

Llegué a la conclusión de que en aquel momento no podía saber cuánto había de ensayado, que le sirviera para construirse una coartada en todo esto, y cuánto había de cierto. Así que resolví contarle solo lo que fuera absolutamente necesario.

—¿Dónde está la Pecera de las Langostas en la que va a ocurrir todo esto el trece de octubre? —le pregunté.

—Eso será si seguimos adelante.

—Has esperado todo este tiempo para atrapar a tu hermano y meterlo en la cárcel a él y a sus poderosos clientes. Así que seguiremos adelante, lo sabes de sobra. Deja de darme largas. ¿Dónde?

Velada hizo rechinar los dientes, agitó las aletas de la nariz, y finalmente susurró:

—En una mansión de piedra que hay en Viebury Grove, Massachusetts.

—¿A qué hora?

—Al final de la tarde, pero no sé cuándo. Podría ser a cualquier hora.

—¿A qué hora?

—Lisa, no tengo ni puta idea. Él dice que cuando note que los fuegos son los adecuados. Nadie sabe qué cojones significa eso.

—Vale. Será por la noche. O muy cerca.

Velada levantó las manos en el aire y puso los ojos en blanco.

—Sí, eso, muy cerca.

—Y esa Pecera de las Langostas, ¿sigue siendo la de siempre?

—Sí, sigue siendo la puta locura de siempre. Mi hermano está loco de verdad, Lisa. Está obsesionado con que las cosas sean siempre las mismas, que todo se haga según los ciclos ceremoniales, según manda la tradición. Está obsesionado. Tengo que acabar con él.

Ahora que por fin contaba con una fecha y una ubicación, podría dedicar unos momentos a lanzarle una acusación a Velada, algo que llevaba varios

años aguijoneando mi vena ejecutiva.

—A lo largo de todos estos años has sabido dónde era, y has mentido. Me preocupa que hayas permitido durante tanto tiempo que secuestraran y torturaran a tantas chicas.

—Por favor.

—Velada, en muchos sentidos tú eres tan monstruo como tu hermano. De hecho, ¿cuál es tu nombre verdadero?

—Qué inteligente eres. No fuiste capaz de deducirlo con lo que te contó Melanie, ¿eh? Podrías haber intervenido antes.

—Intenté averiguar más detalles acerca de aquel incendio para descubrir tu nombre verdadero y después desvelar más cosas. Pero, como al parecer ese incendio tuvo lugar en China, no se sabe dónde, ni tampoco cuándo, ¿hace treinta años?, no logré encontrar nada en los periódicos chinos a los que pude acceder, que por cierto en algunas zonas están escritos en mandarín, en otras en cantonés, y así sucesivamente. Ni siquiera sabía en qué región buscar. Y no sabía cómo ni dónde buscar en periódicos locales a los que no se podía acceder por ordenador, que estaban archivados o escritos en idiomas extranjeros.

Y lo que no le conté a Velada fue que mi conductor en Shangai, Dan, tampoco me sirvió de ayuda porque después de llevarse a las chicas en el autobús y dejarlas en el sitio que les habíamos buscado, lo enviaron en una misión a otro lugar que no fue desvelado. Lo más que desveló en nuestra última comunicación encriptada fue que lo habían enviado a la «parte inferior de la tierra». Ya no he vuelto a hablar con él. Y no podía involucrar a Liu y a Lola, dado que mi intención era ceñirme a la mentira de que viajaba a Shangai con motivo de una patente, y también convencí a Dan de que debía ceñirse a ello si alguien le preguntaba, incluida Lola. En los tres días que pasamos en aquel rascacielos Dan y yo nos convertimos en colegas íntimos. Y en cuanto a lo que les sucedió después a las chicas del autobús, yo no tenía el nombre de ninguna, y todas se dispersaron.

—Me da igual.

—Pero el hecho sigue siendo el mismo. Lo sabías y no hiciste nada. Durante años.

«En cambio, ¿podría haberme esforzado yo más, haber hecho participar a Liu y a Lola y haber descubierto antes el sitio?». Me recordé a mí misma que la culpa no era mía, sino que era toda de Velada.

—En primer lugar, chiflada, no podía decirte nada porque supuse que serías una gilipollas y harías intervenir a todos los putos federales y querías

acabar con todo demasiado pronto, ellos se enterarían a través de los topes que tienen en la policía y se escabullirían como se escabullen siempre. Sabes que tenemos que atrapar a Eminencia y a sus clientes con las manos en la masa. De lo contrario. Esto. No. Funcionará. Todo esto no habrá servido para nada. No nos queda más remedio, tenemos que continuar con ello hasta el último minuto. Necesitamos tener pruebas irrefutables.

—Ocultaste la ubicación en perjuicio de muchas chicas. Eso es inaceptable.

—Esas chicas tenían que formar parte de todo esto para que yo pudiera acabar con ello para siempre.

—Tú no eres quién para tomar decisiones sobre el pellejo de otras personas.

Velada negó con la cabeza y arrugó la frente a la vez que me dirigía una mirada de no entender.

—¿Pellejo?

«Así es como lo describe Lola».

—Es igual —contestó alisando el rostro hasta dejarlo inexpresivo—. Bien —dijo, e hizo una pausa antes de agregar—: así que discrepamos.

—En efecto.

Cerró los ojos, negando de nuevo con la cabeza, y pareció sumirse en profundas reflexiones. Cuando volvió a abrirlos, dijo en tono de resignación:

—A la mierda. ¿Vas a estar preparada?

—Lo importante es que estés preparada tú —repliqué haciéndole un guiño. Había activado un poquito el sentimiento de furia, furia por las mentiras y los retrasos de Velada, y porque durante décadas había permitido que se torturase a innumerables chicas, de modo que me resultó placentero ver que mi guiño y mi instrucción de que estuviera preparada la ponía nerviosa.

—Uno: ¿cómo consiguen la lejía? —le pregunté.

Velada me miró fijamente.

—¿La piden por encargo?

—¿Qué más da eso? La lejía la encargo yo.

—¿De qué manera?

—La encargo y ya está, ¿vale? Lo encargo todo. Y llevo la contabilidad. Ese es el importante papel que desempeño. Es una empresa familiar. Pero ¿eso no lo has averiguado, Lisa? Mi hermano, nada más salir del orfanato de niños, recibió el dinero, en su totalidad, porque mis padres eran unos capullos. Me buscó en el orfanato de niñas y me sacó. No tuve alternativa.

Me daba igual el porqué; lo único que me preocupaba eran los datos que pudieran ayudarme a seguir trabajando.

—¿Ya has encargado la lejía?

—Lo cierto es que no.

—Si estás diciendo la verdad al afirmar que quieres tender una trampa a tu hermano, voy a contarte lo que va a suceder. Yo voy a enviar una remesa de lejía. Todas y cada una de las garrafas deben llevarse a la habitación en la que me dejen a mí, tú les darás esas instrucciones. Si no lo haces, lo sabré inmediatamente y no respaldaré ninguna coartada que te hayas confeccionado. Correrá la sangre y a ti te meterán en la cárcel. Recuerda, es posible que yo sepa mucho más de lo que te estoy contando, y además, no es la primera vez que me ves mentir bajo juramento. Entonces ¿estarás en posición para entregar mi remesa de garrafas de lejía?

Velada afirmó con la cabeza mientras hacía cálculos mentales. Al parecer, estaba escuchando con más atención, porque, mientras paseaba, me dijo:

—Pero utilizan una marca concreta. Tú no la conoces.

«Brileycon, calidad industrial».

—¿Qué marca es?

—Brileycon, calidad industrial.

—Bien.

—Y las garrafas tienen que ser de un tamaño concreto.

«Veinticinco litros».

—¿De cuál?

—De veinticinco litros.

—Bien.

—Y tienes que encargar cincuenta garrafas.

—Hecho. Entonces ¿recibirás mi remesa y te asegurarás de que lleven todas las garrafas a esa habitación?

—Sí. Sí.

—Perfecto.

—¿Eso es todo? —dijo, otra vez agitada.

—Hay otra cosa más. Pero antes quiero confirmar algo. Tu hermano y quienquiera que esté trabajando para él en Estados Unidos, ¿saben que me estás llevando poco a poco hacia ellos?

—Sí, bueno, hasta ahora no lo han sabido. Creen que este viaje es el primer contacto que establezco contigo. Creen que tú no tienes ni idea de que yo estoy relacionada con Eminencia. Y Eminencia no tiene ni idea de cómo hiciste para dar con Melanie en Shangai. Yo le convencí de que

probablemente estabas desesperada por seguir toda clase de pistas acerca de lo que te ocurrió hace dieciocho años. Le dije que tal vez fue gracias a algo que dijo en la cárcel ese tal Brad. Sea como sea, creen que he venido aquí a pasarte información acerca de una organización de tráfico de seres humanos que no tiene nada que ver con ellos, dirigida por los federales, y que has aceptado reunirme conmigo en un lugar de Massachusetts que aún está por determinar el doce de octubre, un día antes, para que yo te proporcione más información. Creen que vas a creerte que quien dirige en realidad este negocio son los federales, y que por ese motivo no vas a involucrar a nadie más.

—¿Les has convencido tú de eso?

—Sí, así es —contestó Velada, y su tono de voz y su lenguaje corporal no dieron señales de que estuviera mintiendo. Miraba de frente y sin parpadear, y hablaba en un tono seguro—. Mira, recuerda que este grupo es muy pequeño, ya te lo he dicho otras veces. Eminencia quiere que sea pequeño para poder controlarlo él todo personalmente desde Shangai y poder llevar a cabo esas demenciales «experiencias» con los capullos que tienen más poder. Es así... —Dio un paso, se giró y me dio una explicación—: Tú sabes que todos esos países recopilan información sobre actividades de extorsión que llevan a cabo sus enemigos más poderosos, ¿cierto? ¿Y cómo crees que obtienen esa información de forma que luego puedan afirmar que no la conocían? Pues sirviéndose de pequeñas células como la de mis padres o la de mi hermano. Compran la información que destapan o que, en nuestro caso, generan dichas células. Es una práctica que está muy extendida. Un mercado negro de información sucia. ¿De acuerdo? China, acuérdate. Mi hermano vive en China. De modo que en Estados Unidos me tiene a mí, o eso piensa, y a otras dos mujeres que dirigen lo que en principio es un burdel común y corriente, pero con un sótano en el que suceden algunas cosillas bastante jodidas. Sí. Graban cosas en vídeo. Extorsionan a algunas personas, venden esas cintas a gobiernos interesados, a partidos políticos de la competencia, a sospechosas empresas de consultoría, etcétera. Pero se trata de un negocio de pequeño tamaño, sin cámaras ocultas ni pruebas electrónicas, salvo las que utilizamos los que formamos el núcleo. Tiene que ser así, de lo contrario se iría a la mierda toda la organización. En Estados Unidos hay solo tres guardias. Después, naturalmente, estoy yo, y luego otras dos mujeres encargadas. Una de ellas es muy bajita, ya entrada en años, una mujer que mi hermano ha querido mantener dentro porque antes les prestaba el mismo servicio a mis padres. Y después, un par de comparsas que operan en la periferia haciendo trabajitos y recados. Pero esos comparsas no saben nada de cómo funciona la

cosa. De modo que no ha sido tan difícil convencer a Eminencia y a las mujeres y los guardias que hay en el lado americano de la organización. Lisa, puede que tú seas la jefe de tu mundo, pero yo soy la jefe del mío.

—Bien, en ese caso voy a encargarte una segunda misión: vas a asegurarte muy bien de que a ninguno de esos capullos se le ocurra acercarse a mí con una aguja para inyectarme nada. —Fui hasta el aparador pintado de azul mar y saqué una delgada carpeta de papel manila que colgaba al lado de otras en el último cajón—. Di que has robado estos informes médicos de mi despacho. En ellos dice que soy alérgica a varios componentes de la heroína. También puedes no utilizarlos y decir lo que se te antoje, con tal de que te asegures de que por nada del mundo se me acerque nadie con una aguja. ¿Entendido?

—¿Son informes reales? —me preguntó Velada al tiempo que me quitaba la carpeta de las manos.

«Por supuesto que no son reales. Como si fuera a contarte una vulnerabilidad mía auténtica».

—Por supuesto que sí. Esto es grave. Sufriría un choque anafiláctico.

—Vale. Joder. No te preocupes por eso. Ya me encargo.

—Bien.

«La jefe soy yo».

—¿Perdón?

—No he dicho nada.

Dio un paso atrás y acto seguido habló con una voz temblorosa que no le había oído nunca:

—Es igual. Algunos días trabajo en la oficina de la iglesia mariana, en Boston. Forma parte de mi identidad falsa. En la semana del evento estaré en esa iglesia todos los días de nueve a cinco, sin excepciones. Da orden a quienquiera que esté trabajando contigo de que se dé una vuelta por allí y pregunte por mí. Estoy segura de que tienes a alguien trabajando contigo, a no ser que seas una idiota y una psicópata. No servirá de nada tenerlos como refuerzo si no establecen contacto conmigo. Me necesitan para acercarse a Viebury Grove, y no van a saber en qué momento exacto deben ir. Recuerda que no puedes llevar encima nada que sea metálico ni ningún dispositivo electrónico. Ni un GPS, nada. ¿Entendido? Y acuérdate de que tus compañeros no pueden irrumpir como una marabunta hasta que tengamos a los Espectadores en posición. Es crítico esperar al momento adecuado. No la jodas, Lisa. Cuando tus compañeros lleguen a la iglesia, eso será para mí la señal de que ya estás lista para ser secuestrada. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. —Ya se iba hacia la puerta, pero la interrumpí levantando una mano—. Espera. ¿Por qué Eminencia dice que yo soy un regalo? ¿Un regalo de quién? ¿De su hermana?

—Yo jamás te daría como regalo a nadie. Él cree que eres un regalo que le hace el universo, que es él mismo. Él es el más eminente, de manera que se hace regalos a sí mismo. Está como una cabra. Cualquiera otra persona habría cerrado todo este negocio después del viaje que hiciste tú a Shangai; en cambio, a él solo le sirvió para envalentonarse aún más. A ninguno de los Espectadores de pago les ha contado que tú fuiste a Shangai; porque si lo supieran, se replegarían. Así que nosotras vamos a aprovecharnos de su locura y de su avaricia.

—¿Quiénes son los Espectadores?

Velada dibujó una sonrisa.

—Esa es mi póliza de seguros, Lisa. Es lo que me asegura que tú vas a jugar a este juego hasta el final y pillarlos con las manos en la masa. Esa información me la reservo. ¿Vas a estar preparada?

Miré sus ojos azules y me pregunté si experimentaría algún alivio si le arrease un puñetazo para borrarle aquella sonrisita de la cara. Pero como no tenía activado ningún sentimiento, me limité a las cuestiones prácticas.

—Ya tienes las instrucciones, puedes irte —le dije.

Ella meneó la cabeza en un gesto negativo, se volvió hacia la puerta, salió y se fue a su coche.

«Adiós, Velada».

¿Quién hace esto? ¿Qué clase de delincuente medio tonto se fía de una hermana que hace de agente doble para que me pase información y luego espera hasta un día antes del gran evento para secuestrarme? Puede que Eminencia haya tenido en todo momento otra chica preparada para meterla en la pecera y, por lo tanto, le daba igual secuestrarme a mí, con lo cual yo era un mero extra. Un regalo que se hacía él mismo, o que le hacía el universo, o su hermana, o quién sabe.

Me recordé a mí misma que, fueran cuales fueran las demenciales intenciones de Velada, no tenían importancia. Lo que importaba era que yo estaba destinada a la pecera, que había otras chicas en peligro, que había varios hombres acaudalados participando que debían ser pillados con las manos en la masa y que yo debía estar preparada para solucionar aquello.

Me está resultando difícil aceptar el hecho de que Velada vivió enfrente de la mansión de piedra hasta hace un año, representando el papel de una falsa esposa llamada Carla. Y también el hecho de que Josi no tenga ni idea de esto. Eso sí que es tener una buena identidad falsa. «Otra identidad falsa genial, Velada. Siento desprecio por ti, pero tu audacia me intriga mucho».

No he hablado con Josi más que para decirle que debía girar a la izquierda o a la derecha, aunque no deja de acribillarme a preguntas. Me cuesta creer que este tío no tenga un puto teléfono. Conduce con las dos manos en el volante y lleva puesto el cinturón de seguridad. Me he fijado en que al entrar examinó y ajustó, con movimientos microscópicos, todos los espejos de su camioneta, uno de ellos situado en lo alto de la cabina. También se cercioró de que yo me hubiera puesto el cinturón antes de salir dando marcha atrás, y le habló a la camioneta en el momento de arrancar el motor:

—Cuida de nosotros, *Cassie* —le dijo al tiempo que acariciaba el salpicadero como si esa zona fuese la cabeza del vehículo.

Aprecio todos los esfuerzos que hace para reducir riesgos, hasta los que resultan ineficientes, de tan supersticiosos. Josi da la impresión de ser una persona llena de contradicciones, un rompecabezas.

Observo cómo se asegura, mirando en todos los espejos, de que puede adelantar a un coche que llevamos delante. Una vez que lo hemos adelantado y que vamos circulando exactamente en el límite de velocidad permitida, se gira hacia mí:

—Voy a seguir preguntándote hasta que me lo digas. ¿Por qué has alucinado tanto al ver la foto de mi mujer y la palabra «velada»?

—Me pareció conocerla, pero estaba equivocada. Sigue conduciendo.

—No te creo ni una puta palabra.

—No apartes la vista de la carretera.

—¿Qué pasa, no te gusta cómo conduzco?

—Agradezco que seas un conductor cuidadoso. —Esto es totalmente cierto, por eso no entiendo que me responda con una expresión tan rara en el rostro.

—Joder, muchas gracias —dice, meneando la cabeza en un gesto negativo y volviendo la vista a la carretera. Pero después añade en un tono más suave —: Gracias. Es que no quiero terminar siendo un montón de huesos en un accidente de autopista, como les ocurrió a mis padres.

—Entendido. Toma la siguiente salida. —Continúo con la vista al frente. Ya casi hemos llegado al laboratorio de mi padre.

Josi expele aire por la boca sonoramente, pero no le miro para saber qué expresión facial acompaña a ese bufido.

Ya estamos aquí, en el laboratorio de mi padre, un edificio que hace esquina con la Elm Street de Manchester, New Hampshire, sepultado y oculto por otros edificios más altos y por el hecho de que casi no tiene ventanas y está pintado de color arena. Su forma y su ubicación, un poco apartado de la acera, su color arena del desierto y su altura media; todo ello constituye un gran camuflaje urbano. Al otro lado de la calle está el Centro y Hotel de Conferencias del Centro de New Hampshire. Odio la falta de eficiencia del uso de la palabra «Centro» en el título; yo siempre lo he llamado el Hotel. El Hotel luce en la fachada una pancarta que da la bienvenida a los anticuarios al FESTIVAL DE ANTIGÜEDADES DE OTOÑO en letras mayúsculas de casi metro y medio de alto.

Josi se queda dentro de su camioneta negra de cabina blanca. Me dice que me esperará, como si fuera mi marido y yo me dirigiese a la farmacia a comprar unos antibióticos para Vanty y no a entrar en un laboratorio de vanguardia en el que los científicos estudian los efectos de la radiación en microdosis sobre tumores malignos.

El camuflado edificio de mi padre cuenta con unas medidas de seguridad excepcionales, dadas las normas del Departamento de Energía que han de cumplir los expertos que trabajen aquí para poder tener semillas de radiación, es decir, literalmente unas bolitas radiactivas del tamaño de un grano de arroz. Dichos granos deben contarse y notificarse tres veces al día, y por lo demás se encuentran estrictamente encerrados a cal y canto en lingotes de plomo. Este lugar sin duda constituye un objetivo para terroristas radicales, de modo que el sistema de seguridad es tan complejo y multicapa como el casino de la película *Ocean's Eleven*. Dicho sistema lo he infiltrado y penetrado yo solita, no me ha hecho falta tener otros diez miembros más en mi equipo, como George Clooney. Aficionados.

Se utilizan múltiples niveles de precauciones, porque esas semillas de radiación podrían dejarse olvidadas en el asiento de un coche y provocar un cáncer de culo a la conductora. Y muy rápidamente.

Yo no quiero tener nada que ver con esas semillas de radiación, yo busco otra cosa: mis dos discos más especiales. Un disco de audio de color carne, muy potente, más fuerte que todos los otros discos de audio que ya tengo en posición, y un disco emisor de señales, también de color carne. Un dispositivo que le mande una señal a Liu. He guardado esos dos discos de la manera más segura en el lugar más seguro que conozco de toda la Costa Este, con la intención de tenerlos así hasta el último minuto.

Hace un año birlé la llave del laboratorio a la socia de mi padre, la misma mujer pelirroja a la que él entrevistó en mi sede central de Indiana hace cinco años, la que yo llamé Geena Davis. Esa mujer no tiene la menor idea de esto, ya que está disfrutando de un período de vacaciones no remuneradas y se encuentra en Sudamérica explorando una pluviselva en busca de no sé qué ciudad perdida, una afición que tiene desde que leyó *Z. La ciudad perdida*.

Mi querido padre está con ella.

O eso pensaba yo. Ha debido de oírme llamar a la puerta, porque me abre para dejarme pasar. Está tan sorprendido de verme como lo estoy yo de verlo a él. Tiene los ojos enrojecidos, inyectados en sangre. Ha estado llorando. Me estrecha en sus brazos entre sollozos.

—Oh, Lisa, Lisa, Dios mío. Estás sana y salva. La policía te está buscando por todas partes. Oh, Lisa, no me puedo creer que hayan asesinado a tu madre. Que haya muerto. Oh, Lisa. ¡Y Barbara también!

«Mierda».

Hace un año, mi padre le reveló a mi madre que se había enamorado de Geena Davis. Yo me guío por los hechos, lo que entiendo son los hechos. Y si alguien me dice que trate a una persona como si se hubiera muerto, como un «ser querido que nos ha dejado», tal como hizo mi madre hace un año, lo más probable es que cumpla dicha orden de manera literal. No mantengo el amor activado hacia mi madre ni hacia mi padre, porque cuando lo activo me anula demasiado. Y cuando Nana, madre de mi padre, se enteró de lo que había hecho su hijo, ella misma me aconsejó que probablemente debería hacer caso a mi madre durante una temporada y mostrarle «lealtad y apoyo». Llevo un año sin hablar con mi padre.

Entro en el edificio y me apresuro a cerrar la puerta de su despacho, que queda bloqueada cuando entramos nosotros.

—¿Dónde está Geena Davis?

—Oh, Lisa, por favor. Tienes que dejar de llamarla así. Se llama...

—¿Dónde está?

—Aún sigue en Brasil.

—¿Y cómo es que no estás tú con ella?

Levanta las manos en el aire y empieza a pasear en círculos.

—Lisa, cielo, me alegro muchísimo de que te encuentres bien —me dice al tiempo que junta las manos en actitud de oración. Seguidamente se pone de cuclillas y, tapándose la cara con las manos, se echa a llorar—. Oh, Dios mío, tu madre. Y podrían haberte matado a ti. Oh, Lisa, no sabes cuánto te echo de menos. Oh, Lisa.

—Papá, ahora no tenemos tiempo para esto. ¿Por qué no estás en Brasil?

Solloza otro poco más. Cuando los sollozos empiezan a atenuarse, se lo pregunto de nuevo:

—¿Por qué no estás en Brasil?

Sin apartar las manos, murmura algo que no alcanzo a oír. Puede que haya empleado los términos «madre llamó» y «tu secuestro» en medio de otro puñado más.

—¿Cómo dices? —le pregunto.

Levanta la cara y me mira, todavía acuclillado. Me inclino hacia él para repetir:

—Papá, ¿qué es lo que has dicho?

—Que fui a casa porque tu madre me llamó para hablarme de una pista que estaba siguiendo y para decirme que había encontrado una conexión con tu secuestro.

—Así que tú...

—Así que, obviamente, Lisa, acudí a casa.

Nos miramos fijamente el uno al otro. Mi padre se incorpora.

—Hay más —me dice.

Afirmo con la cabeza.

—Acompáñame —me dice a la vez que entra en el Laboratorio 3. Es el mismo laboratorio en el que tengo escondidos mis dos cruciales discos; me preocupa que los haya descubierto y que me haga explicar lo que son, y que después intente desbaratar todo mi plan.

Vamos hacia un ordenador que hay a un lado, en diagonal con el armario que guarda mi alijo.

—¿Quién le pasó esa pista a mamá?

—Espera un momento —me contesta tecleando algo. Mi padre está dominando sus sentimientos, está volviéndose de acero. A lo largo de los años

le he visto hacer esto cuando trabaja. Puede explotar, pero de inmediato vuelve a concentrarse. Es una valiosa cualidad que he observado en él—. Mira esto —me dice.

En la pantalla hay un correo electrónico reenviado desde la cuenta personal, no la de trabajo, de mi madre. Me doy cuenta de que mi madre todavía no había cambiado su apellido de casada; el correo es de hace tres días:

Señora Yyland, ¿comprende ahora a qué me refiero con lo del juez Rasper? ¿Comprende ya por qué el Dentista le hizo lo que le hizo? Me sorprendió que el año pasado Rasper mencionase en su columna del *Boston Globe* el artículo que escribió hace varios años para la *Essex Law Review*. Metió la pata, esa es mi opinión. Y, como es natural, nadie vio la pista. Todos piensan que soy una analfabeta, una ilegal que no sirve para nada en el parque de atracciones de Velada. Puede que ese artículo del *Globe* la ayude a usted a atar cabos sin involucrarme a mí. Yo no tengo remedio. Pero mis chicas necesitan una oportunidad, yo ya no voy a poder seguir cuidando de ellas durante mucho tiempo. Es necesario pillar a esos hombres con las manos en la masa. Le ruego que divulgue esto.

VVVVIE

Doy un paso atrás. ¿El parque de atracciones de Velada? Esto podría encajar con lo que sé de ella. Pero también podría significar que aún sigue mintiendo. Además, este correo podría haberlo escrito cualquiera, hasta la propia Velada. O una inmigrante sin papeles de la mansión de piedra.

—¿Qué artículo escribió el juez Rasper para la *Essex Law Review*? —pregunto.

—Aguarda un momento, cielo. —Mi padre tiene la frente arrugada y respira con fuerza por la nariz. Se seca los ojos con la manga y dice—: Aquí está.

Vuelvo a acercarme a la pantalla.

—Ve directamente a la nota 39 del pie de página.

Voy a la nota 39 del pie de página.

39. Apuntes de entrevistas con reclusos traficantes, B. Rice (Indiana), T. Caldwell (Indiana), S. Renfeld (Tennessee) y C. Highsmith (Nuevo México), retenidos individualmente en archivo personal.

Brad Rice, el hombre que orquestó mi secuestro, y T. Caldwell, el médico capullo al que contrataron para que me asistiera en el parto de Vanty y me lo quitara. Esa minúscula nota a pie de página, tan solo unos renglones en letra más pequeña, sacada de un artículo que se escribió para una revista jurídica hace quince años, cuando el juez Rasper acababa de llegar a la judicatura tras haberse dedicado anteriormente a ejercer en bufete privado (eso es lo que dice

el resumen biográfico que aparece en la nota 1), esa nota a pie de página lo dice todo.

—Cuando hace tres días, estando yo en Brasil, me llamó tu madre, me leyó esa nota. Su teoría es que Rasper no estaba haciendo ninguna entrevista; había ido a controlar a los reclusos para asegurarse de que mantendrían la boca cerrada acerca de un negocio de más envergadura. La tapadera perfecta: un juez que está investigando.

—La teoría de mamá era acertada. Por eso la han asesinado.

—Oh, Lisa... —De nuevo se le contorsiona el rostro en un montón de indicadores emocionales.

—Es necesario que vayamos ahora mismo a tu habitación del pánico. Para eso he venido hasta aquí. Iba a esconderme en la habitación del pánico hasta que ya no hubiera moros en la costa. Aún no podemos fiarnos de nadie. El juez tenía contactos.

Si yo hubiera sabido que mi padre había cambiado su vuelo de regreso, cosa que cuando lo consulté todavía no había hecho, a estas alturas ya se encontraría en un lugar seguro igual que Lenny, Vanty y Nana. Debería llamar a Liu para ponerlo al corriente. Debería recuperar mis discos. Debería estar volviendo ya a Viebury.

—Está a punto de venir la policía para hacerme preguntas —me dice.

—No vas a responder a ninguna pregunta. No sabemos de quién podemos fiarnos.

Además, como todavía me encontraba bajo los efectos de la bomba nuclear que había supuesto el asesinato de mi madre, le mencioné a Eva el laboratorio de mi madre. De modo que, aunque no estuviera a punto de venir la policía para interrogar a mi padre, y aun en el caso de que todos esos policías fuesen inocentes, seguro que hay varios «guardias» del Círculo Central por esta zona preparados para recuperarme, esperando a saltar sobre mí.

—Muévete, papá. Vamos a esa sala. Ya.

—Lisa, esto es una locura. Espera un momento. Espera.

—No. Vamos. ¿Quieres acabar igual que mamá?

—Dios mío, Lisa, ¿cómo puedes ser tan...?

Lo miro a los ojos esperando a oír qué adjetivo va a utilizar, qué adjetivo voy a tener que buscar entre los que me ha enseñado Nana.

—Da igual, cielo. Tienes razón. Perdona. Tienes razón. Allí dentro estaremos seguros, y llamaremos a un abogado que conozco. Es una persona en la que podemos confiar. Si con eso vas a sentirte segura, lo haremos.

—Sí —le miento.

Vamos a la sala de seguridad que le obligué a construir en el sótano. Entra él primero, enciende las luces y el aire acondicionado y fija la temperatura. Observo el inodoro de acero inoxidable que hay en un rincón y las baldas todavía abarrotadas de latas de comida y garrafas de agua. En el congelador hay dos cajas de cartón llenas de barritas de chocolate, que se pusieron por si alguna vez también tuviera que encerrarme yo.

Cierro la puerta dejando a mi padre dentro y tecleo el código secreto que programé, el que deja a la persona encerrada en el interior de la sala y anula el teléfono. Esta habitación es a la vez un lugar seguro y una jaula. También está pensada para retener prisioneros. Lo irónico es que mi intención era venir aquí esta noche a coger los discos con mi madre, tras haberla convencido de que necesitaba que me acompañara, y dejarla encerrada en esta habitación del pánico. He colocado un temporizador especial en la puerta para que se desbloquee dentro de tres días, por si me sucede algo.

No sé si mi padre estará aporreando la puerta para que le deje salir, porque la sala está insonorizada. Y no instalé un monitor por fuera porque, francamente, esto es principalmente una habitación del pánico propiamente dicha y tiene la apariencia de una pared normal.

Cruzo de nuevo el blanco y el acero del Laboratorio 3 e inserto la tarjeta de Geena Davis en la cerradura de la taquilla. Clic. Cojo los dos discos que hay, me los guardo en el bolsillo de mis vaqueros, bien adentro, y me cercioro de que la camiseta gris que llevo puesta disimule el bulto. No tengo tiempo de hacer una llamada a Liu, y tampoco quiero arriesgarme; tendré que llamarle desde el club que ha mencionado Josi.

Regreso rápidamente a la camioneta de Josi a fin de ocultarme a la vista de cualquier posible matón que pudiera estar acechando en las sombras. Me toco los dos discos, planos y redondos, que llevo en el bolsillo del vaquero; están al fondo, bien sujetos.

—Arranca —le digo a Josi—. Rápido. Venga. Vamos a tu club.

Me miro las zapatillas deportivas de color morado que llevo puestas, unas zapatillas que eran de Velada, y me viene a la mente que Josi no tiene ni idea del peligro que corre en mi compañía, que no tiene ni idea de quién es «Carla», su «fallecida» esposa.

Se me hace raro reconocer que no me gusta esta falta de conexión entre lo que sé yo y lo que sabe Josi, descubrir que no me gusta que Josi no esté al tanto.

El club está a unos tres minutos de aquí, afirma Josi. Junto al río, en uno de los edificios antiguos de ladrillo. Se llama Club Bub y es un lugar de ocio, pero hoy va a servir para que yo efectúe una llamada a Roger Liu para informarle, y también para escondernos y cerciorarnos de que no nos sigue nadie. Si bien a mí no me importaría que me secuestraran en este momento, necesito asegurarme de que Josi quede a salvo.

«Todo resulta mucho más fácil cuando solo tengo que salvar mi propio pellejo».

Mientras vamos en el coche no detecto a nadie que nos haya visto, pero Elm Street está repleta de vehículos, con lo cual no puedo tener una seguridad del cien por cien.

—Josi, conduce haciendo maniobras imprevistas. Ve deprisa y da muchas vueltas, ve hacia el club por el camino más largo. Métete por unas cuantas callejuelas. Por esta vez no pasa nada si vas con menos cuidado.

—Entendido —me responde Josi—. Abróchate el cinturón. Venga, Cassie, cuida de nosotros.

Observo cómo se flexionan los músculos de su brazo tatuado cada vez que tuerce el volante para doblar una esquina. Mira constantemente todos los espejos, y cuando vamos rectos a veces palmea el salpicadero y dice: «Buena chica, buena chica».

Lisa Yyland: el Club Bub

Al ritmo de Raise Those Hands de R3hab & Bassjackers

—Vamos, vamos, vamos —le apremio a Josi en cuanto aparcamos en una zona sombreada al lado del Club Bub, el cual ocupa una esquina en la planta baja de uno de los ocho edificios alargados y de ladrillo, antiguos molinos, que se alzan junto al río Merrimack. Estos antiguos molinos son actualmente modernos espacios donde se puede comer e ir de compras. En el mismo bloque en donde está el club, el resto de la planta baja está ocupado por restaurantes y *boutiques*, y las plantas superiores están reservadas para arquitectos, interioristas y abogados.

Hace una noche de otoño más bien templada, varias personas han salido a fumar a la calle y están apoyadas contra la pared de ladrillo, vestidas con camisetas, las chicas con falda, sin medias y con sandalias. Por la puerta guardada por dos gorilas se filtra un estruendo que es una mezcla de un ritmo grave y machacón, gritos y rugidos, lo cual me informa que los clientes que hay dentro están disfrutando a base de bien del conjunto principal que actúa esta noche: Sons of Kalal. De pie ante este desatado y enloquecido tsunami, calculo que al entrar me encontraré con mujeres arrancándose la camiseta para enseñarle sus tetas rellenas al vocalista del grupo, al cual alguien, ayudándose de un megáfono, ha presentado como «¡Nuestro amigo el Monje, el único e irrepetible M. C. Capone!».

Josi me pasa unas gafas de aviador niqueladas al tiempo que rodea el capó de la camioneta y me dice:

—Póntelas para taparte las patas de gallo. Das la impresión de tener cincuenta años más que los pipiolos que hay aquí dentro.

—Tú tienes la misma edad que yo —replico. Lo sé porque en la camioneta le he cogido la cartera y he visto lo que pone en su carnet de

conducir.

—A lo mejor solo quería saber cómo te quedan las gafas de sol —contesta Josi en un tono irónico y distante que no alcanzo a descifrar. A lo mejor no sabe qué sentimiento escoger, si tristeza o miedo, a lo mejor está intentando decir algo oportuno. A lo mejor está haciendo un esfuerzo igual que el que hago yo cuando no me viene a la mente ninguna de las enseñanzas de Nana.

Pero esto es la guerra. Necesito un teléfono.

Me pongo las gafas de sol.

Al entrar nos encontramos con un grupo preocupante de verdad de seres humanos que dan saltos sin parar. Todos comparten unos con otros sudor y saliva, y me pongo a calcular el riesgo de contraer una mononucleosis o una infección por hongos. Un herpes simple a mi izquierda, unas verrugas genitales a mi derecha, una infección por estafilococos en la barra en forma de U que hay en el centro, y cuatro cepas de gripe en la cola del cuarto de baño, que tiene un único retrete. Un caso seguro de hepatitis C junto al escenario, con las luces estroboscópicas.

Gracias, o no gracias, a la licra negra, puedo distinguir la forma entera, con sus curvas y sus hendiduras, del sistema reproductivo de unas doce mujeres. Hasta este momento, dos chicos de «veintiuno» ya se han restregado la ingle contra mi «lindo trasero». Y eso que no he hecho más que rebasar a los dos gorilas de la puerta y todavía estoy en el vestíbulo.

—Ya tienes a los pipiolos encandilados —se burla Josi, pero en tono irónico, la misma actitud que viene manteniendo desde que mencionó la muerte de su esposa. Sin sonreír. Y eso que su cara, con ese hoyuelo, parece estar hecha para sonreír, como en las fotos en las que aparece con su «esposa». Oh, sí, Lisa es una tía buena —repito señalando con la cabeza a un tercer pipiolo que está deseando restregarme con su testosterona.

«Yo no soy carne de sótano».

Las gafas de aviador ocultan que llevo los ojos entornados. Busco un teléfono que pueda birlar. Tras examinar la pista de baile, abarrotada de gente, descarto la idea de arrebatárselo a una de esas chicas vestidas de licra: no les queda sitio para sus propios pubis, así que mucho menos para un teléfono que se pueda robar. Aproximadamente un 20 por ciento de los presentes lo llevan en el bolsillo de atrás, y la mitad de ellos asoman por fuera.

—¡Eh, eh, oídmelos todos! —chilla el Monje desde el escenario—, el Amo Josi está en el local. ¿No le apetece subirse a este puto escenario conmigo y hacer unos pases?

«Pero ¿qué manera de hablar es esta?».

Josi responde a la llamada con la primera sonrisa auténtica que le he visto esbozar (he hecho una lista de todas), lo cual me resulta de lo más inesperado. Apago la chispa de emoción que me provoca inundándola con un baño de odio. Josi se abre paso entre la vibrante multitud para llegar hasta el escenario. Me quedo sola.

La batería electrónica emite un fuego de ametralladora y varios repiques rápidos, seguidos por un fuerte cañonazo de trompeta y tres *riffs* de guitarra eléctrica, acompañados de varias notas de una guitarra acústica que toca Josi, lo cual es otra sorpresa. A continuación Josi y el Monje se lanzan a cantar a dúo un tema que habla de teorías de la conspiración y personas con lavados de cerebro que viven como borregos. Al igual que en el laboratorio de Josi, huele a marihuana, y además a sudor y a vapor.

Cuando estoy en mi sala de entrenamiento con la pecera, suelo escuchar música *hardcore* y *hip hop*, y también clásica, que altera la mente, de modo que sé apreciar las pasiones que es capaz de generar este tipo de música. Siento que mis músculos saltan siguiendo el ritmo, movimientos de defensa personal que he estado ensayando con melodías como esta. Tengo a mi alrededor a varias personas que, al bailar, se me van acercando y me rozan la piel. Hago un esfuerzo para reprimir el impulso de encogerme para que su sudor no se mezcle con el mío, y al final llego a la conclusión de que es mejor mezclarse. Me pongo a perrear y a restregarme el trasero con otro trasero que quiere restregarse conmigo. Puede que cuando entré en este local diera la impresión de ser una jirafa vieja en un estanque de pirañas, pero la piraña soy yo y esto es un estanque de lo más timorato. La gente está lanzando vítores.

De pronto veo frente a mí a mi presa: una morena que debe de querer aparearse con el Monje, a juzgar por el modo en que se contonea para llamar su atención y por cómo le señala. Y obtiene su recompensa, porque el Monje hace una pausa en la estrofa que está cantando, como si quisiera crear un momento de suspense en la canción, la señala a su vez, le guiña un ojo y dice:

—Esto se lo dedico a mi chica de los *leggings*.

La chica de los *leggings* lanza un chillido y también le guiña un ojo, una señal que en su baile del cortejo sirve para sellar el pacto de que esta noche van a tener relaciones sexuales. De improviso le arrebató el teléfono que lleva colgando del trasero y me voy hacia la salida de incendios, donde parece haber un decibelio menos de ruido, para llamar a Roger Liu.

Estoy en el rellano de la escalera de incendios. Arrojo al suelo las malditas gafas de sol que me ha dado Josi, y se hacen pedazos al estrellarse contra el hormigón. Necesito una agudeza visual del cien por cien. O, como

mínimo, la máxima agudeza visual que puedan proporcionarme mis ojos humanos y los neurotransmisores que recorren mis nervios occipitales.

Por encima de mí, a unos siete metros y medio, en la pared de ladrillo del hueco de esta escalera, hay una manguera para incendios enrollada. La rueda en la que va montada está atornillada a la pared, cerca del techo de hojalata, y a la boquilla metálica se accede mediante un gancho de hierro que cuelga a un costado de ella. El Club Bub debe de haber montado la manguera ahí arriba para que a la masa de personas llenas de virus que bailan en la pista no se les ocurra hacer alguna gracia con ella, como desenrollarla para divertirse o dejarse llevar por algún impulso derivado de los desenfrenados contoneos en busca de sexo. También puede deberse a que, como aquí, en la escalera de incendios, estamos por debajo del nivel del suelo, la fuente de agua está más alta. Además estamos en la orilla del río, de modo que han puesto la manguera ahí arriba para casos de inundación. No tengo ni idea, y me da igual. Sin embargo, un sexto sentido me empuja a inspeccionar esa manguera y, más concretamente, su necesario accesorio: un largo gancho de hierro que cuelga en vertical sobre la pared de ladrillo.

Doy mentalmente las gracias a la chica de los *leggings* por no haber bloqueado su teléfono.

Estoy empezando a marcar el número de Liu cuando de repente irrumpe Josi en mi silencio. No he oído que dejase de cantar. Llega como una tromba, choca conmigo, y hace que el teléfono de la chica se me caiga de la mano. Queda aniquilado. Los pedazos del teléfono destrozado y de las gafas de aviador forman un mosaico de escombros mixtos sobre el suelo de hormigón, que no deja de sacudirse con la música.

—¡Cuidado! —vocifera Josi.

Dos individuos vestidos de negro de arriba abajo están abriéndose paso entre la multitud y se nos acercan. Son los mismos tarados de Viebury Grove, los que me metieron en el camión de gallinas y me ataron las manos en el granero: Perdedor 1 y Perdedor 2.

Entonces agarro el gancho de la manguera y lo inserto en el tirador de la puerta justo a tiempo. Los Perdedores 1 y 2 tiran desde su lado. El mango del gancho de hierro rebota y golpea contra la pared de ladrillo y la puerta metálica, el ritmo de la música y la percusión de la batería hacen vibrar el suelo, el estruendo de la multitud gritando y chillando forma nubes sonoras con forma de champiñón: un remolino acústico en esta salida de incendios. «Ruido. Un maravilloso ruido electrónico. Un recurso».

—¡Corre! —grito señalando la puerta que conduce al exterior—. ¡Yo te sigo!

Pero Josi no se mueve del sitio.

—¡Vamos! ¡Vamos!

Abre la puerta que da a la calle, sube por el hueco de la escalera y me espera fuera. Durante un momento estudio la posibilidad de dejarle que huya y permitir que los Perdedores me alcancen, pero vuelvo a asomarme por la mirilla y veo que los Perdedores se dirigen de nuevo hacia la salida, presumiblemente para dar la vuelta y atrapar a Josi. Y necesito tener la seguridad de que Josi se encuentra a salvo, de modo que me lanzo y salgo por la puerta de atrás.

—¡Corre! —le chillo a Josi sin detenerme.

«Vamos, vamos, vamos...».

Los dos echamos a correr como locos.

Ya hemos recorrido varias manzanas, y volvemos a estar cerca del camuflado edificio de mi padre. A estas alturas, los Perdedores 1 y 2, entrenados como misiles para seguir un rastro de calor, están un tanto rezagados, pero van ganando terreno. Me palpo los discos que llevo en el bolsillo; ahí siguen.

—En el hotel de conferencias, mira, hay una puerta abierta. Vamos a refugiarnos ahí —me dice Josi.

«El Hotel».

Voy detrás de él. Es mucho más rápido hacer esto que ponerme a intentar entrar en el edificio de mi padre con la tarjeta llave. Además, no quiero que los Perdedores se acerquen a mi familia.

Por dentro, es un típico hotel de conferencias. Tenemos dos rutas para elegir: tomar un pasillo que lleva a todas las salas de conferencias o bien continuar en línea recta, girar y cruzar por delante de la recepción. Nos encaminamos hacia las salas de conferencias, las cuales, al aproximarnos, veo que están todas unidas en un salón gigantesco en el que hay cubículos y cubículos de antigüedades, una tremenda variedad de cosas: armarios pintados, aparadores, una innumerable cantidad de sillas de madera, vitrinas de cristal que contienen obras de arte primitivas y tradicionales, arcones, más arcones, alfombras y colchas. Con todos estos objetos, igual que ocurría en el desván que tenía Nana en Savannah, lleno de cachivaches adquiridos en mercadillos a lo largo de los años, disponemos de numerosos sitios donde escondernos.

Me viene a la memoria la pancarta que vi desplegada en la fachada del Hotel cuando aparcamos frente al edificio de mi padre, que decía: FESTIVAL DE ANTIGÜEDADES DE OTOÑO. Y al volver a acordarme de mi padre me estremezco al pensar que si los Perdedores han dado conmigo ha sido porque yo le comenté a Eva que tenía que venir a Manchester.

Oigo a Perdedor 2 entrar por la puerta lateral. Asomo la cabeza por la puerta del salón para otear el pasillo y lo veo buscándonos; lleva un arma y habla dirigiéndose a su muñeca, supongo que diciéndole algo a Perdedor 1.

Imagino que el recepcionista del hotel encargado del turno de noche estará dormitando o entregando todas sus ondas cerebrales a publicar fotos de sí mismo en Facebook, porque ni oigo ni siento que a nadie de los que trabajan en este mustio garito le importe un comino que alguien penetre ilegalmente por esa puerta lateral. Ni el hecho de que estemos nosotros aquí, entre todos estos tesoros antiguos. Si yo fuera a alquilar este espacio para organizar mi Festival de Antigüedades, plantearía serias preocupaciones acerca de la falta de seguridad.

El salón de conferencias está oscuro a excepción de unos parches de luz roja anaranjada que rodean los indicadores de las salidas. Dicha luz apocalíptica se filtra en los grises apagados de los cubículos. Para pintar esta escena yo usaría carmesí, mandarina, amarillo, azul grisáceo, negro y blanco.

Empujo a Josi hacia delante.

—Escóndete —le susurro.

Al pasar cubículos andando de puntillas me voy fijando en muchas cosas. Muchos recursos, y anoto varios de interés en mi plan de escape *ad hoc* y *ad lib* que va creciendo rápidamente. Josi y yo nos escondemos en el cubículo de un rincón, pintado de un tono rojo colonial. Hay una muñeca de porcelana del tamaño de un niño pequeño que tiene la cabeza llena de calvas y que nos mira con sus ojos redondos desde una silla de bebé de madera de roble. Bajo sus manos de porcelana hay un cuchillo de pequeño tamaño posado en la bandeja de la sillita. Tiene el dedo meñique roto.

«La primera muñeca que tuve yo fue Vanty, y salió perfecto. No fue necesario ensayar».

Esperamos.

Aguantamos la respiración.

Esperamos.

De pronto, Perdedor 2 irrumpe violentamente en el salón abriendo la puerta de golpe y entra. Detrás de él viene Perdedor 1.

—¡Lisa, sabemos que estás aquí! —exclama Perdedor 2.

«Y que lo digas».

—Estás acorralada. Se acabó el tiempo —sigue diciendo el imbécil de Perdedor 2.

—Josi —susurro—. Cruza este pasillo y escóndete ahí enfrente. Vamos.

Josi se agacha, cruza el pasillo sin hacer ruido y se esconde entre dos grandes aparadores.

Yo me quedo de pie enfrente, en una zona en sombras, con el cuchillito que acabo de quitarle a la muñeca. Si uno de los Perdedores atraviesa la línea de nuestra sombra, pasará de largo sin vernos o bien nos verá y sufrirá el ataque de ambos por los laterales. Su primera reacción no será la de disparar, porque yo soy un botín muy lucrativo para él, y si me matan, su jefe del Círculo Central los matará a ellos. De hecho, son tontos al ir armados. Se gire hacia el lado que se gire, ya sea hacia Josi o hacia mí, Josi o yo estaremos en posición y saltaremos para golpearle con nuestra arma en la espalda o en el cuello. Estoy intentando transmitirle este plan a Josi telepáticamente estableciendo contacto visual con él. Hay que joderse, la de personas en las que tengo que confiar en esta peripecia.

Una vez más contemplo la posibilidad de quedar al descubierto y dejar que los Perdedores me capturen, tal como tenía planeado. Pero tengo que cerciorarme de que Josi, un civil, logra escapar. Y no me fío de que si salgo al centro de este pasillo él no haga lo mismo. Continuará entrometiéndose en mi vida.

Perdedor 1 empieza a avanzar por el primer pasillo, a ocho cubículos de donde estamos nosotros. Perdedor 2 empieza a bajar por nuestro propio pasillo. Va andando despacio, apuntando con el arma a las sombras de los diferentes cubículos. Le grita algo a un indio tallado en madera, hasta que enfoca la vista. Continúa avanzando. Ya está a cinco cubículos de aquí. Josi permanece acucillado y escondido en su sitio, entre dos altos aparadores. Yo estoy con el cuchillito en la mano, preparada para rebanarle el cuello a ese Perdedor cuando lo tenga cerca, o para clavárselo en la espalda si intenta hacer daño a Josi. Esta hoja gruesa y negra fue forjada por un herrero auténtico en el fuego de la fragua, hace mucho tiempo.

Perdedor 2 se encuentra ya a tres cubículos de nosotros. Perdedor 1 todavía está en el primer pasillo.

—Lisa —exclama—, se acabó el tiempo. Deja de esconderte.

Es el que más lejos está de la puerta de salida, que se encuentra situada justo al final de nuestro pasillo.

Perdedor 2 irrumpe en el centro de la línea visual que me une a Josi, y ahora es cuando me percató de que Josi está mirando fijamente una regleta de enchufes que hay junto a su pie izquierdo, debajo de las patas en forma de garra del aparador que tiene a su izquierda. Observo que recorre con la mirada un cable alargador que hay enchufado en ella, y yo hago lo mismo. Desde donde yo estoy, en la dirección del cable, y varios cubículos más allá, al final de nuestro pasillo, veo varios aparatos eléctricos que podrían estar conectados a ese alargador: lámparas dentro de los cubículos, un estéreo, un ventilador de gran tamaño y un altavoz en lo alto de un poste. Pero hay otro aparato más enchufado a esa regleta, y observo que la mirada de Josi recorre otro cable fino y de color marrón que sube por un costado del aparador de su izquierda y va hasta uno de esos altavoces pequeños que había antiguamente, que descansa sobre una balda del aparador, más o menos a la altura del pecho.

De pronto Josi se incorpora para salir de su escondite, pero permanece en su lado del pasillo. Ello hace que Perdedor 2 se gire hacia él y me dé la espalda a mí. Veo que ahora el interruptor de la regleta está encendido, lo que indica que Josi lo ha pisado con el pie antes de incorporarse. En cambio, el ventilador no se ha puesto en marcha. Y el estéreo tampoco. Ni ninguna de las lámparas. Es posible que sea necesario encender alguno de esos objetos, pero también es posible que el único que está enchufado al alargador sea el altavoz en lo alto del poste.

Me incorporo muy despacio, asiendo con fuerza el cuchillito, y observo el semblante de Josi.

Veo que aprieta el botón del altavoz del aparador con el codo. Y aunque sus labios no se mueven, sí que oigo su voz, en un tono agudo, proyectada por el altavoz que hay al final del pasillo:

—Estoy aquí, estoy aquí... —dice como si fuera una voz de chica.

En cuanto Perdedor 2 se vuelve hacia ahí, obviamente confuso, Josi agarra el altavoz del aparador y descarga un golpe seco en la sien de Perdedor 2, y no esperamos a ver cómo se desploma en el suelo.

Echamos a correr.

Rápidamente salimos del edificio sin mirar atrás. Echamos a correr de nuevo. Huimos por una calle lateral que no está iluminada, y justo en ese momento oigo abrirse de golpe la puerta del hotel y a los dos matones llamándonos a voces. Estoy casi segura de que no han visto hacia dónde hemos huido. Pero seguimos corriendo de todas formas. Y aunque vamos con la lengua fuera tengo que comentar, porque lo admito, que me ha dejado

intrigada que a Josi no le haya entrado el pánico y que haya aprovechado objetos sencillos que tenía a su alrededor. Además, se ha servido del sonido.

—Te has valido de una distracción empleando el sonido. Y con ventriloquia. Impresionante.

Josi se vuelve hacia mí sin perder ni el paso ni el aliento:

—Qué puedo decir, soy músico. Se me da bien mover la boca. —Es posible que me haya guiñado un ojo.

«Josi es simplemente una herramienta de mi arsenal. Nada más».

—Uf —exclama. Se vuelve para mirar y da un salto, y yo doy otro, pero detrás no hay nadie, no nos persigue ningún Perdedor—. Ajá, así aprenderán —dice Josi sin dejar de correr.

Ya estamos lejos y hemos rebasado varias esquinas de edificios, y no veo que nos persiga nadie; de todas formas seguimos corriendo con todas nuestras fuerzas.

—¡Joder! —exclama Josi, y me doy cuenta de que va lleno de adrenalina.

Esta es la cualidad que a veces muestra Lenny y que mi mente encuentra atractiva en determinado nivel químico medible, este desenfreno, este huracán emocional incontrolable e imprevisible de felicidad en colisión con la cólera. Como la bella catástrofe que es la naturaleza. Lo contrario de mí. Sin domar.

—¡Uf! —dice Josi ya sin resuello, aunque continuamos corriendo muy deprisa y los corazones de ambos deben de estar latiendo casi al máximo de pulsaciones por segundo.

Josi se siente sumamente orgulloso. Estoy impresionada. Continuamos corriendo. Él mantiene el ritmo. Y aquí es donde veo mi momento, mi oportunidad para decírselo. No va a haber un momento mejor que este, ahora que estamos huyendo para salvar la vida, en dirección a la oscuridad de la orilla del río, en una templada noche de otoño, ahora que Josi corre avivado por una pasión que soy capaz de reconocer pero no de experimentar. Necesito decirle la verdad de su vida porque detesto las imprecisiones y a las personas que se creen las noticias falsas. De igual modo que me irrita que Velada lleve tatuada en la mano, en mi honor, una sosa e inexacta mariposa negra en vez de la compleja polilla luna.

—¿Intentabas vengar la muerte de tu mujer Carla —le digo— hiriendo con un taladro a una de las personas que pensabas que la habían asesinado?

—Ya lo creo que sí —responde entre bufidos.

Se le ve capaz de mantenerme el ritmo a mí, pero yo no voy jadeando como él. Me vuelvo un instante para comprobar que los Perdedores no nos siguen, y como ya no veo a ninguno de los dos, dejo de correr y me escondo

bajo la sombra de un árbol grande. Josi da diez zancadas más antes de percatarse de que no voy a su lado. Aminora y regresa.

Junto a nosotros se abre un estrecho callejón que discurre entre dos bloques de pisos. Me giro de forma que a él no le quede más remedio que mirarme de frente, en la entrada del callejón.

—Retrocede un poco y métete en el callejón —le digo.

—¿Por qué?

—Tú hazlo. Tengo que preguntarte una cosa.

—¿Precisamente ahora?

—Sí, ahora. Métete en el callejón.

Hace lo que le ordeno y se queda frente a mí.

—¿Cuánto tiempo hacía que conocías a Carla antes de casarte con ella?

—Un año.

Echo un vistazo a mi derecha para ver si han aparecido los Perdedores. Estoy al descubierto, pero protegida por la sombra del árbol. Josi sigue frente a mí, metido en el callejón.

—Da otro paso atrás —le digo.

—Lisa, tenemos que irnos. Tenemos que volver a *Cassie*.

—No conocías a tu mujer de antes, ¿verdad? ¿Apareció de repente, sin más?

—No, no la conocía de antes. ¿Qué cojones es esto?

—¿Fue ella la que se acercó a ti?

Josi sacude la cabeza, fingiendo sentirse perplejo por mi pregunta pero reflexionando de todos modos la respuesta.

Espero.

—Sí. ¿Y qué? Se acercó a hablar conmigo en una librería.

—¿Por aquel entonces ya eras el dueño de la casa de Viebury?

—De hecho acababa de heredarla. ¿Y qué más da eso? ¿Qué importancia tiene?

—Tu mujer es Velada. Ella misma escenificó su muerte, y te utilizó para hacerse con una identidad falsa. Creo que estaba espiándote para ver cuánto sabías y cuánto te importaba lo que estaba sucediendo en la mansión de piedra, y/o únicamente buscaba una buena identidad falsa, es decir, la de una mujer casada, joven y guapa que vivía en Viebury. Velada está ayudando en la gestión de ese parque de atracciones que tienen montado dentro de la casa de piedra. Te tendieron una trampa. Tú posees la casa perfecta.

A Josi se le doblan las rodillas. Apoya las manos en ambas paredes del callejón.

—¿Cómo? —exclama lleno de señales de cólera, como si la que le hubiese tendido la trampa hubiera sido yo.

Estoy tranquila, porque estoy diciendo la verdad.

—Yo tuve un encuentro con ella hace un mes. Te engañó. Te utilizó. No está muerta. Es una mentirosa.

—Pero ¿quién cojones te crees que eres? Mi mujer está muerta. ¿Cómo te atreves? Está muerta. El forense dijo que había sido... —Entorna los ojos como si acabara de darse cuenta de que existen varias lagunas en su análisis.

—En esto hay metidos varios jueces. Y policías. ¿Crees que no le pagaron al forense, o le sobornaron, o lo que fuera, para que dijese lo que ellos querían? Esto lleva años funcionando. Son expertos.

—¿Y de quién era el cadáver, entonces? —Josi calla un instante—. Espera, espera —dice, bajando la voz. Susurra mirando hacia el suelo, va aceptando la realidad más deprisa de lo que yo esperaba, posiblemente porque ya había sospechado algún detalle por sí mismo—. El cadáver podría ser de cualquier chica —dice dirigiéndose a mí, como si necesitara convencerme. Me está mirando, pero creo que no me ve.

—Podría ser el de una fugitiva. El de cualquiera —confirmo yo.

Musitando para sí mismo, Josi repite frases incompletas que yo voy conectando mentalmente: «Sobre los restos de la chica pusieron la camiseta y la pulsera de Carla. Para confundir a todo el mundo. ¿Carla me engañó?».

Es ilógico no aceptar que Velada mintió y engañó a Josi. Carla es Velada, y le dio el pego a Josi. De modo que voy a seguir insistiendo para que Josi lo acepte. Necesito que se vaya de aquí dentro de poco.

—¿Llegaste a conocer a su familia?

—Me dijo que no tenía familia, que se había escapado de casa.

No digo nada.

Josi baja la vista al suelo, y cuando vuelve a levantar el rostro hacia mí detecto movimiento a mi derecha. Josi no puede verlo porque está demasiado metido en el callejón. Los Perdedores vienen para acá.

—¿Qué ocurre ahí fuera? ¿Qué has visto? —me pregunta, pero en tono enfadado. Se incorpora para ponerse de pie, apoyándose en las paredes para hacer fuerza, y da un paso hacia la entrada del callejón.

—Alto —le digo en tono tajante—. Si te ven, estoy muerta.

Esto no es verdad. El muerto será él, pero sospecho que en este preciso instante no le importa gran cosa su propio pellejo. Tengo que manipular lo que estoy percibiendo en él: el impulso emocional de proteger.

—Pero ¿qué cojones ocurre ahí fuera? ¿Qué es lo que estás viendo?

—Nada. Tenemos que separarnos. Vete, huye por el callejón y escóndete. Estando juntos corremos peligro los dos. Escóndete y no salgas a la calle en dos días. ¡Vamos!

Aunque me cuesta trabajo verle los ojos a causa de la oscuridad, sí puedo distinguir que le brillan de furia. No sé qué está sintiendo ni qué está pensando.

—¡Vete! —chillo.

Retrocede a toda prisa, se vuelve, meneando la cabeza en un gesto de negación, y, antes de perderse callejón adelante, me dice:

—Eres una puta mentirosa. Carla no me engañó. A la mierda todo esto, lo dejo. Buena suerte con lo que te traigas entre manos.

Lo veo desaparecer en la oscuridad. Entretanto, saco los dos discos del bolsillo y me quito la zapatilla del pie derecho. Levanto la lengüeta protectora de los discos que cubre la banda impregnada con el fuerte adhesivo y me los pego en la planta del pie. Me calzo de nuevo la zapatilla, compruebo que Josi se ha perdido totalmente de vista, salgo de debajo del árbol y voy hacia un punto iluminado que hay en la parte de atrás de uno de los bloques de apartamentos. Ahí me quedo quieta y con las manos en alto, como si estuviera exhortando a una multitud a que se inclinara ante la cruz.

—¡Venid a por mí, cabrones, ya estoy preparada! —les grito.

Los dos tarados echan a correr hacia donde estoy yo. Perdedor 1 se saca del bolsillo de atrás la varilla detectora de metales especializada y me la pasa por todo el cuerpo. De nuevo emite un pitido al llegar a mi pie derecho.

—Es otra vez el dedo del pie. Vámonos —dice Perdedor 2.

Allá vamos, pues. Estoy preparada para que me secuestren, así que me secuestran.

Lisa Yyland: el entrenamiento de rosa

*Podemos atraparlos,
podemos zarandearlos,
podemos acabar con ellos.*

*SONS OF KALAL, canción:
How Low They Are (feat. APESHIT)*

A esto lo llaman «spa». Una estancia rectangular y sin ventanas ubicada en el sótano de la mansión de piedra de Viebury Grove. Unas paredes de bloques de hormigón, pintadas con varias capas desconchadas de un lóbrego tono marfil. Estoy sentada en un sillón de pedicura, y a mi lado tengo a Rosa sentada en otro. Ambas tenemos delante los útiles de pedicura, solo que no hay ninguno, excepto una caja de limas para las uñas. En un rincón hay una camilla de masajes, plegada, junto con dos sillas plegables. El extremo de esta estancia rectangular está oculto por una cortina de color azul, detrás de la cual se almacenan varios paquetes de toallas de papel.

Por lo demás, parece ser que se han llevado todos los objetos que yo hubiera podido emplear como recursos.

Después de que los Perdedores me trajeron de vuelta a Viebury, fui encerrada con llave en una estancia en la que no había nada más que un saco de dormir. Me quedé ahí dentro durante esa primera noche, todo el día de ayer y la noche pasada. Cuando me metieron dentro me dieron un cubo, un paquete de pan de molde y una botella de agua, y me dijeron que me quedaba sola.

Esta mañana me han ido a buscar y me han bajado a este cuarto del sótano con los sillones de pedicura. Y luego han traído a Rosa. Hoy es el día D.

Se supone que debo «estrechar lazos» con Rosa, quizá pintándonos las uñas la una a la otra. Sin embargo, lo único que he hecho ha sido entrenarla.

Rosa tiene un nombre, Rosa es una fugitiva. Rosa es la chica que daba gritos en la cabina de aquel camión de gallinas. Rosa tiene el cabello negro y rizado y unos ojos castaños con motitas doradas. Está sentada en su sillón de pedicura con la respiración agitada, descansando de nuestra última tanda de ejercicios. Llevamos cuatro horas practicando.

Rosa podría ser Christine, Amy, Masie o Molly. Podría ser Dorothy. Dorothy M. Salucci. Podría ser Melanie, Candy o Cubo. No importa el motivo por el que Rosa se ha convertido en una fugitiva, como tampoco importan los motivos de las otras chicas. Rosa podría ser negra, hispana, blanca, asiática, de la Europa del Este, griega. Podría ser de todas las razas, mezcladas en un amasijo de ADN. Rosa podría ser alta. Podría ser baja, o mediana, o rara. Rosa podría ser una drogadicta, una estafadora, una inocente, una enferma o todo eso junto. Rosa tiene casi siempre entre trece y diecisiete años, está huyendo de una infancia que no ha sido infancia, sufre por algún motivo y desde luego padece un trauma emocional. A Rosa su madre no le inyectó autoestima en grandes dosis, como hizo la mía conmigo. Rosa podría ser una adolescente normal, con un lóbulo frontal todavía en desarrollo, que ha cometido un tonto error.

Cuando la secuestren, recién salida de las calles, Rosa se creará todo lo que le diga su secuestrador, siempre que le proporcione un techo, cama y comida. Rosa quiere pelear, pero no puede, le faltan recursos, apoyo y otra cosa que debería haber tenido: una infancia que le ofreciese la oportunidad de buscar otras alternativas. En ocasiones nuestra Rosa, que podría ser cualquier chica, cualquiera, es secuestrada e inmovilizada, drogada y apaleada, retenida contra su voluntad y amenazada. De modo que se queda enganchada en la vida de los bajos fondos, condenada a exhibirse en minifalda en las esquinas y en moteles baratos, para satisfacer al tipo que la mantiene, a su chulo armado con una pistola, que le recuerda que la quiere, después de darle una paliza, y que una vez al mes la lleva a cenar después de haberla obligado a que le coma la polla para demostrar que no le gustan más las pollas de sus clientes.

Mientras me preparaba para este día, he entrevistado a varias decenas de víctimas del tráfico de seres humanos en casas de acogida de todo el país. Y la historia es siempre distinta en los detalles, pero la narrativa es la misma. El argumento es el mismo. Con los mismos ciclos de malévola bondad tras la agresión física.

Generalmente, el chulo mantiene a Rosa enganchada a las drogas, y de ese modo la tiene controlada. El público podría decir que es una puta. Todo el mundo ha visto a Rosa, la puta. Rosa está por todas partes. Hasta en los

encantadores centros comerciales de las afueras. Está allí, paseando entre las furgonetas de los repartidores o junto a los cubos de basura de la cervecería de la esquina. Rosa no se acerca a la mamá de labios pintados de rosa que va en su Volvo vestida con su sudadera de marca color pastel, pero a lo mejor le gustaría. A lo mejor le gustaría sentarse en el asiento de atrás, al lado de los rollizos hijos de esa mujer, como si fuera uno de ellos, y pedir que la llevaran a un centro de planificación familiar para curarse una enfermedad de transmisión sexual. Seguramente el público la despreciaría por ser una prostituta rastrera, un ser asqueroso. Seguramente las esposas la acusarían de destrozar matrimonios. De transmitir enfermedades. De constituir una plaga para la ciudad. Algunas dirán que la propia Rosa ha escogido esa vida, que ofrece su sexo a cambio de dinero y de drogas. Pero se equivocan. Ella es Rosa. Es una niña.

Da igual el motivo por el que Rosa ha huido. Rosa podría ser rica, pobre, inmigrante, documentada, indocumentada, norteamericana, guapa, fea, o pasearse oculta bajo una máscara de perfección. No importa. No importa. Rosa es un ser humano. Y ese ser humano podría haber sido educado para el bien de la sociedad, o por lo menos para su propio bien, para su propia trayectoria personal. Y como a mí no me gusta malgastar recursos, y dado que sufro la enfermedad de ser leal a mi querida Dorothy, y que he sido programada por Melanie para salvar a estas otras chicas, para otorgar un valor a su muerte violenta, tengo amplios motivos para ayudar a todas las Rosas, a vengar a todas las Rosas. Dorothy es Rosa. Melanie es Rosa. Sin embargo, yo no soy Rosa; yo soy simplemente un arma en la guerra que se está librando por ellas.

Esta exacta Rosa que tengo delante, esta Rosa de cabello negro y rizado y ojos marrones, fue secuestrada hace tres días, había huido solo tres días antes y pensaba que la estaban invitando a formar parte de una *troupe* de modelos que iba a viajar a Los Ángeles, un plan que le ofreció un individuo que se le acercó en un centro comercial. Zas. Así, sin más. Una forma de actuar de lo más habitual. La madre de Rosa, madre soltera, le prohibió que se fuera porque lo consideró una insensatez, y, naturalmente, Rosa la desafió: se escapó pasadas las doce de la noche después de que su madre, agotada de tanto trabajar, se hubiera quedado dormida en el sofá con un cenicero lleno de colillas en el suelo, debajo de la mano, y una botella de ron tirada en la alfombra.

Rosa fue ingenua y la engañaron. Tiene dieciséis años. Es virgen. Ha sido elegida para que desempeñe el papel de víctima de una violación perpetrada

por Eminencia en el espectáculo de la Pecera de las Langostas. Después de eso, tienen la intención de engancharla a la heroína y vender su cuerpo una y otra vez, si es que sobrevive.

El esfuerzo realizado hoy, si el plan tiene éxito, apenas hará una ligera mella en el tráfico de personas que se desarrolla en el mundo entero, pero es un principio, y eso ya vale mucho. Hay que ir poniendo un ladrillo detrás de otro. Un rompecabezas se va montando pieza a pieza. Las mafias de traficantes se desbaratan de una en una. Hay que seguir adelante. Y nunca, nunca, nunca rendirse. Nunca.

En este preciso instante, un ser humano verdadero llamado Rosa, que verdaderamente se llama Rosa, está sentada a mi lado en un sillón de pedicura, en un *spa* ubicado en el sótano de la mansión de piedra de Viebury Grove. Ayer la tuvieron escondida en un desván por aquí cerca, no sabe dónde, pero cree que posiblemente fuera en un campo de golf. Antes de eso la tuvieron retenida en otro sótano del estado de Maine durante una noche, después de secuestrarla en la estación de tren de Braintree, que fue donde le dijeron que iba a recogerla su contacto para la *troupe* de modelos. Rosa quiere irse a su casa.

Lo único positivo en este momento es que Rosa tiene energía combativa en la mirada y posee un cuerpo fuerte y compacto y unos muslos muy tonificados gracias a que corre los cien y doscientos metros lisos con su equipo de atletismo. Puedo aprovechar esos recursos. Si es que consigo que confíe en mí. Tengo que darle a escoger. A ninguna de las dos nos servirá de nada esto si ella no se compromete plenamente. Si las cosas se tuercen, una de las dos morirá, o moriremos las dos, o morirá una y la otra se quemará en un baño de lejía.

Voy a darle a Rosa la opción de echarse atrás. Pero le prometeré, y tengo la plena seguridad, que si confía en mí será ella la que atrape a estos cabrones. Será ella la que tenga en su mano el poder de hacerlo, y los aplastará.

—¿Lista para intentarlo otra vez? —le pregunto.

Ya llevamos nueve horas encerradas juntas en este cuarto, pero no estamos maniatadas. Perdedor 2 monta guardia al otro lado de la puerta, en el pasillo. He tranquilizado a Rosa, le he dado charlas y explicaciones. Le he explicado varios movimientos y una maniobra clave, y la he obligado a ensayarla conmigo varias veces. Ahora está concentrada, controla su cuerpo y ya no llora.

—Sí, vamos a probar otra vez —contesta.

Ya no llora ni tiembla como durante las dos primeras horas, dos horas que pasó llorando y contándome su historia, igual que Melanie.

—Sabes que eres muy capaz de hacer esto, ¿verdad, Rosa?

No me responde, se limita a mirarme de reojo y afirmar con la cabeza. Frunce los labios en un gesto que indica tristeza.

—No debería haberles hecho caso. Soy una idiota, una idiota. Mi madre tenía razón —dice—. Oh, Dios mío, voy a morir. —Se le quiebra la voz.

No tenemos tiempo para nuevas agitaciones emocionales.

—Rosa, ponte de pie. Tenemos que seguir ensayando.

Se sorbe la nariz y afirma con más ímpetu.

—Vale, vale. Vamos allá —dice, y se levanta.

Le ato las manos a la espalda empleando el cinturón de uno de los dos albornoces de amplias mangas que nos han dado.

—¿Te fías de mí? —le pregunto.

Hace un gesto afirmativo.

Un mechón de pelo negro no me deja ver el brillo que reflejan las motitas doradas de su ojo derecho; sin embargo, el izquierdo brilla sin estorbos, en contraste con el ambiente frío y húmedo de esta guarida, como si fuera un baño de luz, revelando una fuente de inteligencia natural y un feroz desafío. Inteligencia y desafío son los dos principales recursos que posee Rosa, y vamos a aprovecharlos.

«Recursos. Recursos por todas partes, en abundancia, en los seres humanos, en los objetos, en los sentidos, en la luz, la vista, el oído, el gusto, el tacto. En la gravedad. En el espacio. Bajo tierra. En el suelo. Dentro del viento. Generados por el movimiento mecánico. Hay recursos en todas partes, literalmente en todas partes, en cada centímetro cuadrado del planeta y más allá, todo está sembrado de recursos».

Qué universo tan desordenado y caótico. Hermoso. Ruidoso. Callado. Vidente y ciego. Útil.

Rosa y yo ensayamos durante otra hora entera. Ella quiere continuar, pero se le nota que ya está dolorida, así que le desato las manos.

—Necesitas descansar otra vez. Lo estás haciendo muy bien.

Ambas regresamos a nuestros sillones de pedicura.

—Es la hora de decir qué queréis comer —dice una voz áspera al otro lado de la puerta. Al oírla, Rosa y yo damos un respingo; esto quiere decir que ha empezado el juego.

Entra Perdedor 2 en el cuarto.

—Eminencia dice que podéis pedir lo que se os antoje y que es necesario que comáis. Así que ya sabéis, podéis pedir lo que queráis. ¿Tú? —dice dirigiéndose a mí.

—Un plato de mandarinas —contesto—. Sin pelar. Quiero pelarlas yo. Si están peladas, no me las comeré.

—Vale, como quieras. ¿Y tú? —le pregunta a Rosa.

—Lo mismo —responde ella.

La última comida

Dos horas más tarde, Rosa y yo seguimos estando dentro de este cuarto, con los sillones de pedicura. Entra una mujer de cuarenta y tantos años, piel olivácea y cabello rizado, abre las dos sillas plegables y coloca una a cada lado de la mesa de manicura.

—Sentaos aquí —nos ordena, y nosotras obedecemos.

Camina un poco encorvada y me da la impresión de que intenta comunicarme algo con la mirada. Cuesta trabajo distinguirlo con el pelo que le tapa la cara. Y también cuesta trabajo distinguir si tiene los ojos verdes.

A continuación entra Eva con un plato de mandarinas. Lo deja caer sobre la mesa de manicura con tal descuido que una de las mandarinas salta del plato y cae al suelo. Esta noche Eva lleva un vestido negro de cuello alto y un horrible collar de perlas. Mi madre solía ridiculizar las perlas. Las odiaba. Yo también las odio ahora, porque tengo totalmente activado ese sentimiento.

—Ahí tenéis vuestra puñetera fruta. Termináosla rápido. Necesitamos que os haga efecto la «hero» —añade palmeándose la jeringuilla que lleva en el bolsillo.

—Y una mierda nos vas a pinchar nada. Las dos somos alérgicas —replico.

Eva suelta una carcajada.

—Por favor. Ya me lo ha comentado Velada, y las dos nos hemos reído mucho con ese tema.

Antes de que pueda protestar más, Eva sale del cuarto, y la mujer ligeramente encorvada se queda dentro unos segundos. Esta vez me mira con toda claridad, como si quisiera decirme algo. Y en efecto tiene los ojos verdes, igual que los tenía mi anterior niñera, Gilma.

—Doris, vamos. Tenemos muchas cosas que preparar —le ladra Eva.

—Oye —le digo a Doris—. La verdad es que necesito una cuchara. No sé comer mandarinas de otra manera.

—Y una mierda —dice Eva.

Me la quedo mirando fijamente.

—Está bien. Doris, tráele una cuchara. Pero date prisa.

Cuando la puerta vuelve a cerrarse, Rosa me susurra:

—No quiero que me pinchen «hero». ¿Qué es? —Le tiembla la voz.

—Heroína. Ya me ocupo yo de eso. Tú solo tienes que preocuparte de permanecer fuerte y suprimir todas estas emociones. Debes concentrarte en tu única misión. Nada más. ¿Entendido?

—Vale.

—No, Rosa. Nada de «vale». Esto es seguro. Debes permanecer firme. No te queda otra. Lo entiendes, ¿verdad? No debes flaquear, con independencia de lo que ellos digan o hagan. La que manda eres tú.

—Lo sé. Vale.

—¿Quién es la que manda aquí, Rosa?

—Mando yo.

—Dilo otra vez.

—Mando yo.

—Otra vez.

—La que manda soy yo.

—Muy bien. Que no se te olvide. Estas personas están por debajo de ti.

En eso, entra Doris y me entrega una cuchara. En el momento de inclinarse para depositarla junto al plato de mandarinas, me susurra:

—Ojalá tu madre hubiera podido seguir mis pistas a tiempo para impedir esto. He estudiado enfermería en Colombia.

Acto seguido apoya una mano en mi bíceps y me da un apretón. Tiene la mano caliente. Luego la retira rápidamente y sale del cuarto.

Una vez que Doris ha salido y ha cerrado la puerta, intento dilucidar qué significa lo que acaba de decirme, pero también empiezo, con la ayuda de la cuchara, a extraer la pulpa de tres mandarinas. «Doris es la persona que envió el correo electrónico a mi madre. Es la que cuida de las chicas del parque de atracciones de Velada. Puede que sea buena, pero también es la causa de este caos y, quizá sin saberlo, la causa de que mi madre haya muerto. Ya no soporto más caos».

Extraigo la pulpa de las mandarinas y se la paso a Rosa para que se la coma. La extraigo toda, no puedo permitir que quede el menor resto de líquido ácido y pegajoso, solo debe quedar la cáscara. Ojalá tuviera tiempo para esperar a que se secara.

A continuación me agacho sobre mi pie derecho, retiro el imán estabilizador, desenrosco el dedo postizo, saco la cuchilla que hay dentro, pequeña pero increíblemente afilada, y extraigo tres gruesos mechones de pelo de las extensiones que llevo en la cabeza. Solo esta cuchilla sería capaz de cortar la superficie reforzada de esos mechones con rapidez y de manera que no se caiga nada del polvo que guardan dentro. Ahora parecen gruesas barritas de caramelo, abiertas por un extremo y llenas de polvo. Seguidamente vierto un polvo distinto en cada una de las tres mandarinas que he vaciado.

—¿Qué estás haciendo? —me pregunta Rosa observándome mientras se come la pulpa de las mandarinas—. Por Dios, pero ¿qué es eso que apunta a mi pie? —Se echa hacia atrás en su silla.

—No es más que un dedo postizo.

Vuelvo a colocarme el dedo y el aro en el pie.

—¿Estudias química en el instituto? —le pregunto.

—Sí, claro.

Cojo una de las mandarinas.

—El borato de sodio produce una llama de color verde claro. —Cojo la siguiente—. El cloruro de sodio produce una llama anaranjada. —Cojo la última—. Y el cloruro de potasio produce una llama morada.

Dejo la tercera mandarina y me aseguro de que ninguna de las tres va a moverse del sitio mientras me quito la ropa interior y la camiseta que me han dado y, ya desnuda, me pongo el albornoz rojo y de amplias mangas.

—Estas son unas versiones superconcentradas de esos productos químicos, naturalmente. Muy puras, preparadas especialmente para esta ocasión. Sería una estupenda demostración de cómo funcionan las reacciones químicas, si pudieras ver el espectáculo que va a ser cuando yo las arroje.

Rosa las mira con los ojos muy abiertos, imagino que haciendo un esfuerzo para asimilar esta información.

—¿Dónde las vas a arrojar? No entiendo —me dice.

—Al fuego de las chimeneas, por supuesto.

Rosa se rasca la cabeza, y al hacerlo su melena negra y rizada se balancea suavemente.

—Mira, no sé qué será lo que tienes pensado hacer, pero es una pasada que llevaras productos químicos escondidos en la cabeza y también un dedo postizo.

Rosa me tienta a que active algún sentimiento hacia ella, pero me resisto. En vez de eso, vuelvo a preguntarle:

—¿Quién manda aquí?

—Mando yo.

—Exacto.

Rosa también se pone su albornoz, y mientras tanto yo escondo las tres mandarinas rellenas de productos químicos en la caja de las limas de uñas y luego me pongo a comer más mandarinas del plato.

Transcurre media hora entera hasta que regresan Eva y Doris. En cuanto abren la puerta me percaté de que Perdedor 2 todavía sigue montando guardia en el pasillo, pero que ahora lleva un fusil AR-15 apretado contra el pecho.

«Será tarado...».

Eva se sitúa en un extremo de la mesa de manicura, a mi izquierda, y le entrega a Doris, que está de pie a mi derecha, una jeringuilla llena. Yo permanezco sentada.

—Doris —dice Eva.

Doris coge la jeringuilla con una mano, y veo que en la otra tiene un paño de cocina hecho una bola. Me agarra el brazo derecho, tira de él hacia sí, en dirección contraria a donde está Eva, y me levanta la manga del albornoz hasta el bíceps. Sin permitirme ni un instante para que yo retire el brazo, cosa que puedo hacer en un solo segundo, y a continuación zafarme de ella y destrozarme el vial, me mira fijamente a los ojos.

—Si te mueves siquiera un milímetro, esto no saldrá bien.

Gilma, la que fue mi antigua niñera, y luego niñera de Vanty, tenía los ojos verdes como los de Doris. Tenía la piel olivácea como la de Doris. Tenía un autoritario acento español como el de Doris. Cuando me miraba fijamente con sus ojos verdes, me hipnotizaba para que confiara ciegamente en ella. De modo que Doris me está hipnotizando ahora para que confíe ciegamente en ella. Y confío en este sentimiento tan primitivo. No muevo ni un solo músculo. No tiemblo en absoluto.

Doris aprieta el paño contra la cara interior de mi codo y apunta con la aguja a mi vena cefálica. Acto seguido empuja el émbolo de la jeringuilla.

Muevo los labios, pero el brazo lo mantengo inmóvil, sujeto por Doris. Retira la aguja y pone el dedo pulgar para tapar el punto en el que ha apoyado la punta de la aguja, y hace presión sobre él. Seguidamente coloca encima el paño.

—Sujeta el paño así durante unos segundos —me dice.

Hago lo que me pide.

—Espero que seas igual de delicada con las venas de mi amiga —le digo con odio—, maldita bruja —añado frotándome el brazo.

—Soy una profesional —contesta Doris—, incluso con vosotras, putitas.

Mira a Eva y lanza una carcajada. Eva ha estado examinando la estancia, imagino que intentando deducir si he encontrado algún arma aquí dentro, pero, con un gesto un tanto distraído, acompaña en la carcajada a Doris.

A continuación Doris pasa a Rosa. Yo le hago a Rosa una seña con la cabeza, con la esperanza de que entienda que ha de hacer exactamente lo mismo que he hecho yo y no mueva un solo músculo. Rosa me guiña un ojo.

Y es en este momento cuando de pronto se me ilumina el cerebro. Un aleteo. Una súbita revelación. Activo el sentimiento de la furia homicida y sonrío.

Doris, como un mago profesional, ha inyectado el contenido de la jeringuilla en el paño.

Aquí la que manda es Rosa.

Tengo las mandarinas cargadas y preparadas para la acción.

Acto seguido activaré mis dos discos superespeciales.

Ha llegado el momento de la verdad, zorra.

Lisa Yyland, día D: el paseíllo

Estoy avanzando por un corredor de piedra del sótano, de camino hacia la Pecera de las Langostas. Llevo puesto el albornoz rojo de mangas de *geisha*, y mi larga melena rubia —junto con el bulto de cabello postizo y algo enrollado en su interior— suelta. Voy cronometrando mis pasos con una cadencia de cámara lenta, acompasando cada zancada con el ritmo de un rap que tarareo mentalmente, uno que he practicado innumerables veces: el tema *In da Club* de 50 Cent.

La silenciosa mujer que camina delante de mí, semejante a la abeja obrera de una colmena, se supone que me sirve de guía, y Perdedor 2 camina detrás apuntándome a la espalda con su AR-15, el fusil más lento que existe. Tan solo un completo perdedor sin confianza en sí mismo en cuanto a habilidades en el combate cuerpo a cuerpo usaría un arma tan lenta para controlar e intimidar. La mujer que va delante es menuda, una mosquita muerta; no me obligará a acelerar el paso por este corredor de granito. Ella también es una víctima y no quiere estar aquí, se le nota en el gesto de la cara, como pidiendo disculpas. Así que mantengo mentalmente un momento musical que me sirve de motivación.

Doblamos una esquina; veo un tramo de escaleras que sube y sube, en dirección al Nivel Superior. Todo esto es exactamente tal como lo describió Melanie en sus notas.

Con el albornoz rojo y las mandarinas rellenas de productos químicos ocultas en la manga derecha, puestas en fila igual que las balas en el cañón de una pistola, y el calor que me recorre todo el cuerpo, soy puro fuego. Tan solo espero que Liu y Lola se encuentren en posición. Cuando estaba en el cuarto de la pedicura les envié una señal retirando la batería de mi disco emisor de señales, que ya no llevo pegado a la planta del pie (porque ahora está pegado a la cara interior de la mesa de manicura, como si fuera un chicle). Con dicha acción, le indiqué a Liu que activase el círculo sonoro que instalé en torno a

esta casa hace una semana. La misma noche en que Josi salió a hacer su trabajito de «dentista».

Los discos de audio del exterior forman un círculo de reclamo, un anillo para acorralar y hacer venir a los roedores, los murciélagos y otras criaturas empleando sonidos de frecuencias inaudibles para el ser humano. El más potente de esos discos es el segundo que recuperé del laboratorio de mi padre y que ahora llevo adherido en la parte posterior del hombro.

Subimos por la escalera hasta que llegamos al Nivel Superior. Pasamos por delante de una de las chimeneas de piedra que describió Melanie. Correcto. Está a mi derecha. Menos mal. Y hay fuego ardiendo en ella.

Echo mano de mis técnicas de magia y genero una distracción a la izquierda chasqueando los dedos y girando la cabeza hacia ese lado.

—¡Verde! —exclamo.

Simultáneamente, he hecho rodar la primera de las mandarinas hasta la palma de mi mano y, con un movimiento rápido y preciso, la arrojo al fuego. Las llamas se encrespan, yo aminoro el paso para mirar. Efectivamente, la ciencia es muy chula, las llamas estallan en un intenso color verde claro.

—¡Pero qué demonios...! —me chilla Perdedor 2 desde atrás.

—¿Cómo has hecho eso?

—No lo he hecho yo. Lo he visto al mismo tiempo que tú.

—No te pares —me ordena. Su voz transmite tanta confusión y tanta duda que temo que cuando vea la siguiente chimenea le dé un infarto.

A nuestro alrededor hay una serie de mujeres de pie, mirando. Los suelos son viejos, de madera; el interior está construido y decorado como una típica casa victoriana de Nueva Inglaterra.

A Liu lo he engañado. Él cree que el mando a distancia que ya debería haber accionado a estas alturas me envía una señal para comunicarme que se encuentra en posición y que ya puedo introducirme en la pecera. Cree que eso significa que debe esperar veinte minutos exactos y después irrumpir en la habitación con Lola para detener a los Espectadores allí atrapados. No tiene ni idea de la existencia de los discos de audio.

Allá vamos. Pasamos junto a la estancia en la que está la segunda chimenea y, tal como decían las notas de Melanie, también está encendida. Correcto. Haciendo uso exactamente del mismo método, lanzo la segunda mandarina a la vez que exclamo hacia mi izquierda:

—¡Naranja!

—Joder, pero si eres una puñetera bruja —dice Perdedor 2.

La mujer que va delante disimula una media sonrisa; es posible que haya visto mi giro de muñeca. Está claro que la tengo de mi parte, dado el modo en que oculta que está sonriendo.

Perdedor 2 me empuja en la espalda con el cañón del fusil.

—¿Se puede saber qué cojones has hecho?

—Nada en absoluto.

—Sigue. ¡Camina! —me ordena.

A estas alturas ya debe de estar funcionado el círculo de reclamo, ya debe de estar atrayendo a ratas, ratones, topos y demás criaturas del subsuelo de Nueva Inglaterra, y también a los murciélagos que espero que habiten en el viejo desván de esta casa, para que se acerquen reptando, cavando túneles, correteando y batiendo alas, y atraviesen las paredes y los cimientos de esta mansión para acudir a mi encuentro. A partir de aquí las cosas no pueden desviarse.

Me parece oír vagamente que alguien está rascando las paredes. Ninguna de las mujeres presentes en la estancia en la que acabamos de entrar percibe nada. Esta es la habitación de la tercera chimenea, correcto, y las mujeres están levantando varias de las tablas de pino que forman el suelo para meterme en la pecera. Ya oigo con toda claridad ruidos de algo que rasca las paredes.

El imbécil Perdedor 2, el del fusil AR-15, se vuelve de inmediato hacia la tercera chimenea, esperando ver aparecer otra explosión de color; ha aprendido rápido, con su mentalidad borreguil es tan fácil de manipular como el perro de Pavlov. Se detiene un momento y espera, dándome la espalda. Lanzo la tercera mandarina por detrás de él al tiempo que me siento en el suelo y cierro la puerta de un empujón. Él contempla cómo las llamas estallan en un color morado, y aprovecho ese instante para hacer un movimiento de barrido con las piernas para zancadillearlo y derribarlo. Cuando flexiona las piernas, le arreo un par de puntapiés en la cara interna de las rodillas, y cuando cae al suelo le propino un codazo en la cabeza, le arrebato su estúpido fusil y lo tiro al suelo a la vez que me desanudo el cinto del albornoz, le rodeo el cuello con él y lo asfixio hasta dejarlo sin conocimiento.

A continuación me quito el albornoz y agarro la garrafa que he marcado con un punto rojo antes de hacer el envío. Me quito otra vez la prótesis del dedo, saco la cuchilla, corto por la línea marcada y ¡zas! Aquí están los objetos que dejé dentro, y mis sellos secretos inalterables no se han visto alterados. Me asomo por el hueco abierto en las tablas del suelo para mirar la pecera.

«Sigue siendo la misma. La misma pecera cutre del vídeo. Tal como la describió Melanie. Correcto».

Esto quiere decir que no voy a tener necesidad de pegar un tiro a todos esos idiotas para salvar a Rosa, y eso quiere decir que podemos llevar esto hasta el límite y, espero, atrapar a los Espectadores.

Observo a las mujeres que tienen la misión de echar la lejía en la pecera; en los pocos segundos que he tardado en hacer todo esto se han quedado mudas de la impresión.

—Cuando él lo diga, echad la lejía —les susurro—. Echadla sin más, no digáis nada. Y mantened cerrada esa puerta.

Todas afirman en silencio.

Llevando en las manos los objetos que he sacado de la garrafa, me introduzco de un salto en la pecera y caigo con los pies abiertos lo justo y las rodillas ligeramente flexionadas, tal como he estado ensayando la caída en un espacio estrecho y vertical.

«Velada me ha obedecido con lo de las garrafas. Anotado.

»¿Será ella la que ordenó a Doris que desviara la aguja de la heroína? Eso está por confirmar».

Y aquí está ahora, sola en este cuarto, preparando la videocámara, igual que hace veinte años.

«Por supuesto. Está en posición».

Me hace un gesto afirmativo con la cabeza, yo le respondo con otro. Tengo en las manos los dos objetos recuperados de la garrafa: dos botes de refrigerante en forma de aerosol que he comprado en una tienda de bricolaje. No abultan gran cosa. De pie y con las piernas abiertas, apunto las boquillas hacia los rincones delanteros de la pecera. Desde el interior observo que esta pecera de construcción casera y envejecida está decrepita y mal hecha. Rocío ambos rincones simultáneamente, desde el lugar donde está el pegamento hasta abajo valiéndome de una habilidad ambidextra que he practicado muchas muchas veces. Los refrigerantes pueden enfriar el pegamento actual con mucha rapidez, hasta el punto de lograr que se agriete y se desprenda. Y como este epoxi en particular está muy viejo, el refrigerante empieza a hacer efecto enseguida.

Vuelvo a rociar otro poco más, por si acaso. Luego lanzo los dos botes ya vacíos de nuevo al Nivel Superior, que se encuentra un metro y medio por encima de mí, incluido un metro de pecera. Los oigo aterrizar. Reflexiono un instante sobre el hecho de que si todo sale mal recurriré a mi plan B, el de salir de la pecera por arriba, pero dicho plan B, por más veces que lo haya

ensayado, en realidad es difícil de llevar a cabo con rapidez y al primer intento, dadas las dimensiones de esta pecera y lo resbaladiza que es, y el hueco de sesenta centímetros que queda entre la parte superior de la pecera y el piso de arriba.

Velada lleva en el bolsillo posterior el encendedor de siempre. Correcto. Orienta la cámara de vídeo hacia la puerta y hace un gesto afirmativo con la cabeza.

La puerta se abre.

Perdedor 1, también armado con otro lento AR-15, entra en fila junto con varios hombres más, todos desnudos, pero todos vienen sonrientes y un par de ellos me señalan a mí, que estoy dentro de la pecera. Velada lo está grabando todo. Oigo que uno de ellos dice:

—Uf, tíos, anda que no hemos esperado tiempo para ver esto.

—A mí ya se me ha puesto dura —comenta otro.

—¿De verdad es necesario grabarlo? —dice otro mirando a Velada y a la cámara.

—Necesitamos asegurarnos de que no vais a decir nada —le responde otro—. Ya lo sabías cuando firmaste, Bill.

«Y ya os hemos pillado con las manos en la masa, casi. Pero quiero un poco más, solo para estar completamente segura».

Estoy concentrada en el hecho de que Perdedor 1 lleva un AR-15. Ese detalle no me lo había mencionado nadie; de hecho, Melanie dijo que el guardia que entró con los demás hombres no iba armado porque venían todos en plan de amigos y en actitud jocosa. Tenemos que librarnos de Perdedor 1 y su AR-15.

Ya no soy puro fuego como antes de meterme en la pecera; ahora soy puro hielo.

Sigo oyendo el ruido que hacen los roedores en los interiores de esta vieja casa, incluso a través del cristal, porque los tengo todos alrededor en este lado de la pared del sótano. Este lado está separado de la pared de bloques de hormigón, que forma el muro exterior en el otro lado, en el *spa*, y la pared posterior de esta pecera. En la habitación de la pecera la pared de hormigón está tapada por placas de pladur, que supongo que cubre el bastidor que sostiene la pecera atornillada a la pared de hormigón. Y en las entrañas de dicho bastidor, detrás del pladur, se oyen claramente unas zarpas que arañan y unos hocicos que husmean excitados por el sonido que está emitiendo el más potente de mis discos. Emite una mezcla de vibraciones sonoras de apareamiento y de existencia de comida, todas ultrasónicas, diseñadas para

que atraigan a los roedores y las criaturas que viven bajo tierra, y hasta he incluido varios sonidos que resultan atractivos a los murciélagos. Nutrición y sexo, lo único que necesita de verdad cualquier cuerpo.

No había abrigado la esperanza de que acudieran muchos animales. Lo único que necesitaba era un par de ellos, para que causaran un pequeño caos en el cuarto de la pecera y en las diferentes plantas de esta mansión. Pero es posible que vaya a tener caos en abundancia. Esta mansión de piedra es una casa vieja de Nueva Inglaterra, de modo que no me sorprendería.

La fila de hombres desnudos, repugnantes, todos lanzando risotadas, es conducida hacia un pequeño espacio que hay detrás del espejo situado a los pies de la cama, tal como lo describió Melanie en sus notas. Es el mismo. Correcto.

Los observo entre los mechones de mi melena que me caen sobre la cara para ocultar mi identidad. El refrigerante está deshaciendo el epoxi y emitiendo un vaho tóxico. Durante mis entrenamientos, aumenté la capacidad de mis pulmones perfectos y sonrosados para que pudieran aguantar la respiración hasta dos minutos y veinte segundos.

El espacio que hay detrás del espejo es fundamentalmente un armario, en el que hay cinco sillas de madera, una para cada uno. Eva, con su elegante vestido negro y su horrible collar de perlas, camina detrás de Perdedor 1, armado con su AR-15, y entra también en el armario con una cámara propia. «Esa cámara tiene por objeto extorsionar durante una vida entera, igual que la que maneja Velada».

Velada filma a Eva filmando a los hombres del armario, a los cuales va preguntando cómo se llaman, cómo han venido hasta aquí, cuánto dinero han pagado y de qué cuenta bancaria. Una vez que han contestado todos, les dice:

—Muy bien, entonces ¿trato hecho?

Todos asienten con la cabeza y sonríen.

A continuación Velada se acerca al espejo, ya cerrado, y lo que no se veía en el vídeo de la Langosta Quemada son tres estacas de madera que hay en la puerta del espejo y que ahora Velada está girando para trancarla, igual que los antiguos pestillos. Los Espectadores no pueden salir.

«Se acerca el momento del espectáculo».

Perdedor 1, con su AR-15, sale de la habitación y deja la puerta abierta. Todos esperamos.

Estoy deseando quitarme un objeto que llevo enroscado en la cabeza. Tictac, se acerca el momento.

No muevo un solo músculo, mantengo la cabeza gacha, atenta a la entrada de Eminencia y también a los ruiditos de los animales en las paredes.

Lo único que oigo por el momento es el silencio de los Espectadores, cuyas voces no traspasan la puerta del espejo ni la pecera, y los ruidos de los animales, que han ido quedando atrapados dentro del círculo exterior de reclamo y van acercándose cada vez más a mí, atraídos por el sonido que procede del potente disco que llevo pegado en la espalda. También oigo los latidos de mi corazón, fuertes pero lentos, fuertes porque estoy aguantando la respiración.

Ya han pasado dos minutos y veinte segundos, de modo que aspiro una rápida bocanada de aire y vuelvo a aguantar la respiración.

Aprovecho esta pausa para concentrar mi mente en mi principal recurso: el sonido.

La idea de montar un anillo de reclamo para atraer roedores y murciélagos se me ocurrió cuando visité el laboratorio Fermi de Illinois en 1999. Allí tienen el Tevatrón, que es un anillo construido bajo tierra y utilizado por los físicos para acelerar y hacer chocar entre sí neutrones y electrones a fin de estudiar cómo se destruyen y lo que tienen dentro, como los quarks y otras partículas. Igual que el famoso acelerador del CERN.

Combiné el anillo del Tevatrón con el mito del flautista de Hamelín, un individuo que, armado con su flauta mágica, hizo que le siguieran todas las ratas de la ciudad de Hamelín, Alemania. Existen teorías que se contradicen entre sí acerca de la historia del flautista y de si libró a la ciudad de Hamelín de aquella plaga de ratas o si, dado que no le pagaron, después se llevó a los niños del mismo modo. Siempre hay algo de verdad en las leyendas, y sospecho que la verdad que subyace en este cuento es puramente científica y no tiene nada que ver con una flauta mágica. De manera que, combinando el anillo acelerador de partículas del laboratorio Fermi con la ciencia que da base al cuento del flautista de Hamelín, inventé mi anillo de Viebury, construido con discos de audio, que habría de rodear la mansión de piedra para, a una orden mía, atraer a los seres vivos.

Observo lo que hace Velada. Está manejando la vieja videocámara. Me hace un gesto con la cabeza. Yo le señalo a Perdedor 1, armado con el AR-15, para indicarle, y espero que así lo entienda, que tiene que librarse de él. Oigo unos pasos que se aproximan. Es el momento de actuar. Desenrollo el apretado paquete que llevo oculto en el moño postizo.

Lisa Yyland: dentro de la pecera

Al ritmo del Nocturno en do sostenido menor de Chopin

A lo largo del paseo hasta la pecera me acompañó el ritmo de 50 Cent, pero ahora que estoy dentro de ella se adueña de la situación el primer gángster de la música: Chopin. Su *Nocturno en do sostenido menor* comienza a sonar en mi mente, es la banda sonora de la danza que voy a llevar a cabo.

Me cercioro de que una parte de la melena me siga cayendo sobre la cara, para que los Espectadores que están detrás del espejo no puedan verme. Para ellos seguiré siendo una desconocida, sobre todo ahora que he desenrollado la máscara que llevaba escondida en las profundidades del pelo artificial. Este postizo, grande y pesado, ha resultado ser muy útil para varias cosas importantes: ocultar mi rostro, ocultar los productos químicos de colores y guardar dentro mi máscara de nailon, la que me traje de Shangai, la del propio Eminencia.

Cada nota del piano de Chopin la siento como una aguja en mi cerebro. Son agudas agujas que me traspasan lentamente, una, dos, tres, cuatro veces, como si el pianista estuviera haciendo el amor con el asesinato, un cuchillo manchado de sangre levantado por encima de un corazón para hundirse profundamente en él, y esos son el sonido y la imagen que visualizo en mi mente mientras espero aquí dentro inmóvil, abierta de brazos y piernas, igual que el *Hombre de Vitruvio* de Leonardo da Vinci. Dentro de una pecera.

Ofrezco esta imagen, a modo de advertencia, a los Espectadores que aguardan detrás del espejo: yo totalmente quieta, con el rostro oculto por el pelo, las piernas y los brazos abiertos, sin temblar, firme, desnuda. Los rincones inferiores de la pecera presentan grandes huecos, dada la chapucera alineación de esta construcción improvisada. El epoxi que he rociado con refrigerante se está agrietando. «Qué pedazo de chatarra».

Esta pausa coincide con el brillante silencio que ofrece la pieza de Chopin, un instante de espera entre el primer acorde y el segundo de este tema asesino y sensual, igual que un amante que se queda un momento suspendido por encima de los labios de una mujer ansiosa y la hace esperar su precisa embestida.

Velada prepara la cámara.

El revuelo de aleteos de mariposa del piano de Chopin señala el emocionante cambio de energía que me insufla esta música, la profunda excitación por lo que está a punto de suceder. Desenrollo la máscara de Eminencia con una mano, con dedos ágiles, porque ya he desenrollado muchas réplicas de esta misma máscara, he sorprendido a mis dedos ensayando este movimiento al despertarme, al salir de una ensoñación, en la ducha o mientras conducía. Desenrollar esta máscara ya es para mí como un tic nervioso, forma parte de mi ser.

Conforme la puerta va abriéndose, me coloco la máscara por la cabeza, sin levantar la vista.

La puerta emite un crujido.

Oigo una fuerte pisada.

—Qué. Cojones. Es. Esto. ¡Mi máscara! —grita Eminencia.

Continúo sin levantar la vista.

—Tú. Levanta la cara. Ya. —Cierra de un portazo.

Continúo sin levantar la vista.

—Levanta. La cara. ¡Obedece!

»Qué. Cojones. Es esto. Es alguna. Clase. De broma. ¿Pesada? Mi regalo es. Una puñetera. Broma pesada. ¿Te ríes de mí? ¿Te burlas? —vocifera en dirección a Velada.

—¡No! —exclama ella.

—Tú —se dirige a mí de nuevo—. Quítate. Esa máscara. ¡Hazlo!

Continúo sin levantar la vista.

—¡Dile a Brian que suba al Nivel Superior y ayude a ese otro idiota a controlar a esta! —le grita Velada a Eminencia.

Eminencia, agarrando a Rosa por el brazo como si quisiera hacérselo papilla, se gira hacia la puerta, la abre y le dice a Brian, también conocido como Perdedor 1, que suba al Nivel Superior para intentar controlarme. Acto seguido cierra la puerta de nuevo y chilla:

—¡Lejía!

Empieza a caer lejía en torno a mis tobillos. «No hay de qué preocuparse, solo voy a estar aquí dentro el tiempo suficiente para que me produzca unas

quemaduras superficiales».

—¡Alto!

Me llegan risas de los hombres escondidos detrás del espejo. Hacen mucho ruido, esto les está divirtiéndolo.

«Ahora sí que os hemos pillado totalmente con las manos en la masa, cabrones. El resto es de regalo».

Rosa, presente en la habitación y sujeta por Eminencia, está llorando a mares, gritando con todas sus fuerzas.

El epoxi ya ha cedido, empiezan a desprenderse trozos del pegamento.

Levanto la vista por primera vez y la clavo directamente en los ojos marrones de Rosa. Ella me sostiene la mirada. Esta es la señal. Entonces, al igual que una víbora en el momento de atacar, propina un fuerte pisotón a Eminencia, que va descalzo, y luego da un tirón al brazo para zafarse de él, tal como hemos ensayado. Correcto.

Rosa podría hacerse actriz. Ya no llora.

Rosa, desnuda y libre ya de la tenaza de Eminencia, se agacha y adopta la postura de una rana, da un salto hacia delante, se gira y da una voltereta por encima de las piernas de Eminencia y, ejecutando un movimiento de barrido propio del *jiu-jitsu*, le levanta los pies del suelo.

Entretanto, mientras Rosa hace lo suyo, yo he flexionado las rodillas y he subido los pies al cristal con la espalda apoyada en la pared. Hago fuerza contra la pared y empujo con toda mi alma. Junto los pies y empujo otra vez. Y otra más. Al cuarto intento el panel de cristal cae hacia delante, pero se queda colgando, todavía sujeto por el epoxi de las juntas inferiores. Rosa rueda hasta la pared, se incorpora de un salto y sale huyendo por la puerta. Todo esto nos ha llevado un total de ocho segundos.

Ojalá Eminencia y los Espectadores pudieran oír la maravillosa música que estoy oyendo yo mentalmente, porque las zancadas de Eminencia, sus agresivos chillidos de cólera y sorpresa, el momento en que cae al suelo cuando Rosa le hace la llave, todo ello encaja a la perfección con los compases del *Nocturno* de Chopin. Es como si durante todos estos años él hubiera interpretado conmigo este papel.

«Somos compañeros de baile, Eminencia. Tú y yo. Los dos».

En este momento irrumpe el estruendo, que hasta este momento era un rumor tenue, generado por el reptar de los roedores y el batir de alas de los murciélagos, también al compás de la parte agresiva del *Nocturno*. Esto lo he provocado yo con el más potente de los dos discos, lo he liberado en el momento en que ha caído el panel de cristal. Las ondas sonoras fluyen a

través de los agujeros ocultos que hay en las paredes y atraen a las criaturas. Arriba todo el mundo huye despavorido ante la invasión de roedores; aquí abajo, unos cuantos bichos se cuelan en la habitación de la pecera y seguro que también están entrando en el armario de los Espectadores, porque oigo a estos lanzar chillidos dentro de ese estrecho espacio en el que están confinados desnudos.

De pronto cae del piso de arriba un murciélago solitario que se cuelan en la pecera justo en el momento en que yo me bajo de un salto y aterrizo en la cama, imagino que habrá venido de las vigas del desván, porque en todas las chimeneas arde un fuego de vivos colores. Dejo la prótesis de mi dedo y el aro estabilizador sobre la cama, en un hueco del colchón. Ya volveré a ponérmelo luego. A Eminencia, que está tendido en el suelo, le cae sobre la cabeza una fuerte lluvia de lejía.

No esperaba provocar una invasión de miles de ratas y murciélagos, tal como hacía Batman en *El caballero oscuro*. Aquello era ciencia ficción. Y como esto es ciencia auténtica, calculo que, como el flautista de Hamelín, he atraído a un total de una docena de murciélagos, ratas y ratones y demás roedores de Nueva Inglaterra, así como varios topos y puede que hasta alguna ardilla, como máximo quince criaturas en toda la casa, que de todas formas seguramente ya estaba infestada, dada su antigüedad y sus paredes huecas. Pero no se necesitan miles de ratas, ratones, topos, murciélagos y ardillas para provocar el caos en una casa habitada mayormente por mujeres. Hasta una sola rata espástica sería capaz de hacer que cundiera el pánico.

Al aterrizar sobre la cama me agacho en cuclillas, con la melena alrededor del cuello y extendida sobre el colchón. Me doblo sobre las rodillas y revelo plenamente mi espalda transformada. Solo pueden verla Eminencia y Velada, pero ninguno de los Espectadores. Este es el momento. Este es el momento en que revelo mi verdadera identidad al mundo, y concretamente a Velada, la operadora del vídeo, que está de pie a mi lado, entre la cama y la pared. Ella cree que le concedo un segundo para que vea mi nueva identidad. Sin embargo, esto también es un truco de mago para distraer la atención, porque todas y cada una de las moléculas de mi persona, todas las fibras de mi espalda, cada segundo que empleo, todo ello es una distracción, una forma de engañar a la vista.

Las polillas y los murciélagos llevan sesenta millones de años guerreando unos con otros. Velada es un murciélago, yo soy una polilla luna. Ella se ha quedado fascinada al verme saltar, y catatónica al ver el dibujo que llevo en la

espalda. Ni se da cuenta cuando bajo la mano derecha para coger el cuchillo de cocina de donde ha estado todo el tiempo, debajo del colchón.

Antes yo era una mera oruga. Una pupa, una larva. Estaba creciendo en el interior de un capullo, unida a un anfitrión. Ellos creían que me había encogido sobre mí misma a la espera de mi depredador, que me había convertido en víctima por voluntad propia. Pero soy como la polilla a la luz de la luna que engaña al murciélago. Despliego las alas en mi nueva identidad, la verdadera. Concedo solo un segundo para llenar mis pulmones encorvando todavía más la espalda, porque para lo que viene a continuación necesito tener los pulmones llenos.

Al alcanzar el punto máximo de curvatura mientras se llenan mis pulmones, estiro la piel tatuada de mi espalda y muestro las delgadas fibras de la polilla luna. Mi magnífico tatuador pasó semanas agujijoneándose con agujas, pintando mi polilla luna desde una paletilla hasta la otra, con las alas extendidas hacia un costado y hacia el otro y su engañosa cola partida cayendo por los lados de mi columna vertebral y terminando por encima de mi coxis. Es de un color verde azulado, con los círculos que semejan ojos bordeados de negro, la cola y las alas delineadas en un bonito tono morado rojizo y las antenas dibujadas en negro. No es una simple mariposa negra y pequeña que uno se tatúa en la mano a modo de vago recuerdo, como la que tiene Velada; mi polilla luna es una declaración. Es poderosa. Es mi metamorfosis.

Una rata, un ratón y un murciélago recorren toda la habitación profiriendo chillidos. El murciélago revolotea dando vueltas y más vueltas. Todo el mundo está gritando a mi alrededor, detrás del espejo se oye que están pataleando. Eminencia se esfuerza por conservar el equilibrio, y se le nota profundamente confuso: menean la cabeza, intenta limpiarse la lejía que le empapa el tejido de la máscara, contempla las criaturas que corretean por la habitación, el griterío, los ruidos en el Nivel Superior, yo encima de la cama empuñando el cuchillo de cocina y luciendo una polilla gigante en la espalda. He traído el caos. El caos me pertenece. Para mí, esto es el orden puro.

Rosa, ya libre, ha desaparecido. De manera que vuelvo a ser una criatura humana convertida en un arma.

Me pongo de pie en la cama, con las rodillas flexionadas para absorber el movimiento del colchón, sosteniendo el cuchillo de cocina en la mano derecha. Me lleva apenas un segundo.

Me acerco a Velada, que está boquiabierta y perpleja, dando saltos para evitar a la rata y al ratón, que, buscando desesperadamente comida y

compañeros sexuales, ya no pueden escapar, pues han quedado atrapados dentro del círculo de reclamo. El murciélago revolotea furioso por toda la estancia. Eminencia se lo aparta de la cara con un manotazo. Ha conseguido erguirse sobre sus rodillas. Los hombres encerrados en el armario están chillando y aporreando la puerta del espejo desde dentro.

Agarro a Velada con una mano, la vuelvo hacia mí y le arrebató el encendedor que lleva en el bolsillo de atrás.

—Mantén la cámara enfocada hacia el espejo y no muevas un solo músculo —le grito al tiempo que me bajo de la cama con el encendedor en una mano y el cuchillo en la otra y toco el suelo por el otro lado para enfrentarme cara a cara con Eminencia.

Esta serie de acciones, saltar de la pecera, mostrar mi tatuaje, sacar el cuchillo de debajo del colchón y arrebatárselo a Velada, me ha llevado un total de siete segundos. Exactamente lo mismo que en las 3488 ocasiones que lo he ensayado.

Es bueno que Rosa haya sido capaz de hacer lo que le he dicho: agacharse en cuclillas como una rana y hacerle la zancadilla a Eminencia para tirarlo al suelo. Eso ha terminado siendo un extra. Había tomado en cuenta la posibilidad de que no hiciera nada, y de que, por consiguiente, yo tuviera que recurrir a mi plan alternativo de salir de la pecera, coger el cuchillo y apuñalar a Eminencia en la cabeza para liberar a Rosa.

Voy hasta el interruptor de la luz y apago para que los Espectadores no puedan ver la parte siguiente.

Sé exactamente dónde está Eminencia, y sé que ha recuperado el equilibrio y que se ha librado de las embestidas del murciélago. Es tan corpulento que ocupa casi todo el espacio que hay en la habitación, de modo que lo único que tengo que hacer es esperar aquí, junto al interruptor y junto a la puerta. Y como es incapaz de controlarse, arremete contra mí en la oscuridad. Yo aferro esa maldita máscara que lleva puesta y le prendo fuego con el encendedor de Velada. Estalla en llamas de inmediato. Eminencia retrocede de un salto, su cabeza resplandece ardiendo en la oscuridad, la redecilla de la máscara se funde con el pelo y con el cuero cabelludo y se mezcla con la lejía que había en el suelo y que ha empapado el tejido. Se sacude con desesperación para quitársela y va dando tumbos por la habitación igual que un toro.

«Esto es solo la primera fase de la dolorosa muerte que vas a tener, capullo».

Enciendo la luz.

—Por lo visto, se ha autoinmolado —comento.

Calculo que dentro de unos cinco segundos entrarán Liu y Lola, porque en el piso de arriba acabo de oír a Liu irrumpir dando una patada en la puerta, seguido de los chillidos y las carreras de las mujeres que trabajan ahí.

Oigo un disparo, lo cual quiere decir que Liu o Lola han disparado a Perdedor 1, Brian, el único guardia que estaba consciente. Y como no oigo a continuación un fuego rápido del fusil AR-15, supongo que el resultado ha sido de muerte.

«Brian está muerto».

Voy hacia el espejo tras el que se encuentran los Espectadores. Eminencia viene detrás de mí, chocando con las paredes y con la cama.

—Filma el suelo durante un segundo —le ordeno a Velada.

Velada orienta la cámara hacia el suelo. Observo que ni se inmuta ni se estremece, y que tampoco se niega a acatar mis órdenes, pese a que está viendo que a su hermano se le está quemando el rostro.

Totalmente desnuda salvo por la máscara negra que llevo, me planto delante de los Espectadores, de nuevo con las piernas abiertas, el pubis totalmente depilado, mi estómago tonificado, mis pechos pequeños, mi melena rubia saliendo por debajo de la máscara y los brazos extendidos. Mi postura es la misma que la del *Hombre de Vitruvio*, solo que soy mujer. Y soy una polilla. Y soy yo la que tiene todo el poder. Mientras que ellos no tienen ninguno.

Se oye un rumor de pies que corren en dirección a la puerta. No han transcurrido ni quince segundos desde que salté a la cama. De modo que todo va según lo previsto. Todas las preocupaciones de Liu eran infundadas, tal como le dije. Supongo que podría haberme quedado dentro de la pecera hasta que llegaran ellos, pero en ese caso no habría podido poner a prueba todos mis recursos, mis capacidades ni mi perfecta ejecución sobre el terreno. ¿Y si hubiera esperado a que vinieran a salvarnos y no hubiera sido así? En cualquier punto del plan podría haberles surgido un obstáculo que les hubiera impedido llegar a tiempo. Exactamente en el momento preciso. ¿Qué habría pasado si yo hubiera malgastado unos segundos muy valiosos y Rosa hubiera sido violada? No, no podía esperar a que llegasen Liu y Lola.

Vuelvo a subirme a la cama de un salto, me coloco de nuevo la prótesis del dedo del pie y me envuelvo en la sábana como si fuera una toga. Eminencia, a mi lado, se agita luchando con las llamas. Velada vuelve la cámara hacia el espejo.

En este momento entra Liu, va hacia donde está Eminencia, le apaga las llamas con la chaqueta del traje y acto seguido le sujeta las muñecas con una abrazadera de plástico. Yo, aún con la máscara puesta, giro la cabeza hacia la derecha para mirar a ambos. Liu observa mi máscara y mi toga, después observa a Velada con la cámara de vídeo, la rata, un ratón y un murciélago, el encendedor tirado en el suelo, el cuchillo de cocina en mi mano, y por último vuelve a mirarme a mí con una expresión de horror, como la primera vez que me vio dieciocho años atrás, cuando yo estaba encerrada en un coche en el fondo de una cantera de piedra, con mi captor muerto al lado.

Ahora en sus ojos veo aceptación, la aceptación de que, naturalmente, le he engañado para que pensara que el plan era simplemente una trampa.

A continuación pasamos a los Espectadores.

Lola filma una esquina del espejo en la que acaba de hacerse pedazos el cristal.

Todos los hombres que hay dentro, todos los Espectadores, cinco en total, están desnudos. Eva está al fondo, encogida en un rincón. En el interior del armario hay dos ratas que corretean entre las patas de las sillas. Los cinco hombres están sentados en las sillas, temblando y cubriéndose las partes nobles con las manos. Lola se planta delante de ellos igual que un agente federal, apuntándoles a la cara con su arma y llevando una minicámara sujeta a la cabeza. Ella también está grabando la escena. Velada está filmando con la cámara de vídeo desde atrás. Además, dentro del armario está la cámara de Eva, de la que vamos a incautarnos. «Ahora sí que no hay duda de que a estos sacos de mierda los hemos pillado con las manos en la masa».

Liu se suma a Lola una vez que ha maniatado a Eminencia y lo ha dejado sentado en un rincón, jadeando y casi inconsciente. Le ha retirado el nailon quemado de la nariz y de la boca para que pueda respirar. Se le han adherido a la tela porciones de piel de la cara y del cuello. El dolor debe de haberlo debilitado, porque se queda hecho un ovillo en el rincón, semiinconsciente, conmocionado y dejando escapar leves quejidos.

«Bien».

Acto seguido, Liu y Lola apuntan con sus armas a los cinco Espectadores y a Eva, que aún siguen dentro del armario. El espejo se ha roto y el suelo está lleno de fragmentos de cristal. Los Espectadores están quietos, inmóviles en sus sillas, esperando órdenes de las dos pistolas que los apuntan.

Lola se dirige a ellos pronunciando cada palabra con total nitidez, como si estuviera narrando una historia, porque eso es exactamente lo que está

haciendo: interpretar el papel de narradora de esta película de una redada policial, no de terror, que estamos haciendo:

—¡Muchachos! ¡Todos con las manos en alto! Este es vuestro puto minuto de fama. Saludad a vuestros admiradores.

Los chirridos de las sillas y los gritos no impiden que se oiga la voz de Lola cuando repite dicha frase. Tres veces dice exactamente lo mismo, recalando la palabra «admiradores» como si fuera una comentarista del WWF haciendo una imitación de un público enfervorecido. Los tiene acorralados y a sus órdenes, porque empieza a pasear de un lado a otro pisando cristales rotos con sus botas negras.

—Buenas tardes, embajador Howell. Deje de taparse las pelotas y levante las manos bien alto. El discurso que dio la semana pasada acerca de los valores de la familia estuvo genial. Ese en el que protestaba contra los matrimonios entre personas del mismo sexo. —Frunce los labios y chasquea la lengua—. ¿Opina que su familia considera que es un valor que usted se masturbe dentro de un armario viendo cómo otro hombre viola y mata? ¿A eso se refiere usted con valores de la familia? Porque me siento confusa. —Lola hace una pausa en lo que yo detecto como un perfecto tono de sarcasmo, y luego continúa—: Hola, futuro senador Falsenhoff, o el que aspiraba a ser senador. Hoy le he visto a usted en el campo de golf. ¿Está llorando igual que una niña a la que han violado? ¿Hum? Y juez Frackson, menudo capullo. Presidente Adams, usted era el que conducía el carrito de golf llevando de pasajero a ese cabrón que está ahí en ese rincón, con la máscara. Me acuerdo. Y sargento Rockford. Sargento Rockford, por favor deje de mearse encima.

—Zorra —escupe el juez Frackson.

Me estremezco esperando que estalle una sangrienta pelea, Lola la instigadora contra todos ellos. Esperando una volea de patadas en la cabeza, puñetazos en el estómago y narices rotas, o puede incluso que ella les dispare a todos en la frente y los mate. Pam, pam y se acabó. Pero no sucede nada de eso; Lola lanza una carcajada como si fuera una megalómana enloquecida, orgullosa, contenta, despreocupada. Luego se interrumpe y exclama:

—¡Ni se te ocurra gruñirme, capullo! Están todos detenidos. Tienen derecho a guardar silencio...

Mientras Lola y Liu atan a los cinco monstruos Espectadores y a Eva, yo me acerco rápidamente hasta el bolsillo trasero de Liu, en el que siempre guarda las llaves del coche. Cojo las llaves, voy a donde está Eminencia y lo obligo a ponerse de pie. No deja de lanzar quejidos y gemidos, pero a mí me da igual. Lo empujo para que eche a andar y lo saco de la habitación.

—Me lo llevo afuera —le digo a Liu, el cual, tal como yo imaginaba, está forcejeando con los detenidos, asistido por Lola, que está llamando a varios agentes de la Agencia Beta, ahora que tenemos un vídeo con el que disuadir de su propósito a cualquier infiltrado, si lo hubiera, que quisiera frustrar estas detenciones.

—Dentro de diez minutos estarán aquí los de Beta. No les he dicho exactamente dónde es, pero tengo a unos cuantos apostados aquí cerca —me dice—. Retenlo aquí —añade refiriéndose a Eminencia.

—Me lo llevo afuera.

—Lisa, no muevas ni un solo músculo más —me grita Lola, pero está distraída, porque en este momento el juez Frackson le propina un puntapié por debajo de la cintura. Liu también está forcejeando con el sargento Rockford, que casualmente mide casi dos metros de estatura.

—Para ya, joder —dice Lola dirigiéndose a Frackson.

No me quedo a mirar, no me necesitan. Liu ya tiene a Rockford boca abajo en el suelo, sujeto bajo su rodilla. Y Frackson es una frágil florecilla en comparación con el tronco de árbol que es Lola.

Nadie me sale al paso cuando me llevo a Eminencia por un pasillo lateral del sótano. Al final del mismo hay una puerta que conduce al jardín de atrás, que es en realidad una parcela en forma de cuenca, la ladera posterior de una colina vaciada. A Vanty le encantaría utilizarla como pista para esquiar con su tabla. Llevando todavía la sábana a modo de toga, empujo a Eminencia hacia delante con el cuchillo de cocina apoyado en su columna vertebral.

—No te muevas, Lisa Yyland —oigo de repente a mi espalda.

En el momento en que me vuelvo, Eminencia se retuerce, me arrea un cabezazo y huye a esconderse entre la vegetación. No puede servirse de los brazos para afianzarse ni para guardar el equilibrio, pero aun así consigue perderse de vista rápidamente entre los árboles.

Cuando se me aclara la vista tras el cabezazo, descubro que tengo frente a mí a la comisaria Castile. Dentro del coche policial está sentada Rosa, vestida con la chaqueta del ayudante, y el ayudante delante del coche. Este parece no haber visto escapar a Eminencia, y Castile está tan confusa que me apunta a mí con su pistola.

«Joder con Castile».

Hace unos segundos, Lola y yo hemos salido del sótano al jardín trasero después de maniatar a todos esos cabrones y volver a encerrarlos en el armario mientras esperamos a los de Beta. Lola tiene a Velada agarrada por el brazo, porque no vamos a dejarla libre sin interrogarla y posiblemente ficharla.

¿Y qué es lo que nos hemos encontrado? Pues a la jefe Castile, la cual yo sabía que tenía nuestro teléfono, sujetando a Lisa contra un árbol y poniéndole las esposas.

Le he dicho a Lola que nos van a acusar de obstrucción a la justicia. Mierda.

De pronto se siente un fuerte retumbar en todo el suelo y se oyen unas sirenas.

Me vuelvo, y es como si todo se desarrollara a cámara lenta. Hacia nosotros vienen varios vehículos de color negro, todos blindados.

Lola mira a Castile.

—Jefe, le pido disculpas por la mentirijilla que le conté, pero todo esto cuenta con la autorización de la Agencia Beta, que aquí viene ya. Lisa trabaja para mí, de modo que va a tener que dejarla en libertad.

—¡Ha dejado escapar a Eminencia! —exclama Lisa.

29

Josi Olive

Josi no puede volver a su casita. No puede permitir que lo vean en Viebury con su camioneta *Cassie*, que seguramente a estas alturas ya deben de conocer todos.

Dieron con ellos en el Club Bub y, mierda, ahora ya lo tienen fichado como un individuo interesado e involucrado, ha dejado de ser un vecino que nada sabía de lo que se cocía allí. Pero tampoco puede quedarse al margen. Está sumamente cabreado con esta Lisa, que da malas noticias como si tal cosa. Pero también sabe que Lisa tiene razón, y también sospecha que, sea cual sea su juego, lo más probable es que necesite ayuda.

Hay un buen árbol. El árbol al que puede subirse para ver qué sucede dentro de esa casa de piedra. Y ahí es donde se encuentra en este momento, oculto en la copa de ese árbol después de haber dejado a *Cassie* aparcada en el camino de acceso, en la falda de la meseta de Viebury. Ahí no hay farolas. Ahí fue donde le hizo el trabajito con el taladro al juez Rasper.

Dentro de la mansión de piedra hay fuegos encendidos, se ven por la ventana, y también lo sabe porque sale humo por las chimeneas. Ahí dentro tienen a varias mujeres corriendo de un lado para otro. Le parece oír gritos. No se oye nada con mucha nitidez, salvo que hay gente gritando y también mucho movimiento.

Y es ahora, cuando estalla todo ese revuelo y él está a punto de caerse de la rama del árbol, cuando por una puerta trasera sale una chica desnuda y, con los brazos atados a la espalda, va corriendo hasta la fachada frontal de la casa y allí se topa con una mujer policía que acaba de llegar con su coche en este preciso instante.

Además, en el jardín trasero han aparecido de improviso dos personas trajeadas de gris que parecen policías, han ido a la carrera hasta una puerta que hay allí, han entrado y, una fracción de segundo más tarde, se ha oído un disparo de pistola.

La chica desnuda está gritándole a la mujer policía mientras el compañero de esta le desata las manos y la cubre con su chaqueta. La chica le indica a la policía que vaya hacia la puerta de atrás de la planta baja, por la que ha salido ella. El compañero la mete dentro del coche patrulla y se queda haciéndole compañía.

«Mierda», dice Josi para sus adentros, inmóvil en lo alto del árbol.

«Hay que joderse», piensa cuando a continuación ve salir a Lisa, envuelta en una sábana, empujando a un individuo gigante que tiene la cabeza quemada. Lleva un tejido de redecilla pegado a la cara enrojecida.

La mujer policía da el alto a Lisa, el gigante le propina un cabezazo y —no, joder, será cabrón...— huye a esconderse entre la vegetación.

Cuando el gigante pasa por debajo del árbol donde está él subido, Josi no se lo piensa dos veces, no planifica lo que va a hacer a continuación.

Salta sin más.

30
Lisa Yyland

Estoy aquí aguardando mientras los agentes de Beta se llevan bajo custodia a todos esos capullos. Lola está un poco más alejada, intentando explicarle la situación a Castile, la cual me tiene cabreada de verdad; mi furia homicida está plenamente activada, no hay duda. Antes de que Castile se entrometiera, yo iba a decir que Eminencia había escapado, meterlo a la fuerza en el coche de alquiler de Liu, que tiene las lunas tintadas y que yo sabía que iba a estar aparcado frente a la verja de entrada de Viebury, dejarlo sin conocimiento y, una vez que Liu y Lola estuvieran entretenidos con los agentes de Beta, llevármelo con la excusa de que tenía que ir a casa de mi madre a buscar algo de ropa. Pero ahora los agentes de Beta están organizando una partida de búsqueda y van a tomar la dirección en la que ha huido Eminencia. Y también me estoy preguntando si este plan mío habría funcionado o no, porque al fijarme en la llave del coche que le he quitado a Liu veo que corresponde a un Ford, no a la furgoneta alquilada que tenían antes.

Al llegar al borde del bosque veo ahí de pie a Josi, como si fuera un simple vecino picado por la curiosidad. Me hace un gesto afirmativo con la cabeza para darme a entender que posee información.

—Lisa, ¿se puede saber adónde diablos vas? —me pregunta Lola cuando ya he echado a andar hacia Josi.

—Ese tipo de ahí me parece que ha visto algo. Ya me encargo yo.

—Espera un momento —me dice Lola, pero continúa hablando con Castile. Los agentes de Beta están organizándose en grupos.

Echo a correr hacia Josi.

—Lo tengo en mi camioneta —me dice.

—Lincoln, junto al cementerio, East Hanson. Esta noche —le digo yo lo más rápido que puedo.

Lola se reúne con nosotros.

—¿Ha visto algo, amigo? —pregunta a Josi.

—Sí, creo que sí. Me parece haber visto a un tipo enorme corriendo hacia la ciénaga negra.

Lola hace una seña a los agentes para que se dirijan hacia ahí.

—¿No podría uno de tus agentes llevarme a casa de mi madre a coger algo de ropa? Esto es absurdo —me quejo señalando la sábana que llevo encima—. Podrán hacerme preguntas por el camino.

Lola me mira de arriba abajo.

—Sí, estás ridícula. Hal —llama a uno—, haz el favor de llevar a Lisa a East Hanson. Llévate contigo a Picard, y por el camino tomadle una declaración preliminar. Y después dejadla dormir un rato.

—Gracias, Lola —le digo.

—Vale —me responde, y echa a andar. Pero al poco se detiene y se gira hacia Josi—. Eh, amigo, voy a necesitar que...

Pero Josi ha desaparecido en cuanto ella se ha dado la vuelta.

Yo levanto las manos como si no supiera adónde ha podido irse.

Lola me mira fijamente con una expresión casi de enfado, pero en ese momento llega uno de sus agentes y se la lleva. Hal y Picard vienen conmigo para llevarme a casa de mi madre.

Esta noche, cuando salga de la ciudad con Josi y con Eminencia, una vez que me haya cambiado de ropa y haya recuperado mi teléfono, le enviaré un mensaje a Liu para decirle que me entró el pánico y tuve que volver a Indiana a asimilar mentalmente todo lo sucedido. No estoy detenida. Soy una ayudante.

Josi y yo disfrutamos de un cierto grado de alivio, por lo menos yo, viajando de Massachusetts a Indiana con Eminencia sedado gracias a una serie de calmantes que tenía guardados en casa de mi madre. A lo largo del viaje Josi me fue explicando que tenía la intención de entrar en la mansión de piedra para rescatarme, pero que luego supuso que yo ya tendría un buen plan y, por lo tanto, decidió esperar y observar desde lo alto de su árbol.

Cuando me contó esto activé un sentimiento de alegría, alegría por el hecho de que tuviera la intención de rescatarme, alegría por el hecho de que confiara en que yo lo tenía todo bajo control, alegría por el hecho de que tuviera la paciencia necesaria para confiar en mí y prestarse como refuerzo, y también alegría por el hecho de que le importase un comino que yo tuviera la intención de joderlos a todos a base de bien. En ningún momento tuvo el menor reparo en dejarme aquello a mí, actuó como un verdadero compañero.

Lenny no tenía ni idea de lo que yo estaba haciendo, ni tampoco sabía que llevaba dieciocho años preparando todo aquello en la sombra.

Preferí no contarle a Josi la verdad acerca de Velada hasta que llegamos a Ohio. Se lo tomó tan bien como cabría esperar. Yo le escuché. No hablé. Y cuando ya pensaba que habíamos terminado con el tema, él perdió los nervios a la altura de Columbus, Indiana, que es un agujero inmundo por el que normalmente prefiero pasar dormida cuando voy en coche. Josi se detuvo y me obligó a ir hasta una cabina telefónica —horrible— para que llamara a Liu y le pidiera noticias nuevas sobre Velada. Mi móvil estaba sin batería y la camioneta de Josi no tenía cargador.

Puse los ojos en blanco.

Velada había dejado de serme de utilidad, y estaba deseando que Josi simplemente pasara página. Si bien había formado parte de nuestro plan, había hecho cosas imperdonables: 1. De hecho grabó en vídeo el primer evento, veinte años antes, y no hizo nada para ayudar. 2. Había pasado veinte años participando en lo que se hacía dentro de aquella casa y no me dijo dónde estaba, y permitió que sufrieran todas aquellas chicas. 3. Por culpa de su silencio habían asesinado a mi madre. Y, por encima de todo, seguía sin fiarme de ella.

Sin embargo, Josi se negó a salir de Columbus sin que yo llamara a Liu para obtener noticias, y como a mí estaba empezando a entrarme un hormigueo en la piel de solo pensar en pasar un segundo más en Columbus, accedí.

Liu me dijo que efectivamente habían detenido a Eva y que, como yo tenía una foto suya en el iPhone de mi madre tomada en la escena del crimen, y varias chicas del «Nivel Superior» y del «Nivel del Sótano» habían declarado como testigos y habían proporcionado detalles que relacionaban a Eva con la mansión de piedra, iba a ser fácil acusarla de un millón de delitos diferentes. «Da igual. Era obvio». Ya me cobraría venganza por el asesinato de mi madre algún día, otro día.

En cuanto a Velada, Liu me dijo que estaba resultando ser un caso difícil. Un caso «complicado y retorcido», dijo. Velada afirmaba que había tenido que representar su papel, mentirme a mí y no admitir que era la hermana de Eminencia porque no existía otro modo de conseguir que yo me salvara sola y al mismo tiempo atrapara a su horrible hermano y a los poderosos Espectadores. Insistía en que a mí me había fichado Eminencia personalmente, y que si ella no hubiera intervenido para pasarme información y no hubiera controlado con su hermano el momento en que se me podía

secuestrar, me habrían secuestrado por sorpresa, torturado y probablemente matado en la pecera. También decía que no pensaba testificar contra los Espectadores si antes no le prometían inmunidad y protección.

Liu dijo que Velada afirmaba que la razón por la que desapareció y fingió su propia muerte para engañar a su marido eran detalles que no deseaba contarme en aquel momento porque estaba ocupado.

Miré a Josi y le hice una seña para indicarle que aún iba a tardar un minuto más al teléfono. Josi paseaba alrededor de la cabina telefónica, esperando mi información, tal como hacía Lenny mientras esperaba a que yo diera a luz a Vanty.

Josi me oyó decir suficientes cosas durante mi conversación con Liu como para hacerse una idea general. Y como, después de largas horas al volante, a aquellas alturas ya se había obsesionado bastante acerca de su nueva realidad, dejó de pasear arriba y abajo y finalmente aceptó que su mujer se había dedicado, al menos durante unos años, ya fuera por voluntad propia, por indiferencia o por inacción, al tráfico de seres humanos.

Liu calló unos instantes, y noté que tenía la intención de formularme unas cuantas preguntas incisivas después de que yo le hubiera sacado toda la información que tuvo tiempo de proporcionarme acerca de Eva y de Velada.

—¿Y bien? ¿Cómo es que te ha dado por irte tan deprisa de Massachusetts y volver a Indiana?

—Necesitaba tiempo para pensar, Liu, en mi espacio personal. Imagínate por todo lo que he pasado.

—En ese caso, ¿por qué no te has ido en avión?

—Por lo mismo, quería estar sola. Para pensar.

—No te has llevado el coche de tu madre.

—Los agentes de Beta me dijeron que no podía llevarme nada de mi madre, así que alquilé un coche.

—Hum. ¿Y no va nadie contigo?

—¿Quién iba a venir conmigo?

—No lo sé. Dímelo tú, Lisa.

—No va nadie conmigo, Liu.

—Los perros han perdido la pista de Eminencia en medio de una carretera sin asfaltar. ¿Tú tienes algo que ver con eso, Lisa?

—Como ya te dije, Eminencia huyó cuando llegó Castile y lo jodió todo.

Liu empezó a hacer ruiditos con la garganta, y me di cuenta de que estaba calentándose y que dentro de poco iba a chillarme que no le estaba respondiendo a la pregunta, de modo que colgué.

Conozco a Liu, y sé que va a guardar silencio. Dirá que Eminencia «se escapó». No necesita saber nada más. No va a hacer nada para averiguar la verdad ni para detenerme. Y en última instancia su ignorancia me pasará factura. Y con Lola, más de lo mismo.

Cuando Josi y yo volvimos al coche, él resignado con la triste noticia de que su mujer no estaba muerta y le había engañado, le exigí que nos fuéramos de Columbus a toda pastilla porque si me quedaba un segundo más iba a vomitar. Pero lo que iba pensando era: «Es posible que este juego de vida y muerte con Velada no haya acabado todavía». De modo que no sé muy bien si este pensamiento acerca de Velada me hizo vomitar realmente por la ventanilla del pasajero, o si la causa fue que las nubes de hipocresía que pesaban sobre Columbus me oprimieron los pulmones.

Lisa Yyland: el segundo Club Bub

*Oh I am a lonely painter
I live in a box of paints
I'm frightened by the devil
And I'm drawn to those ones that ain't, afraid.*

JONI MITCHELL, A Case of You

Por encima de la puerta de la sala de entrenamiento con la pecera, situada en la tercera planta de la sede de 15/33, hay un letrero que pinté anoche en un trozo de madera, una tabla del suelo que me llevé de la habitación en la que me tuvieron encerrada a los dieciséis años y que después utilicé para escapar. En él figura el nuevo nombre que he dado a mi sala de entrenamiento: CLUB BUB. Aunque Josi y yo solo estuvimos allí dentro unos minutos, me divertí bastante, a pesar de la nube de virus, las infecciones de hongos y la agresividad de la huida.

Entro en mi sala de entrenamiento provista de las dos peceras, ya con mi bosque de abedules totalmente terminado de pintar en las paredes, y cierro con llave la puerta blindada del que es ahora mi Club Bub. Hoy, nadie va a reunirse conmigo aquí dentro, salvo el sujeto que utilizo para los ensayos, que está dentro de mi pecera.

La mayoría de los miembros de mi familia continúan escondidos con Sarge. He llamado a mi padre, encerrado en la habitación del pánico de su laboratorio, y le he facilitado el código para que pueda salir, pero le he dicho que se haga invisible, incluso tal vez volviéndose a Brasil con Geena Davis, hasta que hayamos enterrado a mi madre.

Josi y yo —y Eminencia atado y drogado en la camioneta— llegamos anoche a Indiana, de un tirón desde Viebury Grove, Massachusetts. Necesito llevar a cabo este último experimento/fase de venganza y avisar a Sarge de

que deje salir a mi familia. Mi padre está preparando el itinerario que va a seguir el sepelio de mi madre, de modo que también voy a tener que volver a Massachusetts con ese motivo. Josi va a esperarme y llevarme de vuelta, pero le he mandado al Stork & Crane Inn hasta más tarde, porque no puedo tenerlo rondando por aquí ni quiero que participe en lo que está a punto de ocurrir.

Estoy muy muy ocupada.

Llevo puesto un jersey de punto y un pantalón corto de deporte, y me he recogido todo el pelo en un moño. Pronto voy a empezar a sudar.

Pongo en el iPhone la música perfecta para hacer ejercicio: Missy Elliott, Chopin, varios temas de *La Bohème*, Pitbull, Sons of Kalal, 50 Cent y Josi Olive, o más bien debería decir el Amo Josi, puesto que ese es su nombre artístico. Cojo de mi mesa de acero los auriculares azules, que hacen juego con el azul del cielo pintado sobre el verde y el amarillo de las copas de los árboles. Le guiño un ojo a una mariquita posada en una hoja verde que conversa con un cardenal en su nido, como si fueran dos amantes que no entienden de especies.

Empiezo con un ritmo suave para mis oídos, mi mente y mis músculos, y siento el chute de endorfinas bajo el hechizo de los solos de guitarra, la percusión de la batería y la tierna voz de Josi cantando. Es la magia del sonido. Las canciones de Josi son las primeras de la lista.

He activado la furia homicida y el placer. Nada más. Son las únicas emociones que necesito. Soy un cóctel molotov.

Examino la adhesión de los veinte nanogeneradores que llevo repartidos por el cuerpo, todos conectados a un capacitador que acumula energía mecánica. Levanto la vista hacia Eminencia, que aguarda desnudo dentro de mi pecera, una versión muy mejorada de la suya. Él también lleva veinte nanogeneradores adheridos por todo el cuerpo en zonas que puede doblar o flexionar. Su capacitador lo lleva sujeto a la cintura. En la espalda lleva una bomba de impacto potente pero muy pequeña. Puede flexionar los brazos, pero como los tiene atados a la altura de las muñecas no puede desplazarlos de los ángulos superiores. De lo que se trata es de que no pueda hacer uso de las manos para quitarse ni la bomba ni los nanogeneradores.

Cojo el mando a distancia que descansa sobre la mesa de acero y apunto con él a dos monitores digitales montados en la pared de tal forma que parecen dos televisores colocados en las ramas de un abedul. En cada uno de ellos dice «00» en color rojo. De modo que... empieza el juego.

—Las reglas. Del juego. Son. Las siguientes —le digo mofándome de su manera de hablar—. Si mi capacitador. Mantiene una carga más fuerte. Que el

tuyo. Durante tres segundos. Explotarás. Tienes veinte nanogeneradores. Para generar una carga. Yo también. El movimiento. Hace que la carga aumente. Empezaré despacio. Recuerda. Que tu carga. Debe ser en todo momento. Más elevada. Que la mía. Observa. Los monitores.

Este juego lo he diseñado yo, de manera que me reservo tres normas importantes que no le cuento a Eminencia. Una es que él no sabe cuándo voy a empezar a bailar, sobre todo ahora que tanto me gustan la voz y el ritmo de Josi y soy incapaz de aminorar el ritmo. La segunda es que yo tengo una música que me motiva y la guardo confinada en mis auriculares. Eminencia tiene la desventaja de no oír nada en absoluto. Vamos allá.

Aprieto la tecla de reproducir. Josi empieza este tema con un solo de piano antiguo. Es perfecto. Es como Chopin tocando a dúo con Eminem. Empiezo a mover el cuerpo muy despacio, con gestos sutiles, al son del lento compás. Los números de mi monitor suben a 01. Eminencia ve que mi monitor marca 01 y el suyo 00, y al instante flexiona las rodillas. Su monitor sube a 01. Yo me muevo un poco más deprisa y subo a 02. Cuando lo ve, enseguida actúa como una tonta rata de laboratorio que olfatea el queso. Flexiona las rodillas más rápido y sube hasta 05.

—Lo estás. Haciendo. Muy bien. Ahora vamos. A acelerar un poco —le digo, y como me estoy acordando de Dorothy, Melanie, mi madre y todas las demás, subo la intensidad de mi furia homicida y de mi placer. Sonrío de oreja a oreja y le guiño un ojo. Mi corazón se llena de líquido caliente y siento un enjambre de mariposas que me inundan el cerebro. Me siento tan ligera que hasta podría echar a volar.

A continuación empiezo a subir y bajar los hombros al ritmo de la música y hago que todo mi cuerpo se sume a esta cadencia más rápida, pues en esta parte de la canción Josi ha añadido una guitarra acústica, varias baterías electrónicas y otras fusiones de instrumentos naturales y eléctricos. Así como su voz. La letra es cada vez más acelerada y se aproxima a una velocidad casi febril. Mi monitor muestra 18. Eminencia está moviendo todos los músculos que puede y también la cabeza; su monitor dice 19. Y ni siquiera hemos llegado todavía al punto culminante de la canción.

Aquí está, por fin llega, casi es como el momento anterior al orgasmo, y produce una sensación maravillosa. Flexiono las rodillas profundamente, rápidamente, con las piernas abiertas, bajando hacia el suelo. Acto seguido vuelvo a estirarme. Mi monitor sube a 55 en dos segundos. Eminencia está moviendo su corpachón todo lo que puede, pero él no tiene música, su cuerpo es muy grande y sus caderas están inmovilizadas. Su monitor marca 42.

Calcula que dispone de dos segundos más para ponerse por delante del mío, o de lo contrario explotará.

El tercer factor que Eminencia desconoce es que no es necesario que la lectura de su capacitador se mantenga por encima del mío. En cuanto alcance la cifra de 53, la bomba estallará.

Empiezo a aminorar lentamente, hasta adoptar un ritmo suave. Mi monitor desciende a 25.

Eminencia, como un idiota, aminora un poco.

—No deberías. Detenerte. Tienes que seguir. Juega el juego. ¿No quieres vivir?

Ojalá pudiera embotellar y vender este placer que estoy sintiendo. Suelo negármelo a mí misma porque, según dice Nana con sus graciosos misterios, asesinar es malo. Pero es que me encanta, me encanta de verdad, matar monstruos. No se trata de hacer justicia, ni de reivindicar nada, ni de obtener retribución. Para ser sincera, lo cierto es que no me gusta la suciedad, ni los virus ni las infecciones, me gusta erradicar las cosas que son perjudiciales en aras de la salud general. Como si fuera una criminal esterilizadora, un antibiótico para la sociedad. Y como tengo activados la furia homicida y el placer, y como en esta sala cerrada puedo ser sincera conmigo misma, la verdad es que este es el mayor goce que podría proporcionarme a mí misma. Mi cerebro se ha disipado en un montón de mariposas y en helio, y todos mis órganos son bolas de luz.

Empiezo a mover otra vez los hombros, y otra vez hago coincidir los movimientos de mi cuerpo con los compases y el ritmo de la música, como si quisiera saltar a la cuerda cada vez más rápido. Eminencia mueve todas las partes del cuerpo que puede.

—Te he puesto veinte nanogeneradores para que puedas subir las cifras de tu monitor. Veinte. ¿No puedes usarlos todos? ¡Te he hecho veinte regalos! ¡Eres un ingrato!

No jadeo al decir esto, y eso que ahora ya estoy bailando en serio. Eminencia sí jadea. Mi monitor se dispara hasta 50. El suyo también.

Eminencia es un tipo grande. Con toda esa masa, su muerte y su descomposición llevarán más tiempo que los de una persona de tamaño medio. Está desnudo, enorme en mi pecera mejorada. Si la pecera del Círculo Central era analógica, la mía es una nave espacial robótica, futurista, automatizada y sellada, de otro planeta. En la pared de enfrente cuelgan los restos de una réplica de la arcaica pecera del Círculo Central, abierta por efecto de una explosión de la última vez que ensayé.

Incluso aunque tuviera los brazos libres, Eminencia no tendría ni la menor posibilidad de descubrir la manera de salir de mi pecera de vidrio de siete centímetros y medio de grosor, templado, triplemente laminado y a prueba de balas. Le he examinado todos los dedos de las manos y de los pies, y no le he encontrado ningún falso apéndice que contenga cuchillas retráctiles con punta de diamante. Además, su jaula no está abierta por arriba; después de introducirlo en ella bajándolo desde el desván, coloqué unas barras de acero semejantes a los barrotes automáticos que cierran las celdas de un calabozo. Y por encima de ellas puse el aislamiento acústico. Y por encima del aislamiento acústico volví a poner una tabla del suelo. El Círculo Central se parece más a la Asociación de Cámaras de Tortura del Arte Tradicional Antiguo. Deberían exhibir su pecera en el «Festival de antigüedades de otoño» del Centro de Conferencias del Centro de New Hampshire.

He bombeado aire para que Eminencia pueda respirar, porque no quiero que la falta de oxígeno sea un factor que contribuya a su fracaso en este juego.

Cuando explote, su carne muerta, su cuerpo de violador y asesino se disolverá en sosa cáustica licuada y concentrada, un producto que tengo preparado para que se bombee a través de unos tubos que lleva empotrados la pecera. ¿Sosa cáustica? Oh, por supuesto que sí. Pero si el Círculo Central utilizaba lejía. Por favor. La sosa cáustica es lo que se usa para quemar primero la piel y los músculos y luego los órganos y los huesos. Es el componente principal de los limpiadores para el baño, los que se usan para desatascar las tuberías taponadas por los pelos humanos que caen por el desagüe.

Voy a cronometrar cuánto tiempo tarda en disolverse. Esto no es una infantil Pecera de las Langostas, esto es una Pecera Mágica. Dentro de poco Eminencia será invisible. La enfermedad que representa él quedará erradicada. Se transformará literalmente en la nada. Como es obvio, no puedo evitar los restos de calcio y de lodo rojo que quedarán cuando elimine el cuerpo licuado de Eminencia, pero no importa, he diseñado esta pecera con un sistema de autolimpieza.

Josi es un maestro del ritmo y de las letras de las canciones, y mis caderas ya se mueven impulsivamente, desinhibidas, llevando por sí solas el ritmo marcado por Josi. Imagino que Josi y yo somos amigos platónicos, algo que, según me explicó Nana en cierta ocasión, sucede entre hombres y mujeres y era importante que yo lo comprendiese, aunque mi cuerpo animal me exija que me aparee.

—No, cielo. Sí, puede que un hombre te resulte atractivo, pero tú tienes una relación con Lenny, que es el padre de tu hijo, ¿no? Pues entonces con ese hombre tendrás que mantener solamente una amistad platónica. No puedes tener relaciones sexuales con todo el que te resulte atractivo —me dijo una vez, después de que yo le dijera que quería acostarme con un hombre que había visto pasar, antes de casarme con Lenny. Me parece que tenía dieciocho años, así que mis hormonas se me estaban amotinando.

—Pero es que es un impulso biológico, Nana. ¿Por qué no puedo?

—Cielo, ya lo sé. Yo también tengo esos impulsos. Pero es una norma que respetamos en las sociedades educadas.

Este impulso físico y sexual no es en absoluto un sentimiento, de modo que no puedo limitarme a desactivarlo. Para hacer caso del consejo que me dio Nana, he de tomar otras medidas.

Anoto en el calendario que estoy ovulando, lo cual quiere decir que mis biorritmos están siendo un problema porque me hacen pensar demasiado en el tatuaje que lleva Josi en el brazo y en la visión de su pecho con esa camisa azul desabotonada. Por eso, cuando lo envié a descansar al Stork & Crane, le dije que escogiera dos audiolibros para el viaje de regreso a Massachusetts. Vamos a tener que abstenernos de charlar y concentrarnos en alguna novela policíaca que nos distraiga hasta que mi cuerpo haya terminado de repartir estrógenos por doquier y de regar un ovario que debe mantenerse seco.

En este momento, en el interior de mi cuarto de entrenamiento de la sede de 15/33, con Josi tranquilo en ese motel y escogiendo audiolibros, estoy sudando mientras ejecuto una rutina de giros dobles de ocho en ocho. Mi monitor marca 52. El de Eminencia, también. Un solo dígito más, y explotará. Acelero mis movimientos para alentarlos a que se flexione con más amplitud y más ímpetu para intentar superarme. Es un juego interesante, un juego en el que él ni siquiera conoce las reglas auténticas. Un juego que, como premio adicional, me sirve para poner a prueba mis nanogeneradores de energía mecánica.

Y en efecto. Eminencia alcanza el 53, energía suficiente para accionar la bomba.

Se produce una tremenda explosión que inunda la pecera y lo tiñe todo de rojo. No oigo el ruido, porque la pecera está insonorizada y yo llevo los auriculares puestos. Es igual que cuando un insecto se estampa contra el parabrisas y de inmediato se vaporiza en una nube de sangre pero sin hacer el menor ruido.

«Eres un insecto».

La mañana está transcurriendo según el plan.

Todavía con el mando a distancia en la mano, pulso un botón y al instante comienza a fluir una cascada de sosa cáustica por las boquillas que hay dentro de la pecera. No dejo de bailar.

Dentro de poco me habré librado de Eminencia para siempre. La pecera se vaciará por unas tuberías expresamente diseñadas que desembocan en unos bidones herméticos encerrados en un cuarto del sótano. A continuación dichos bidones se vaciarán también, muy despacio, gota a gota, a lo largo de tres meses, directamente en una alcantarilla que conduce a mi propia fosa séptica. Llegará el invierno, los vapores que emerjan de la materia que fluye por la alcantarilla la fundirán, y con eso la existencia de Eminencia se disipará en la atmósfera.

Chao.

Mi miniejercicio de gimnasia ha finalizado. Voy hasta el teléfono seguro montado en la pared y llamo a Sarge para decirle que libere a mi familia. Nos encontraremos en Massachusetts para el funeral de mi madre.

Hoy mismo, después de hacer la maleta y de dejar todo arreglado para mi familia y mi trabajo, meditaré un rato pintando en la rosaleta, el lugar de la antigua cantera destinado a los muertos que había en esta propiedad. Mezclaré diversas tonalidades de rojos y rosas y marcaré con los dedos la colocación de un cardenal auténtico subido en una rama auténtica. Ese cardenal vive aquí, junto a la cantera. Conozco un artista de Maine que hace preciosas casitas para pájaros con matrículas de coche, de modo que le he comprado una. En esa casita fabricada con una matrícula vive mi solitario amiguito de plumas color fuego como si fuera un señor feudal, cuidando de mis rosas, las cuales cubren el miedo, cubierto hace ya mucho tiempo.

Annie Lennox canta una canción titulada *Why*. Al final me parece que susurra, puede que me equivoque al interpretar lo que dice, pero quiero percibir que, camuflado entre el ritmo del último acorde dice: «Tú no sabes lo que me da miedo». Tal vez diga otra cosa, pero prefiero creer que ha dicho «miedo». Considero que ese verso es la declaración más verídica que se puede hacer. Puede que incluso sea más verídica que decir que el agua está formada por dos átomos de hidrógeno y un átomo de oxígeno. Nadie sabe qué es lo que teme realmente otra persona, cuál es el miedo personal de otro ser, y nadie sabe lo que más temo yo cuando activo el sentimiento del miedo. Podría decir que temo al diablo, pero eso significaría que me temo a mí misma. Podría decir que temo que Dios no exista, pero eso significa que yo y todas las demás personas no existimos. Podría decir que temo a la nada, a que tras

la muerte mi energía se vaporice y yo ya no sirva, no tenga ninguna utilidad, o peor, que me transforme en una energía cero, ineficiente, inoperante, que vaya flotando por ahí igual que un mal olor, sin carne y sin sentidos, pero en el peor de los infiernos porque conservaré la consciencia. Sabré que soy energía cero y no podré hacer nada para cambiar nada.

Pero ¿cómo podría poner a prueba ese miedo tan teórico, cómo podría racionalizarlo? A lo mejor lo que temo es la intersección de todos estos posibles miedos, el diablo, la inexistencia de Dios, la nada, la energía cero, que dicha intersección se transforme en algo tangible y concreto. Por el momento, no quiero indagar en esas cuestiones. No permito que se active el sentimiento de miedo. Con solo pensar siquiera en esa intersección de miedos, cabe la posibilidad de que alguien la descubra y me encuentre en mi estado de máxima vulnerabilidad. No estoy segura de que fuera capaz de librarme de ese nudo gordiano en el que no quiero permitirme pensar, y desde luego jamás le diré a nadie la solución, el único factor que controla todos mis interruptores emocionales. He averiguado cuál es ese factor controlador, la única cosa que podría hacerme sentirlo todo y perder la capacidad de desactivar sentimientos, pero no pienso decir cuál es.

A medida que va subiendo el nivel de la sosa cáustica y quemando la masa resultante de la explosión del cuerpo de Eminencia, hago una pausa para guardar un breve momento de silencio por mi madre. Con la cabeza inclinada, me arrodillo y activo el amor durante dos solitarios segundos, lucho contra el pánico que me invade por un instante y envío un susurrado «te quiero» hacia la energía de mi madre en el más allá que flota a mi alrededor.

Epílogo

Exagente especial Roger Liu

Varios meses después

Llego en coche a esta misteriosa dirección que me ha proporcionado Lola con instrucciones también misteriosas. Me acompañan Sandra, Lisa, Vanty y Nana. Todos a bordo del Escalade blindado de Nana —que le ha comprado Lisa— después de reunirnos en casa de la propia Nana, en Savannah. Lola nos dijo que nos juntáramos allí y después nos dirigiéramos, según sus especificaciones, a un lugar situado a veinte minutos de Savannah, que es adonde nos dirigimos ahora.

Lenny, el marido de Lisa, está ausente.

—Va a pasar una temporada fuera —es todo cuanto me ha dicho Lisa, y he aprendido a no presionar para que me proporcionen más detalles.

Sé que nos espera alguna clase de fiesta sorpresa que tiene que ver con la temprana jubilación de Lola, pero todo es muy secreto, y la dirección no la conozco. De hecho, nunca me han facilitado ninguna dirección que tuviera que ver con Lola, siempre nos hemos juntado para trabajar. Y esto de la sorpresa me está dejando más perplejo todavía, porque tengo urgencia de llevarme a Lola y a Lisa a la parte de atrás del Escalade para enseñarles una cosa que acabo de descubrir esta mañana. Aún tenemos con Velada un tema sin terminar y, me temo que también peligroso, que tratar.

Sandra, mi educadísima esposa, le cedió a Nana el asiento delantero, así que me vuelvo hacia ella:

—¿Tú sabes de qué va todo esto? Venga, dímelos —le pido en voz baja.

—Vamos, Roger, enseguida lo vas a descubrir, querido —me responde.

Tanto Lola como yo conocemos a Nana desde hace años. Su nombre completo es Mila Yyland, es escritora, y cuidó primero a Lisa y ahora a Vanty. Ha estado muchas veces en la sede de 15/33 y nos ha encontrado a

todos trabajando hasta muy tarde. Era frecuente que, mientras nosotros continuábamos trabajando o interactuando con Lola recién llegada de los bajos fondos a las dos de la madrugada, Nana estuviera en la cocina preparándonos unas galletas con azúcar y canela y un té. De manera que hace unos años nos llevamos un buen sobresalto, aunque tampoco supuso el fin del mundo, cuando, después de hacer una visita a la casa de Nana, Lola anunció que Savannah le había gustado mucho y que había decidido buscarse un «espacio personal». No llegó a decirnos dónde estaba ese sitio, y a mí no me invitó nunca. Jamás pasaba de una única frase: «Voy a comprarme una casa para mí en Savannah, cerca de donde vive Nana».

Lo que sí supone el fin del mundo es que cuando detengo el coche en la dirección que me facilitó Lola la semana pasada veo, por encima de un paso abierto en un seto de dos metros de altura que da la vuelta a la propiedad, una pancarta que dice: ¡FELICIDADES, LOLA Y SHERRY!

«Quién. Cojones. Es Sherry. En serio, ¿quién cojones es Sherry?».

Piso el freno, y aparece un caballero trajeado de negro y con pajarita que me hace señas para que me aproxime hacia un grupo de aparcacoches. Por un momento me olvido del tema urgente que tengo que tratar lo antes posible con Lola y con Lisa, que en estos momentos queda muy lejos del objeto de esta fiesta sorpresa y de quién puede ser la tal Sherry.

¿Qué?

En el torbellino de mi mente se cuela la voz tranquilizadora, grave y autoritaria de Nana, procedente del asiento del pasajero:

—Roger, lamento que Lola haya insistido en que tú lo descubrieras de una forma tan brusca, pero es que me hizo prometer que mantendría esto en la más estricta confidencialidad para todo ser viviente hasta el último momento. Le preocupa muchísimo la seguridad. Sherry es la esposa de Lola. Se casaron en 1997, en una ceremonia privada.

De repente me siento transportado a aquel día tan extraño de 1996 en el Four Seasons en el que Lola se frotaba el cuello del albornoz con una felicidad especial. Estaba enamorada.

—Se conocieron en 1996, ¿a que sí?

—Entonces ¿ya lo sabías?

—Por supuesto que no.

No me sorprende nada que Lola esté casada con otra mujer. Lo que me sorprende es que esté casada con un ser humano. Yo imaginaba que vivía en un almacén abandonado y que cenaba perritos calientes cocinados al fuego en un cubo de la basura porque para una comida así no necesitaba platos ni

utensilios. Imaginaba que para comer comida de verdad esperaba a que la invitase yo.

Llevo cien años trabajando con Lola.

No, mil eones.

Y aunque Lola no viviera en un almacén abandonado, de ningún modo esperaba que viviera, y mucho menos que estuviera casada, con otro ser consciente y no con un lagarto metido en una jaula. Así que, por favor, espero que no se ofenda nadie si, al apearme del coche y lanzarle blandamente las llaves al aparcacoches sin apuntar, y fallar, no me agacho a recogerlas y me quedo aquí de pie como un idiota, con la mandíbula descolgada, mientras mi mujer Sandra me propina un codazo para que la cierre antes de decir alguna estupidez.

Sandra tira de mí para que cruce la abertura que hay en el seto, y de inmediato nos topamos con Lola, que tiene un brazo enlazado con el de una mujer de melena negra y sedosa. Alguien nos presenta y afirma que esa mujer que tiene su brazo enlazado con el de Lola es Sherry, su esposa, y que acaba de jubilarse y dejar el puesto de jefe de Cirugía de no sé qué hospital. Soy incapaz de procesar toda esta información.

Lola.

Y su mujer.

Una tía cañón, una auténtica diosa con melena de un negro azabache y ojos violetas. De piernas largas y pómulos marcados, igualita que la reina guerrera de un cómic.

Sin un solo defecto.

Sin un puto defecto.

¿Todavía estoy con la boca abierta?

—Cariño, cierra la boca —me susurra Sandra al oído.

¿Cómo coño me llamo? ¿Cómo se supone que debo saludar a este bombón, si ni siquiera sé cómo me llamo? Además, espera, ¿ella es la que ha decorado este porche lleno de helechos que da la vuelta a la casa como si estuviéramos en el hogar de Nana o en la portada de una revista de decoración de estilo sureño?

¿Lola vive aquí? Esto no es un almacén abandonado y lleno de goteras, con cubos de la basura donde hacer fuego. ¿Cómo puede ser? Parpadeo varias veces.

Debo de llevar ya un rato sin decir nada, porque Lola repite la presentación:

—Liu, te presento a Sherry. Sherry, este es Liu.

Lo dice sin ceremonias, como si me estuviera presentando a una mera visita. Me fijo en que ya no están cogidas del brazo.

Sherry me abraza con fuerza y después se aparta de nuevo y, sin soltarme del todo, coge una limonada fría de la bandeja de un camarero que pasa por nuestro lado. Me ofrece el vaso, helado y perfecto, y yo me lo bebo a grandes tragos, durante tres segundos enteros. Estoy sudando.

—Roger, qué alegría conocerte por fin. Hacía muchísimos años que deseaba conocerte. Pero es que Lola, tú ya sabes cómo es, se preocupa mucho por mi seguridad. Se preocupa demasiado. —Sherry eleva las cejas y mira a Lola en una señal de antigua pelea conyugal—. Discutió conmigo sobre la conveniencia de organizar esta fiesta, por supuesto, pero yo le dije que si no dábamos una fiesta para celebrar su jubilación y no me presentaba a las personas con las que había estado trabajando, tampoco me jubilaría.

Lisa, de cuya presencia me he olvidado porque yo mismo me he olvidado de que estoy en el planeta Tierra, dice:

—Bien llevado. —Y levanta su vaso de limonada hacia Sherry en señal de respeto pero nada más, sin sonreír—. ¿Cuál era tu especialidad como cirujana? —le pregunta.

—Neurocirugía, y a veces cirugía general, haciendo sustituciones en traumatología. Andamos un poco escasos de personal. Cortos de presupuesto.

—¿Así que eres cirujana del cerebro? —insiste Lisa acercándose.

—Sí, supongo que sí —contesta Sherry muy relajada y natural, sonriendo. Resulta obvio que adora practicar la medicina. Es posible que todavía no haya asimilado del todo la idea de que ya se ha jubilado.

Lisa vuelve a analizarla, haciendo una evaluación. Ella no está pensando en la impresión que se ha llevado, no está diciéndose que uno nunca llega a conocer de verdad a las personas. No reflexiona sobre las mentiras piadosas, ni sobre cómo se traiciona la confianza y la lealtad de alguien. Ni sobre el hecho de que tu mejor amiga, tu compañera, te haya dejado sin habla. Ni sobre la necesidad de tener que redefinir todo lo que sabías de ella y aun así actuar educadamente en una fiesta al aire libre como si ocultarle el amor de tu vida a tu mejor amigo, tu compañero, tu colega, una persona que sería capaz de dar la vida por ti, fuera algo normal.

¿Por qué no me lo ha contado Lola?

No estoy enfadado; simplemente me siento como si no fuera digno de confianza, como si Lola no pudiera fiarse de mí.

Recorro el jardín con la mirada como intentando buscar algo a lo que asirme mentalmente, para poder mantener una actitud civilizada y seguir

siendo un invitado funcional. Al otro lado de una zona de flores silvestres veo una hilera de colmenas de abejas, y más allá de estas hay una cerca de madera que encierra a la mula más alargada y flaca que he visto en toda mi vida. Imagino, dado el círculo de pelo blanco que le rodea la cabeza, que es ya vieja, una mascota entrada en años. Y también imagino que es muy querida, dado lo mucho que le brilla el pelaje y la cinta de color rojo que lleva en torno al pescuezo.

Sherry me sigue la mirada y deja escapar una risita.

—Ah, has descubierto a mi amorcito. Ese es mister Gangy, está conmigo desde siempre. Lo quiero mucho. Pero es incapaz de engordar ni un gramo, por más que le demos de comer.

Los demás integrantes del círculo empiezan a hacerle preguntas acerca de mister Gangy al tiempo que yo voy esbozando lentamente una sonrisa.

«Así que mister Gangy es una mula vieja, larga y flaca». Miro a Lola con una media sonrisa satisfecha; ya tenemos otra broma privada que ambos compartimos. Lola hace una mueca y menea la cabeza en un gesto de negación, lo cual me indica que Sherry y ella deben de tener diferentes opiniones respecto de cuánto cariño se merece mister Gangy. Obviamente, a juzgar por su lenguaje corporal y por el hecho de que llamó por el mismo nombre a un delincuente, no tiene en gran estima a esa mula.

Mi mujer Sandra y yo tenemos peleas similares por un animal doméstico al que ella adora y yo, en fin, simplemente tolero. El labrador blanco de ella, que se llama Dexty Boy, se ha zampado demasiados jamones de la encimera de la cocina para que yo le tenga cariño; va por la casa fumigando las habitaciones con ventosidades tan tóxicas que luego tenemos que ventilar durante media hora; siempre hay que quitarle una garrapata, o una mancha de mofeta, o una aguja de puercoespín; y siempre está mojado, porque se ha metido en un charco, o en un estanque, o en una ciénaga, quién sabe. Aun así, le paso comida por debajo de la mesa cuando no hay nadie mirando y me gusta que se acurruque a mi lado en el sofá, siempre que esté limpio y no emita gases tóxicos. Conociendo a Lola, y conociéndome a mí mismo, apuesto a que ella le da a esa mula tan odiosa trozos de tarta cuando Sherry no está mirando. Somos así de buenos e hipócritas.

¿Qué diablos estará estudiando Lisa? ¿Por qué evalúa a Sherry como si quisiera comprarla? Mierda. Mientras me esfuerzo por hacer que vuelva a fluir la sangre a mi cerebro, veo que Sandra está paseando con Sherry junto a las flores silvestres, gracias a Dios. En eso, Sherry se abre paso entre mi nebulosa para hablarme:

—Roger —me dice—, quiero darte las gracias por haber cuidado de Lola durante todos estos años. Y por haberte preocupado de ella cuando no se preocupaba nadie más. Tú fuiste el único que salió en su defensa en el FBI y le diste una oportunidad. Sin ti, no habría hecho carrera.

Esto me saca de mi trance, porque ahora tengo algo que decir.

—Bueno, puede que eso sea cierto, pero es más bien lo contrario, Sherry, porque sin Lola yo estaría muerto en una alcantarilla y habría innumerables mujeres y niños viviendo en un infierno. Lola es la mejor investigadora que jamás ha tenido este gobierno. Me siento muy orgulloso de haber trabajado con ella.

Sherry empieza a sollozar levemente y se seca sus intensos ojos violeta con un pañuelo de tela. Porque es perfecta, una exótica belleza sureña.

—Oh, Roger. Lola te quiere mucho. No te lo confesará nunca, pero es verdad. La única foto que tenemos enmarcada en esta casa correspondiente a toda esa época de su vida no es de ningún miembro de su familia, te lo puedo asegurar. Ni tampoco de ningún amigo de la universidad. Es de ti. Una foto un poco borrosa que te hizo a ti.

Lisa emite una tos para romper la emoción del momento.

—¿Así que eres cirujana del cerebro? —pregunta en un tono de voz que pretende consolidar un dato ya confirmado.

—Pues sí. Bueno, hasta ahora. Acabo de jubilarme.

—¿Alguna vez has trabajado por tu cuenta?

Lisa no lo pregunta en broma, y, por consiguiente, cuando Sherry responde con una risita educada, no la retribuye a su vez con otra. Desde que Lenny se fue de casa, Lisa se muestra especialmente falta de emotividad.

Doy media vuelta y me pongo a buscar a Nana entre la gente. La encuentro con Vanty, jugando a la petanca. «Lola tiene una pista de petanca, típica del sur. ¿Qué coño es esto?».

—¡Nana, eh, Nana! —la llamo haciéndole un gesto con la mano para que venga a ayudarnos al tiempo que señalo con la cabeza hacia Lisa, un movimiento que entre ella y yo significa que necesito su ayuda para reconducir a Lisa.

Nana se suma a nosotros y reconduce la conversación hacia cosas normales metiéndole un dedo a Lisa en la columna vertebral y susurrándole unas palabras al oído. Cuando la conversación va girando hacia trivialidades acerca de las tartaletas de espinacas del *catering*, que han ganado un premio, y la forma en que Sherry calibra el pH del suelo para mantener el vivo color de las hortensias que bordean el porche, yo vuelvo al tema que me preocupa.

Mi urgencia. Yo también tengo algo que desvelar a mi pequeño grupo de compatriotas. La impresión que me ha causado la auténtica vida de Lola ya está atenuándose, porque en un nivel subconsciente yo ya debía de sospechar algo. Además, ella no va a conversar conmigo de ese tema, así que me lo como con patatas, me trago la píldora y sigo adelante.

Lola se está metiendo cinco tartaletas de espinacas en la boca, una detrás de otra, y observo que tiene otras tres más en la mano y en la mesa.

—¿Podríamos charlar un momento los tres? —le propongo mientras todos los demás están concentrados en las sobrinatas de Sherry, hijas de su hermana senadora, que están ejecutando una improvisada danza irlandesa sobre las losas del sendero. Lola no me discute, no intenta evitar una conversación privada, a lo mejor está pensando que quiero hablar de lo de Sherry. Sabe que no voy a presionar, ya hace mucho tiempo que aprendí que no debo hacerlo. Y como ambos formamos un equipo de baile consolidado hace tiempo, muerde el anzuelo y se viene con Lisa y conmigo hasta una pérgola cubierta por un emparrado que hay al lado de mister Gangy.

—Tenemos que ir a la parte de atrás del Escalade de Nana. ¿Os importa? —pregunto.

Lola me mira como si me hubiera vuelto loco.

—Joder, Liu, ¿a qué viene todo este secretismo?

Yo la miro con una expresión que indica que estoy hablando en serio y señalo con el brazo a Sherry para ponerle un buen ejemplo de secretismo.

—De acuerdo. *Touchée* —contesta. Y esta. Es la primera. Y única vez. Que Lola ha estado a punto de pedir perdón por algo. Así que me lo tomo como tal y no pienso, por supuesto que no, guardarle resentimiento. No merecería la pena en absoluto guardarle resentimiento a Lola.

—Por cierto, enhorabuena —le digo. Ella hace una mueca. Desvío el rostro; no pienso darle la satisfacción, o la tortura, de que vea mi reacción, y me encamino hacia la parte de atrás del Escalade, el cual ha sido estacionado por uno de los cuatro aparcacoches en uno de los céspedes laterales que flanquean el puto camino de entrada para coches bordeado de árboles de Lola. Por suerte, detrás del césped de su lado está el bosque circundante, así que cuando abramos el portón trasero quedaremos ocultos a la vista de posibles curiosos. Entiendo por qué Lola escogió esta casa; cuenta con un amplio perímetro, y ahora reparo en las varias decenas de cámaras montadas en árboles que hay por todas partes, unas cámaras que no me cabe duda de que las ha montado ella misma.

—Has puesto una valla electrificada todo alrededor e incluso dentro del bosque, ¿a que sí? —le digo observando las cámaras de los árboles.

—Por supuesto que sí, Liu. Todo este recinto está electrificado y cerrado. ¿Se puede saber qué mosca te ha picado y qué tienes que contarnos? Date prisa, no quiero que todos esos gorriones se me coman todas las tartaletas.

—Tenemos que hablar de Velada. Opino que es necesario que lancemos una operativa antes de que tenga efecto tu jubilación de la Agencia Beta. Sé que Beta, el FBI, el ATF, todas las putas agencias del gobierno están siguiendo toda clase de pistas respecto del Círculo Central. Han interrogado a Velada de arriba abajo. La cosa es... —Callo unos instantes para que Lola y Lisa me miren, para cerciorarme de que las tengo concentradas en lo que estoy diciendo—. Recuerdo una mirada fugaz que lanzó Velada al juez Frackson aquella noche, los dos cruzaron la mirada durante un segundo y luego Velada miró a Lisa. Así. —Les hago una demostración sirviéndome de Lola para representar a Frackson.

—Liu, espero que tengas algo más que eso —me dice Lola, escéptica y entornando los ojos.

—Escucha. Espera un momento. Escucha. Borré aquella mirada de mi mente porque supuse que simplemente formaba parte de todo el caos. Allí estaban todos, incluido Frackson, pillados in fraganti mientras les leían los derechos, los esposaban y los detenían, todo grabado en diversos vídeos. Pero joder. Ayer mismo recibí una llamada.

Saco mi maletín del maletero del coche y extraigo una carpeta. Lola hace el gesto de ir a apoderarse de ella, pero la aprieto contra mí.

—Espera un momento. Escúchame hasta el final. Ayer recibí una llamada. No lo vais a adivinar, pero de todos esos putos monstruos, el que ha salido mejor parado de todos es Frackson. Ha quedado en libertad. Totalmente libre. Y, como ya sabéis, él fue el único que consiguió que le concedieran el arresto domiciliario a la espera de juicio. De modo que ayer llegó a un acuerdo y le quitaron la pulsera de monitorización que estaba obligado a llevar en el tobillo. —Chasqueo los dedos—. Así de fácil. Y, naturalmente, Velada también está libre, tiene a todo el mundo convencido de que era una prisionera, lo cual es una excusa endeble, pero ha conseguido salir libre tras testificar contra su hermano y contra todos los demás y tras demostrar que estaba trabajando con Lisa, algo que ahora también cuenta con la bendición de Beta. Así que ahora resulta que me entero de lo de Frackson y de repente no puedo quitarme de la cabeza aquella mirada que Velada intercambió con él antes de mirar a Lisa. Y de pronto recordé una cosa. Fue tan rápido y ocurrió

hace tanto tiempo que mi memoria no estableció la relación de inmediato la primera vez que vimos a Frackson. Fue mucho antes de verlo en el club Saleo.

Lola arruga la frente pero permanece inmóvil, escuchando. Lisa me mira fijamente, siguiendo mis ojos.

Me vuelvo hacia mi maletín y saco una granulada fotografía en blanco y negro, una de las decenas de instantáneas que los tres estuvimos estudiando durante horas hace muchos años. Esta en particular la clasificamos como «no útil» y en realidad no la examinamos a fondo.

—¿Veis a lo que me refiero? —digo.

Lola coge la foto y se coloca junto al intermitente, donde da más el sol. Lisa la observa desde detrás de ella.

—Es del día en que se celebró el juicio. Cuando yo testifiqué contra el médico —dice Lisa—. Este es uno de los fotogramas de las cámaras de seguridad que obtuvimos después de que Velada acudiera a mi encuentro en el aparcamiento.

—Sí. ¿Tú ves lo que veo yo?

Lola se muerde el labio inferior.

—Hay que joderse. ¿Estás seguro?

—Estoy totalmente seguro. Fijaos. —Extiendo cuatro fotografías en color que he sacado esta mañana de la impresora de Nana, y voy narrando—: Esta mañana he sacado varias imágenes de Frackson. He encontrado algunas de cuando asistía a la facultad de Derecho de Northwestern, estas de aquí, y otras de cuando trabajaba de joven asociado en Miles Thorbrough, en Chicago, que son estas otras de aquí. Miles Thorbrough solo está a unas pocas horas en coche, un trayecto de un día, del juzgado de Indiana. Además, en aquella época no había que fichar la llegada, y actualmente tampoco. No hay absolutamente ninguna constancia de que ese día Frackson estuviera allí, excepto esta foto.

Lisa coge la foto del asociado y la de la cámara de seguridad del tribunal, empuja a Lola para que se sitúe donde da el sol y estudia detalladamente las dos, una y otra vez.

—En ningún momento le dimos importancia a esa imagen de la cámara de seguridad.

—Porque —me interrumpe Lisa— aquí solo es visible un fragmento de la pierna de Velada. Pero lo que importa ahora es que su pierna está al lado de Frackson, que es visible del todo. Es él.

—Y aún hay más —continúo—. Lo vi la semana pasada, pero lo he confirmado esta mañana. Adivinad dónde vive Velada. Por cierto, no ha vuelto a casa con ese marido de Viebury al que engañó.

Lisa emite un extraño bufido y dibuja una sonrisilla satisfecha. Yo la miro enarcando las cejas.

—Sigue —me dice adoptando de nuevo una expresión impasible.

—Bien —contesto sin apartar la vista de ella—. A que no adivináis dónde ha alquilado un apartamento.

—Ni idea, Liu —responde Lola, entornando los ojos y sin dejar entrever lo que opina de lo que yo estoy contando.

—Vive en un apartamento de Cambridge situado a dos manzanas de donde vive Frackson. Mi teoría es la siguiente: yo creo que Velada orquestó todo este asunto para librarse de su hermano y de los poderosos clientes que él mantenía desde hacía tiempo, principalmente Rasper y el sargento Rockford, y también de las dos mujeres que ayudaban a dirigir el tinglado, la monja y esa a la que Lisa llama Eva. No sabemos cómo, Velada se conchabó con Frackson hace mucho y ambos ocultaron su particular plan desde el principio, la verdad es que lo hicieron muy bien. La única posibilidad que tenía ella era esperar a la monstruosidad de la Pecera de las Langostas y apostar por que sería capaz de manipular la aberración mental de su hermano. Y el único aliado que tuvo todo el tiempo, el eje de su plan, fue siempre Frackson. Nunca me ha cuadrado del todo que ella permitiera todo ese tráfico de seres humanos, que se guardara información de dónde se llevaba todo a cabo, durante tantos años, unos años durante los cuales estoy seguro de que gozaba de libertad para sisar todo el dinero que se le antojase del negocio de su hermano, puesto que él estaba en Shangai. Tantas chicas sufriendo malos tratos y violaciones. No me cuadra. Velada no es inocente, estoy convencido. Lo más revelador es que el fideicomiso de la familia dice que si su hermano es encarcelado o fallece, la única beneficiaria será ella. Y además me preocupa tu seguridad, Lisa. Ahora que Frackson ya no está bajo arresto domiciliario, esperarán un poco más, sin llamar la atención. Esperarán a que finalicen los juicios y a representar su papel testificando. Pero esto no me encaja. Me huelo algo.

—Entiendo que seguramente Velada está de mierda hasta arriba. Sobre todo con todas esas mentiras de Frackson. Pero ¿te preocupa la seguridad de Lisa por una mirada de medio segundo que le dirigió ella la noche en que detuvimos a esos capullos? —me pregunta Lola.

—Sí, sin ninguna duda —le respondo.

Lisa me hace un gesto afirmativo para indicar que coincide con ella, y los dos juntos miramos a Lola para validar el consenso. Lola agarra la imagen de la cámara de seguridad y se inclina hacia el sol para examinarla una vez más metiéndose la lengua entre los dientes.

—Joder, jefe —me dice. Su tono serio y el hecho de que me llame «jefe» consolida nuestro acuerdo tripartito.

Lisa y yo llevamos ya unos diez minutos paseando por la propiedad de Lola y Sherry. Desde lejos, Lola me hace un gesto con la cabeza para indicarme que mi canción favorita acaba de empezar a sonar en rotación en la música que han seleccionado para esta fiesta de celebración al aire libre, perfectamente calibrada en cuanto al volumen, y que fluye suavemente de unos altavoces disfrazados de grandes rocas. Lisa y yo no hemos cruzado una sola palabra. Ambos paseamos con los brazos a la espalda y llevando el paso sincronizado. Esto es lo que solemos hacer cuando tenemos un caso nuevo, cuando nos disponemos a trazar un plan: pasear juntos en estado de contemplación. Ella dice que el hecho de tenerme a su lado la ayuda a pensar en medio del caos que supone una nueva montaña de datos. Y yo, por mi parte, he descubierto que este método también me es de utilidad.

La canción que se extiende por el césped del lado sur de la casa de Lola y Sherry, totalmente rodeada de helechos y árboles cubiertos de musgo, es *Man in Me* de Ray LaMontagne, así que empiezo a tararearla y cantarla en voz tan baja que solo yo me oigo, y Lisa también. Cuando suena esta canción, no soy capaz de contenerme.

Lisa levanta la vista hacia mí sin cambiar el paso ni mover las manos, que lleva embutidas en los bolsillos. Es la mirada que adopta cuando está estudiándose, la posa en las microarrugas de mis ojos y de mi frente.

—Siempre cantas esta canción en voz alta. ¿Qué emoción te provoca?

—Veracidad —contesto—. Esta letra me parece que dice la verdad.

—¿Equiparas la verdad a un sentimiento?

—Supongo que sí.

—¿Y consideras que la confianza también es un sentimiento?

—Probablemente. Pero la jefe eres tú, Lisa, así que dímelo tú.

Lisa deja pasar unos instantes sin decir nada y continúa con la vista al frente. No nos fiamos el uno del otro, de manera que, sea lo que sea ese sentimiento entre nosotros, es veraz. Somos veraces en lo de no fiarnos el uno del otro, de modo que confiamos al máximo el uno en el otro.

—La confianza es una sensación. Es como la vista, el oído, el olfato — dice Lisa en tono mecánico, práctico—. Yo nunca me he fiado de Velada. Tenemos que investigar esto. Me parece que el negocio que tiene pensado es incluso peor que el de su hermano. En esto me fío de mi propia sensación, y también me fío de la tuya.

Seguimos paseando, y yo sigo tarareando. Lisa observa mis pequeños movimientos faciales y mis arrugas como si yo fuera un animal del zoo y ella fuera mi cuidadora. Las cosas están empezando a ser casi tan normales como siempre.

Josi Olive

Un encuentro no tan casual

Después de haber pasado el día en su laboratorio de sonido mezclando ritmos y pensando en cuán extraña ha sido su vida en estos últimos meses —el descubrimiento de su matrimonio fingido, el viaje a Indiana en compañía de Lisa Yyland, las comunicaciones que ha tenido con ella a partir de entonces —, Josi ha ido incrementando su estado de agitación lo suficiente como para necesitar salir a dar un paseo por Viebury Grove. Pero a última hora de la tarde y por el bosque.

Está pensando que quizá ha llegado el momento de perdonar a Carla, Velada, o como se llame o se llamara, por sus engaños, para poder pasar página y sentir el amor con otra persona. Nuevamente visualiza a Lisa y su extraño distanciamiento, pero también su cercanía, en ocasiones tan tierna. ¿O será todo producto de su imaginación? Además, Lisa está casada. ¿Seguirá estando casada?

Mientras pasea con su gato va fumando un magnífico cigarro puro, salta por encima de los troncos caídos, se detiene un momento en el punto donde encontraron el esqueleto quemado de la falsa Carla y debajo del letrero que confeccionó él para marcar su tumba escribiendo su nombre con pintura azul sobre una tabla de madera que clavó en un pino. Putas mentiras. Hoy es el día, hoy va a hacerlo.

Empieza a borrar el nombre de Carla con un papel de lija que trae guardado en el bolsillo trasero. De tanto rascar y frotar como si fuera el músico encargado de hacer la percusión con una tabla de lavar en una antigua banda de *blues*, enseguida empieza a sudar. No consigue borrar el nombre del todo, pero sí que lo atenúa bastante, porque el azul de la pintura ya se ha fundido con la madera.

Nadie ha podido averiguar cómo se llamaba de verdad la chica cuyo cadáver fue arrojado y quemado en este lugar; lo único que han contado las víctimas que aún están vivas es que era una adolescente pobre, fugitiva y sin

papeles que murió de una neumonía sin tratar o de alguna otra afección que la hacía toser continuamente. De modo que Josi saca unas letras del Scrabble y las pega formando la palabra CHICA. Debajo, en el espacio que queda libre en la tabla, escribe con un rotulador negro de tinta indeleble lo siguiente: «Había alguien que te quería. Lo siento».

Deposita un ramo de flores silvestres ya marchitas que ha arrancado del jardín de Carla, atado con el cordel de una bolsa de basura y metido en el otro bolsillo. Son del cantero que hay debajo de la ventana del dormitorio, desde donde Carla solía decir que los futuros hijos de ambos los llamarían a voces los sábados por la mañana para que salieran a jugar con ellos. Las «flores» están marchitas y parecen malas hierbas, dado lo tardío de la temporada.

A Josi le dijeron en una ocasión que no eran flores silvestres, sino cebolletas y albahaca, porque las había cogido de la zona del jardín destinada a huerto. En aquel entonces, antes de enterarse de que Carla era una mentirosa y una timadora, a todo el que le advertía que aquel ramo no era de flores le decía que se fuera a la mierda y que pensaba seguir llevando a su chica aquellos ramos de «hierbas bonitas», solo para que ella, desde el cielo, supiera que él seguía echándola de menos. Sin embargo, ahora, al depositar las flores, piensa: «Perdona que te traiga hierbas, chica, la próxima vez te traeré rosas».

Después prosigue su paseo hacia lugares más luminosos del oscuro bosque de Viebury Grove. Por el camino va jugueteando con el tubo de pegamento que lleva en el bolsillo del pantalón. Todavía reverbera en su memoria el ruido que hacía el taladro al perforar la mandíbula del juez Rasper, como si fuera una melodía pegadiza. Ha estado todo el día intentando transformar ese ruido en un ritmo en su mesa de mezclas, añadirle letra, quitarle ese tétrico tono con unos animados acordes de guitarra. Ha pensado que va a tener que convencer a Keelia, la vocalista del grupo Jam Bones, de que cante unas partes con voz de soprano para dar la impresión de que al fondo hay alguien llorando. Para eliminar del ritmo que tiene en la cabeza el ruido del taladro, va a tener que purificarlo con una letra poética, igual que cuando enterró a su mujer, no, a la chica, en páginas de poemas, literalmente versos escritos en papel y depositados encima de sus restos carbonizados.

Serpentea entre los pinos con su gato pegado a las piernas, como siempre.

«Este puro es buenísimo, cómo me gusta. Con esta brasa tan gorda asomando por la boca, los mosquitos ni se me acercan a la cara».

Se agacha para apartar de un manotazo a un par de bichos que le están picando en las espinillas, que lleva descubiertas, más allá del borde del pantalón corto vaquero que le llega hasta las rodillas, unos cuantos

centímetros por encima de las botas. Este lugar aparece alfombrado de hojas caídas y agujas de pino rojizas, a la sombra de las copas de los árboles, que todavía son frondosas, oscuras como un bidón de aceite en medio del bosque. «Hombre, ese puede ser un verso: “Oscuro como el aceite de un bidón, en el sombrío bosque late mi corazón”. Sí, puede servir, lo voy a escribir. ¿Y el ritmo? Da, da, da, draaa-da-da. Sí, voy a probarlo en el laboratorio cuando termine de dar este paseo».

—Vamos, Gato, muévete.

Pero Gato no se mueve. Josi presta más atención, y oye unas pisadas un poco más adelante, en el lugar donde afloran unas rocas de granito.

«Seguro que son unos cuantos adolescentes, que otra vez están fumando hierba. A lo mejor me dan un poco».

—Gato, ve tú delante y desármalos con tu encanto personal.

Pero el minino ya se le ha adelantado, cosa que no hace nunca. Antes sí lo hacía: echaba a correr hacia Carla, la única persona por la que lo abandonaba a él.

Llega a la afloración de rocas de granito. Encuentra a su gato junto a una mujer que está de espaldas. No sabría decir con exactitud cuál es el color de su pelo ni otros detalles, porque sobre ella se proyecta la sombra de una rama.

La mujer se vuelve y Josi se queda petrificado.

—Josi —dice Velada.

De repente regresa todo de golpe: la rabia. Creía haber pasado página, creía que ya no estaba enfadado con ella, que el hecho de borrar su nombre con papel de lija significaba que había dejado la rabia en el pasado. Pero ha sido un necio al pensar que iba a resultar tan fácil, sobre todo ahora que la está viendo y siente deseos de gritar. Tiene muchas preguntas que hacerle. Muchas cosas que decirle.

—Carla —dice con unos ojos como platos—. ¿De modo que te han dado permiso para salir? Estás fuera.

—He estado fuera todo el tiempo, Josi.

—En tu carta decías que tenías que permanecer en una ubicación secreta. Por el programa de protección de testigos.

A modo de repuesta, Velada lo mira fijamente.

—Ah, de modo que eso también ha sido mentira.

—Sí, Josi, también ha sido mentira. —Velada sacude la cabeza en un gesto negativo, medio de sarcasmo y medio de vergüenza. Esa actitud sarcástica no hace sino acrecentar la rabia que lleva meses consumiendo a Josi. Está a punto de explotar.

—¿Cómo fuiste capaz? —salta.

—¿De qué? —replica Velada a su vez.

—Es obvio, Carla. Ni siquiera voy a preguntarte cómo pudiste mentirme durante tanto tiempo y casarte conmigo usando un puto nombre falso. Nuestro matrimonio ha sido anulado, ¿sabes? Ya no estamos casados. Tengo todos los documentos.

—¿Y qué es exactamente lo que me estás preguntando? ¿Cómo fui capaz de qué? —repite, saltándose la mención de la anulación de su matrimonio.

—Te estoy preguntando, Carla, Velada, o quienquiera que seas, cómo fuiste capaz de permitir que esas chicas fueran torturadas por esos malditos monstruos durante décadas. ¿Cómo pudiste hacer algo así? ¿Cómo pudiste permitir que se quemara el cadáver de otra mujer y hacernos creer que era el tuyo? La asesinaste.

—Yo no la asesiné. La policía me dejó libre de toda sospecha, tú lo sabes. Pero sí, aproveché esa oportunidad para fingir mi propia muerte. Demándame.

—Lo haría si pudiera.

—Ah, ¿sí? No me digas.

—Contesta a la pregunta, ¿cómo fuiste capaz? ¿Cómo pudiste dejar que sucediera algo tan asqueroso en Viebury durante tanto tiempo?

Velada hace una inspiración profunda tomando aire por la nariz y endereza la espalda.

—Pues verás. Tenía que desaparecer, hacerte creer que había huido, para que no te vieras atrapado en nada de esto. En esa casa las cosas estaban empezando a tornarse peligrosas. A medida que se iba acercando la fecha en que mi hermano debía regresar para el gran evento, las otras mujeres empezaron a hacer demasiadas preguntas sobre ti y sobre lo que sabías. Tuve que hacerlo, Josi, para protegerte. Tuve que desaparecer y vivir en la iglesia mariana constantemente vigilada por ellos, para demostrarles que tú no sabías nada y que te daba lo mismo. Se lo creyeron, y te dejaron en paz. Luego murió una chica en la casa, y puse mi camiseta y la pulsera en la ciénaga para demostrarles que ya me había ido de tu vida, que para ti yo ya había muerto y que no iba a contarte nada. Sabía que tú nunca les harías saber que sospechabas algo, eres demasiado inteligente para eso. Pero sí que me enamoré de ti, Josi. Eso fue real.

—No me subestimes, Carla. Me abordaste en la librería porque acababa de heredar la casa de Viebury. Y como no tenía intención de vender, enseguida te lanzaste en picado a controlarme a mí y controlar la información que tuviera.

Velada baja la mirada al suelo y meneas la cabeza en un gesto de negación.

—Y cuando viste que no sabía una mierda, te largaste —continúa Josi.

—Te equivocas. Como acabo de decirte, me marché cuando empezaron a hacerme demasiadas preguntas sobre ti y sobre qué información te estaba suministrando. Además, no era capaz de controlar lo que decía en sueños, ya hemos hablado de todo eso. Tuve que huir, tuve que fingir mi muerte para protegerte. Estuve observando lo que hacías, asegurándome de que te dejaban en paz. De verdad me enamoré de ti, Josi. De verdad.

Da un paso hacia él e intenta cogerle la mano.

Pero Josi aparta el brazo y retrocede.

—Y una mierda. Responde a la pregunta. ¿Cómo fuiste capaz?

Velada aprieta los dientes y cierra los puños. Resulta obvio que la irrita no haber podido atrapar a Josi en una conversación sobre el amor. Josi rememora peleas que tuvo con ella, en las que le permitió que lo atrapara y lo manipulara. Esta vez se niega a dejarse arrastrar de nuevo, de modo que vuelve a preguntárselo:

—¿Cómo fuiste capaz?

Quiere enfadarla, hacer que experimente en sí misma lo mal que se siente él; no piensa hacer ningún esfuerzo, como antiguamente, para suavizar las cosas.

—¿Ha sido tu amiga Lisa la que te ha metido esa idea en la cabeza? ¿La de que soy una especie de monstruo que durante años ha permitido que sufrieran unas chicas? ¿Que debería haberle dicho antes dónde estaba sucediendo todo? —dice Velada, invadiendo el espacio personal de Josi y hablando en un tono que rebosa odio.

—Lisa no se equivoca.

—Oh, esto sí que es gracioso. De modo que Lisa todavía sigue con esa cantinela de que tiene miedo de que yo sea una mentirosa.

—Es que eres una mentirosa. Y no creo que Lisa tenga miedo de nada.

—De algo tiene que tener miedo, Josi.

—Ya, pues no. Estoy seguro de que ahí te equivocas. Es capaz de eludir totalmente el miedo.

—Pues hay una cosa que sí le da miedo, y apostaría a que es bastante concreta —dice Velada con la mirada fija a lo lejos, más allá de Josi, como si se propusiera hacer algo.

—¿Se puede saber qué cojones quiere decir eso?

—Nada —contesta Velada enarcando las cejas—. ¡Dios! Estás paranoico. ¿Qué pasa, que te gusta o algo así? ¿Pretendes proteger a tu novia?

—No es más que una amiga.

—Ya, claro, Josi.

Josi se reprime para no contestar, para no reaccionar negando, algo de lo que él mismo se sorprende. Antes negaría todos esos absurdos celos de Carla, la abrazaría y le cubriría el cuerpo entero con un centenar de besos hasta que ella, entre risas, dejase de estar enfadada. Pero ahora levanta las manos en un gesto de resignación.

—Lo que tú digas, Carla. Quiero decir, Velada. O como te llames de verdad.

—Adiós, Josi —dice ella mirándolo fijamente.

Josi ni se inmuta ni la mira a su vez. Agita las manos en el aire para indicar que no tiene nada más que decir.

Velada da media vuelta y echa a andar en dirección a las sombras de los árboles, y Josi no se lo impide. Lo sorprende el alivio que le produce verla marchar. Y todavía lo sorprenden más otras dos sensaciones: una de esperanza de que esta sea la última vez que la vea, pero también otra de miedo, acaso la obligación de proteger, al recordar el empeño que ha puesto en señalar que Lisa Yyland tenía un miedo concreto.

Agradecimientos

Este libro es una obra de ficción cuyo fin es el de entretener. No obstante, el grave tema del tráfico de seres humanos no debe tomarse a la ligera en el mundo real. Animo a que se investiguen las organizaciones y los hogares de acogida en busca de víctimas del tráfico de seres humanos y se averigüe cuáles son sus necesidades. Porque, créanme, tienen necesidades. Ustedes pueden ayudar.

En cuanto a los conceptos científicos que se muestran en esta novela, una vez más se trata de una obra de ficción, y estoy absolutamente segura de que he distorsionado los conceptos científicos y los he convertido en fantasías. De todas formas, sí que he hecho un esfuerzo por informarme (seguramente he fracasado en mi intento) y he utilizado varios recursos excelentes. Animo a las personas interesadas por la ciencia real a que lean *The Universal Sense, How Hearing Shapes the Mind* de Seth S. Horowitz, una obra que me resultó fascinante y muy accesible para el lector profano en la materia. En lo que se refiere al poder de la energía mecánica (los nanogeneradores y el capacitor que emplea Lisa), esa idea se me ocurrió después de leer un artículo publicado en la revista *Advanced Materials* de 2016 (pp. 4283-4305) titulado *Flexible Nanogenerators for Energy Harvesting and Self-Powered Electronics* de los doctores Feng Ru Fan y Wie Tang y el profesor Zhong Lin Wang, que en el momento de imprimirse dicho artículo trabajaban en el Instituto de Nanoenergía y Nanosistemas de Pekín. Si bien me he lanzado a tener ideas ficticias basándome en las sólidas explicaciones del artículo, esta ciencia tan verdadera y revolucionaria debería, en mi opinión, incluirse en el debate sobre las diferentes energías renovables.

Doy las gracias al doctor William K. Tong, citado en el capítulo 13, por el magnífico resumen que me hizo del método científico, el cual puede consultarse en la página web del Oakton Community College: <<http://www.oakton.edu/user/4/billtong/eas100/scientificmethod.htm>>.

Gracias a Chris Holm (galardonado autor de la trilogía *The Collector* y de las novelas policíacas de Michael Hendricks) por haber dedicado parte de su

tiempo a guiarme a la hora de escoger la manera adecuada de describir el uso de las armas en Shangai. Estoy segura de que he estropeado lo que intentó enseñarme, pero espero haberme acercado un poco.

Gracias a Kimberley Cameron, mi agente. Fíjate en cómo es actualmente nuestra vida, Kimberley. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí? Todo esto es maravillosamente extraño e increíble, tú logras que me sienta igual que Joan Wilder en *Tras el corazón verde*, soy la escritora desesperada que cuenta con el maravilloso apoyo de su infatigable agente. Te quiero. Gracias a Whitney Lee (derechos en el extranjero) y a Mary Alice Kier y Anna Cottle (agencia Cin/Lit), al resto del equipo de agentes, que siempre han dado su apoyo a la serie 15/33. Besos y abrazos para todos.

Gracias al equipo de Ediciones B/Penguin Random House por el excelente apoyo que han prestado a la serie 15/33 (y sus increíbles traducciones y portadas). Aránzazu Sumalla, gracias por ayudar a sacar adelante esta serie y por tus mensajes tan positivos. De verdad que disfruto mucho trabajando contigo.

Gracias a mis lectores en beta y a mi corrector privado de esta novela (que durante su evolución se tituló *Viebury Grove*), vosotros habéis visto cómo iba cambiando profundamente el argumento a lo largo del tiempo, y yo no habría podido terminarlo sin vuestro firme cariño y vuestras excelentes indicaciones. Beth Hoang, mamá y papá, sinceramente estoy en deuda con vosotros por el tiempo que me habéis dedicado a mí y a mi trabajo, y sobre todo con este libro. David Corbett, has sido duro conmigo pero muy acertado. Lo he pasado mal con tus correcciones, y tú, tal como únicamente hacen los mejores instructores, me has enseñado mucho y me has hecho ver cosas que yo ya no veía, y al final has conseguido que vuelva a gustarme escribir. Gracias.

Por último, gracias a Mike y a Max, que sois todo mi mundo. Max, tú eres mi perfecto Vantaggio.